J. L. R.

GLORIAS ECUATORIANAS

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
Nº 0107 AÑO 1987
PRECIO ..... DONACION .....

FLAR
00190
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
Nº N 40133 AÑO 2001
PRECIO ..... DONACION .....
Ficha 14.645

QUITO - ECUADOR

"LA PRENSA CATÓLICA"
1935

BIBLIOTECA MAGNA
QUITO - ECUADOR

AL NOBLE PUEBLO DEL ECUADOR

EN LOS FASTOS JUBILARES DE SU HISTORIA

EN LA FELIZ CONMEMORACIÓN DE SU ORIGEN

Y POR SU EXISTENCIA CUATRO VECES SECULAR

—— OFRENDA Y DEDICA ——

ESTE MODESTO BÚCARO DE FLORES

PÁLIDO REFLEJO DE FULGURANTES GLORIAS

CON QUE LE TEJIÓ EL AMOR DE SUS HIJOS

UNA REGIA DIADEMA

UNA CORONA DIAMANTINA

DE ARTE, VALOR, CIENCIA Y VIRTUDES

EL AUTOR

PROLOGO

La grandiosidad de las fiestas que celebra el Ecuador durante este año jubilar, en conmemoración de los orígenes y formación de este pueblo, nos ha movido a recoger, dentro del círculo de nuestros estudios, un haz de glorias luminosas, brotadas de su seno, que pudiese contribuir a circundar su nombre de un áureo nimbo de inmortalidad y a conciliarle ardientes simpatías de todas sus hermanas del continente americano.

No semejará nuestro recuerdo el roble del patriarca plateano. Al contemplar sus nietos desde aquella altura, a los cien años de fundada, la bien poblada y cultivada colonia, traen complacidos a la memoria los grandes hechos realizados al rededor del venerable testigo de cuatro generaciones, que ha presenciado el nacimiento y presidido el desarrollo de la civilización en aquella florida pampa.

Análoga impresión había de producir la lectura de una monografía monumental cimentada en sólidos principios de filosofía de la historia; y, con efecto, notable triunfo han reportado en ese

sentido algunos trabajos de conjunto de nuestra historiografía, v. g. los *Cien Años de Independencia*, del Dr. Dn. Remigio Crespo Toral y el *Ensayo de desarrollo constitucional*, del Dr. Dn. Julio Tobar Donoso.

Distinto es nuestro propósito, y de inferior importancia científica. Después de abarcar con una ojeada los dilatados espacios de nuestra historia de cuatro siglos, hemos querido presentar un conjunto sintético, un reducido pensil donde se trate de exhibir una colección de flores de entre las más singulares y peregrinas esparcidas por los ámbitos del huerto nacional. Intento nuestro sería, pues, manifestar en compendio algo de la omnímoda riqueza de este suelo privilegiado. Ojalá nos fuera concedido siquiera dar a conocer al vivo y en su nativo esplendor un variado plantel de ejemplares típicos que, con la belleza de sus formas, la combinación de sus colores y la delicadeza de su perfume, consiguiese deleitar la vista, confortar el corazón y levantar el alma de tantos hermanos nuestros que viven y mueren sin conocer, y por ende sin apreciar ni amar como se merecen los timbres de la Madre gloriosa, de quien han recibido con la vida tan preciosa herencia.

Pero, no satisfecho con alcanzar tan insigne y copioso fruto, nuestro ambicioso anhelo aspira todavía a lograr más altas ventajas. Si el Ecuador histórico se encuentra aún bajo un densísimo velo que a tantos de sus hijos desvirtúa y amortigua la refulgencia de la Patria, ¿cuál podrá ser la ignorancia, cuál el desconocimiento, y cuál acaso el

desdén, con que otros pueblos lleguen a dirigirnos sus miradas? Ahí está la Historia que, si hiciera falta, nos lo recordaría. Por ahora, no insistamos en luctuosos recuerdos... Téngase sólo presente que, en parte por culpa nuestra, no ha variado la situación en forma apreciable desde que un gran vate del Plata, con temerario arrojo, se desmandó hasta prescindir de nosotros con la más cándida y extraña inconsciencia. Fue preciso que Luis Cordero, en un arrebato de patriótica indignación, le enrostrase, en aquellos sus *Aplausos y Quejas*, una fulminante protesta arrancada a la lira de Olmedo.

Con el fin de conseguir nuestro doble intento, no pudo tratarse aquí sólo de ir disponiendo una serie más o menos interesante de las glorias nativas de este suelo, sino de exponer, dentro de un círculo limitado, un grupo selecto de tipos, cuyos finos timbres, ora notorios, ora declarados en serios testimonios, diesen a conocer a simple vista las cumbres, los exponentes nacionales de los géneros aquí cultivados. Y si nos hemos prefijado un número determinado, no nos resolvimos a ello por considerar agotada tan interesante materia, sino que por justos motivos, guardamos no pocos en margen, ya de antiguos, ya de modernos, y aun, como al fin lo indicamos, de contemporáneos. ¡Dios quiera que, por nuestra insuficiencia, la gran familia, la gran patria hispanoamericana, no las deseche por menos dignas de su grandeza!

Cuidador de un reducido pensil, mero introductor de un museo, simple expositor de las piezas

de una galería, nuestro papel, lo confesamos, resulta de escasa significación en abono de la ciencia; pero por de más valía que la labor y el mérito mismo, deberá tenerse la simpatía innata que abrigamos por el pueblo ecuatoriano, simpatía que nos ha impulsado a emprender el más grato de nuestros estudios.

J. L. R.

Quito, a 28 de Octubre de 1934.

DOCUMENTO AUREO

Historia de la fundación, población y establecimiento de la Ciudad de S. Francisco de Quito

Habiendo cuidadosamente tomado verdaderos datos de antiguas y ciertas escrituras y monumentos que se guardan en los archivos de esta noble y leal Ciudad de Quito, la que establecieron sus fundadores en el valle de Tumempalla (hoy la noble villa de San Pedro de Riobamba) donde el día 15 de Agosto del año del Señor de 1534 entraron los españoles gobernados del Mariscal D. Diego de Almagro; y reconocida su situación eligieron ciudad poniéndole por nombre Santiago de Quito, criando Cabildo, Justicia y Regimiento, y nombraron por primeros Alcaldes Ordinarios a Diego de Tapia y a Gonzalo Farfán, y por Regidores a Marcos Varela, Fernando Gallego, Fernando del Prado, Martin Alonso de Angulo, Fernando Gamarra, Cristóbal Ayala, Cristóbal de Orijón y a Lope de Ortiz, en nombre del rey nuestro Señor y de D. Francisco Pizarro su Gobernador del Perú. Y ejercitando su jurisdicción celebraron su primer Cabildo el 17 de dicho mes y año, y nombraron por Procurador a Lope de Ortiz y por mayordomo de la ciudad a Antonio Redondo.

En este Cabildo procedieron con acuerdo de D. Diego de Almagro hacer padrón de los primeros vecinos de dicha ciudad de Santiago de Quito, y numeraron 67 por sus nombres y apellidos, y por cura al Padre Juan Rodríguez clérigo presbítero.

Hallándose ya en esta posesión, trataron y confirieron en el tercer Cabildo que celebraron, si debían resistir o dejar pasar al adelantado Pedro de Alvarado que venía a estas tierras por la vía de Puertoviejo en continuación de su conquista, sobre que resolvieron una total resistencia por no convenir la entrada de Alvarado, el cual se volvió como lo refiere la acta capitular, y comprueba su verdad el Inca Garcilaso en sus comentarios.... Se procedió a proveer una acta capitular con fecha de 28 de Agosto del mismo año para que se fundase la villa de San Francisco en el sitio que los naturales llamaban Quito, 40 leguas de Tumempalla, proponiendo su bello terreno, hermoso temperamento, delicioso país y generales conveniencias, nombrando Alcaldes y Regidores que lo fueron el capitán Juan de Ampudia y Diego de Tapia, con jurisdicción ordinaria, y para el Regimiento a Pedro de Puelles, Juan de Padilla, Rodrigo Nuñez, Pedro Dañazco, Alonso Fernández, Diego Martin de Vireta, Juan de Espinosa y a Melchor Valdez, confirmados por dicho D. Diego de Almagro, aunque sin su firma por no saber escribirla.

Nombrado Sebastián de Belalcázar por Teniente Gobernador y Capitán General de los reinos de la Nueva Castilla (que así se denominó) tomó posesión de la villa de S. Francisco el día 6 de Diciembre de 1534, y ordenó por ante Gonzalo Diaz escribano de S. M. y mayor del ejército, que los Alcaldes y Regidores nombrados de Tumempalla y ciudad de Quito por D. Diego de Almagro administrasen justicia, y que todos los Españoles residentes en la villa que quisiesen asentarse por vecinos, lo hiciesen ante dicho escribano. En cuyo obedecimiento el mismo día habiendo sido notificados los Alcaldes y Regidores obedecieron y procedieron a asentarse por tales vecinos, nominándose por primero el referido Sebastián Belalcázar, Alcaldes y Regidores, y los padres Juan Rodríguez y Francisco Jiménez presbítero, y con ellos 204 españoles empadronados por sus nombres y apellidos, a los cuales el día 20 de Diciembre del mismo año les señaló solares de 150 pies en cuadro formando la traza y población de la villa: la cual gobernada en los términos que el tiempo y las facultades permitían, mandó

el citado Sebastián Belalcázar a 20 de Marzo del subsecuente año de 1535 con la justicia y regimiento que los vecinos tuviesen amplia licencia para cambiar con los Indios....oro, perlas, plata y piedras preciosas, que pudiesen vender libremente en presencia del veedor Diego de Tapia, sacado el quinto y derechos reales.

Civilizada la villa en los términos que convenía en su nacimiento, procedieron el teniente Justicia y Regimiento a proveer de estancias y terrenos a los vecinos en los pueblos comarcanos; declarando en su acta capitular por desierta la ciudad antecedentemente fundada con el nombre de Santiago de Quito en el valle de Tumempalla por hallarse despoblado; erigiendo por cabeza de provincia la villa de San Francisco, y que en ella se pusiese casa de fundición para quintar el oro, que en estas tierras se hallaba con facilidad....

Y reconocida la formalidad de esta fundación con el conocimiento de su aumento, y reparo de sus futuras necesidades de pastos y abrevaderos de ganados que se habían de criar, premeditaron cumplidamente como buenos pobladores, señalar ejidos, y en su consecuencia un Viernes que se contaron 13 de Junio de 1535 formaron sus señalamientos, designando por ejidos de una y otra parte de la villa, con sus límites y linderos para su perpetua observancia, principiando en el de Añaquito hacia Cotocollao todo el llano y tierras que hace a la mano derecha del camino que va a este pueblo, reservando sus faldas para estancia de los vecinos....

Diego de Tapia, segundo Teniente General de la villa de San Francisco, con su Justicia y Regimiento acordó por acta capitular del Lunes 28 de Junio de 1535 marcar los términos y jurisdicción de su provincia con todos los lugares y pueblos que el capitán Sebastián de Belalcázar señaló en depósito y repartimiento a los vecinos de la villa: entendiéndose por el camino real que va a Tumipampa (hoy la ciudad de Cuenca) hasta la provincia de Pumallacta (hoy la provincia de Alausí) hasta el Tambo de los Ovjeros; y por el camino de Chimbo, que va al mar hasta un pueblo de indios llamado Chilintomo, anexo hoy al pueblo de Ojiva. Y por la vía de Chillán Inca, hasta el río de Quillasinga Norte Sur; y

BIBLIOTECA NACIONAL

por los lados de dichos términos para el mar hasta salir de las montañas y dar en los llanos, que fue todo lo descubierto por los vecinos de la villa; y por la vía de Quijos, hasta lo que llaman Hatun Quijos, que era donde se sacaba la canela de la otra parte del río grande....

Volvamos a nuestra antigua población y establecimiento de la villa de San Francisco: acordaron los españoles deber rendir el homenaje debido a nuestro Dios y Señor, trataron unánimes y conformes de nombrar por cura de la iglesia mayor para la administración de sacramentos a ellos; pues para los naturales y su instrucción se había hecho cargo de doctrinarlo la esclarecida religión seráfica y su fundador el venerable Padre Fray Jodoco Rique de Gante; y así procedieron a darle este nombre con título de cura al Padre Juan Rodríguez, clérigo presbítero, fabricando templo en el mismo sitio que se venera la Catedral, formalizando esta disposición por acta capitular de un Viernes que se contaron 30 de Julio de 1535.....

Vaca de Castro el día de su recepción en Quito que fue el 26 de Setiembre de 1541 declaró en nombre de S. M. que la villa de San Francisco se denominase ciudad, cuya providencia se pregonó en virtud de real Cédula dada en la villa de Talavera a 14 de Marzo de 1541 en la que se concede por su real merced se denomine la ciudad de San Francisco de la provincia de Quito, a pedimento de Pedro Valverde su Procurador; ennobleciéndola con escudo de Armas, que es un castillo de plata en medio de dos cerros o peñas de su color con una caba en el pie, y encima de dicho castillo una cruz de oro con su pie verde, sostenida de los pies de dos águilas negras greteadas de oro, una a un lado y otra al otro en forma de vuelo, todo en campo colorado; y por orla un cordón de San Francisco de oro en campo azul. Y a 14 de Febrero de 1556 la declaró en muy noble y leal ciudad de San Francisco de Quito, concediéndole estandarte real, que lo sacase el alférez real el día que se señalase por el Cabildo, quien dispuso fuese el primero de las Pascuas de Espíritu Santo....

I

EL CETRO DE POMONA

A ningún americano de mediana ilustración le es lícito ignorar el más célebre poema descriptivo del Nuevo Mundo, obra directamente dedicada al Ecuador y consagrada a celebrar con especialidad la exuberante riqueza de la zona tórrida. Su ínclito autor, el gran caraqueño Andrés Bello, reconoce ese género de primacía para el Ecuador, y le exhorta a sacudir su indolencia, a levantar su cultivo agrícola a un nivel proporcionado a tan preciosas ventajas naturales, bajo el pacífico y feliz «*Cetro de Pomona*», que le pertenece.

¡Oh los que afortunados poseedores
Habéis nacido de la tierra hermosa,
En que reseña hacer de sus favores
Como para ganaros y atraeros,
Quiso Naturaleza bondadosa!,
Romped el duro encanto
Que os tiene entre murallas prisioneros.

En nuestras comarcas es donde, más que en ótra alguna, se observa el carácter singular de la agricultura y climatología, que va regulado térmicamente por la varia sucesión de las zonas vegetales desde el nivel del mar hasta las altas mesetas superiores a 4.000 metros, parajes de las inclemencias invernales.

Al pie de los Andes, en la región interna y litoral, que puede presentar alturas hasta de 1.000 y más metros, desenvuélvese en toda su riqueza y esplendor la fecundidad propia de la zona tórrida, en la más variada agricultura que pudiera soñarse, cual apenas la conciben los poetas más amantes de la naturaleza, o como la pintan con todos los primores del arte los Meras y Rendones en sus nunca bien ponderadas novelas *Cumandá* y *Cilda*.

De la Sierra demos de paso una nota. El gran autor del *Hombre Americano*, Alcides d'Orbigny, a su

paso por nuestras mesetas, apuntó: «Como bien puede suponerse, la región interandina, por participar de la región baja y de la alta, es más risueña y variada. Ganados magníficos, cercas de durantas, barmadesias, campos donde los trigos se inclinan al suave soplo de la brisa, cubren todos los llanos.»

A otro viajero, el célebre Dr. D. Rafael Uribe Uribe, jefe del Partido Liberal en Colombia, el aspecto de nuestros bosques de eucaliptus, le trasportó de tal manera que se le oyó exclamar: «Aun cuando no fuera más que por el beneficio del eucaliptus, esta República debe una estatua de oro a García Moreno.» En efecto el gigante australiano es en la actualidad la gran providencia de la Sierra. Pero aquí no nos proponemos tratar de la agricultura del clima templado; reseñemos sólo y de corrida algunos productos de las tierras bajas y ardientes.

El primero por la generalidad del cultivo, por el rendimiento comercial y por su calidad reconocida, es la «nuez de oro», el *teobroma* — exquisito manjar de los dioses — el *cacao*. No cede el de buen cultivo al de Soconusco, y puede disputar la palma al inglés de la Trinidad.—El *tabaco* de Esmeraldas no la cede tampoco más que al habano. Pero en sentir de Wolf, gran perito en la materia, ese mismo soberano, tenido por inaccesible, podría encontrar aquí un digno rival. «El tabaco de Daule—dice—debidamente beneficiado y bien labrado, puede rivalizar con el tabaco de la Habana, del cual desciende en línea recta.»

El *café* de nuestras distintas zonas es de calidad superior, por no decir suprema; lástima que lo cultiven tan poco a causa de la competencia imposible con el Brasil y las comarcas productoras que rodean el Mar Caribe. En la misma Sierra, un caracolillo de adorno, en la célebre llanura de Cariburu, ¿no se llevó una medalla de oro en la exposición de París de 1900?

Y ¿qué diremos de nuestra *canela?* Es constante tradición que el *ishpingo* ecuatoriano era el único que se servía en la mesa de Su Majestad Católica.—¿Y las manzanas de oro de las Hespérides? Muy atrás quedarían ciertamente de nuestra *naranja* de Daule que, deja-

da en el árbol, se convierte en un terrón de azúcar de oro. Otro tanto se diga de la de Balsapamba, la más fina, jugosa y exquisita, como se asegura, de cuantas se conocen.

Para determinar mejor la calidad de las frutas habría necesidad de comparar las de diversos países; pero no llegamos todavía a crear exposiciones formales de productos tropicales. En ellas las nuéstras se presentarían con toda confianza La *piña* del Milagro es ofrecida todos los días a los extranjeros; y ni úno de ellos deja de calificarla de insuperable. Lo propio podría decirse del *mamey*, de la *lúcuma*, del *aguacate*, del *coco*, de la *papaya*, de la *caña*, de la *guayaba*, del *mango*, del *babaco*, de la *chirimoya* y de otras ciento.

La *Quina* ecuatoriana de Loja tiene una historia célebre en los anales de la Botánica y la Medicina: es quizás—sin quizás—la mayor bienhechora de la Humanidad doliente.—Los Sodiros, los Andrées pásmanse al recontar los centenares de especies de palmeras que pululan en nuestras selvas y casi en todas las altitudes. Entre ellas brilla la palma de *cera*, que destila por su corteza la más delicada y blanca cera conocida. Hablamos en otra parte del marfil vegetal—la *tagua*—, cuyo productor principal es también este país.

Pero no podemos detenernos indefinidamente en tales enumeraciones, que nunca serían completas. Lo suficiente, con todo, va apuntado, para que se entienda que ha caído sobre esta región la bendición de Isaac—*de pinguedine terræ*—, de la grosura de la tierra. Figúralo, a par del más expresivo símbolo, el Golfo de Guayaquil, «abierto, como observa el Dr. D. Víctor M. Rendón en la clásica forma de cuerno de la abundancia», como si por aquella configuración caprichosa, la naturaleza hubiera querido dar indicio de la imponderable generosidad de este suelo privilegiado.

Adviértase que lo dicho acerca de las frutas pudiera aplicarse con igual exactitud, a la increíble variedad y calidad de nuestras maderas, resinas y esencias. Es riqueza inaudita y todavía de pocos conocida.

Con la apertura de las carreteras de Baños, de Shaloya, Chone y Esmeraldas, va por fin rompiéndose

la montaña, y dejando acceso fácil a la explotación de esos inagotables tesoros de vegetación subandina.

Pero demos aquí ya tregua a la insulsa y pesada prosa, para oír algunos versos de la admirable poesía de Bello, a nosotros dirigida, en la que con fervoroso acento nos exhorta a rendir al Cielo, por sus preciosos dones, el más sincero hacimiento de gracias.

A LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA

Salve, fecunda Zona,
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso, y cuanto sér se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das a la hirviente cuba:
No de purpúrea fruta o roja, o gualda,
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
.....
Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales;
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa:
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Emula es de la lumbre del zafiro;
El vino es tuyo, que la herida agave
Para los hijos vierte
Del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,
Que cuando de süave
Humo en espiras vagarosa huya,
Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo,

Y el perfume le das que en los festines
La fiebre insana templará a Lieo.
Para tus hijos la procera palma
Su vario fendo cría,
Y el ananás sazona su ambrosía:
Su blanco pan la yuca,
Sus rubias pomas la patata educa,
Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha
En enramadas de verdor lozano,
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos y franjadas flores;
Y para ti el maiz, jefe altanero
De la espigada tribu, hinche su grano;
Y para ti el banano
Desmaya al peso de su dulce carga;
El banano, primero
De cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
Del Ecuador feliz con mano larga.
.....

II

EL COLOSO DE LOS ANDES

Suiza americana se ha denominado a la altiplanicie del Ecuador. Eslo en efecto: Suiza de alto turismo, Suiza de convalecencia, Suiza de la más pintoresca creación; Suiza de los poetas, Suiza de los geólogos y de los sabios, que tratan de estudiar en sus más variados fenómenos los secretos y las leyes de la naturaleza.

Todos los viajeros han admirado este maravilloso callejón interandino que corre desde el Carchi hasta más allá de Loja, formando una región única en el mundo, la más habitable tal vez para la especie humana. Extiéndese el dilatado antiplano de horizonte a horizon-

te, orlado por el alto relieve de las dos cordilleras paralelas que la estrechan y de los siete nudos que la dividen en otras tantas mesetas parecidas. A un lado y otro destácanse sobre el firmamento aquellos macizos torreones centelleantes de nívea blancura, los mismos que, en su *Canto a Junín*, celebró el Vate del Guayas:

Mas los sublimes montes cuya frente
A la región etérea se levanta,
Que ven las tempestades, a su planta,
Brillar, rugir, romperse, disiparse,
Los Andes..., las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro
Jamás se moverán... Serán eternos
De Libertad y de Victoria heraldos.

En prosa de gran fondo científico, el celebérrimo Alejandro de Húmboldt es quien, en su *Vista de las Cordilleras*, ha dejado la descripción más entusiasta y exacta de estas mesetas encantadas y de las grandezas que encierran. Para aquel genio, el Cayambe, nevado de 5.840 metros es «uno de los más hermosos cerros que puedan verse, y uno de los más altos. Puede considerarse como uno de los monumentos eternos con que la Naturaleza ha marcado las grandes divisiones del globo terrestre.» Refiérese igualmente a su situación, la que corresponde a la misma línea equinoccial.

Viniendo luego a contemplar el Chimborazo, suelta ya las riendas a su admiración.—«Alzase - dice—sobre la cadena de los Andes, semejante a esa cúpula majestuosa, levantada por el genio de Miguel Angel sobre los antiguos monumentos que rodean el Capitolio»; y pasando a proponer una imagen sensible de aquella mole, añade: «Si en nuestra imaginación colocamos el monte Pilatos sobre el Schreckhorn, o el Shreckopfe sobre el Monte Blanco, no habremos podido aún alcanzar la altura del Chimborazo, que tiene dos veces la altura del Etna»; y observa que, si bien el Himalaya eleva sus cumbres a mayor altura, con todo «no pueden éstas proporcionar a la imaginación la variedad de formas características de los Andes.»

Basta haber efectuado unas sencillas excursiones para conocer, como lo hemos practicado, alturas modeladas en forma de león agazapado o de zorra en acecho, para admirar la esbeltez del Quilindaña, que semeja un fantástico campanile de cristal visto desde la cascada del Pichincha, el Antisana que recuerda el «*Ossa super Pelion*», el Iliniza, el más pintoresco de los cerros, según d'Orbigny, compuesto de dos pitones gemelos e inaccesibles. Toda la Cordillera, en fin, es región de turismo, como lo experimentaron, entre otros cien sabios viajeros, Eduardo Whymper quien, a la palma de primer alpinista quiso agregar—como lo consiguió—el lauro de primer andinista; y Hans Méyer, el autor del atlas de nuestros ventisqueros.

Uno de aquellos más célebres observadores fue Boussingault, quien recorrió la región andina al fin del período colombiano. En ponderada frase vierte su impresión sintética—: «Riobamba, escribe, posee el diorama más singular del universo. En el vasto anfiteatro de nieve, que circunscribe por todas partes el horizonte, destácase el Chimborazo, formando juego con los nevados orientales, el Tungurahua, el Altar, el Collanes, el Cubillín, el Condorasto, el Hatillo y el Sangay que, si no se deja ver, se deja oír formidable detrás de la Cordillera Real.»

No va en zaga a los sabios nuestro viejo geógrafo Manuel Villavicencio quien, al tratar del Coloso, alza el tono y canta—: «Esta majestuosa y corpulenta montaña levanta su plateada cúspide como gigante de los Andes, dejándose ver a cincuenta y más leguas. Es el punto culminante de la República»; y pudiera añadirse que la comarca en que se asienta, constituye según cálculos recientes, un polo del globo físico de la tierra, es decir, el término del eje real prolongado.

La gloria del Chimborazo arranca de los tiempos de la más remota prehistoria. en los que verificó periódicas erupciones, cuya señal más evidente es la regia calzada de lava que viene a caer a plomo sobre la pintoresca y florida población de Guano. Los Puruhaes, moradores de la comarca, lo adoraban como a su dios principal y le sacrificaban cada año una doncella. Al ras de las nieves

perpetuas pueden reconocerse todavía los vestigios de la calzada incaica de los altos que recorría la cordillera desde Quito hasta el Cuzco.

A muchos viajeros ha tentado y seducido ese dios de los Andes provocándolos a estudiar sus arcanos. No pocos de ellos los sondearon y dejaron memorias estimables. El primero de estos sabios fue La Condamine, que verificó allí célebres estudios, en especial sobre el péndulo. Pero el primer ascensionista no fue otro que Húmboldt que dejó también consignadas sus observaciones. Siguiólo, en 1823, el Libertador Bolívar y sabido es que, a la bajada, fue cuando dictó su famoso *Delirio sobre el Chimborazo.*

Luego viene Boussingault que efectuó sus dos ascensiones en 1830, y la primera por las faldas del Noreste; pero, al topar con el Mar de nieve que separa la cúspide de la segunda cumbre, hubo de retroceder. Repitió el ensayo inmediatamente, y llegó a 6.004 m., donde tropezó con un farallón altísimo cortado a pico. No obstante se satisfizo con el éxito, por ser aquella la mayor altura alcanzada hasta entonces en el planeta. Faltábanle todavía trescientos metros.

En 1856 se anunció en los Estados Unidos que Rémy había llegado a la cumbre; pero nadie hizo caso de la noticia; sólo quedó consignada en un apéndice del Cosmos.—Varios geólogos como Reiss y Stübel, lo estudiaron; mas de nadie se ha probado que pisase la cabeza del Gigante, hasta que en 1880 Eduardo Wymper acompañado de los dos Carrel, de Chamounix, comenzó por el Chimborazo su campaña andinista a la cumbre de todos nuestros nevados, campaña que terminó asimismo, al medio año, con la última visita al más digno de ellos.

La vía practicable y, como tal, conocida hasta hoy, que va ascendiendo desde el Noroeste por Poguios, Cunuc-yacu y Yanacocha fue la seguida por D. Nicolás Gustavo Martínez, príncipe de nuestros andinistas; probó aquel derrotero con medio éxito en 1906, y en 1911, con toda felicidad, en unión con Miguel Tul, según la hermosa relación en que determina las etapas para toda persona sana y vigorosa.

Recordemos, por último, la ascensión a las tres

cumbres, verificada hace tres años por el turista boliviano D. Raúl Méndez Núñez. La empresa, costeada por «El Telégrafo», se coronó brillantemente con preciosas fotografías de las alturas.

Todos los que han verificado, aun parcialmente, la ascensión del Chimborazo, renuncian a describir el maravilloso panorama que arrebata su vista, y las emociones que embargan su alma ante la inmensidad. Caen instintivamente de hinojos como Képler ante la majestad y grandeza del Criador, que se les revela desde aquel glorioso escabel de sus pies—*scabellum pedum tuorum*—que cantó el Rey Profeta.

En cuanto a la forma misma que presenta el Coloso, contemplado desde su cúspide, refieren que la cumbre principal que huellan, semeja al vivo el domo imponente de una basílica romana rodeada simétricamente de otras cúpulas menores, viniendo el conjunto a presentar una forma de templo grandioso a la gloria de su Autor. En el centro de la llanura de Riobamba, aparece, como un punto centellante, otro templo no menos insigne, obra hecha de mano de hombres, pero imperceptible al lado de la obra del Creador. Es la célebre rotonda del Sagrado Corazón de Jesús, digna residencia de la Hostia Divina en medio de su pueblo privilegiado.

Varios poetas han intentado levantar el vuelo de su fantasía a la altura de aquella majestad; y espérase aún que algún Heredia nacional le llegue a tributar el homenaje que le debe la Patria por él cobijada y glorificada.

III

EL REY DE LOS VOLCANES

Quien ha presenciado alguna vez, a conveniente distancia, una formidable erupción volcánica, queda perennemente impresionado, satisfecho por haber tenido ocasión de estudiar al vivo un espectáculo sublime que en sí compendia y viene a idealizar todas las demás grandezas dinámicas que buscan los turistas en el con-

tacto con la gran naturaleza. Allí se embebe, en efecto, el espíritu en un fenómeno único y múltiple que pone en titánica lucha todos los elementos, todas las fuerzas de la creación al rededor de un centro misterioso y fantástico, que se revela repentinamente como foco de una actividad extraña, superior a todas las energías conocidas, y que sigue sin mengua desenvolviendo una misión impuesta por el Creador, con el aparato de incontenible potencia y los más violentos alardes de terror.

Una explosión súbita de mil truenos; una hoguera que, brotada del seno de la tierra, sube hacia las alturas como para devorar las estrellas del firmamento; el contínuo estremecimiento de la montaña que esparce el espanto a su alrededor; el estridente borbotar del magma que hierve en las concavidades de la caldera; el estallido y eructación intermitente de materias inflamadas, de escorias, de piedra pómez y rocas incandescentes que se proyectan a largas distancias; los combates aéreos de artillería que se suceden en distintas direcciones; los ríos de fuego que evaporan las nieves perpetuas y abrazan a su paso los bosques seculares para precipitarse cual nuevos Niágaras en profundas simas y atajar en su cauce los ríos de agua, improvisando así lagunas en los valles; las tormentas que arremolinan las cenizas, levantándolas yá en forma de tromba arrolladora, yá en forma de compacta y maciza torre que se yérgue recta hacia el cielo, yá en forma de niebla densa y espesa que destierra por varios días la luz solar de una comarca, yá en forma de lluvia que, a modo de nieve, cubre con su manto pardo los campos de varias provincias; pero, más que todo, el alarido feroz, el sollozo acompasado, el gemido histérico, angustioso, interminable del oprimido monstruo: voces yá ahogadas, yá claras y siempre desgarradoras de aquella como alma del mundo que puja en sus agonías, por libertarse de la crisis que la convulsiona; tales son, entre otros mil, los fenómenos que contribuyen a la dinámica vital, tan formidable como misteriosa, que se impone a la pequeñez del hombre en el despliegue mayor de las fuerzas ocultas de la naturaleza sobre los elementos.

El Ecuador ha sido, y no deja de ser aún, un país clásico del vulcanismo. Las regiones del Altar y del

BIBLIOTECA NACIONAL

Antisana, al decir de Wolf, son el paraíso de los geólolos; y lo es cada cono de nuestros nevados para los aficionados a la ciencia, a la alta poesía y al turismo trascendental. Ambas cordilleras están sembradas de antiguos cráteres, entre los cuales se cuenta el del Corazón el más profundo del mundo. Los volcanes más activos en nuestra época son el Cotopaxi, el Tungurahua, el Sangay, el Allcuquiro y el Reventador. De ellos, el principal, el rey incontestable de esta creación, es el Cotopaxi, que con imperial majestad se levanta sobre la provincia de León y se deja ver de media República, desde Colombia hasta el Chimborazo. No hay quien lo conozca y sepa de geografía universal, que no lo ensalce sobre todos los volcanes del mundo.

¿Y cuáles serán las cualidades que se requieran para atribuirle justamente tal corona? Todo juez exigirá, a lo que suponemos, un cúmulo de dotes eminentes que lo hagan sobresalir de entre los tipos más conocidos en el planeta. A nuestro juicio, podrán ser éstas: la historia, la actividad histórica, la potencia, la majestad, la belleza, la altura, la mole, y finalmente sus útiles relaciones con la ciencia. Por todo ello nos parece soberano el Cotopaxi. No siendo aquí posible extendernos en cada una de estas partes, consignaremos siquiera algunas autoridades que los entendidos podrán estudiar para formarse una idea de esa maravilla de la creación estática y dinámica.

Así, en primer lugar, puede asegurarse que es uno de los volcanes que más han *interesado a los sabios*. En un reciente folleto, el Sr. D. Nicolás G. Martínez, el más eminente de nuestros andinistas, ha publicado una prolija bibliografía de varias páginas al respecto, y allí mismo da a conocer los serios estudios de Reiss y Stübel, que pertenecen a la ciencia de la geología y se extienden hasta los grandes satélites de su sistema, a saber, los volcanes apagados el Rumiñahui, el Pasochoa, el Sincholagua y el Quilindaña. Un resumen exacto de las numerosas épocas históricas de grande actividad está expuesto en la historia de nuestros volcanes, obra del geógrafo y geólogo D. Teodoro Wolf. Existen trabajos científicos especiales, sobre la gran erupción de 1877,

publicados por el citado Wolf y el P. Sodiro. Ni faltan otros trabajos complementarios o generales, como los de Karsten, de Franz Hiti, de Hans Méyer, de Whymper y de otros autores conocidos; pero al frente de todos figuran los de la expedición geodésica del siglo XVIII.

De la *historia* habría mucho que decir. Pero aquí nos contentamos con dos erupciones, con dos hechos, el más antiguo que ella refiere y uno de los más modernos. La primera erupción del Cotopaxi es la de 1534, la misma que cubrió de cenizas la celebérrima expedición de Alvarado, y que arrancó las armas de la mano a los guerreros indígenas en la acción más seria empeñada por Benalcázar. Esta demostración de la naturaleza era, según las proféticas tradiciones del país, la señal del Cielo para indicar el fin del Reino de Quito.

El segundo fue la formidable erupción del 25 de Junio de 1877 una de cuyas consecuencias consistió en la caída de una lluvia espesa de cenizas que por cinco horas sumió en completa obscuridad la Capital, distante del cráter más de veinte leguas. El fenómeno infundió a toda la población la persuasión de que se trataba de un castigo providencial, por cuanto coincidía con otro no menos temeroso de género espiritual, cual era la fulminación del entredicho pronunciado la víspera sobre la ciudad, con motivo de la suspensión violenta del Concordato.

La *altura* del nevado suele cifrarse en 5.995 metros, elevación superior a la de todos los volcanes activos conocidos, el Fusi-Yama (3.800), el Popocatepetl (5.500) y el mismo Misti (5.825).

«Su altura, dice Húmboldt, es doble del volcán de Canigú y excede en 800 metros a la altura que tendría el Vesubio, si estuviese colocado sobre la cúspide del Pico de Tenerife.»

Por lo que hace a la *potencia ígnea*, sólo pudiera comparársele, según Wolf, el Sangay. Envía sus cenizas al Océano, a Manaos, a Popayán y a Piura. Enormes bloques de roca incandescente fueron arrojadas a cuatro leguas de distancia. Los testimonios científicos y las descripciones históricas contemporáneas no dejan duda de que la potencia del Cotopaxi haya sido en varias

ocasiones superior a la desarrollada, alguna vez, en los focos más violentos, v. g. en el Popocatepetl, el Puracé, el Guatemala, el Candarave, el Etna, el Kracatoa y otros conocidos.

Pero, al hablar del Cotopaxi, otra capacidad y potencia más formidable aún para el hombre debe tomarse en cuenta, y es la que, abriendo surcos de cincuenta metros de profundidad en las masas de nieve perpetua, las va liquidando y convirtiendo en torrentes asoladores. La inundación hace salir de madre el San Pedro, el Pita, el Jatun-Yacu, el Cutuchi; invade y cubre la llanura de Latacunga y alguna vez invade la misma ciudad. Huellas terribles dejaron, en particular, las formidables erupciones de 1742, 1748, 1766, la de 1768 que fue la más horrible; y las modernas de 1877 y de 1885.

De la *grandeza*, *majestad* y *belleza*, todo lo que se diga sería poco. Dejemos la palabra al Dr. Manuel Villavicencio, nuestro primer geógrafo.—«Ninguna montaña en América presenta una belleza tan caracterizada como el Cotopaxi. Su forma es enteramente la de un cono truncado de exacta regularidad; su nieve es purísima y su distribución en las faldas se hace con tanta simetría que es casi imposible contemplar desde una distancia tan considerable como la en que se divisa esta bellísima montaña, un espectáculo más agradable, más brillante ni más apacible. En las tardes de verano especialmente, cuando la atmósfera pura del Ecuador se encuentra libre de vapores y de nubes, las faldas argentadas de este rarísimo nevado, vistas de lejos, arrebatan el alma aun de las personas que tienen menos hábito y menos propensión a contemplar con entusiasmo las obras magnas de la creación. El color de esta montaña varía como el del camaleón, según la dirección y modo como la hieren los rayos solares. A veces es enteramente blanco; en ocasiones, bañado por la luz del sol poniente, parece una gran masa de oro bruñido; y a veces las sombras nacidas de la distribución de numerosas rocas repartidas en toda su superficie desde su elevada cima hasta su anchurosa base, le dan un aspecto semiviolado, con tintes purpurinos, notables y espléndidos.»

Los efectos de color, se atribuyen en general a la

cortina de nubes que cierra el oriente y sobre la que juegan los arreboles más vistosos y caprichosos. —Séanos lícito evocar aquí un recuerdo personal; y es el haber presenciado la nunca soñada quiebra del primer rayo de sol en la cima. En un punto quedó transformada toda la inmensa mole del cerro en un prisma multicolor de gabinete, sucediendo inmediatamente su transformación en un cono de oro centellante, y parando el inaudito fenómeno que nos tenía enloquecido, en un cono torneado de nieve cristalina y colosales proporciones, con que por vez primera se presentaba el volcán a nuestros ojos extasiados con sus más regios y brillantes atavíos.

«Este nevado—prosigue Villavicencio — apacible, quieto y calmado, inofensivo en la apariencia, contiene en su seno el germen de la devastación, de la ruina y de la desolación de los lugares circunvecinos. La anchura de su *cráter* es de mil varas. Está ribeteado de un filo de rocas traquíticas, que aparece como un negro anillo que corona sus nieves perpetuas. Con sólo amontonar la cantidad de piedra que ha esparcido en su derredor, se formaría un monte colosal.»

De la *majestad* no hay figura poética que nos pueda prestar una descripción regular, y que no resulte inferior a la realidad. En suma, no puede suponerse que quien haya contemplado estos grandiosos «escabeles» de las plantas de Dios, halle punto de comparación que venza a éste en el cúmulo de rasgos soberanos, y pueda merecerle con igual justicia el nombre de Rey de los volcanes.

Aquí vendría decir algo del *interés pintoresco* que reservan sus pliegues al observador. No es menos admirable el Cotopaxi desde este punto de vista. Sólo haremos alusión a la llamada *nieve penitente*, de la que Nicolás G. Martínez nos quiere dar una idea en este rasgo: «Es el espectáculo más hermoso y más raro que se puede imaginar. Un bosque, un laberinto, una ciudad de mármol destruída... ¿qué es lo que puede ser esto? Cómo describirlo?»

Tres nevados hay aún cuyos picachos permanecen vírgenes de las pisadas del hombre, los del Sangay, del Iliniza y del Quilindaña. La ascensión del Cotopaxi no

es de las más penosas, aunque la primera que se registra es de fecha reciente, del año 1862, correspondiendo esa palma a dos Hermanos franceses de las Escuelas Cristianas. Desde entonces visitaron y estudiaron el cráter Reiss (1872), Stübel (1873), Wolf (1877), Thiellman (1878), Whymper (1880), Hans Méyer (1903), Fernando Villacís (1905) y el mayor conocedor del Cerro, D. Nicolás G. Martínez que verificó su primera ascensión en 1906.

Esos grandes prodigios de la creación merecen una historia aparte, que estudie todos los aspectos de su gloria, pues de la grandeza material brotan también, como de las grandezas humanas, los destellos del poder de Dios, creador de todas ellas.

IV

EL CLIMA ANDINO

Lugar común y casi vulgar es el elogio con que suelen celebrar los viajeros la benigna tonicidad del clima en las mesetas interandinas, la pureza del aire, la diafanidad del cielo, con la belleza y demás encantos edénicos de ciertos parajes, como el valle del Angel, la provincia de Imbabura, la hoya de Chillo, la provincia del Tungurahua, los encantados valles de Paute, Cuenca, Gualaceo, etc., etc. Semejantes descripciones contienen las obras de La Condamine, Húmboldt, Bompland, Boussingault, Chartón, Orton, Vlener, Kólberg y de tantos otros escritores que se apasionaron por la Sierra, y la tuvieron por región singular y única, como lugar de habitación para la especie humana.

Descartada la parte de poesía que resalta en algunos escritos, todo hombre que haya probado otros climas, no podrá menos de reconocer, en éstos, muy valiosas excelencias que les aseguran un puesto de honor entre todos los que experimenta la humanidad en el planeta, y señaladamente sobre todos los que gozan los pueblos más

antiguos y cultos del mundo, a saber los correspondientes a zonas templadas desde el grado 40º a 52º de Lat. Norte. Pero ¿cuáles serán esas cualidades, cuyo conjunto podrán suministrar en concreto el concepto de clima feliz, o sea de clima cómodo para la vida, de clima realmente tónico y agradable para el común de las personas?

La primera, la esencial cualidad que todos requerirán desde luego, para la bondad de un clima, es que no se experimenten excesos de calor ni de frío. Pues bien, en ese concepto que es fundamental en la materia y la abarca casi por entero, nuestro clima andino responde muy favorablemente a ese doble requisito. Aquí en realidad puede decirse que «no hace propiamente ni frío ni calor», cotejando la temperatura con la de los países templados.—Por más que llame la atención y provoque a risa a los que han vivido siempre al compás de las estaciones, el fenómeno no es menos real y evidente: aquí no hay temporadas en el año en que la temperatura se mantenga a cierta altura algo notable sobre o bajo la normal. Hablando con propiedad, no existe aquí ni el verano de calor sofocante y persistente, ni el invierno de verdadero frío. Rara vez bajará de 12º c. por algunas horas. En conclusión, es completamente ignorada la sucesión de las cuatro estaciones y aun la existencia de ellas.

Si quisiéramos designar, con todo, ciertas temporadas con el nombre impropio de estación, obvio sería aplicar el de primavera y de otoño con sus accidentes meteorológicos de incomodidad, relativamente ligera. Otoño sería el tiempo en que suele llover más a menudo o de un modo más constante. Esta distribución de aguas corresponde a Octubre y Noviembre y, más de lleno, a los meses de Febrero, Marzo y Abril, recayendo la cerrazón mayor sobre Marzo y Abril. Como en Europa, por algunas semanas, tempestades locales, cortas y violentas, se desarrollan a deshora para quitar la monotonía a la temperatura. Vaya por ejemplo la primera semana de Octubre, señalada con el *cordonazo* de San Francisco.

La explicación general acerca de la igualdad de temperatura templada en estas mesetas intertropicales, se funda

en el principio de física terrestre según el cual la escala térmica va bajando conforme se asciende, desde el nivel del mar hasta las regiones de las nieves perpetuas. La altiplanicie ecuatoriana, a la que nos referimos aquí, y que recorre todo el territorio medio de la República de Norte a Sur, comprende mesetas habitadas, situadas entre 2.400 y 2.900 metros aproximadamente. Las más elevadas gozan de una media algo inferior a 15,° y un tanto superior a 15° las más bajas. Estas cuentan más largos períodos de primavera, y aquellos de otoño. Durante casi todo el día la temperatura en la sombra se mantiene agradable y fresca; pero de advertir es que en las madrugadas, hasta las siete, reina una regular frescura, comúnmente seca y sumamente tónica; y que asimismo baja sensiblemente la temperatura al caer de la tarde, precisamente cuando el organismo cansado parece pedir semejante refrigerio.

Aquí se coloca otro fenómeno complejo y curioso. Es que, en ciertas épocas que llaman de cambios, puede ocurrir y ocurre que en un solo día, recrudece algo el fresco de la mañana con la baja de cinco o seis grados y que por la tarde cae un buen aguacero precedido de un regular bochorno o «sol de aguas», por donde el meteorólogo observa que, en el espacio de diez horas diurnas, han venido sucediéndose los caracteres análogos a las estacionales. Puede el fenómeno reproducirse por varios días consecutivos. Otro régimen de aguas, más constante aún, es el que proporciona una mañana entera de deliciosa primavera bajo un cielo de Nápoles, pero correspondiendo a tan feliz expansión de la naturaleza una tarde lluviosa de otoño cerrado.

Tales accidentes los ha puesto la Providencia para atajar los discursos de algunos quejumbrosos que se lamentan de la monotonía en el clima y echan de menos, de labios afuera, las rigideces eternas e insufribles a que se acostumbraron bajo otras latitudes.

Generalizando y refiriéndose a épocas variables, Orton ha escrito de Quito—: «Su clima no es de estío, ni de primavera, ni de otoño contínuo, sino que cada uno de los días del año ofrece la peregrina combinación de las tres estaciones... La gran llanura de Quito, con-

cluye, constituye en suma un paraíso.»—Esa es la voz común de todos los extranjeros, que se admiran al observar que aquí no se conocen las estufas ni los ventiladores, ni la indumentaria estacional, ni tantas otras necesidades creadas por los rigores del clima en sus países.

De lo dicho podrá el lector inferir justamente que nuestra región interandina constituye un dilatado sanatorio para la cura de muchas enfermedades, y muy especialmente de la tuberculosis, la que consigue curación completa en la mayoría de los casos.

Ahora se nos ofrece que más de un serrano objetará que el fondo de este artículo carece de interés por tratarse del punto más común y vulgar de la existencia, y que no hay en ello materia para sacar una gloria americana. A lo que contestaremos que los sanos no conocen el bien de la salud sino cuando la llegan a perder, y que, si pasan a regiones europeas, bien se les abrirán los ojos para estimar como un tesoro el clima que les parecía tan común. Es el caso de repetir el estribillo virgiliano: «*O fortunatos nimium, bona si sua norint*» – ¡Felices ellos, si supieran apreciar sus bienes!

Otro reparo análogo podrán objetar los moradores de ciertos valles parecidos en las zonas intertropicales. No negaremos que existan; pero sí dudamos que haya una región tan igual en su relieve; y tan considerable en su extensión, en la que como en ésta, pueda constituirse un ejemplar, un tipo representativo y clásico de climas, cual es el *clima andino*.

Todos nuestros asertos queremos que vayan confirmados por testigos. A los apuntados agreguemos el de dos caballeros alemanes, naturalistas, profesores y autores muy conocidos que, después de recorrer estudiando las Repúblicas del Sur, no quisieron pasar de Riobamba, y allí se fijaron:—«¿Qué les ha movido, les preguntámos, para elegir esta localidad por lugar de su residencia definitiva?— «Pues, sencillamente, porque ningún clima mejor hemos encontrado», nos contestaron con llaneza.

El segundo es el de un irlandés, profesor del Instituto por largos años, quien ha vivido en los Estados Unidos, en Centro América, Colombia y otras regiones. Averiguando de él asimismo por qué se había radicado en

Quito, nos declaró no ser otro el motivo de su determinación que el haber hallado aquí el mejor clima de cuantos había experimentado, si bien, añadía que para gozar de un delicioso *farniente*, su recuerdo se volvía a las islas de Tonga. Sabido es, de paso, que esas islas han visto exterminada su población por la tuberculosis.

Al clima serraniego corresponde la agricultura de las zonas templadas, fuera de las profundas hoyas, que forman oasis de productos subandinos, y aun tropicales. Se conocen y prosperan asimismo todos los animales domésticos europeos; pero no las sabandijas y otras mil plagas del clima tórrido, menos aún sus epidemias. Al descuido de sus habitantes se debe que algunos valles hondos se hayan visto infestados de paludismo; pues el clima propiamente andino no conoce particulares fiebres, ni epidemias, ni endemias.—El peligro más común, para la salud, peligro debido a las alteraciones un tanto bruscas de la temperatura, se refiere a las vías respiratorias; otro atañe a las personas de edad propensas a las afecciones del corazón, como dicen. Es achaque que debe atribuírse principalmente a la falta de presión atmosférica, y que se corrige «con ir a temperar» por una temporada en un valle algo más hondo, como los de Pomasqui y Baños.

Agentes de un estío riguroso por la sequedad, pero agradable por su frescura, son los alisios que barren por Julio y Agosto toda la extensión de la Sierra y despejan todas las nieblas del horizonte. Fuera de esto, en todo tiempo reina por doquiera una continua brisa muy agradable que alterna, a ciertas horas, con las corrientes propias de cada localidad; pues no debe olvidarse que es ésta una región de montañas, y que cada pliegue y rinconada de los Andes experimenta, dentro del clima general, sus alteraciones que lo caracterizan.

Hemos terminado; y, con todo, no resistimos al antojo de recitar por broche de oro una lectura de *Húmboldt*, página de síntesis de las más propias de aquel entusiasta y científico explorador de nuestros Andes. Dice así: «Los países que se aproximan al Ecuador tienen otra ventaja.—Es la parte de la superficie de nuestro planeta en que, dentro de una extensión mínima,

la variedad de impresiones dimanadas de la Naturaleza llega al máximum de lo posible. En las montañas colosales de Cundinamarca, de Quito y del Perú, surcadas por valles profundos, puede el hombre contemplar todas las familias de plantas y todos los astros del firmamento. Una sola mirada basta para abarcar majestuosas palmeras, bosques húmedos de juncos, la familia de las musáceas y, sobre estas formas de mundo tropical, encinas, nísperos, escaramujos y umbelíferas, como en nuestra patria europea.

«De una sola mirada se abarcan también la constelación de la Cruz del Sur, las nubes de Magallanes y las estrellas conductoras de la Osa que circulan en derredor del polo Artico. Allí el seno de la tierra y los dos hemisferios del cielo, ostentan toda la riqueza de sus formas y toda la variedad de sus fenómenos; allí los climas, como las zonas vegetales cuya sucesión determinan, se encuentran superpuestos a manera de pisos; allí las leyes del decrecimiento del calor, de fácil determinación para el observador inteligente, están grabadas con caracteres indelebles sobre los muros de las rocas en la cúspide pendiente de las Cordilleras.»

V

EL AMOR DE LA LIBERTAD

Ningún período de la historia humana ha sabido apreciar, tanto como el nuestro, aquel instinto personal y colectivo que llamamos libertad política y civil, y que reputamos por fuente primera del bienestar social al amparo de las leyes y de la igualdad. Del Ecuador puede asegurarse con toda verdad que es uno de los países que más se han distinguido en el amor de la libertad; y tal rasgo no es propio y exclusivo de la época republicana, sino de la colonial, y más aún, si cabe, de la primitiva.

Aseguran los eruditos que, si un ingenio observador se pusiera a investigar y coordinar nuestras crónicas,

quedaría sorprendido al reconocer una sucesión rara vez interrumpida de protestas, desahogos y aun reacciones más o menos violentas contra medidas inconsultas u opresivas. Lejos de nuestra mente justificar lamentables extravíos populares que se desarrollan al soplo de la demagogia; tan sólo intentamos recordar brevemente que nuestros pueblos se lanzaron abnegados a la reivindicación de derechos legítimos y naturales. Evoca con honor ciertos episodios la Historia, «maestra de la humanidad, y testigo de las edades pasadas».

El primer cuadro que ella nos presenta, es el de la resistencia general puesta por todos los pueblos aborígenes de nuestro territorio a la invasión de los poderosos ejércitos del Inca: resistencia heroica, tenaz y reiterada que llegaba a producir implacables iras en el Vencedor, y a ocasionar castigos inhumanos, como la transmigración forzosa de tribus a lejanas tierras y el degüello general de todos los combatientes adversos.

De aquella época en alto grado heroica, sobrevive la memoria de algunos campeones esforzados de la libertad. Uno de los más célebres en la Costa fue Tumbalá, soberano de la Puná. Bien sabido es cómo este pequeño pueblo supo bajo su inspiración defender con ventajas su libertad contra Tumbecinos y Huancavilcas, contra Túpac Yupanqui y Huaina Cápac, contra los españoles y el mismo Atahualpa.

Jefe Supremo de los Cañaris fue el gran guerrero Dumma, quien no vaciló en medir sus fuerzas en desigual batalla con las mejores tropas del Tahuantisuyo. Sangrientas batallas libró contra los mismos invasores hasta caer en la demanda el último soberano del Alto Ecuador Cacha-Shiri Duchicela.

Después de la conquista del Reino de Quito, los Incas se vieron aún en la precisión de emprender otras cuatro campañas contra la nación de los Caras que, triunfante de las mejores tropas peruanas, se vieron a la postre víctimas de una fatal celada, y acabaron, antes que vencidos, sepultados en la gloriosa tumba de la patria, el lago de Yaguarcocha. El empecinado Píntac, que pudo sustraerse a tiempo de aquella horrible carnicería, no trepidó en seguir, con un

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

puñado de valientes, escarmentando con sorpresas al Vencedor, hasta que sorprendido él también, prefirió dejarse morir de hambre antes que declararse vencido, ni dirigir una mirada al exterminador de su pueblo.

El adversario no era otro que Huaina Cápac. Huaina Cápac supo reconocer aquella grandeza de alma; supo honrar al noble prisionero y, apaciguadas ya sus iras, trató de hacer revivir, por un milagro de la política, las cenizas de un pueblo tan digno de vivir por los siglos. En consecuencia la dinastía de los Shiris quedó auténtica y oficialmente incorporada a la de los Incas.

En la guerra contra los españoles, figuraron grandes patriotas como el incomparable Quisquis y su colega el príncipe Calicuchima; Rumiñahui con su séquito de generales quiteños, Rupa-Rupa, Razu-Razu, Quingalumbo, Nina, Zopozopanqui, quienes sólo a la muerte y la hoguera hubieron de ceder, quedando con ellos sepultada por siempre la patria misma y el predominio de la raza.

La primera revolución entre españoles tuvo su apoyo principal en Quito, donde Gonzalo Pizarro, elegido por los encomenderos para sostener su derecho consuetudinario contra las violentas disposiciones de Carlos V, «supo prevenir los ánimos de estos moradores» y triunfar del primer Virrey en las faldas del Pichincha. Esta revolución, que es la primera de las latino-americanas, nació de justos reclamos, pero se precipitó en agresiones injustificadas, y terminó con el suplicio de sus autores.

Otra de las revoluciones más célebres de la América española, es la de las Alcabalas, la cual formuló vivas protestas contra una violenta y poco afortunada imposición del Gobierno en 1592, pero que convoyada por la demagogia se propasó también hasta mancharse con lamentables excesos. Otro motín parecido, aunque no de tan grandes proporciones, estalló en 1765, motivado por medidas restrictivas y se llamó del Estanco. Fresca permanecía todavía la memoria de este levantamiento, cuando se declaró con estrépito otro muy parecido en Boston, ocasionado por cierto derecho insólito de importación impuesto sobre el té; y bien sabido es que consti-

tuyó la primera escena del gran drama de la gloriosa revolución de Nueva Inglaterra.

En Quito estaba ya arrojado al surco el germen que, andando los años, había de brotar y alcanzar una considerable influencia en la emancipación del Imperio español. No se trataba ya, es cierto, de provocar violentas tentativas, sino de fomentar una evolución de ideas sorda y sistemática que, extendiéndose por toda la sociedad criolla, vinculase en su ideal un núcleo numeroso de familias poderosas, hasta que, al soplar de vientos que propiciasen la expansión de aquellas fuerzas latentes, les permitiesen imprimir una transformación al régimen colonial.

En el ocaso del siglo XVIII, y al amanecer del XIX, ninguna colonia hispanoamericana se hallaba como ésta adelantada en el reclamo activo de la libertad política; ninguna manifestaba anhelos patrióticos semejantes, precursores de una próxima emancipación. Ni estaba tan oculta esta expectación de los ánimos que no trascendiese al conocimiento de los gobernantes, pues de tres de ellos consta, por sus informes oficiales, la inquietud que abrigaban al presentir una revolución definida, y al columbrar siniestros movimientos bajo las sombras del misterio. En efecto, esta revolución procedió conforme a un plan preconcebido y sobre la base de derechos jurídicos; celebró sus asambleas, compactó sus círculos de propaganda e irradió a varias ciudades y comarcas. No bien se fue declarando la crisis de la vetusta monarquía en Aranjuez y luego su quiebra en Bayona, cuando nuestros próceres, fiados de su madura preparación, resolvieron lanzarse a la palestra. Lo hubieran realizado en Marzo de 1809, si una denuncia del plan y el pleito consiguiente no hubiesen contenido el Grito de Quito hasta el 10 de Agosto. De todas maneras, de la conspiración y primer Grito de Quito debe decirse que salió como de un foco el impulso que despertó y arrastró las colonias a la emancipación, aprovechando de la crisis que aquejaba a la Madre Patria.

Por más amor a la libertad que habían demostrado los Próceres de Agosto al transformar en patria propia una provincia ultramarina de la Monarquía española, y

al señalar a las ótras la forma oportuna de la emancipación en la noche del 10 de Agosto—fecha inmortal en los anales de la Humanidad con todo, la muerte de ellos, su martirio, digamos, el grito de su sangre vino a constituir un reclamo de mayor trascendencia acaso, un argumento más sensible y elocuente que conmovió definitivamente los ánimos para que diesen el paso decisivo. La Historia de América no ha dejado de ensalzar el heroísmo de nuestros Quirogas, Salinas, Morales, Ascásubis, Peñas, Riofríos y Villalobos, y no sólo por su grito del 10 de Agosto de 1809, sino por su holocausto del 2 de Agosto de 1810. Ni son de suyo, menos gloriosos los nombres de los que sobrevivieron y que, después de haber restaurado la primera obra de transformación, hubieron de caer a la postre víctimas de su amor por la libertad, como los Caicedos, los Rodríguez, los Montúfares, los Calderones y los Antes. Entre todos ellos aparece el héroe del Dos de Agosto, Landáburo, quien, impávido como una roca en medio de las balas, siguió enarbolando la Gran Bandera y que, sólo desangrándose por trece heridas, se dejó caer envuelto en la sagrada enseña. Con su último suspiro se confundió el de la Patria primitiva, la que con él, quedó sepultada. Por segunda vez el Yaguarcocha contempló la muerte de la Patria y de la Libertad.

No prosigamos... Si hubiera proporción, pudiéramos tejer aquí merecidos elogios a los grandes patricios de la República. No es éste por ahora nuestro intento; y por otra parte, en semejante terreno, el celo de cada República hermana conserva sus delicadezas y no consiente comparaciones, las que siempre parecerían odiosas. Con lo dicho quede al menos asentado que al Ecuador no se le debe relegar, ni siquiera postergar, cuando se agita la cuestión de la libertad y del amor patrio.

VI

EL MAS GRANDE DE LOS ECUATORIANOS

El hombre más grande de la América precolombina: hé aquí un tema de agudo interés histórico que puede proponerse a los eruditos de nuestro continente. Algunos de los tipos y representantes de más glorioso recuerdo tienen su memoria perpetuada en el bronce; y brillan sus figuras con inmortal irradiación desde los centros más cultos y populosos del Nuevo Mundo que ilustraron. Erickson en Boston, Lautaro en Santiago, Guatimozín y Montezuma en pleno México.

En cuanto al Ecuador, debemos confesar y lamentar, entre nuestros olvidos y atrasos, el desdén más o menos declarado de las glorias primitivas de nuestro suelo. ¿Dónde, sinó, está la estatua de Píntac, el gran campeón de la libertad ecuatoriana? Dónde el recuerdo de nuestros excelsos emperadores tan conocidos en la historia del Mundo? Dónde Calicuchima, la gran víctima con Atahualpa y antes que él, de la ferocidad del Conquistador ultramarino? — Con festivo desdén y chistosa sorna celebran los graciosos de nuestros círculos, nombres semejantes, a par de un mayoral de hacienda o de un curaca de yumbos napenses.

Dos callejuelas existen en Quito, conocidas apenas de la policía, allá entre el Aguarico y San Diego, que llevan los augustos nombres, célebres en todo el mundo, de Huaina Cápac y Atahualpa, emperadores de todas estas regiones. Si ese es todo el honor que el Ilustre Municipio de la Capital o la Empresa de la Urbanización se ha dignado conferir a tales personajes, del caso será recordar que hay honras que deshonran y vilipendian a los agraciados.

Tiempo es ya de que una sociedad culta y cuerda sacuda ese polvo ignominioso del olvido y ostente en dignos pedestales a las figuras que más profundas huellas han dejado en su historia, o que mayor interés le conci-

lian ante la erudición y la ciencia. ¿Qué tiene que ver aquí la cuestión de razas? La Ciencia reprueba tales vilipendios; el sentido de la cultura repudia indignos chistes; la Historia encuentra en aquellos recuerdos erudición provechosa, y la poesía no vulgares encantos.

Pero, volviendo a nuestro propósito ¿a quién entre todas las figuras precolombinas podremos justamente atribuir la palma de la grandeza? — No hay duda que a aquella que en sí reúna más cumplidamente todas las cualidades de ingenio, poder, sabiduría, majestad, autoridad e influencia, junto con la correspondiente fama que ante la historia haya rodeado su nombre de nimbo inmortal.

¿De qué país pudo haber surgido una personalidad de tales condiciones?—Hasta el día de hoy, la ciencia americanista, por respuesta, no nos señala al respecto más que cuatro pueblos capaces de producirla: el azteca, el maya, el aimará y el quichua. Pero el Quetzacuatl, por legendario, debe descartarse en esta indagación; lo propio que los *Sinchis* del Collao. En cuanto a los aztecas, cierto es que dieron soberanos poderosos en medio de una pujante cultura, pero debe advertirse que aquel pueblo tuvo terribles adversarios; y éstos, mal sujetados o contenidos, no les permitieron ni fáciles ni decisivas conquistas lejos del centro de su gobierno. Por otra parte, esos emperadores vieron siempre limitado su poderío por leyes restrictivas y por exigencias de aquel su horrible Olimpo, sediento, insaciable de sangre humana. En pocos conceptos puede, de hecho, cotejarse la grandeza de los reyes del Anáhuac, con los Hijos del Sol, los Incas, cuyo poderío se sentía favorecido por el Cielo y la Tierra, asentado en régimen comunista y surtido por la increíble prolificación del Monarca. Esos soberanos, óra por la extensión de sus dominios, la pujanza de su ejército, la esplendidez de su Corte y lo sagrado de su persona, óra por la sabiduría de sus leyes, lo sencillo de la administración y la compacta unificación de su jerarquía, habían establecido el Gobierno más glorioso y consistente en el Nuevo Mundo. Todo aquí contribuía a realzar la grandeza humana y a equipararla a la divina, en un modo análogo al que se la atribuía a los grandes monarcas de Asiria, Persia y Egipto. Habida

cuenta de la diversidad y proporción de cultura, ¿en qué género de majestad, poder y grandeza pudieron ser inferiores los últimos de aquellos soberanos, por ejemplo, a un Nabopolasar, a Sesostris o al Gran Mogol?

Si llegamos ahora a fijar nuestra atención en la serie de los Incas, Manco Cápac, Pachacútec, Túpac-Yupanqui y Huaina Cápac son los únicos que pueden presentarse a nuestro análisis. El primero, por razón de su actuación legendaria, no merece detenernos; el segundo, al que pintan algunos como un Salomón, no es auténtico, ni lo es su misma existencia. Santacruz y Oliva, entre otros incólogos que lo omiten, pretenden que ese nombre - que significa *Ordenador del Mundo*—no fue más que el calificativo de otro príncipe; y si con varios autores, se le admite, dista mucho su historia de la aprobación requerida, porque cuanto se lee en ella suena a mito o tipo idealizado.

Queda, pues, el juicio restringido a Túpac Yupanqui y Huaina Cápac. Dos grandezas prodigiosas reconócense a primera vista en aquél: su poder de conquistador y la organización definitiva que impuso a todo el Tahuantisuyo. Esta última grandeza parece en efecto soberana, y no alcanzada en el perfeccionamiento de la jerarquía y la legislación, ni acaso por Huaina Cápac, quien no haría sino darle el postrer desarrollo. En cuanto a la grandeza de conquistador, debe advertirse que Túpac Yupanqui emprendió de hecho más guerras de conquista que su hijo; con todo, éste hubo de volver a renovar casi todas aquellas conquistas, debelando las terribles revoluciones que por doquiera se declaraban. Además, por medio de sus generales, dio por el Norte y el Sur la máxima extensión al Imperio incaico, es decir, hasta los Moluches de Chile, los Calchaquíes de Tucumán, los Chiriguanos del Pilcomayo superior y por el Norte hasta el río Mayu y el litoral de Atacames. Huelga observar que muchos reconocen que no tuvo rival como conquistador y administrador.

Huaina Cápac gobernó un imperio inmenso con un poder incontrastable en el ejercicio de una autoridad paternal. Ningún imperio mayor existió en América; ningún príncipe hubo, en ella, que ostentase tanta ma-

jestad y poderío; ninguno, que se granjease tanta admiración y amor. Llegó la veneración hasta rayar en culto digamos así; pues era tenido por de linaje divino. Si, pues, no lograría la palma, acaso por conquistador de puro nombre ni por creador de la legislación incaica en el grado que su excelso progenitor, en todas las demás grandezas parece haberle superado; y tal es el criterio que prevalece entre los más sensatos incólogos. Razona concienzudamente su parecer en este sentido el Padre Oliva; quien lo tiene por el mayor conquistador entre los Incas. Mayor peso presta todavía a la historia la autoridad de Garcilaso, bisnieto y titulado panegirista del *Gran Topa Inga*, quien tiene al hijo en un todo por incomparable. Realmente, Huaina Cápac mostró serlo en la majestad, en la sabiduría, en el poder absoluto, en la felicidad de todas sus empresas, en la riqueza nacional, en el fomento de las artes de la paz y, finalmente, en la irradiación que siempre ha iluminado su nombre y su memoria.

No corta manifestación de su inteligencia fue el haber reconocido que toda la religión del Sol arrancaba de un puro simbolismo; y prueba de su franqueza, el haber dado a conocer su convicción, deseando sustituír aquel culto por la teogonía más espiritual de los Aimaráes y el homenaje que tributaban a Yatiri, «Deidad que todo lo sabe».

Huaina Cápac no pudo honrar más a Quito que haciendo de ella su residencia favorita y la capital del Norte; no pudo honrar más al antiguo Reino de Quito que devolviéndole la autonomía bajo el cetro feudal de Atahualpa, hijo y heredero de los antiguos reyes, quien fue elevado a la categoría de los Césares, bajo los Augustos.

Concluyamos, Huaina Cápac, hijo auténtico de Tomebamba, el mayor de los ecuatorianos primitivos, resulta igualmente el mayor de los Incas y el más grande de los antiguos americanos, el exponente más encumbrado de la raza americana. Ni está por hacer su apoteosis. Cantóla el Píndaro americano, dentro del canto consagrado a la gloria del más grande hijo de nuestra América Latina.

VII

LA CONQUISTA DEL PERU

El más elemental de los postulados que requiere en el lector la historia de las civilizaciones y de sus grandes hombres, consiste en colocarse dentro del ambiente en que se movieron aquellos héroes, aquellos personajes que figuraron en esa porción de la humanidad, levantando masas, conquistando reinos, ilustrando una región, implantando una cultura, atrayendo la atención de las muchedumbres y polarizando, por decirlo así, la admiración de sus semejantes en una época histórica. Por prescindirse de tan cuerda y sencilla regla de criterio, desvirtúanse a menudo las más bellas y gloriosas figuras, rebájanse las grandezas de un pueblo hasta dejar esfumarse en el desprecio las hazañas más dignas de memoria y los hombres que las llevaron a cabo.

De Huaina Cápac acabamos de observarlo; y otro tanto pudiéramos asegurar de Atahualpa, el último inca ecuatoriano, de la figura no menos patriota que feroz del usurpador Rumiñahui, y de otras notables glorias nacionales, si bien ajenas a la raza blanca. Pero sobre toda ponderación resultaría clamorosa la ingratitud con que se relegara al olvido la memoria del mayor genio guerrero que hubo en América antes de la Conquista española, y cuyos hechos auténticos nos ha conservado la historia. Nos referimos al General quiteño Quisquis, hijo de un orejón cuzqueño, tipo de noble militar, jefe aguerrido, educado en la corte de Huaina Cápac, junto con Atahualpa, con quien le ligaba la más tierna amistad.

Quisquis, a más de guerrero afortunado en anteriores acciones de guerra, ha dejado un renombre imperecedero con la reconquista del primitivo reino de Quito, y de la conquista, para su Señor Atahualpa, de todo el Imperio incaico, el Tahuantisuyo. Quisquis, rayo de la guerra; Quisquis, Capitán invencible; Quisquis, genio superior a todos los generales de su raza; Quisquis, destructor de tronos, conquistador de Tomebamba y del

Cuzco; no hay duda que debe ocupar un puesto de honor entre los más afamados guerreros de la Historia.

El acontecimiento trascendental a que se refiere nuestro relato, es una de las últimas páginas de la gloriosa historia de los Incas, de la más extensa y sin duda la más civilizada monarquía del Continente americano: es la guerra entre Atahualpa y Huáscar, o sea del Ecuador protohistórico contra el Perú protohistórico. No conviniendo todos los historiadores en idéntica relación, como suele suceder con los hechos primitivos, nos atendremos aquí a los más enterados, a los que los narran con la mayor amplitud, como Cabello de Balboa y Urteaga.

Estalló la guerra entre los dos hermanos por la sucesión en el principado de Tomebamba. Los cañaris, súbditos de Quito, optaron por pedir la investidura para su príncipe a la Corte del Cuzco. Atahualpa reclamó en el acto y acudió con humilde ruego al Inca, poniéndole delante la voluntad expresa de su padre de que gobernara en paz por toda la extensión del antiguo Reino de Quito que habían poseído sus padres, los reyes anteriores a la conquista peruana. El Inca, sin tratar de rebatir el alegato, quiso imponer su autoridad soberana, mal aconsejado por los príncipes del Cuzco, quienes se carcomían de envidia por la prosperidad de Quito y se hallaban enconados por la división del Imperio. Pasó Huáscar adelante, y columbrando que Atahualpa se defendería, eligió al General Atoc por jefe de la expedición, al que mandó marchar a la ocupación de la región cañari y a la conquista de Quito.

En efecto, el ejército cuzqueño se apoderó de Tomebamba y, engrosado con el cañari, avanzó hasta Mocha donde el general Calicuchima, príncipe de Puruhá y tío materno de Atahualpa, se vio arrollado por la superioridad de los peruanos y, después de una sangrienta batalla, compelido a retirarse a los desfiladeros de Mulli–Ambato para esperar los refuerzos de Quito.

Entonces, ante el inminente peligro, Atahualpa reuniendo con urgencia todos los contingentes que tenía a la mano, marchó a la guerra con uniforme de simple oficial, arrastrando a todos con su palabra y ejemplo.

Llevaba a su fiel Quisquis, a quien confió todo el ejército. Encontróse al enemigo detenido aún en Mulli-Ambato. La batalla fue encarnizada y Cieza de León da testimonio de haber contemplado nueve años después, aquella llanura sembrada todavía de osamenta humana.

Quisquis no tardó en transponer el Azuay y en emprender la conquista de la provincia rebelde. Defendiéronse los cañaris con el valor de la desesperación. Atahualpa mandó arrasar su hermosa capital, y los residuos de su ejército quedaron aniquilados en Molleturo. Quisquis que mandaba todas las operaciones, ocupó por entero aquel territorio, que correspondía al reino de Quito y que constituía el reclamo de Atahualpa. Ya, cerca de la frontera, aseguró la reconquista, derrotando en Cusibamba, en los términos de Loja, el nuevo ejército cuzqueño mandado por el General Huanca-Auqui, propio hermano de Huáscar.

Atahualpa, satisfecho con haber recuperado las provincias que le pertenecían, mantúvose por varios meses a la defensiva, hasta que, viéndose provocado nuevamente por Huanca-Auqui, mandó a Quisquis invadir el Tahuantisuyo y avanzar sobre el enemigo.

Esta segunda campaña no fue más feliz que la anterior para los peruanos. Presentóse precedido de un cuerpo de diez mil chachapoyas que tenía por invencibles. Pero Quisquis les opuso un contingente igual de esforzados quiteños; y, aprovechándose con superior táctica de la indisciplina de aquellos auxiliares bárbaros, no tardó en dar cuenta de ellos y arrojarlos de rota vencida sobre los batallones cuzqueños que formaban las alas. El río Yana-Yacu, cerca de Cajamarca, se enrojeció aquel día con la sangre de innumerables víctimas.

Por los más serios avisos del Inca y cuantiosos auxilios, Huanca-Auqui creyó asegurarse contra su temible adversario desde las extensas y formidables posiciones que vino a ocupar en las inmediaciones de Bombón. Quisquis, mientras tanto, engrosaba con selección su ejército y, conforme iba avanzando, pregonaba el bando de sumisión al nuevo soberano. Echada estaba la suerte; consciente de su superioridad táctica, fiado en el valor de sus veteranos de Quito y de buenos núcleos de miti-

máes aimaráes del Collao, iba en derechura rumbo al Cuzco, resuelto a apoderarse de la Capital del Imperio. La formidable batalla de Bombón, adversa también al Perú, difundió el terror por doquiera. Ninguna revolución, ninguna crisis, ninguna guerra a que los Incas habían tenido que hacer frente, se parecía a aquella invasión irresistible.

Fuera de sí, el Inca afrentó a su hermano el Generalísimo, enviándole un traje de *coya* con orden expresa de vestirlo; ordenó grandes hecatombes para hacerse propicio al Cielo y, no permitiéndole la Corte marchar al ejército, mandó como jefe a Mayta-Yupanqui, quien, a pesar de su alta competencia, no pudo tampoco resistir eficazmente a la estrategia del Conquistador. El valle de Yanamarca fue teatro de una batalla que se prolongó por un día entero. No menos reñida fue todavía la de Angoyacu, perdida, como todas, por el Inca.—Sin embargo la vanguardia al mando de Calicuchima hubo de sufrir en el avance un fuerte revés, el que no se trocó en derrota, sólo por la oportuna llegada de una reserva despachada por Quisquis. El ejército quiteño tomó sus cuarteles en Jaquijaguana a corta distancia de la Capital.

La consternación en el Cuzco había llegado a su colmo. Huáscar agotó todos los recursos por salvar la Capital, el trono, su fortuna y su honor. Con su presencia en el campo de Quipaipan, esperó levantar el ánimo abatido de sus soldados; pero mal aconsejado por desgracia, y con el fin de ser visto de todo el ejército, rodeóse de un aparato vistoso, que fue ocasión del desastre final. En efecto, Quisquis, al advertir tamaña imprudencia, hizo converger todas sus fuerzas hacia aquel punto y no tardó en divisar que una columna de los más esforzados veteranos quiteños alcanzaba a romper la guardia imperial. En el torbellino del horroroso combate cayó el Inca del Cuzco, y con él todo el imperio, en manos del Rey de Quito, quien en aquel mismo campo fue proclamado por soberano único del Tahuantisuyo. Huáscar había de apurar hasta las heces la copa del desengaño, viendo arrastrar al suplicio todos los miembros de su familia y siendo arrojado él mismo en una fortaleza, hasta que Atahualpa dispusiese de su suerte.

BIBLIOTECA NACIONAL

La historia de los Sinchis y de los Incas se encuentra llena de guerras y grandes conquistas. Pero, de ningún Inca ni de general alguno se refieren semejantes hazañas; pues, si otros se distinguieron venciendo uno tras otro pueblos inferiores en táctica, armamento y combatientes, Quisquis venció, arrolló y destruyó todos los ejércitos más aguerridos, los mejor equipados y mandados que poseía el Imperio: fue el vencedor de los mayores guerreros, el vengador del Reino de Quito y el Conquistador de los conquistadores. Con tales hazañas, Quisquis se colocó, sin competencia, al frente de todos los conquistadores y guerreros de la América antigua.

VIII

EL PALADION DE QUITO

De entre el cúmulo de supersticiones practicadas por los pueblos cultos de la antigüedad, muy característica y simpática era para la historia y la poesía la costumbre de colocar a la patria o a la ciudad natal bajo la tutela de una divinidad con la cual se creía especialmente vinculada. ¿Quién no recuerda el papel trascendental que, bajo este respecto, desempeñaban ciertas deidades en los poemas de Homero, en los dramas de Esquilo y Sófocles, y con más especialidad aún, si cabe, en la Eneida? El ejemplo de más clásico recuerdo es quizás el culto público que el pueblo más civilizado de la antigüedad profesaba a su *Palas Athene*, bajo cuyo amparo colocaba todas sus empresas, mayormente desde que sus ojos pudieron contemplar la creación de Fidias. *El Paladión*, prototipo de tantos otros, presidía desde el Acarópolis los grandes destinos de aquel pueblo genial.

Partiendo de una base religiosa igualmente, pero emanada de la verdadera fe y fundada en cristiana esperanza, las sociedades vivificadas por la religión revelada, reconocen también la poderosa intercesión de los santos protectores, y no dejan de patentizar con públicos ho-

menajes su gratitud por los beneficios recibidos y por la providencia que vela sobre ellos, y que los asiste y defiende. Así la fe española, al fundar una nueva población, la colocaba bajo el amparo de algún santo, con cuyo nombre se enorgullecía. De allí las denominaciones de San Francisco de Quito, Santiago de Guayaquil, Santa Ana de Cuenca, San Miguel de Ibarra, San Pedro de Riobamba y así de todas nuestras antiguas localidades.

La Madre de Dios, bajo varias advocaciones históricas, ha presidido también los destinos del Ecuador católico, siendo las principales, con la Inmaculada, las del Rosario, del Quinche, del Cisne, de Guápulo, de Loreto, y de un modo más oficial, más constante y más portentoso y, digamos, más histórico, *la Virgen de la Merced de Quito*, el verdadero paladión de la Capital.

Aquí nos proponemos hacer un ligero recuerdo relativo a la historia prodigiosa de esa Sagrada Imagen, la más célebre y venerable, a lo que creemos, de todas cuantas son honradas por patronas de las ciudades suramericanas. De ello dan testimonios oficiales, irrecusables los Archivos de ambos Cabildos coloniales conservados de cuatro siglos acá, pero sobre todos, la auténtica documentación del Convento de la Merced. De todo ello dan confirmación las más diligentes investigadores como el Ilustrísimo González Suárez, el Rdmo. Sr. Dr. Julio Matovelle y, aun más que todos los historiadores, el Rdmo. P. Joel Leonidas Monroy, Visitador de la Orden y revelador de todos los tesoros de aquel histórico Santuario.

Los orígenes del patronazgo de la Virgen de la Merced sobre Quito, se pierden en los orígenes mismos de la ciudad; pero la primera explosión popular, digamos así, hacia la celestial protectora, arranca de una fecha muy célebre en nuestros anales. El Ocho de Septiembre de 1575 es, en efecto, la fecha de la una formidable erupción del Pichincha, erupción acompañada de tales convulsiones que la ciudad creyó llegado el momento de verse reducida a escombros. Tal fue la noche producida por las cenizas, tal la granizada de escorias que cayó sobre los tejados, tales los ruidos subterráneos y los estremecimientos del suelo que amenazaba por momentos abrirse para

tragar a los moradores, que éstos, representados por los Cabildos del pueblo y del Clero, no dudaron hacer el voto de celebrar, si la Virgen los libraba de una catástrofe, una fiesta anual de acción de gracias, precedida de una procesión de penitencia. Apenas descendida de su altar y colocada en la puerta frente al volcán, la Virgen acalló todo aquel temeroso aparato de los elementos que parecían anunciar una ejemplar demostración de la Justicia divina.

En una ocasión parecida, en 1612, volvió a renovarse la jura con particular solemnidad; pero, entre todas las efemérides de la histórica Imagen, descuella el 26 de Octubre de 1660; fecha en que el socorro providencial de la celestial Patrona se hizo sentir con extraordinaria providencia. Era aquella la última erupción del Pichincha y también la más formidable de todas, comparable a las del Cotopaxi, y una de las que más terrífico recuerdo han dejado en la historia de América.

Si bien la Virgen de la Merced era invocada en todas las calamidades públicas que experimentaba la Ciudad, de un modo muy particular comenzó a serlo bajo la advocación de la Virgen del Terremoto, y venerada con fiesta propia de tal, desde la crisis sismológica que no cesó de sacudir y quebrantar la población en los días 27, 28 y 29 de Abril de 1755.

El erudito creyente que estudia a conciencia la historia de las más florecientes ciudades del Reino de Quito, no puede contener la dolorosa impresión que le produce la sucesión de las catástrofes causadas por todos los elementos. Portoviejo y Montecristi, Bodegas y otras ciudades del Litoral, devoradas por el fuego; Guayaquil, renovada asimismo después de periódicos incendios, víctima condenada a resucitar cada veinte años de sus cenizas; Latacunga, destruída una vez por el terremoto, y otra por la inundación producida por el derretimiento de la nieve de su terrible vecino, el Cotopaxi; Ambato, arrebatada asimismo por la inundación producida por otro mal vecino, el Carihuairazo y otra vez arruinada por el terremoto; Riobamba, Alausí, Ibarra, cuyos desastres recuerdan fechas horripilantes en la historia geológica del Continente. Apenas han escapado sin mayor

quebranto de no menores peligros Cuenca y la Capital, las que saben agradecerlo a la protección de María Santísima del Rosario y de la Merced de cuyo amparo se glorían. Los autores citados pueden dar altísimos y elocuentes testimonios de aquella singular protección en toda clase de peligros por parte de los elementos. Pero nuestro Paladión cuenta otras muchas clases de glorias, de las que vamos a citar alguna que otra en apoyo de nuestro aserto inicial, remitiendo el lector por lo demás a la historia extensa de la Virgen de la Merced de Quito.

No es para olvidado el recuerdo que consagró el Vencedor de Pichincha. Atribuyó a la Virgen de la Merced su triunfo, por haberla invocado desde la altura en los momentos más críticos de la batalla, y mandó luego celebrar una fiesta anualmente y con asistencia oficial, a su nombre y a nombre de Colombia, por la liberación del país.

El pueblo católico, debidamente representado en la Convención de 1850, resolvió dar un testimonio público de gracias a la Madre de Dios en esta su clásica advocación, y, queriendo poner a la República agradecida bajo el patronato de María, no eligió otra, sino ésta, ya tan aclamada por los pueblos.

El año de 1861, otra Convención dio nueva acción de gracias pública a la celestial Patrona, especialmente por el triunfo de Guayaquil del 24 de Septiembre del año anterior, y confirmando el decreto de los Vencedores, Doctor Gabriel García Moreno y General Juan José Flores. En dicho documento era la Virgen oficialmente proclamada Patrona de las Armas de la República.

El recamarín contiene piezas y exvotos de carácter histórico, entre otros, los bastones de mando de Flores, de Rocafuerte, de García Moreno y Caamaño.

En medio de la persecución del laicismo masónico que lo tiranizaba bajo el sarcástico sofisma de la libertad de conciencia, la devoción del pueblo se exaltó más y llegó al colmo, con la consagración del templo de la Merced en basílica y con la coronación papal de la augusta Efigie. Consérvase el recuerdo de aquel grandioso acontecimiento de nuestra historia eclesiástica en una obra importantísima de prensa, la de más valía quizás

editada en Quito y realzada con muestras magistrales de nuestra literatura sagrada contemporánea. El suceso referido es de 1918.

IX

EL PRIMER MONUMENTO

Portail de Reims et nef d'Amiens,
Tour de Rouen et chœur d'Albi

En este expresivo dístico concretó el genio francés el cuádruple *desideratum* de su ideal sagrado en el arte gótico. Sin embargo el idealismo, ante la realización de sus últimos ensueños, suele emprender nuevos vuelos sin lograr detenerse con toda satisfacción en la expresión de sus conceptos. Así es cómo el esfuerzo ideológico sucesivo viene a formalizar la ley del progreso.

El genio ibero, en dos órdenes de arquitectura, ha pretendido él también cristalizar la idea suprema del arte. A su impulso surgió la catedral de Burgos; surgió el Escorial y, ante esa doble creación de igual altura, pareció tocar la meta ideada y esperó a los rivales y a los críticos.

Quito — *si parva licet componere magnis* — la remota y retirada Quito, encendida en celo religioso y asistida de una mentalidad artística, puso ella también un día los ojos en las cumbres del arte, y resolvió emplear sus facultades en labrar a la Divina Majestad tronos y palacios no indignos de su grandeza. Un pueblo modesto del Continente no quiso dejarse vencer por otros más favorecidos en las manifestaciones del amor, del culto y del vasallaje. La justicia histórica en ese punto no ha desconocido su mérito. No existe actualmente erudito en achaques de arte, que no reconozca para Quito la primacía del arte suramericano.

Las artes sagradas en que queda vinculada esa primacía, son la Arquitectura, la Escultura, la Pintura, la

Orfebrería, el Tallado con todo género de ornamentación artística. Cierto es que la mayor parte de nuestras obras pertenecen a un género menos clásico, el plateresco; pero ningún monumento europeo de dicha clase ostenta acaso la medida, la estética, la riqueza, la originalidad, la perspectiva y en general la perfección realizada en los soberbios alardes arquitectónicos que posee este rincón del imperio colonial español, ya que en justicia goza fama de ser el relicario de la Colonia.

«Quito—dice Andrade Coello—es un pueblo selecto y genial: sabe entusiasmarse ante su positiva herencia de arte... ¡Cuánta responsabilidad para los gobiernos, llamados a custodiar las venerables y preciosas opulencias! En los templos se han refugiado. Allí se conservan algunas de ellas que, siendo pocas en comparación de las que tuvimos, resultan muchas y excelentísimas, si se las aquilata y recuenta, comparándolas con las que posee la América Hispana. Quito, a pesar de los despiadados despojos, es un inmenso santuario: encierra sacras prendas, maravillas tales que son fama y envidia del Continente.»

Por lo que hace al arte del monumento, el ensamble de dos templos podría cristalizar el ideal concreto de nuestra arquitectura en todo el esplendor de su originalidad y de su perfección. Ni habrá necesidad de recorrer distancias con el fin de operar la combinación de los edificios. Las dos joyas, San Francisco y la Compañía se hallan a una cuadra de distancia, separados tan sólo por una plaza. Al primero distínguenlo, entre otras grandezas, la imponente majestad del frontispicio y la excepcional situación del cuadro natural en que se perfila; al segundo, desde la misma fachada, todo cuanto puede contribuir a dar caracteres de perfección tanto en la técnica del estilo como en la ornamentación, todo se ha derrochado en orden al destino de un monumento sagrado, levantado para digna residencia de la Hostia Santa.

Alce los ojos el observador, colocado en el artesón de la Compañía o en los altos del Banco Central; y no podrá menos de sentirse transportado ante esa mole única de arte humano que se destaca sobre el pintoresco

lienzo verde del Pichincha, compuesto del Ungüi—el torreón inclinado de Lloa—del Tilibulo, y del glorioso Repecho de San Diego: lienzo soberbio flanqueado a la derecha por el Cruz Loma y a la izquierda por el Panecillo; lienzo apacible, corrido para cubrir el aspecto lúgubre y amortiguar los importunos resoplidos del Huahua-Pichincha. Sobre tal fondo, trasladado de Neufchatel, yérguense las esbeltas torres gemelas, a cuyos pies cae a plomo la monumental fachada, y se desarrolla al modo del Escorial y conforme a los planes del mismo Herrera, sobre el inmenso y artístico atrio que domina la plaza y una gran parte de la ciudad.

Jorge Juan y Antonio de Ulloa, González Suárez y nuestro principal crítico de arte, el Doctor José Gabriel Navarro, celebran a porfía el derroche de caudales y de ingenio acumulado en esa fachada sin igual. El historiador Franciscano Fray Diego Córdoba y Salinas, el P. José M. Compte y el viajero francés Jorge Lafond, hablando del Convento mismo, lo juzgan por el más capaz y grandioso de la América entera; y no acaban de ponderar los primores de arte arquitectónico regados en él por doquiera con profusión inaudita, y mayormente en la suntuosa iglesia. A San Francisco pertenece indudablemente el mayor cúmulo de obras maestras de nuestra historia cultural.

Sin embargo, si se trata de estudiar, no la abundancia de producciones, sino la selección, el gusto, la medida estética, y la más perfecta combinación de los elementos en una sola muestra representativa, todos los artistas conceden tal primacía a la Compañía.

En el año de 1925 hizo alto en Quito la célebre expedición *Italia;* y el gran maestro D. Julio Aristides Sartorio pudo revelar al mundo artístico el enorme descubrimiento de un arte arquitectónico digno del mayor interés, cuyas manifestaciones esparcidas en Buenos Aires, Córdova, La Paz, El Cuzco, Lima y otras capitales le habían sugestionado por la atrevida combinación del churrigueresco con elementos mudéjares y búdicos. Pero no lo vio perfectamente desarrollado sino en Quito, mayormente en San Francisco y en la Compañía. Aquí su estudio quedó completado sobre aquella escuela,

BNE

hasta él confusa y medio fabulosa. La Compañía una vez más triunfaba sobre todos los monumentos americanos, no por su forma general del Gesú de Roma ni por otros detalles más o menos clásicos, sino por ser el ejemplar típico y plenamente representativo de esta nuestra arquitectura americana. – «A nosotros, visitantes italianos, concluye Sartorio, visto de cerca el arte americano, nos produce el efecto de una mezcla exótica de leyenda oriental y de exaltación occidental; y ejerce fantástica sugestión. Las iglesias y monasterios, que son el *substratum* de la sociabilidad suramericana, desarrollados al través de siglos de silencio y secreta transformación, son para nosotros desconocida historia. En ellos el espíritu ha creado una expresión elocuentemente católica, que representa una transformación del cristianismo.»

De la admiración pasa luego el Sabio a la exhortación acerca del deber de defender y conservar los tesoros de la antigua cultura en todo este Continente –: «La cultura de América Latina, dice, no puede permitir esos sacrilegios... las organizaciones culturales imponen un dique enérgico y activo; y el Ecuador que es para la América lo que la Sicilia para la Magna Grecia, la cuna de las artes tradicionales, tiene un taxativo deber de cultura. Monumentos como la iglesia de la Compañía de Jesús de Quito son raros aun en el Viejo Continente... Quito, más lejana de las corrientes innovadoras, conservó en sus habitantes, mejor que en otras ciudades, el sentido y la práctica de las artes. — Quito, sin arte gótico — que nació para el futuro —, no se deje defraudar jamás por la presionante modernidad, y conserve para el porvenir puro de la América Latina la forma y el alma con la cual nació.»

Después de la digresión importante, que sabrá agradecernos el lector, sigamos tocando brevemente el asunto que tratamos. Los profesionales que fijan su atención en la audacia y admirable proporción del cimborio, de la cúpula terminal y de las arcadas, en la pureza de las líneas del cornisamento y del plinto, pásmanse de que la ornamentación omnímoda derramada con tanta profusión, no produzca ofuscación y efectos de recargo, con-

fusión y hastío, sino una impresión apacible de orden, de riqueza selecta y de perspectiva admirablemente calculada.

El estudio analítico sorprende aun más si cabe que el de conjunto. El retablo central y los laterales, el baldaquino, el púlpito, el coro, las columnas corintias y salomónicas, las tribunas, la mampara, los pilares, los nichos y hornacinas, las figuras, todas las partes integrantes con su basamento, altos y bajos relieves y los infinitos detalles en que se desarrolla la originalidad del arte nacional en piedra, estuco y madera: todo se convierte en particular y fecundo objeto de estudio, formando singular contraste con el aparato sencillo y desnudo de la estructura moderna. - Moscoso sacó doscientas fotografías, a cual más admirables, del santuario. Lazo y Noroña espigaron aún con provecho; y Navarro ha compuesto un álbum de alto interés artístico, de los diez y seis cuadros de los Profetas, preciosos lienzos que ornan el intercolumnio con los característicos confesonarios del siglo XVII.

Antes de la colocación, hacia 1888, del inmenso órgano parisiense de Cavall y Coll, el ventanal de la fachada, al recibir de golpe el sol de la mañana, inundaba fantásticamente todo el recinto tapizado de bruñido oro, convirtiéndolo en el templo de la gloria.— De la fachada labrada toda de piedra existen estudios artísticos, que la catalogan asimismo como el ejemplar más perfecto del Arte Colonial.

No nos es posible detenernos aquí en descripciones ni en datos históricos. Pero pueden el curioso lector y el artista acudir, para estudios particulares, a los finos análisis del Dr. José Gabriel Navarro, que contiene su obra premiada en España por la Academia de San Fernando, «La Escultura en el Ecuador» capítulo X, y la otra más completa, que intituló «La Iglesia de la Compañía en Quito».— Concluyamos con este meritísimo crítico—: «No hay duda que este templo es verdadero relicario de bellezas tan sólidamente ligadas como si hubiesen brotado en un solo momento, para hacer de él una de las maravillas del arte universal.»

X

EL ARBITRO DE LA PAZ

EL TOSTADO AMERICANO

Uno de los más excelsos varones que honraron al Ecuador en la época colonial, tanto por su virtud y letras como por la rectitud y felicidad de su gobierno, es el *Ilmo. Sr. Fray Gaspar de Villarroel*, obispo de Santiago, de Arequipa y luego Arzobispo de Charcas: Prelado de los más eminentes en todo el Continente, gloria de Quito su patria y de la Sagrada Orden de San Agustín.

Ese alto personaje de la Iglesia Americana, tan celebrado durante el régimen del Patronato español, distinguióse por su actuación literaria y dejó materia abundante para dilatados e interesantes estudios en los ramos que cultivó.

D. Gonzalo Zaldumbide, que le consagró uno de sus primeros estudios sobre las Letras patrias, se fijó particularmente en la encantadora y clásica narración de los episodios y anécdotas que amenizan aquellas elucubraciones de ciencia antigua, y no duda que Villaroel sea quien diera pública y formalmente principio a nuestra literatura.

«La historia de la literatura ecuatoriana puede — dice—comenzar con el nombre de uno de los escritores más importantes, más singulares y más amenos de cuantos produjo la América colonial.»

Otro aspecto literario del Autor será el de *orador*, pues fue contado entre los mejores de su tiempo, y por ello condecorado con el título de predicador de la Capilla Real. Edificó, en efecto, los mejores auditorios de la Corte de Madrid, de Sevilla y otras ciudades de la Península.

Grandeza no vulgar es asimismo la ya apuntada de la fecundidad literaria de Villaroel. Vocación decidida tuvo para escritor, a cuyos impulsos correspondió con

afán, atestiguando que el hábito de la pluma había llegado a crear en él una necesidad, uno como instinto de comunicarse con ótros y de producir en las almas los frutos que en sí había experimentado. Así es como se explica la fecundidad de ese coloso de mediados del siglo XVII. La colección de sus obras comprende tres tomos de panegíricos, Cuestiones quotlibéticas tanto escolásticas como positivas, Sermones morales, Comentarios de la Sagrada Escritura, Historias eclesiásticas y morales; y finalmente otras dos enormes volúmenes que llevan por epígrafe «Gobierno Eclesiástico Pacífico.» Suman en todo doce enfolios, caudal de producción individual que no fue superado en el Reino de Quito, ni como se asegura, en todo el Imperio colonial español.

Pero viniendo al timbre que motiva más particularmente estas líneas, digamos que va encerrado en el mismo subtítulo de la más conocida de sus obras, la última de las enunciadas, y que lleva por epígrafe *Unión de los dos Cuchillos, pontificio y regio.* Halló el término medio para el desenvolvimiento paralelo y expedito del doble gobierno de las Indias, el político y el eclesiástico. Describe allí, después de haberla él mismo practicado con todo éxito, la conducta armónica de las Autoridades de la Colonia, el ensamble entre la doctrina legislativa de las Cédulas Reales y la legislación del Consejo de Indias con el Derecho Canónico interpretado por los escritores más autorizados.

Nada extraño fue, así, que el *Gobierno Eclesiástico Pacífico* llegase a ser no sólo el texto obligado y la autoridad clásica en tales materias, sino obra de consulta de imprescindible necesidad en todas las Academias y Curias, al lado del Solórzano, y aun como intérprete de éste en multitud de casos oficiales. De ello dio un valioso testimonio el mismo Campomanes, diciendo que Villaroel había dejado «admirables documentos para el uso e inteligencia del derecho de patronato real.»

El bien que produjo la obra no es dable calcularlo, toda vez que venía a llenar el mayor vacío para la recta administración de estos inmensos dominios. Casi todos los disturbios provenían en efecto de la arbitrariedad y violencia con que se aplicaban las leyes civiles, introdu-

ciéndose gracias a la confusión de disposiciones encontradas, el desorden y el atropello en todos los ramos, muy particularmente en lo referente al Patronato de Indias. Los abusos en ese punto eran frecuentes y clamorosos; y la Iglesia rara vez lograba defender sus fueros, viéndose reducida a gemir y a ceder hasta el servilismo. Villaroel se dedicó a aclarar y a desenmascarar con su talento universal; desenredó en lo factible, el laberinto forense formado como adrede por la balumba creciente de documentos contrapuestos.

Sólo un Villaroel, con su vasta erudición, su autoridad generalmente acatada, con el profundo estudio de ambos Derechos, y la práctica cabal unida a la teoría, pudo lograr la deseada armonía en tan delicadas materias, y merecer bien de la Iglesia americana. Esta le tributó una corona inmortal, la corona de *Pacificador*, pues mereció realmente el dictado de Arbitro de la paz entre los dos Poderes y las dos Justicias, este esclarecido hijo de Quito.

El mismo autor fue el primero en llevar a la práctica cuanto en su libro había enseñado.—«Este gobierno pacífico, de que trato es, decía, el que yo practico», aserto que confirmó solemne y oficialmente el Presidente del Reino de Chile, asegurando «no haber encontrado en todas las Indias un prelado tan pacífico.»

Del gran Arzobispo, además de nuestros historiadores, han tratado el R. P. Fray Nicolás Concetti O. S. A., en la *República del Corazón de Jesús*, el Dr. Pablo Herrera en su *Ensayo sobre la Literatura Ecuatoriana* y en la *Antología de Prosistas*, D. Camilo Destruge, el historiador González Suárez, D. Isaac Barrera, el P. Vásconez y, como vimos, Gonzalo Zaldumbide.

El célebre escritor chileno D. Benjamín Vicuña, después de celebrar en un discurso solemne la heroica abnegación y el desprendimiento de este insigne Prelado, concluye que «era hombre eminentemente notable y aun el más distinguido, por ciertas prendas de carácter y corazón, entre todos los que han gobernado la diócesis de Chile.»

Igual concepto se formó de él nuestro *Campos*, quien lo denominó el *Tostado americano*, agregando: «Es indudablemente el astro más brillante del siglo XVII

en la literatura y en la ciencia, de entre la pléyade de hombres ilustres que dio en aquel siglo el Mundo de Colón.»

Concluyamos, en virtud de estos y otros textos de autores serios, que al menos se hallan reunidas en aquel eximio varón tres glorias distintivas, soberanas, culminantes, cuales son las que estudiamos en esta galería.

Villaroel fue el principal árbitro de la paz en el gobierno de las Indias Occidentales; fue uno de los fundadores de nuestra literatura clásica, y aun su primer iniciador en la prensa. Finalmente fue un polígrafo de extraña envergadura, hasta merecer el título de Tostado del Nuevo Mundo.

XI

LA ESCULTURA QUITEÑA

En el año de 1854 descubrióse en Chordeleg, localidad del Azuay, una cámara subterránea que contenía numerosas momias sentadas, adornadas de riquísimas preseas de oro, armadas de lujosas tiraderas y realzadas, en sus vestiduras, con chapas metálicas y dibujos simbólicos. La ignorancia y la codicia—triste es recordarlo—privaron a nuestra ciencia arqueológica de un tesoro, que habría servido para fundar los primeros estudios científicos relativos a la brillante civilización cañari anterior a la incaica.

Tales despojos de tesoros artísticos, no sólo prehistóricos, sino coloniales, de obras maestras notorias, no han dejado de repetirse, con un pretexto u otro, o a hurtadillas, hasta los últimos lustros, en que el Gobierno intervino para poner coto a la codicia de artistas, extranjeros por lo común, operadores a la barata en este museo abierto que es la ciudad de Quito.

Después de expresar, según vimos, sus ideas acerca del barroquismo americano, D. Julio Aristides Sartorio

pasa a exponer lo que ha despertado en él la contemplación de nuestro arte escultórico. «La ciudad de Quito, dice, tuvo una verdadera escuela de escultura y, desde el siglo XVI, llegó a ser la oficina de las estatuas sagradas que han poblado los altares de Méjico, Colombia, Perú, Chile y Argentina. Todavía hay tiendas de escultura... Los Cristos crucificados son innumerables, derivados muchos de ellos del célebre sevillano de Montañés, y apreciabilísimos algunos. Esta escultura, en la cual indios como Caspicara y José Díaz manifestaron cualidades de verdaderos y grandes artistas, tuvo su centro de expansión en Quito; y a los estudiosos americanos incumbe, no sólo un largo trabajo de investigación, sino también de examen estilístico.»

El primer crítico que se ha lanzado a este examen histórico y científico de nuestra escultura, fue el Dr. D. José Gabriel Navarro quien, después de ir publicando su *Contribución al arte quiteño* desde 1920, dio un compendio de sus trabajos, con el que se ha conquistado, sobre todos los críticos de arte americano, las simpatías de las Academias de la Madre Patria. Gracias a él es reconocida la primacía de nuestro arte sagrado, como una de las más puras glorias de este pueblo piadoso.

Excusado es decir que, bajo el título de escultura, dicho autor no sólo estudia las estatuas, sino los retablos, baldaquines, hornacinas, volutas, tribunas, sillerías, artesonados, zócalos, todo género de tallados y cinceladuras que en mil y mil formas entran en la ornamentación de cualquier templo, con sus dependencias y los objetos de uso en la liturgia.

«Todavía pueden contemplarse —dice el entendido artista D. Carlos Manuel Larrea R.— ricas tallas cubiertas de oro refulgente por lo bruñido; muebles primorosos de taracea, barqueños, cueros repujados, figurillas de madera, marfil y coroso; alfombras, damascos y encajes, brocados y tapices, esmaltes y joyas peregrinas, hierros forjados, aldabones y cerraduras cinceladas; cerámicas, porcelanas, lozas; códices miniados, ejecutorias y cantorales, que están proclamando a Quito como centro de cultura, de refinamiento artístico y buen gusto.»

Por doquiera campea el arte soberano y el más diff-

cil de la figura humana con sus proporciones, colorido, animación, indumentaria y otros caracteres propios de nuestros artistas. Estos, no siempre originales en el concepto ni acertados en la erudición, son sobresalientes por su ejecución y por los rasgos geniales.

La crítica nos advierte que la característica de esta escuela es toda de fondo y consiste en la expresión de un realismo sorprendente, crudo en veces, y casi siempre tomado en el paroxismo de una situación crítica. Este rasgo ha servido a Sartorio para encarecer hasta tal punto la semejanza con el arte indiano y del Extremo Oriente que asienta una impresión formal de identidad entre no pocas efigies de nuestros santos con los ídolos de estilo budístico.

Encantadora es la página en que el Dr. Navarro, fundado en los datos económicos de las cofradías conservados en el archivo de S. Francisco y en otros, nos hace penetrar en ciertos antiguos talleres de la ciudad colonial. Esta semejaba una colmena gigantesca en que gremios y congregaciones fomentaban y dividían para el trabajo tantos géneros de artes y oficios necesarios para la ornamentación infinita en sus múltiples aplicaciones. Esta industria era con mucho la más importante, y la que empleaba los mejores y más selectos elementos.

Por lo que hace a la historia de los artistas, pocos son todavía los nombres que conserva la tradición de los más afamados. Remóntase la escuela quiteña de escultura al siglo XVI y principios del XVII en que se distinguieron los maestros españoles Luis de Rivera y Diego de Robles, a quien debemos las célebres Madonas del Cisne y del Quinche; y Francisco del Castillo que esculpió la admirable y milagrosa Virgen del Buen Suceso. Los nacionales, encabezados por el V. Padre Bedón, florecían ya antes de mediados del siglo XVII, siendo los más ilustres el Padre Carlos, sacerdote secular, y el indígena Manuel Chili, apodado de Caspicara. Al numen del primero pertenecen, entre un sinnúmero de estatuas, las de San Juan Bautista, San Francisco, San Bernardino y San Pedro, con muchos Cristos de grande significación.

La inspiración de Caspicara no fue menos fecunda, y sorprenden los profundos conocimientos anatómicos que suponen todas sus obras, distribuidas en los templos

y en casas linajudas, mayormente la figura de Cristo en su Pasión y en su Infancia. De la pasmosa habilidad de otro criollo, el mestizo José Olmos, por sobrenombre Pampite, existen leyendas que lo encumbran a igual altura. Es autor de Cristos admirables, del Calvario del Carmen Antiguo y del Señor de la Misericordia que se venera en el Altar Mayor de San Roque.

Bernardo Legarda, desde su taller de escultura, fue el genial y generoso proveedor de San Francisco; y por cierto que muchas de sus estatuas sustentan gallardamente la forma del arte quiteño, entre otras, las efigies de San Francisco.

Uriarte dejó profundas huellas de talento en su grupo de Doctores que se halla en la Merced, así como Toribio Avila, autor de la Santísima Trinidad de ese mismo templo, reputado por el más hábil artista en trabajos de cera.

Entre tantas maravillas de nuestro arte escultórico, llaman poderosamente la atención las artísticas sillerías de nuestros Conventos adornadas con figuras de santos, siendo las más ponderadas la de San Agustín, de San Francisco y la Merced. Lo propio se diga de los devotos Calvarios que adornan nuestros templos, en los cuales los entendidos hallan siempre que admirar nuevos primores de arte y expresión cristiana.

Dos hermanas, de familia y religión, las riobambeñas María y Magdalena Dávalos, fueron las artistas que, con su mano y dirección, poblaron de imágenes la iglesia del Carmen Moderno y le dieron su ornamentación de cuadros y relieves. María, la abadesa, más se empleó en la escultura; y su obra maestra es la efigie de Santa Teresa; Magdalena solía ejercitarse en la pintura, así como en la música y otras artes; de lo cual dejó tan alto testimonio La Condamine, que la conoció antes que se consagrara a Dios.

Sírvannos de epílogo las conclusiones del P. Ricardo Cappa, el historiador y crítico del arte colonial español. Para él, el Ecuador es «lo supremo en la escultura...» Mientras el Perú no puede presentar en la escena artística más que a Gavilanes, algo superior a la medianía, ostenta Quito tres escultores de primer

orden: Legarda, Caspicara, el Padre Carlos, y muchos de segundo, como Zangurima. De Miguel Vélez dice: «La obra de este artista puede competir con las más notables de Europa. Como obras maestras, cítanse de él el Cristo de Girón, los bustos de Solano y Malo y la célebre Calavera, triunfadora en muchos concursos. Al mejor entre los chilenos, Manuel Túpac Raza, lo han calificado de Vélez chileno.»

XII

LA ESCUELA DE PINTURA

Si es reciente la revelación de los incomparables valores del arte escultórico quiteño, no lo es así el conocimiento de la valía artística de nuestros cuadros, por no haberse interrumpido completamente en este punto la tradición ni la serie de continuidad entre las generaciones de maestros, y gracias asimismo a la sucesión de las aficiones heredadas en las mismas familias. El arte actualmente está en pleno florecimiento moderno; pero no ignora las evoluciones que ha sufrido el antiguo, y sabe respetar las formas clásicas y genuinamente quiteñas de los siglos que han pasado imprimiendo una huella gloriosa en la memoria de la sociedad colonial.

Encabezan la historia de la Pintura el maestro italiano Medoro Angelino y el español Gasque, retratista insigne que florecía a fines del siglo XVI. Entre los primeros ingenios nacionales bien dotados que recuerda la historia, cítanse Juan de Illescas, Luis de Ribera, hijo de Riobamba con el Venerable P. Bedón O. P., fundador de la Recoleta y autor de la Virgen de la Escalera. Luego aparece en la primera mitad del siglo XVII y en medio de numerosos discípulos, otro gran artista y no menos siervo de Dios, el Hermano Hernando de la Cruz, oriundo de Panamá, a cuyo pincel y dirección se debió en gran parte la decoración clásica de la iglesia y del colegio de la Compañía. Su lienzo

mural del Infierno ha ejercido un apostolado fecundo de varios siglos y se admira todavía en el Museo británico.

Bernardo Legarda, tan buen pintor como escultor, se vio requerido para la composición de no pocos retablos de la ciudad, no obstante el hallarse consagrado a su gran labor decorativa de San Francisco. Entre sus creaciones cuéntase un nuevo tipo de Inmaculada propiamente quiteño, del cual quedan numerosas copias y variantes completamente inéditas para la iconografía mariana del Antiguo Mundo.

Corresponde a la segunda mitad del siglo XVII el mayor florecimiento de la pintura quiteña, que reconoce su apogeo en la aparición de las grandes obras maestras de sus dos príncipes, Miguel de Santiago y Nicolás Javier Goríbar. El pincel de Santiago es reputado hasta hoy comúnmente por el de máximo valor artístico, aun cuando en muchos de sus cuadros se observan visibles huellas y aun imitaciones del gran Murillo, a quien se preciaba de seguir y con quien llegó a rivalizar en algunas de sus producciones. Por singular fortuna, aunque sólo por caso de excepción, se encuentra su firma al pie de algunos cuadros; de un buen número consta, por el estilo y la tradición, que salieron de su pincel.

Todos los artistas extranjeros entran en San Agustín para estudiar gráficamente la vida del Santo Patriarca y sentir las varias emociones sugeridas por la muerte del Santo Doctor, su Sobremesa y su grandiosa Familia espiritual, denominada La Regla. Los cuadros de la Vida del Santo que adornan la nave principal, no pasan de ser imitaciones artísticas, si bien magistrales del pintor flamenco Bolsvert. Venéranse en San Francisco su espléndida Inmaculada murillana que irradia, como su prototipo, los más dulces efluvios de sublime piedad. Célebres asimismo son el San Francisco de Asís, el Septenario y otros muchos de sus cuadros.

A pesar de su notoria conexión con el Greco, Velásquez y Murillo, no deja de ser en concepto de nuestro crítico Navarro y de otros, «el representante principal de la pintura hispana colonial en América.» Pormenor curiosísimo: Santiago es un precursor de Goya. López de Mesquita en su visita no se hartaba de

descubrir todo el arte mágico de aquél en el criollo quiteño, anterior a aquél de casi siglo y medio.

Rival del Maestro y superior en la originalidad, resultó su sobrino y discípulo Gorívar. Se le atribuyen las series de patriarcas y reyes, y de los 16 profetas de la Compañía. Estos son admirados incondicionalmente de todos los extranjeros; y en sus estudios trata de analizarlos nuestro susodicho crítico, en la última parte de su obra sobre el templo de la Compañía. Pintó en asocio de su maestro en Santo Domingo y en el Santuario de Guápulo. El talento de Gorívar no decayó, antes en alguna parte se perfeccionó y brilló en tal forma que hoy en día no falta quien lo prefiera y anteponga al Maestro.

De las obras que se le atribuyen afirma la crítica que son dignas de figurar junto a las obras de los artistas italianos del Renacimiento.—«Es curioso—agrega—que Gorívar recuerde en ellas, más que a los pintores españoles que debieron ser sus maestros, a los italianos, y muy especialmente al Tintoretto. —Morales, Vela, Oviedo e Isabel Santiago y otros artistas eximios, fueron discípulos de Santiago; y entre ellos dejaron también nombre Lobato, Egas, Venegas y Valenzuela.

El arte evolucionó no poco en el siglo XVIII, pero ningún artista llegó a igualarse con los dos Príncipes. Sobresalieron Benavides, Albán, Sánchez, los tres Cortés, Magdalena Dávalos, Rodríguez y Samaniego, muy conocido este último por el colorido claro de sus numerosos cuadros. La Catedral encierra muchas de sus producciones.

Al principio del siglo XIX, la Escuela sufrió un eclipse parcial, pues solo quedó por digno representante Antonio Salas, quien hizo de sus veinte hijos otros tantos artistas, mayormente de Rafael y Alejandro. Pero de 1860 a 1870 vino el arte a ponerse en contacto con la pintura italiana por Domingo Carrillo gran miniaturista y maestro un tiempo en la reciente escuela de Atenas; por Manosalvas, Cadena y Pinto, el más fecundo y popular de nuestros artistas modernos.— ¿Cual haya sido el mejor del siglo XIX? Vacilan los dictámenes entre Antonio Salas, Rafael Salas y Pinto. De entonces

acá florece la pintura, pero en gran parte renovada por los aficionados al gusto modernista, con el genial Víctor Mideros a la cabeza.

Por la gran autoridad del P. Ricardo Cappa S. J. en asuntos de arte colonial español, dejemos consignado su criterio respecto de los grandes pintores de Suramérica. Estas son sus palabras—: «Sólo Miguel de Santiago, en la pintura, contrabalancea y supera a todos los pintores de la América del Sur. Formó escuela propia, y con esto, se debe dar por excusado cuanto se añada... Tampoco hallo rival para su émulo Gorívar, ni en el Ecuador ni en lo restante del Continente suramericano, exceptuando al neogranadino Vázquez, que dista poco de Santiago y que, como él, fue *sui géneris* en el manejo del pincel.»

Juntando luego al primer Salas con los dos maestros antiguos, concluye redondeando su dictamen: «Desde Panamá hasta el Cabo de Hornos, no me le hallo artista que se le acerque, ni con mucho, a alguno de los tres citados, ni tampoco a Samaniego, hecha excepción de Vázquez.» (Estudios Críticos—Vol. XIII - p. 343). De Salas había afirmado antes - : «Con decir que las pinturas de D. Antonio Salas se confunden con las de Santiago, queda hecho su mejor elogio.» - Conocida de todo Quito es su galería de los Generales de la Independencia, de tamaño natural. Esa serie, obra tan histórica como artística, encuéntrase el día de hoy en el museo privado del Sr. Dn. Jacinto Jijón y Caamaño, uno de los principales protectores de la cultura colonial.

XIII

LA AZUCENA DE QUITO

Blanca, esbelta, rebosante de fragancia, en medio de la sociedad quiteña, apareció esta flor incomparable, para perfumar el ambiente colonial, edificar a la América entera y conferir a su patria una gloria sublime, la de la santidad, al modo que a la suya honró Santa Rosa de

Lima. Mariana de Jesús Flores y Paredes, en una existencia intensa de 26 años, ascendió con asombrosa rapidez los peldaños de la virtud más áspera y encumbrada y, aquilatando de día en día los finos timbres de su santidad, alcanzó, a puro heroismo, el lauro de los grandes atletas del Yermo. Ejemplar de sobrehumana austeridad, su conducta condenó la molicie y vanidad del mundo, y sigue aún inspirando el amor de la virtud a la juventud cristiana.

Aquella criatura de celestial pureza y aspiraciones heroicas vino al mundo prevenida de la bendición del Cielo, que quiso labrar en tan delicada persona un tipo de reparación y penitencia. El amor innato y apasionado de la belleza espiritual, o mejor dicho, un instintivo anhelo de santidad llevóla, aun antes de conocer el mal, a la ruda palestra en que los santos se disputan las coronas de la caridad, los laureles de la abnegación, las palmas de la castidad y del voluntario martirio.

«Llena de gracias y dones naturales — escribe González Suárez—la joven quiteña fue un ejemplar consumado de virtudes cristianas. No se encerró en el claustro ni abrazó la vida monástica; se conservó en el hogar paterno, y su manera de proceder en lo exterior fue común sin nada de singular ni de extraordinario. Todos los días se la veía salir una vez de su casa a hora señalada; encaminarse a la iglesia, y permanecer allí cierto tiempo determinado. Lo restante del día lo pasaba en su aposento, ocupada asiduamente en ejercicios devotos y en labores de manos. Su vestir, modesto; su mansedumbre, encantadora; su compostura en todos sus movimientos dentro y fuera de casa, admirable; culta y comedida con todos, afable con gravedad, no había quien, acercándose a ella, no quedara prendado de sus virtudes... Acudía de preferencia a los pobres y a los desvalidos, y principalmente a los indígenas, de quienes se manifestó siempre condolida y amiga... casos maravillosos, verdaderos prodigios atestiguaron que la modesta doncella era de veras santa, como la proclamaban universalmente cuantos la conocían.»

Pero, de su vida interior, de su trato íntimo con Dios, de su espantosa penitencia sólo se tenían barrun-

tos. La muerte y las deposiciones jurídicas revelaron el secreto del continuo martirio a que había sujetado su cuerpo durante veinte años arreo sin desfallecimientos, antes con creces de santa crueldad conforme el espíritu de reparación que la convertía en espantable verdugo de sí misma. Horroriza a los más insensibles el simple recuento de las torturas con que alternaba en sus terribles ejercicios. A los conocidos de los ascetas agregaba otros muchos de su invención, siendo de particular memoria entre todos la crucifixión, la coronación de espinas y aquel despiadado desgarrar de sus virginales carnes, que la exaltaba al verse transformada en un trasunto fiel del divino Crucificado.

Aquella vida de incesante y auténtico martirio, grandes autores, entre otros el P. Fáber, la han considerado como superior a la tan singular por otra parte de Santa Rosa de Lima. Tan horrible maceración hubo de rematar en un verdadero martirio de inmolación, y en este punto entra Mariana de lleno en la historia de su Patria, a título de su propia heroína y patrona, al modo que la Virgen de Domremy, Juana de Arco, ha quedado no sólo ensalzada a los altares sino transformada en patrona tutelar de la Patria francesa.

El suceso es histórico y reviste la más evidente notoriedad. Oyó a un predicador ponderar la ira de Dios manifestada en unas epidemias asoladoras en varias ciudades y en continuos temblores que tenían aterrorizada la región de Riobamba. El epílogo del sermón pasó de patético, ofreciéndose el mismo predicador por víctima de propiciación por los pecados públicos, causa presunta de tales calamidades. Mariana, alarmada y conmovida, formuló en su interior una protesta inmediata, pidiendo postrada ante el Santísimo la conservación del sacerdote y ofreciendo ella su vida por salvar la de sus conciudadanos. En el acto sintió la moción acostumbrada que le notificaba el haber sido oída su oración; y de hecho se levantó para no volver, atacada de una dolencia mortal y misteriosa, que a poco la llevó al sepulcro con extraordinario duelo de la sociedad agradecida. Con su sacrificio había coincidido la cesación inmediata de los dos flagelos. Quito mantiene fresco siempre el recuer-

do de aquel holocausto, superior a la inmolación de Ifigenia.

Réstanos tocar el glorioso título con que la designa la piedad popular; título nada metafórico, sino fundado en hechos notorios. El nacimiento de la admirable santa fue señalado con la aparición sobre la casa, de luces estelares dispuestas en la forma perfecta de una azucena, lo que hizo que se la designara, desde luego, con el nombre de Niña de la estrella. Pero no se le confirió el de Azucena sino algunos años después de su feliz tránsito; y dio motivo para ello el haber brotado una azucena lozana y sin bulbo, de una tierra empapada en la sangre que producían sus frecuentes sangrías, y que una criada de su confianza arrojaba en un paraje apartado donde los moradores de la casa nunca habían visto rastro de tales flores.

Finalmente en varias ocasiones y señaladamente al presentarse cierto día la comisión científica del proceso de Mariana, quedó la casa inundada de un olor denso de azucena cuya procedencia no pudo conocerse; por lo que diéronse de testigos los mismos oficiales de la Causa.

Dios glorificó a su Sierva con muchos dones comprobados, entre otros el de profecía y el de sostener su vida sin otro alimento que la sagrada hostia. Los biógrafos narran la resurrección de un difunto. Con sus reliquias se han obtenido gracias muy notables, y aun milagros; pero en la mayoría de los casos, ha faltado la inmediata y formal averiguación de los peritos.

La devoción de los fieles en Europa y en América junta en un haz de misterioso perfume las dos flores más bellas que ha producido el Nuevo Mundo: la Rosa de Santa María y su hermana la Azucena de Quito.

XIV

EL JAVIER DEL MARAÑON

La historia de las celebérrimas misiones que la Compañía de Jesús fundó, cultivó y defendió durante ciento treinta años en el inmenso territorio regado por el Marañón Superior y sus afluentes — conquista espiritual, cuyo relato sostiene la comparación con las famosas misiones jesuíticas del Paraguay, Orinoco y Canadá, —nos ha conservado un cúmulo de glorias nacionales en la vida y hechos heroicos de no pocos misioneros que exploraron, conquistaron, colonizaron y civilizaron innumerables pueblos indígenas de la selva amazónica.

Los historiadores del siglo XVII, los Padres Figueroa y Rodríguez, y los del siglo XVIII, como los Padres Maroni, Velasco y Chantre nos han puesto en posesión de aquel tesoro nacional histórico, de esa epopeya evangélica, empresa del más alto interés que debe llenarnos de noble y legítimo orgullo.

No es aquí el lugar para recordar hazañas semejantes de otras Ordenes religiosas, las que fueron de menos importancia y duración, ni tampoco las de misioneros célebres provenientes de Europa, como el segundo descubridor del Amazonas, el P. Rafael Ferrer, los fundadores de Mainas, Padres Cujía y Lucas de la Cueva; Rickter, el conquistador de la cuenca del Ucayali, los ilustres organizadores Fritz, Viva, Pérez y Uriarte, con los diez mártires de aquella Iglesia; pero sí pudiéramos detenernos en recordar nombres gloriosos, como los del quiteño Herrera, mártir del Ucayali y del santo guayaquileño P. Lucas Majano, superior un tiempo de las Misiones, de los Padres José Jiménez, Mariano Santiago; y más que todos, del noble hijo de Ibarra, Padre Raimundo de Santacruz que, a sus méritos de insigne misionero agregó altas ejecutorias de explorador y cayó finalmente en el Bobonaza, víctima de su celo apostólico y civilizador,

al tratar de abrir una ruta viable entre la Sierra y el Oriente.

Con todo en el presente artículo, tratando de seleccionar una gloria nacional y americana de entre aquellos héroes de la Patria y del Cristianismo, ninguno aparece en la historia con los resplandores que forma la aureola del *P. Juan Lorenzo Lucero*. Fue ese gran misionero hijo de San Juan de Pasto, ciudad que con toda su provincia pertenecía como parte integrante al Reino de Quito.

De este venerable varón, que con los Padres Bolaños y Villota, hijos asimismo del valle de Atriz, forma una prodigiosa trilogía de santidad, el P. Velasco en pocas palabras recopila su elogio, tomándolo de los documentos y memorias de la Misión -: «Fue, dice, el mayor hombre que en el siglo XVII vio el Reino de Quito, digno por su sabiduría y talentos de gobernar una entera monarquía. Fue quien más y con mayor gloria trabajó en las misiones del Marañón. Ganó la mayor parte de las naciones; y su fama, esparcida por los bosques más retirados, hizo que los indianos saliesen en busca suya, pareciendo cosa de encanto el imperio que Dios le dio sobre los corazones. El Padre Vieyra, predicador del Rey de Portugal, que le trató por cartas, asombrado de su sabiduría y de sus hechos, contrapuso en una de sus obras el Lucero de Occidente con el Sol del Oriente, San Javier. De 29 años que estuvo en las misiones, fue Superior los 20, y fue sacado para rector del Colegio de Popayán, en el de 1688... Pasto, dice en otra parte el mismo autor, dio a la Compañía uno que valió por mil en el clarísimo P. Juan Lorenzo Lucero, hombre grande en todas líneas, y uno de los misioneros más ilustres que tuvo el Marañón.

En efecto, lo que distingue esta figura de apóstol, no es tanto el heroísmo aplicado a un aspecto determinado de apostolado, sino el haberlo practicado soberanamente en todas sus formas, reuniendo en sí, sin ser superior a todos en cada uno, todos los géneros de influencia apostólica que dieron consistencia a aquella dilatada cristiandad.

La múltiple actividad de San Francisco Javier, sin

detenerse por largos años en cada una de sus fundaciones, dibujó en itinerario inconmensurable, un reguero de luz señalado a trechos con las imborrables huellas de su predicación y de sus milagros. Como el Apóstol de las Indias, el de nuestro Oriente jamás se dio punto de reposo en recorrer y explorar la selva sin límites, de visitar con la cruz en la mano y acompañado de un puñado de neófitos indefensos, las naciones más bárbaras y apartadas. Su fecundo celo echaba mano de mil recursos para sacar un sinnúmero de indígenas de sus montañas y conducirlos a parajes adecuados para la formación de poblaciones cristianas. Dábase luego con igual afán a organizarlas, evangelizarlas y dotarlas de los elementos de civilización de que eran capaces, valiéndose de núcleos ya por él formados y adelantados. Así, siendo aún simple misionero, diose trazas para la formación de nueve reducciones cuya cabecera, La Laguna, llegó a ser cabeza principal de las misiones del Guallaga y aun de todo Mainas.

Reconociéronle como padre la gran nación de los Cocamas y casi todas las del Guallaga inferior. Desde allí fue a conquistar para Cristo a los Pelados, a los Piros, a los Chepeos; pasó luego a los Cunibos, a los Panos y a otras muchas tribus ribereñas del Ucayali, pudiendo asegurarse que fue el P. Lucero el primer explorador de aquellas dos dilatadas hoyas geográficas, el zapador que abrió aquellas regiones a los conquistadores que, como Rickter y Cases, provistos de reales cédulas, llevaron la frontera de la Presidencia de Quito hasta los términos de la Audiencia de Charcas, a espaldas del Virreinato de Lima.

Cebado con la fortuna con que la Providencia favorecía sus empresas, reconoció y catequizó el Archipiélago del Marañón, asiento de la República de los Omaguas, donde luego el P. Fritz, primer geógrafo de la cuenca amazónica reportó sus mayores triunfos apostólicos.

Bien puede asegurarse que la Presidencia debió al Apóstol de Pasto el extender hasta Tabatinga el territorio del Reino de Quito. Con sus posteriores correrías apostólicas, hizo lo propio en el territorio actualmente ocupado por el Perú y denominado Departamento de

Loreto, donde fundó las primeras reducciones. Los cargos de Superior y luego de Visitador multiplicaron sus medios y, al andar de casi treinta años transcurridos en tan ardua e importante labor, tenían todos los misioneros como el padre, el iniciador y jefe insuperable en las grandes empresas, modelo y tipo acabado en todo género de apostolado entre las naciones amazónicas. Tales fueron las ejecutorias, la virtud, la grandeza de alma, y con especialidad la providencia que asistía al Héroe, que sus Hermanos no hallaron otro término para calificar tan luminosa y apostólica carrera, que dándole el título de *Javier del Marañón.*

XV

OTRA MARGARITA MARIA

Sin pretensión ninguna de cotejar y mucho menos de equiparar alma con alma o misión con misión, inmiscuyéndonos en los altos designios de la Providencia sobre la Iglesia, deseamos presentar, de entre nuestras santas, una figura tan iluminada por la directa irradiación del Divino Sol de las almas que bien merece se la celebre a par de las más altas cimas de la piedad americana y por verdadera precursora de la devoción al Divino Corazón en el Continente. Nos referimos a Dª Gertrudis Dávalos Mendoza y Sánchez, virgen quiteña, cuya vida religiosa, desde el monasterio de Santa Clara, edificó toda esta sociedad por espacio de medio siglo, a saber desde 1659 a 1709.

De esta purísima gloria dieron breves datos varios historiógrafos, el Dr. Herrera, González Suárez y Matovelle; pero se debe el conocimiento cabal de aquella grande alma al R. P. José Félix Heredia S. J., que con pluma docta y llena de unción, nos ha trazado, en un trabajo reciente, una semblanza del más vivo interés de esta gloria entre otras nacionales poco o nada conocidas. No sin razón concluye dicho escritor, que «la vida de

la Madre Gertrudis de San Ildefonso fue un tejido de los más admirables favores del Cielo, que corren parejas con las que Dios se dignó conceder a ciertas almas contemplativas, como Santa Brígida y Santa Teresa de Jesús.» Tres tomos en folio manuscritos, de aquella misma época, contienen el tesoro de las celestiales comunicaciones de Dios con aquella altísima mística americana; pero aquí sólo tocaremos el punto que nos hemos propuesto, indicando brevemente algunos rasgos que hacen de la Sierva de Dios Gertrudis una digna discípula de la gran mística alemana, Santa Gertrudis la Magna, y la digna hermana de su coetánea la célebre salesa, apóstol moderno de la devoción salvadora, Santa Margarita María Alacoque.

Características de tal misión reveladora eran las manifestaciones bajo las que el Salvador estimulaba a su Confidente de Paray para que se consagrara a su amor simbolizado en un corazón humano, y que propagara la nueva devoción prometiendo para cuantos la practicaran las mercedes más apetecidas de la vida sobrenatural. Presentábasele el Corazón del Verbo encarnado, yá como un trono de majestad, yá como un abismo de misericordia, yá como un sol radiante, ora como un horno encendido, ora como un asilo, una escuela de amor, una morada para las almas de buena voluntad. Jesús se mostraba sediento del amor de los corazones, creados para aspirar al Sumo Bien, y deseoso de recibir de sus fieles amigos reparación y compensación por el olvido y la ingratitud de tantas almas rescatadas a precio de su sangre, y sin embargo insensibles y aun descarriadas en gran número por los caminos de la perdición.

No desemejantes fueron las íntimas confidencias de Jesucristo con la discípula de su Corazón, la Madre Gertrudis. Desde los diez y siete años, convidada por el Señor, constituyó en el Divino Corazón su perpetua residencia, guardando en él todo el tesoro de sus afectos, y teniéndolo por el medio principal para llegar a la unión con Dios y obtener gracias en bien de la Santa Iglesia y de las almas. Allí aprendía la austera práctica de las más arduas virtudes; allí recibía consuelo en todas sus pruebas y tribulaciones; allí se acercaba al trono de la misericordia para obtener el perdón por los pecadores; a ese

abogado confiaba todas sus causas sin quedar jamás defraudada. En una palabra, como concluye su biógrafo, el carmelita P. Martín de Santa Teresa, «mostraba el Señor a Sor Gertrudis que en su Corazón Santísimo se hallaba el remedio de los males, la adquisición de las virtudes, la reparación de las faltas, el mérito de las buenas acciones y el consuelo en las penas.»

Entre cien visiones, escojamos una que demuestra cómo esta Sierva de Dios conoció la imponderable influencia de aquella devoción en orden a la salvación y santificación de las almas.

Fuele manifestado el Divino Corazón como un arca de salud, en virtud de la cual la Caridad de Dios había de manifestarse en excesos de amor para esos tiempos de indiferentismo. Invitada por su Celestial Esposo a beber del divino néctar, y habiendo aplicado sus labios al Sagrado Costado, vio cómo una muchedumbre de almas se llegaban en tropel «como abejas al colmenar, a gozar de aquella dulcedumbre que su cuerpo y sangre causan a las almas que dignamente le reciben.»

Ese serafín quiteño no sólo bebía en la fuente como Santa Gertrudis, sino que se adormecía como San Juan sobre el pecho de su Amado; y aun cierto día vio al Señor Crucificado desclavarse el brazo derecho para estrecharla en la forma que lo había verificado en otro tiempo con su Padre San Francisco.

Vivía la venerable Madre Gertrudis—dice Fray Martín—«encendido el corazón en un ardentísimo amor a aquel divino Costado, puerta sagrada, patente y franca para todos los que se dispusiesen a entrar por ella al Corazón de Dios, en que hallarían alivio en sus penas los que en este valle de lágrimas afligidos padecían.»

Murió la Madre Gertrudis como había vivido en aquella su gloriosa morada.—No sin razón los eruditos que estudiaron aquella grande alma, la tuvieron en concepto de otra Margarita María, o digna hermana de aquel apóstol, y por precursora profética de las maravillas que luego aquella devoción había de manifestar al mundo moderno y, favorecida con las primicias de ella en América, una hija del país destinada a ser el primero en recibir aquellas saludables influencias. Fue una prenda del

histórico papel que, andando los tiempos, debía representar, dentro del Imperio de Cristo nuestra República, a saber el papel de Primogénita del Corazón de Jesús.

XVI

TIPO DE MAGNATE

¡ Cuán tupido es el velo, al través del cual no pocos ecuatorianos, y entre ellos algunos escritores, contemplan el estado de la sociedad colonial ! Esta edad media de nuestra historia rara vez ha sido estudiada en su ambiente y bajo su luz propia. Lo común para tantos historiógrafos superficiales, es despreciarla en su conjunto, prescindir en lo posible de ella como avergonzados, sin tomarse siquiera el trabajo de distinguir las épocas y de probar el mérito de un cuadro histórico, o de varios, con el estudio concienzudo de las sombras y luces.

Por otra parte, con ventajoso relieve se presentaría el estado de la Colonia, poniendo la mira, dentro de la civilización de Hispano América, en los focos intensos y duraderos de altísima piedad, de celo apostólico, de arte clásico, de industria universalmente apreciada, de cultura filosófica y teológica, en competencia de análogas disciplinas y tendencias de los centros más afamados de América.

No es aquí el lugar de exhumar—como lo han hecho en gran parte Herrera y González Suárez—aquellas grandezas mal comprendidas y medio sepultadas bajo la loza de una ignorancia desdeñosa y supina; pero, para una galería histórica, nada más fácil que formar una serie que manifestaría la grandeza general de un pueblo.

Así, entre los que ocurren a primera vista, pudieran recordarse la lista de unos 9 arzobispos y 14 obispos de origen ecuatoriano. Se evocarían aquellos antiguos próceres olvidados de la Monarquía española, como los hermanos Armendáriz, virreyes entrambos, úno de Nueva España, y de Cataluña el ótro. Se haría mérito del P.

José Maldonado, gran personaje de la Orden de Menores, Comisario General de Indo América, y por añadidura el más ilustre de nuestros autores místicos. Entre los profesores y autores de filosofía, los dos egregios hermanos Alonso y Leonardo Peñafiel y tantos otros ingenios pedagógicos: falange gloriosa avezada en las profundas especulaciones de la escolástica, y que se hallaba dividida según sus tendencias en escotistas, en tomistas, en suaristas e independientes. Brillantes, asimismo, los moralistas y juristas que hallaron en Salamanca, en Zaragoza, en Sevilla y en Madrid teatros dignos de su sabiduría. ¿Acaso, fuera de cuatro eruditos, se hace el debido aprecio de los Peraltas y Machados, Villaroeles y Aguirres, sabios consumados en materias de derecho?

¡Cuánto queda aún a nuestros investigadores y críticos para avaluar y justipreciar nuestro antiguo foro quiteño, la antigua elocuencia, el antiguo magisterio! Comenzada por el benemérito Dr. Pablo Herrera en su recopilación de los prosistas nacionales, y continuada por Zaldumbide, la reacción del criterio serio, digna de una mentalidad que se haga cargo de aquella nobilísima cultura y de su ambiente social, pide talentos profundos y justicieros que desentrañen aquellos tesoros de inteligencia, enaltecedores de Dios, de la Iglesia y de la Sociedad donde florecieron.

Prescindiendo aquí nosotros de esas grandes celebridades coloniales, nuestro intento se concretará a tomar un tipo representativo de la Aristocracia quiteña y a recordar alguno que otro de sus rasgos, con que formemos una idea del procerazgo de aquella sociedad tenida por la ciencia frívola en concepto de estéril e inepta. Valdrémonos de un personaje de la época media, de familia ilustre, emparentado con la mayor parte de los títulos de Quito. De aquel linaje conocemos seis blasones, por lo que puede figurar en primera línea entre las grandes Casas del Reino.

El *Dr. Dn. José Antonio de Rocha y Carranza*, marqués de Villarrocha, vio la luz primera el año de 1661 en un solar de Quito y, como gran parte de sus iguales, aspiró a conquistar los lauros del talento. Distinguido alumno de San Luis, ascendió por todos los

grados académicos hasta graduarse a los 17 años, en 1678, en ambos Derechos, venciendo la gran prueba de las veinticuatro horas de examen, como se estilaba en el rigor de aquellos estudios, y defendiendo unas tesis ante el Claustro íntegro de nuestra Universidad Gregoriana.

Sobre la base del saber, realzada por el timbre de su prosapia, aspiró a una formación más completa con el fin de hacerse digno de más altos honores, y de adquirir así más utilidad y gloria a su familia y a su tierra natal. Ningún obstáculo fue parte para estorbar el logro de sus deseos. Subió en la milicia más que otro quiteño hasta él, y gracias a su valor y a la profundidad de sus conocimientos en matemáticas, llegó a merecer el grado de General de Artillería. Patente quedaba ante él la carrera de los supremos honores en la Monarquía. Revestido ya de las insignias de Calatrava, resolvió admitir cargos de Gobierno, y el Consejo de Indias, atendidas las altas condiciones y ejecutorias del candidato, no tuvo reparo en destinarle en 1699, al difícil, por muy honorífico y lucrativo gobierno de Panamá o Tierra Firme. En aquel estrado sus cualidades de mando y trato hicieron de nuestro marqués el tipo y exponente del Presidente de Audiencia y Capitán General criollo.

El Gobierno de la Metrópoli le dirigió los más halagadores encomios, precursores de un ascenso a Virrey, cuando el deseo de reposo y de retorno a sus aficiones científicas, añadido a una antigua e innata curiosidad, señaló ya a su existencia un rumbo enteramente diverso.

Nuestro magnate, dueño de gruesa fortuna, invirtió parte de ella en la adquisición de un navío que, puesto a su disposición, le prestaría facilidades para conocer el mundo entero, y darse al estudio de tierras poco conocidas, de razas y civilizaciones exóticas y de imitar el ejemplo de los grandes navegantes holandeses e ingleses que por aquel entonces redondeaban la ciencia geográfica del universo. Y ahí tenemos a nuestro magnate quiteño que, al frente de su expedición marítima, emprende una carrera de sabio viajero y se lanza a dar la vuelta al mundo. Corría el año de 1726. Visitó las Filipinas y otros archipiélagos oceánicos, los puertos del Extremo Oriente, las Colonias holandesas, francesas, inglesas y portuguesas;

estudió las costas orientales del Continente Africano, y doblados finalmente el Cabo de Buena Esperanza, el Verde y los de Finisterre, hizo su entrada en Rotterdam con un rico cargamento, a par de un comerciante de especias y de un marino de carrera.

La expedición del simpático aventurero quiteño tuvo gran resonancia en España, a donde pasó, siendo recibido con las distinciones más lisonjeras. En la Madre Patria diose a conocer por sus talentos, su erudición y los profundos conocimientos en los varios ramos del saber. El mayor publicista de aquella época en la Monarquía, el benedictino P. Feijóo, tuvo altísimas referencias de ese gran Señor que se hallaba por entonces retirado en el hogar de sus padres; en su concepto, era el Marqués de Villarocha un tipo distinguido de la Aristocracia. «Es, añade, insigne matemático e instruído en toda buena literatura. Conserva, en tan avanzada edad, no sólo una gran entereza y agilidad intelectual, mas también un humor muy fresco y una viveza extraordinaria.» — Tal magnate fue, en conclusión, una honra para su pueblo y para España. Lástima que sus memorias políticas y científicas no estén aún conocidas entre nosotros, pues no hay duda que no sería de desdeñar ese aporte a la Ciencia en tal sabio, tal viajero y tan consumado político.

XVII

LA EXPEDICION GEODESICA

No corta honra fue para el Ecuador, y debida a su posición geográfica, el haber sido elegido con preferencia como terreno de observación para los estudios definitivos que determinaron la figura del globo terráqueo. Cuarenta y ocho años hacía que Newton había formulado el principio de la atracción universal y dado al Planeta la forma de un elipsóide de revolución achatado en los polos. Trabajaron los sabios por comprobar dicha teoría,

pero con resultado poco halagüeño, hasta que la Academia de París, convencida de que el medio más conducente sería el cálculo astronómico de arcos medidos sobre el meridiano en latitudes muy separadas, resolvió la realización de tal empresa en Francia y España, en Laponia y en el Reino de Quito. En consecuencia de ello, la expedición ultramárina compuesta de Godin, Bouguer y La Condamine estaba ya aquí en 1835 ocupada en el desempeño de su comisión. Esta resultó la más importante de todas. La duración extrema de los trabajos está comprendida entre 1735 y 1744: «Pocas expediciones lograron—dice el General Périer—excitar tanto la curiosidad del mundo científico.»

Como trabajo preliminar a la medición de un arco de tres grados, preciso era tejer, desde el nudo de Mojanda hasta el de Tarqui, una red de triangulación geodésica, cuya base se fijó y midió escrupulosamente en la llanura de Yaruquí, y corresponde a la línea que une actualmente las pirámides de Oyambaro y Caraburu.

A costa de inauditas fatigas, llevóse la complicada operación a buen término, siguiéndose luego la resolución de aquel célebre problema con el completo triunfo de la teoría newtoniana. De sus frutos participaron la Geografía, la Astronomía, la Física general, la Navegación y otros ramos del saber. Trajo una nueva demostración de la revolución terrestre, fenómeno relacionado con todo el sistema planetario. Los experimentos efectuados en la medida de los grados y sobre el péndulo en diversas latitudes aclararon los problemas de la pesantez y otros muchos de la Física, indicando en especial la dirección y fuerza de la gravedad en varias regiones del Globo.

A más del objeto esencial de la Expedición, cada uno de los comisionados se dedicó a trabajos científicos suplementarios. Así de Godin queda la observación de un eclipse de luna; de Bouguer, una memoria parecida y ótras sobre refracciones astronómicas y dilatación de los metales en la zona tórrida. El mismo astrónomo descubrió y explicó el espectro de Brocken en el Francés-Urcu.

D. Carlos de La Condamine, el más activo y expansivo de los Académicos, dejó numerosos escritos referen-

tes a la Expedición. En colaboración con Bouguer, publicó la «Medida de los primeros grados del Meridiano en el Hemisferio Austral» y «La Figura de la Tierra». Por cuenta propia, dio a luz su celebérrimo «Diario de un Viaje al Ecuador», la «Relación abreviada de un viaje en el interior de la América Meridional», la «Historia de las Pirámides de Quito», etc., etc., obras todas de alto interés científico.

A tan valioso aporte del sabio académico acompañaba el trazo científico del Amazonas, y el fruto de sus observaciones geográficas con el mapa correspondiente. Acerca de esta obra tenemos una sabia conferencia dictada por el P. J. B. Menten, constructor de nuestro actual Observatorio y su primer director—: «Se había fijado—dice—desde el principio, en un mapa total del país, y en él se ocupó en la Costa y en sus viajes por el río Esmeraldas a Quito; lo continuó durante todo el tiempo de la triangulación, y lo concluyó cuando volvió a Francia por el río de las Amazonas. Dio a luz este mapa en 1750 bajo el nombre de su gran amigo Pedro Maldonado, con el cual había regresado a su patria.—De Maldonado—añade—se encuentra en el mapa parte de la Costa y todo el curso del río Pastaza. Todo lo demás es trabajo de La Condamine. El mismo mapa se encuentra en el libro de La Condamine impreso en 1751.»

No entramos aquí, ni es de nuestra incumbencia inmiscuirnos en dilucidar los problemas relativos a los trabajos exclusivos de Maldonado, que permanecen aún inéditos. Nuestros historiógrafos le atribuyen naturalmente mayor participación en el dicho mapa, y la tradición recuerda, en efecto, que para el croquis de la Sierra, había escogido por centro de sus observaciones el Atacatzo, cerro inmediato al recodo del Callejón interandino.

De este mapa, que siempre ha llevado aquí el nombre de Maldonado, se expresa Húmboldt, después de medio siglo, en estos términos: «A excepción de los mapas de Egipto y de algunas partes de las Grandes Indias, la obra más cabal que se conoce de las posesiones ultramarinas, es sin disputa el Mapa del Reino de Quito.» Iguales y aun mayores elogios le tributaron Caldas, Wolf, el General Paz y Miño y otros. Afirma D. Anto-

BIBLIOTE
NACIONA

nio Pérez que el célebre riobambeño, por favor de su amigo, fue incluído en la Comisión Geodésica.

Asociada a la francesa, y en algún sentido adjunta, trabajó una Comisión científica española, integrada por dos jóvenes oficiales de la Armada, D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, la que consignó sus útiles trabajos en la famosa «Relación de un Viaje a la América Meridional»—Adjuntos a la Expedición francesa venían el ingeniero Verguin, el médico Séniergues, el mecánico Hugo, el dibujante y pintor Morainville, y D. José de Jussieu, hermano del célebre Bernardo, autor de la nomenclatura botánica que lleva su nombre.

Tratan con alguna extensión de la Expedición académica los historiadores Cevallos y González Suárez y los biógrafos de Maldonado, Dr. Luis Cordero D. y D. Antonio Pérez, D. Isaac Barrera, el P. Juan B. Menten, el sabio profesor de Tolosa, D. José Fabre en sus «Orígenes del sistema métrico» y, con profusa ilustración científica, el erudito y minucioso investigador D. Jorge Landívar y Ugarte, en el *Boletín de la Biblioteca Nacional* (año de 1918, p. 206-230). Pero ningún autor trata tan directamente nuestra cuestión en lo científico como el citado General francés, D. Jorge Périer, miembro de la segunda Expedición Geodésica francesa, que operó durante los primeros años de este siglo.

Transcribamos de su folleto «Les Académiciens au Pérou», un resumen final que servirá de honrosa conclusión a este artículo.—«¡Cuán fecunda—dice—fue la Expedición en resultados! No se limitó, ni mucho menos, a asegurar el triunfo de las ideas newtonianas. En una época tan inferior a la nuestra en la especialización científica, los Comisionados tomaron interés en cuanto tenía a su alcance. Trajeron una admirable cosecha de varia documentación. Recordemos tan sólo sus viajes de vuelta, sus ascensiones a los volcanes, que los hacen precursores de Húmboldt y Boussingault; sus investigaciones sobre los Indios y su historia, con lo que vinieron a ser los iniciadores de los estudios americanistas modernos; sus trabajos sobre las quinas, etc.; y en el terreno astronómico, geográfico y físico, aquel prodigioso cúmulo de observaciones relativas a la oblicuidad de la eclíptica,

a la declinación de las estrellas, a los eclipses, a la refracción, al péndulo, a los instrumentos de reflexión, a la velocidad del sonido, al magnetismo y a las dilataciones. Sin ponderar el elogio, pudo d'Alembert declarar de esa Expedición que fue la mayor que las Ciencias hubiesen probado hasta entonces.»

La conclusión se impone: figura aquella expedición a modo de etapa trascendental en la Historia de la Ciencia. Siendo gloria de la Academia Francesa de Ciencias, no deja de serlo del país que tanto benefició de ella, después de haber contribuído a tales resultados con sus hombres, su gobierno, sus recursos y todo su territorio.

XVIII

EL HOMBRE DE CIENCIA

«Ni antes, en la época de la Colonia, ni después en tiempo de la República, ha habido un ecuatoriano tan ilustre como Maldonado: culto, urbano, caballeroso, de maneras exquisitas, valiente, magnánimo, amante de su patria como ninguno. Dotado de ingenio sobresaliente, aprende por sí mismo ciencias que entonces en su país nativo no eran conocidas, y llega a ser en ellas no sólo instruído sino sabio, y sabio hasta el punto de merecer que la Academia de Ciencias de París y la Sociedad Real de Londres le honraran, reconocieran su mérito y le condecoraran con el título de miembro honorario de ellas...»

En estas expresiones, aunque no sin ponderación, Monseñor González Suárez nos presenta un personaje digno en alto grado de esta galería de cumbres ecuatorianas: un criollo hombre de ciencia, un académico de los mayores centros científicos a mediados del siglo XVIII, el riobambeño *D. Pedro Vicente Maldonado*, a cuya memoria sus conciudadanos han erigido un digno monumento, en medio del lujoso parque, que se honra con su nombre.

Maldonado aparece en plena colonia como un meteoro brillante, sin predecesor, ni sucesor, hijo de sus obras y mimado de la fortuna, imponiéndose por breve tiempo a la admiración del mundo científico y desapareciendo repentinamente en el fulgor de un relámpago, con todo el tesoro de sus ideales y de tantas fundadas esperanzas en pro de su patria.

¿Quiénes han visto el meteoro en su rápida trayectoria? ¿Dónde consta tanta refulgencia? ¿Cuáles son los testimonios que atestiguan auténticamente el mérito extraordinario de aquel sabio nuestro, que colaboró con ilustres académicos, y se hizo acreedor a los homenajes del rey de España y a la estima de las más doctas Corporaciones europeas?—El documento más interesante al respecto y que ahorra comprobantes, es sin duda el diploma que vamos a transcribir, pieza emanada de la Academia de Ciencias de París. Dice así:

«Aujourd'hui 24 Mars 1747, l'Académie informée par Mrs. Bouguer et de la Condamine et par les lettres de Mr. Joseph de Jussieu, du savoir et de la capacité de Mr. D. Pedro Maldonado, Gouverneur de la Province des Emeraudes, et Chambellan de la Clef d'Or de sa Majesté Catholique; et voulant lui donner des marques de son estime qui puissent l'engager á continuer le commerce de Lettres dans lequel il est avec M. de la Condamine sur les matiéres de Mathématiques et de Physique; l'a nommé pour son correspondant, lui accorde en cette qualité le droit d'entrée aux Académies quand il viendra á Paris, et l'exhorte á continuer cette correspondance avec le plus de régularité qu'il sera possible, persuadée qu'elle en tirera de l'utilité.»

En foi de quoi j'ai signé les présentes, auxquelles j'ai apposé le Sceau de l'Académie.

Grand Jean Defouchy
Secrét. perp. de l'A. R. des Sciences.

Talento realmente científico, Maldonado no vio satisfechos sus anhelos de saber con los estudios literarios y escolásticos que se cursaban entonces en las aulas de San Luis y San Gregorio. Dueño ya del título de maestro, se dedicó con fervor, bajo la dirección de su

hermano José, clérigo de vasta ilustración, al estudio de las matemáticas, de la física, geografía y astronomía; y, ya provisto de un cuantioso caudal de conocimientos, diose a buscar un campo de acción para beneficio de su familia y honra de su patria.

Conocidas son las contradicciones de diferente género que fueron retardando durante varios siglos la tan necesaria apertura de un camino que uniera la Capital con la costa de Esmeraldas. Pero, volviendo el Gobierno a tratar del asunto y ofreciendo premios al empresario hábil que lo tomase a su cargo, lanzóse en ella Maldonado y la llevó a feliz término. Hecho ya Gobernador de Atacames, y luego también de Cara, no son creíbles la energía y la actividad que desarrolló en abrir a la civilización aquellas inmensas regiones repletas de riqueza vegetal. «Notable fue, dice Antonio Pérez, el cambio que experimentó la Provincia con la presencia de Maldonado. Encerrado dentro de bosques impenetrables, el nuevo camino le abrió el comercio a Panamá y a las provincias interandinas. La abundancia y la variedad de sus producciones fueron conocidas y solicitadas de muchas partes; la antorcha de la civilización alumbró ese territorio. Quito y los pueblos del Norte se felicitaron de tener una vía cómoda y más breve que la de Babahoyo para salir al mar. La ilusión de tantas generaciones se había realizado.»

Desvivíase en llevar adelante sus trazas de colonización, cuando apareció en el litoral el académico La Condamine. Este penetró, desde luego, el valor de aquel Gobernador progresista, y marchó para el Interior asociándosele a sus trabajos y favoreciéndole con la más tierna y generosa amistad.

Maldonado, fuera de la colaboración a la Comisión Geodésica, debió de seguir trabajando en la obra iniciada ya de una Carta Geográfica y en otros datos referentes al conocimiento y mejor explotación de sus dos gobernaciones; pero, hasta la fecha, ya sea por falta de empeño, ya sea por atravesarse graves obstáculos, quedan ignorados apuntamientos y memorias, derroteros y planos que la tradición y ciertos documentos generales le han atribuído, los cuales estaban depositados, según se ase-

gura, en la misma Corte. Curioso en particular y estudio digno de un erudito, sería una indagación que permitiera rastrear cuanto pertenece al sabio en la elaboración del Mapa que corre con su nombre, como queda indicado en el artículo anterior.

Maldonado salió para Europa en compañía de La Condamine y, separándose de él en el Gran Pará, pasó a España. Nuestro riobambeño fue recibido con honores en la Corte, condecorado con el título de gentilhombre de Cámara; y favorecido, para su hermano D. Ramón, con el título de Marqués de Lises. Las Academias de París y Londres lo honraron a porfía. En esta última ciudad halló toda comodidad para adquirir los conocimientos que anhelaba, y los elementos que requerían las industrias útiles que proyectaba introducir en su patria. Lástima grande fue el que le sorprendiera prematuramente la muerte en medio de aquellos preparativos. Dio su alma a Dios en 1747, a los 38 años de su edad, ese gran precursor, ese tipo de patriotas. En la Academia de Londres, el mismo Dr. Fokkes, Presidente de ella, deploró la pérdida de un socio que la honraba y que tan halagüeñas esperanzas había hecho concebir para la Patria y la Ciencia.

Los autores que celebran las ejecutorias de Maldonado, además de los citados en el artículo anterior, son el mismo Espejo, el P. Velasco, el Dr. Pablo Herrera, Húmboldt, Caldas, Cevallos, etc. Han escrito biografías recientes el Dr. Luis Cordero Dávila y el Sr. Antonio Pérez.

XIX

NUESTRO HERODOTO

De la curiosidad—dice Cicerón—ha nacido la ciencia. Si es así, nada extraño fue el que muchos ramos de la ciencia nacieran, florecieran y alcanzaran tanto incremento en el pueblo más curioso del mundo antiguo.

Atenas no pudo menos de ser, por lo mismo, la cuna de la Historia. Aprovechándose un día de aquella condición de su auditorio, un viajero de Halicarnaso tuvo la feliz idea de leerle, en vez de un discurso, como se estilaba, la relación de sus viajes por regiones desconocidas, y con semejantes noticias tanto se exaltaron los atenienses, que hicieron del viajero el más notable de los ciudadanos y colocaron su ciencia entre las inspiradas, dándole cabida entre las musas bajo la simbólica figura de Clío. Así quedó Heródoto constituído, en plena ágora, por *Padre de la Historia*.

Si algunos géneros literarios tuvieron la suerte de ser cultivados durante nuestra época colonial, uno de los más atrasados, a buen seguro que sería el histórico. A mediados del siglo XVII, escribió D. Diego Rodríguez de Ocampo la historia política y eclesiástica de la Colonia durante el primer siglo; pero faltóle permiso real o facilidad para imprimirla. Jiménez de la Espada publicó la segunda; y la primera se considera perdida en los archivos españoles. Ascaray, a fines del siglo XVIII, escribió efemérides interesantes y fijó por los archivos, muchos puntos de la historia de Quito, pero tampoco logró la honra de la impresión. Como único historiador colonial queda el *P. Juan de Velasco S. J.* que dio por terminadas sus obras en 1789 antes de morir, si bien ellas no vieron la luz pública sino cincuenta años más tarde.

Hombre bien formado en todas las ciencias que por entonces se cursaban; maestro de Letras, Filosofía, doctor en Teología, erudito investigador de archivos, viajero curioso e incansable, era indudablemente uno de los hombres más preparados para acometer la colosal empresa de fraguar todos los conocimientos enciclopédicos relativos a la geografía e historia de su patria nativa.

Para poner algún orden en el caos, comenzó por dividir la materia dedicando sus primeras atenciones a la Historia Natural, que escribió en forma popular y a la que agregó curiosos apéndices científicos y filosóficos, atingentes a los grandes problemas del Continente. Vino luego la Prehistoria con la Protohistoria, o época de los Incas. Siguió la Historia de la conquista española y de

las guerras entre los conquistadores; y finalmente la descripción geográfica, histórica y etnográfica de las varias comarcas que integraban este vasto Reino de Quito. A todo este conjunto histórico agregó una interesante historia de la Compañía de Jesús en estas regiones, referente, no sólo a los Colegios y otros ordinarios ministerios de la Orden, sino también a las florecientes Misiones entre infieles, mayormente las amazónicas; por lo que merece también el título de historiador de nuestro Oriente.

Por la biografía del P. Velasco, sabemos que la casi totalidad de sus conocimientos los adquirió entre 1850 y 1865; por donde queda explicado su atraso en Geología, en Paleontología y por lo general en lo relativo a la Historia Natural. Por otra, parte pocas especies americanas eran conocidas de los europeos; y así mal hubiera podido darles cabida en la nomenclatura. Dejó mandado que al menos las especies conocidas, fuesen designadas en la impresión con sus nombres científicos.

Es evidente, además, que la primera obra que abarcaba un acervo inédito de tantas materias, de suyo oscuras y relativas a tiempos antiguos, no acertase siempre con las fechas exactas ni con todos los pormenores de los acontecimientos; pero aun así, es el mejor de nuestros cronistas, el más interesante y abundante de noticias, el más aficionado a la discusión histórica, y por decirlo así, el único que satisface a la crítica, con la cita de sus autores, la discusión de sus autoridades, las juiciosas rectificaciones que introduce y las hábiles combinaciones con que las armoniza.

Descartando, pues, el sedimento anticuado como de obra anterior a la ciencia y a su vulgarización moderna, y colocándole en la esfera que le corresponde, Velasco representa, en lo tocante a nuestra historia media, una altísima personalidad enciclopédica, la más brillante quizás y, desde luego, la más útil para el conocimiento general de estas regiones. Reconócelo Crespo Toral cuando declara que «logró dejarnos una obra de aliento, casi única entre los de su tiempo.» Y ese tiempo —dejando a un lado las disquisiciones americanistas—es el que corre de 1750 a 1767 próximamente.

El Ministro progresista de Carlos IV, Don Antonio Porlier, que patrocinaba al Padre Velasco, supo apreciar su obra en su justo valor; y la Real Academia de la Historia en Madrid, que la analizó, dio de ella un elogio muy lisonjero - : «Caracterizó esta obra—dice Alcedo—por una de las mejores que se han escrito en América, porque reina en ella una juiciosa crítica, con gran conocimiento de las materias y de historias y monumentos de los indios, con cuyo idioma aclara y demuestra las cuestiones más dudosas hasta ahora; y puede gloriarse el Reino de Quito de haber producido un hijo que lo ilustre y debe pasar por uno de los mejores historiadores de América.»

Cevallos, honrado y cuerdo compendiador de Velasco, se detiene sobre todo en ponderar la preparación del Autor, tanto la próxima como la remota, encareciendo, como ya Préscott y Bollaert, la extensa y prolija labor del anticuario, del naturalista,—un tanto pliniano en verdad—del filósofo, del americanista, del testigo, del viajero: cualidades que han adornado a nuestro protohistoriador de encantos parecidos a los que los griegos hallaban en su Heródoto, los romanos en su Tito Livio y los franceses en su Sulpicio Severo.

Dejando aparte las opiniones anticuadas acerca de la Geología e Historia Natural, tenemos en esta obra —más que un manual—un arsenal maravilloso, popular y práctico, de la flora y fauna ecuatorianas.

En Geografía, hasta los malévolos y gratuitos adversarios de Velasco, le colman de alabanzas por los dos mapas que nos ha dejado y por el completo tratado de Geografía etnológica, política y física con que ha enriquecido estos estudios, siendo muy aplaudido de Rivet y de todos los sabios americanistas que las aprecian infinitamente más que nosotros.

Por lo que hace a la historia misma, Velasco es indudablemente uno de los más importantes incólogos, y el primero por lo que hace a la historia de los Incas en el Ecuador. Lo propio dígase de las primeras guerras entre los mismos españoles. De la Colonia, viendo la imposibilidad de formar una historia política del país, se decidió a tejer sólo una descripción histórica, repleta de datos interesantes; y así nos dio crónicas locales, que los pue-

blos le han agradecido más que si hubiera tejido una historia árida y monótona de la sucesión de Presidentes y Obispos, como lo han hecho ótros.

Grandes elogios le ha valido, por varios conceptos, la Crónica de la Compañía de Jesús, compuesta según las historias de escritores jesuitas, los Padres Severino, Figueroa, Rodríguez, Fritz, Maroni, Uriarte y otros de la Orden.

Pero, entre todos los títulos que puede ostentar nuestro Heródoto, el mayor quizás consiste en haber hallado y resucitado documentos manuscritos relativos a nuestra Prehistoria. En una falta, con todo, incurrió; falta imponderable, pecado inexpiable, del cual no le podemos absolver tampoco nosotros. Las Crónicas antiguas nunca citan sus fuentes y alcanzan un regular crédito, aun cuando admiten leyendas y se ponen en contradicción con otros autores. Pero a Velasco le ocurrió descargar su responsabilidad en los autores manuscritos que copiaba; se le ocurrió citar, analizar, aquilatar y aun comparar sus fuentes; y hé aquí que ha surgido un enjambre de avispas zumbonas que, después de revolotear sobre el vacío de la duda sistemática y del criterio negativo, se ha dispersado dejando el problema de Velasco como estaba antes, según lo formuló Cevallos con su gran sentido común, es decir, que en la sustancia vale aún su Prehistoria, y que rebajando las ponderaciones patrióticas, es tan buena, sino mejor que la de cualquier otro cronista, debiéndose admitir con más razón sus relatos, por cuanto ha sido el único en transmitirnos con ellos un cuerpo de historia primitiva.

Respecto de la autenticidad de aquella obra primitiva, compendiada por Velasco, no puede caber vacilación que es de Niza por cuanto Velasco, tan escrupuloso en sus citas, la admitió como de tal autor, y aun la acrisoló cotejándolo con Gómara, por quien fue utilizada, con Saravia y Collahuaso, que trataron de rectificar algunas de sus equivocaciones Todos los historiadores tienen una voz para colmar de alabanzas la virtud y la honradez de nuestro autor. Asimismo celebran, y más que otros, González Suárez, la habilidad crítica con que suele interpretar a los cronistas e historiadores, de lo cual es buen testimonio el Catálogo bibliográfico que nos ha dejado.

Por otra parte, aquel mismo P. Marcos de Niza, ha recibido recientemente un crédito singular e inesperado, en sus relatos, aun los más oscuros hasta hoy, con la genial obra del escritor norteamericano Sr. D. Carlos Lummis. Rehabilitado Niza por la ciencia y la observación en Nuevo Méjico, queda igualmente más rehabilitado en la prehistoria del Padre Velasco, su compendiador.

Además debe ponderarse que la importancia de aquella historia no proviene del P. Niza en su origen, sino de la persona más erudita en el asunto y la mejor colocada para su exposición. Era nada menos que un príncipe riobambeño, emparentado con la familia de los reyes de Quito y con la de los Incas. Tal personaje histórico, por nombre Cachulima, fue favorecedor de Benalcázar contra el usurpador Rumiñahui. Convertido a la fe por el P. Niza, capellán del Conquistador, lo retuvo durante seis meses en su residencia, donde a sus anchas le dictó lo mucho que sabía acerca de los dos pueblos autóctonos más importantes que componían el Reino preincásico de Quito. Algunos pormenores pueden relegarse al olvido, y asimismo exageraciones en favor de aquellos dos pueblos y de su cultura, pero tales desperfectos nada tienen que ver con la historia misma.

XX

EL NATURALISTA

Coetáneo del P. Velasco y complementario suyo en la Historia Natural, en la flora americana especialmente, fue *D. Pedro Franco Dávila*, hijo de Guayaquil. No son, por desgracia, abundantes los datos biográficos de este sabio ecuatoriano; pero los que poseemos hacen surgir ante nosotros la figura de un gran americano, de un genial impulsor del progreso y de un sabio esclarecido.

El Dr. Francisco Campos dice: «Era un hombre de vastos conocimientos; y consagró principalmente sus

estudios a la Historia Natural, en la cual sobresalió hasta figurar en primera línea entre los sabios que a tan importante ciencia se han dedicado. Observador profundo, tuvo vasto campo en la naturaleza tropical, para adquirir conocimientos fundamentales y enriquecer las ciencias naturales con nuevos conocimientos.»

Fue hombre de ideales. Persuadido de que en América no hallaría un teatro adecuado para la realización de sus propósitos, pasó a Europa, se estableció en Madrid y se empleó activamente en la creación de un Museo de Historia Natural con su jardín botánico anexo, como lo había visto practicado en Francia. No habiendo quién pudiese hacerle competencia, máxime tratándose de producciones ultramarinas, fue nombrado Director, y con ese título oficial regentó por algún tiempo sus propios establecimientos.

Dos datos importantes nos quedan de aquella época de su vida, que fue la última y se cortó prematuramente. El primero es la impresión, hecha en París, de su Catálogo de Historia Natural. Para la recolección de ejemplares en América, se puso en relación con numerosos centros coloniales, y para ellos escribió el curioso folleto titulado «Instrucción para recoger las producciones raras de la tierra», la que se publicó en Madrid en 1768, año de su fallecimiento.

Lo que hizo Chile para Molina, pudiéranlo practicar en el Ecuador para Dávila; y si no tanto, siquiera erigir un busto conmemorativo en los jardines públicos, y cuando volvamos a tenerlos, en los jardines botánicos.

XXI

UN CIVILIZADOR

Entre todos los ecuatorianos célebres que descollaron en el siglo XVIII, no ya como perfectos ciudadanos, sino como patriotas de vigor e impulso, cinco figuras excelsas se nos presentan, iluminadas por un talento extraordinario, animados de intuición superior, ejercita-

dos en omnímoda abnegación, tales, finalmente, como las necesitaba el pueblo para levantarse de su postración, cobrar alas y volar sin trabas hacia un perfeccionamiento social semejante al de la Madre Patria, no indigno, en suma, de la cultura europea.

Con esta reseña acabaremos de estudiar esa magnífica constelación, no sólo en el brillo que de sí misma proyecta, sino también en la fatalidad incomprensible que a cada una de sus lumbreras perseguía hasta restarle la mayor parte de las influencias que en sí encerraba para la difusión del bien.

En el geógrafo, en el colonizador, en el académico europeo, en el hombre de ciencia, a quien Caldas proclamó el primero de los ecuatorianos, hemos lamentado la muerte prematura que cortó en flor tantas esperanzas, aunque sin mermar de su nombre la irradiación que merecía por el caudal de progreso que atesoraba aquel espíritu preñado de recursos. Por Maldonado dos siglos hace que hubiera estado Quito unido a un puerto directo, al Mar del Sur y al comercio universal. Un espacio de dos siglos de tal comercio, no hay duda que representaría para la Capital una situación comercial esencialmente distinta de la que actualmente contemplamos.

Dionos la Providencia otro espíritu tan capaz como esforzado para levantar nuestra cultura, instruyéndonos sobre cuanto pudiera interesarnos sobre nuestro territorio en historia, geografía, recursos naturales, impulsos industriales, etc.; y nunca podremos lamentar bastantemente el golpe fatal que cayó sobre obra tan útil con el destierro inicuo, con el alejamiento insensato de aquel hombre, el más necesario entonces, y luego por la dilación en editarse sus trabajos por otro medio siglo.

Surgió felizmente otro naturalista completo, de saber europeo, erudito incomparable en Historia Natural de América; y no bien comenzó a dar su medida y a extender la red científica por todo el Continente, cuando la muerte, que le acechaba, nos lo arrebató de súbito sin dejar sucesor ni esperanza de que se llevara a cabo tan gloriosa empresa americana y por manos americanas.

Al mismo precursor de la idea de Emancipación, ¿fuéle acaso concedido desarrollarla y dejarla bien esta-

BIBLIOTECA NACIONAL

blecida?— Tronchada quedó igualmente aquella empresa gigantesca, con la muerte del gigante, si bien arraigada poderosamente, llegó a germinar en su escuela y a brotar luego con decisión y vigor, hasta surgir y erguirse el árbol de la libertad, cuidado y regado por tres lustros, hasta el inmortal Grito de Quito. La obra de Espejo no fue tan sólo la de un precursor; su obra declarada y fomentada por tantos escritos suyos, desarrollada con tantos recursos ingeniosos, fue la reforma social en todos los ramos, administración, pedagogía, hacienda, industria, comercio, literatura, clero, etc., nada se ocultaba a su ojo observador. En forma distinta de Rousseau, Espejo agitó más que nadie la opinión en favor de la reforma universal por medio de una cultura imitada con prudencia de las mejores naciones de la vieja Europa, la que nacía entonces a la civilización moderna.

No menos de sentir fue la rémora puesta al ardoroso celo y, luego, la muerte aciaga de la quinta lumbrera de dicha constelación quiteña. *D. Miguel Jijón* parecía el hombre providencial para unificar los esfuerzos y dar el paso decisivo en la marcha del progreso moderno.

No era aquel magnate criollo ni un ideólogo, ni un improvisado: nada más grandioso que sus concepciones, pero también nada más positivo. —En unión con muchos empresarios e ingenieros españoles y extranjeros, formóse prácticamente en la célebre empresa de civilización destinada a transformar la región de la Sierra Morena. Bien se comprende si tal patriota, y en tal situación, dejaría de acopiar un cúmulo de conocimientos relativos a la urbanización, a la industria, a la agricultura, al comercio, a la administración, a todos los elementos de adelantos sociales.

Siguió aún perfeccionándose con viajes, visitando las mejores instituciones de París, Lyon, Berna y Ginebra. Así pudo escribir importantes *Memorias*, dedicadas al perfeccionamiento de nuestra industria textil, agrícola y pecuaria. Por ello es reconocido como el iniciador de estos estudios.

Tal superioridad adquirió, en efecto, y tales servicios prestó que, al retirarse, recibió del Monarca la mayor prenda de su estimación con el título de *Conde de Casa*

Jijón, que le otorgó graciosamente, y que le mandó llevar con todas las preeminencias anexas a tal dignidad, siendo de notar que, con el de Selva Florida, fue el único de tal categoría en el ocaso de la Colonia.

El afán del nuevo Conde, apoyado en sus conocimientos, su fortuna y relaciones, pugnó por abrir para su patria una era de bienestar y progreso ideal para el que se sentía con fuerzas suficientes, con tal de no verse coartado de arriba en sus conatos humanitarios.

En un principio todo pareció favorecer sus intentos de filántropo, de civilizador, de magnate. El Dr. Herrera nos lo pinta, devuelto ya a su patria, promoviendo, a fin de lograrlos, en vasta escala, aquella célebre *Sociedad de los Amigos del País*, centro económico y de ilustración, que Espejo orientó por el cauce de sus ideas, pero cuyo fin primordial consistía en adquirir y propagar «los principios y los elementos de la agricultura, de las manufacturas, de las artes y de la civilización.»

El Presidente de aquella noble Sociedad patriótica no fue otro que el Conde de Casa Jijón, quien supo reunir en su derredor la flor y nata de la Colonia, y llamó a Espejo para confiarle la secretaría y el órgano de propaganda. Nunca estuvo la ambición de ambos patriotas más cerca de tocar la meta; pero, a deshora, la fatalidad que perseguía al Precursor, envolvió al Civilizador y lo paralizó.

Sin desanimarse, se dio a realizar uno de sus ideales que consistía en traer a la Colonia un contingente europeo de colonos y artesanos, con que plantear las diversas instalaciones que concebía más importantes. Si bien contaba para ello con el beneplácito real, se vio atajado por un Ministro y unos gobernantes celosos que se negaron a dar paso franco a oficiales extranjeros. Esa incomprensión dio al traste con la longanimidad del Conde, quien, anciano ya, resolvió trasladarse a regiones más libres. Fue a dar a Jamaica, donde a poco falleció víctima de un accidente aciago.

«Leía una noche—dice Cevallos—con la vela pegada a la cabecera. Cayó la carta o impreso sobre la vela, y se encendió. El papel comunicó el incendio a las cortinas de la cama, y el anciano, flaco de fuerzas para

saltar con prontitud, fue víctima de este incidente: ¡Murió quemado!... Puede asegurarse que se deben al Conde los primeros adelantamientos de la industria nacional.»

A la muerte de nuestro magnate, hizo el *Mercurio Peruano* un notable elogio de sus prendas—: «Fue—dice—uno de aquellos genios superiores a quienes anima un heroísmo de que apenas cada siglo presenta un ejemplo... Durante largos años se había hecho célebre, en la Corte de España, no menos que entre los sabios, por sus talentos, ilustración y servicios... Consistiendo la miseria de este pueblo en la ruina o atraso de sus fábricas y demás ramos industriales, que en otros tiempos le hicieron florecer, fue su principal objeto conducir, empleando crecidas sumas de dinero, operarios y artesanos y cuanto pudiese influir al sólido establecimiento de las manufacturas, como también al perfeccionamiento y aumento de las artes.»

XXII

SABIO Y POETA

La noble y pintoresca villa de Daule se enorgullece de haber sido cuna de muchas y notables celebridades de la patria ecuatoriana. Hónrala, entre otras, la memoria del filántropo José Vélez, de la poetisa Etelvina Carbo Plaza, del administrador Miguel Hurtado, del consumado estadista y orador Dr. Vicente Piedrahita, y de la gran mística fundadora de las Marianitas, la Madre Mercedes Molina; pero sobre todas esas glorias brilla ante la Historia la refulgente del *P. Juan Bautista Aguirre*, a quien compete de lleno la aureola y aun la suprema corona de sabio. En un promontorio, coronado hasta hace poco de un solar colonial y que domina el anchuroso río, señala la tradición el lugar donde vino al mundo, en 1725, aquel esclarecido jesuita, miembro de una ilustre familia guayaquileña.

Figura poco vulgar fue este religioso en los últimos lustros que precedieron al aborto de la Pragmática de Carlos III. Poeta satírico, orador de fama, literato del arte culterano—que aún privaba—filósofo sutil, profesor original, justador invencible en las sabias contiendas del escolasticismo: tal nos aparecen, en el ambiente colonial, los rasgos de la semblanza de Aguirre. conforme los reseña el Nuevo Luciano de Espejo, quien—como es notorio—pecó de exagerado en su crítica de ideas y métodos.

A Dios gracias, la verdad y toda la verdad sobre los reales méritos de Aguirre, después de maduras y extensas indagaciones, hállase patente y a la vista; y la historia del pueblo ecuatoriano lo reconoce ya plenamente por úno de los exponentes de la cultura en su época. A nuestro más afamado crítico literario, D. Gonzalo Zaldumbide, debemos este resultado, fruto de concienzudos estudios sobre las obras poéticas completas del Padre, ignoradas hasta hace poco entre nosotros; y así mismo, a la compulsa efectuada en la última e inédita historia del P. Velasco. El sentir del árbitro no es vacilante, ni su opinión dudosa; lo coloca al frente de nuestros poetas del siglo XVIII, lo que equivale a declararle por el primer poeta de nuestra literatura poética de la Colonia: hé aquí su juicio:

«La inspiración gloriosa, el esplendor metafísico, el nervio saltante e imprevisto de la imagen fueron el fuerte de este poeta, dotado de todos los dones. Fue, en todo caso, el mayor poeta de nuestro pobre siglo XVIII.»

Con todo, aquel brillante destello en la frente de este insigne varón no es lo que motiva directamente la presente semblanza. Timbre de honor, incomparablemente más valioso, caracteriza al gran Padre Aguirre, el más alto y comprensivo sin duda, fuera de la santidad, digo, el timbre de la sabiduría.

Prescindimos aquí de pormenores biográficos, ya que van indicados en numerosas biografías. Basta para nuestro intento saber que entró en la Compañía de Jesús el año de 1740, que emitió la profesión solemne en 1758, que salió desterrado, sin juicio previo, con todos sus Hermanos de religión en 1767 en virtud del decreto más ini-

cuo y desastroso que registra la historia de España; que vivió en Italia, como rector de colegios, profesor, consultor de Obispos y de la Corte pontificia, y finalmente que falleció en 1786.

Argumento de excepcional valía, respecto de la virtud y de las letras como de las dotes de gobierno, es el haber desempeñado el oficio de secretario y consultor de dos provinciales, y regido las importantes comunidades de Ravena y Ferrara. Estas ciudades, con Roma y Tívoli, donde murió, fueron desde 1768 los teatros donde nuestro genial guayaquileño se impuso por su sabiduría a todo aquel mundo eclesiástico de profesores, obispos y cardenales, no de otro modo que, algo más tarde, el docto y hábil quiteño Mejía, se llevó la palma de la elocuencia y de la ciencia política sobre los más célebres personajes de España y América, reunidos en las celebérrimas Cortes de Cádiz.

Dicha influencia no está en modo alguno ponderada. Consta particularmente de un escrito necrológico del arcediano de Tívoli, Monseñor Pimienta, quien por largos años había vivido a su lado. Citemos algunas expresiones de aquél gravísimo testigo — : «Como sol esplendente, dice, se manifestó a todos su incomparable doctrina. Diariamente era buscado por las personas doctas, así eclesiásticas como seculares, para oír su dictamen sobre las dudas que tenían en materias filosóficas, dogmáticas y morales.—Los eminentísimos cardenales le buscaban como a teólogo, y muchos de éstos se servían de su opinión en las Congregaciones del Santo Oficio y de Propaganda Fide.»

El Prelado de la Diócesis Mons. Natale, persona doctísima, que lo tenía en palacio en calidad de teólogo propio, solía decir de él que «aprendía más discurriendo una hora con el P. Aguirre que estudiando un mes entero.»—Todos le conocían como casuista de los más brillantes, prontos y sutiles, lo cual está conforme a la opinión en que se le tenía en la Compañía antes de la Supresión; pues «los jesuitas lo miraban como a uno de los más doctos de la Compañía en las disputas teológicas y filosóficas. Ocurría con él que lo llamaban para resolver las cuestiones más intrincadas, y cedían a su parecer.

Resolvía los casos morales con tanta claridad que todos quedaban sorprendidos y maravillados.»

Júzguese, pues, de la sabiduría de un hombre, cuya inteligencia y erudición rayaba a tanta altura, que era reputado por oráculo entre los más sabios. Tal reputación vino a realzarse aún por la altísima confianza que en él depositó el celebérrimo P. Zacarías, el astro más brillante acaso en aquel mundo de la más selecta cultura. «No cesaba de consultarle en las materias más oscuras, y aseguraba públicamente no haber conocido a jesuita más docto.»

Nota nada inferior quizás a la susodicha, y para algunos culminante en el concepto de la sabiduría del humilde religioso ecuatoriano en su noble destierro, fue la amistad íntima y la adhesión incondicional que le profesó Monseñor Bernabé Chiaramonti, que fue luego Papa bajo el nombre de Pío VII, el primero de los grandes Papas modernos y a quien debió la Compañía su restablecimiento en 1814.

De estos y otros testimonios históricos nos es lícito formular las más fundadas conclusiones, con las que deberá labrarse la corona de sabio para este hijo del Ecuador. El P. Aguirre fue astro de primera magnitud en todas las disciplinas eclesiásticas, es decir, en las ciencias más sublimes: fue el maestro, el supremo recurso de los profesores de dogma, moral, cánones, etc.; y llegó a condensar su doctrina en el «*Tratado polémico dogmático*», que por desgracia ha permanecido inédito.

A más de dominar como nadie todas las ciencias generales de su época, distinguióse tanto en la terapéutica que el mismo médico del Papa se consultaba con él. De su literatura, basta recordar que en Quito era el jesuita más elocuente, y que la crítica moderna lo ha colocado al frente de la poesía colonial. Gracias a su prodigiosa memoria, alcanzó en otros ramos una abundante y selecta erudición, a donde no podemos seguirle directamente por falta de datos concretos.

Pero, por más profunda y extensa, por más teórica y práctica que fuera aquella sabiduría, no sería completa si le faltara el soplo de la virtud que la fomenta, mantiene y orienta hacia Dios, centro de todo conocimiento.

Dos testimonios traen los contemporáneos, que pueden darnos de ello un notable concepto: el primero, referente a su acendrada y sólida piedad al Divino Corazón, en cuyo honor escribió una obra considerable en dos tomos, hasta ahora inédita. El otro es habérsele hallado, a su muerte, un áspero cilicio de hierro muy entrado en las carnes, el que había conservado durante la penosa y larga enfermedad que lo llevó al sepulcro. Del Padre Aguirre han escrito Velasco, Cevallos, González Suárez, Mera, C. Destruge, F. Vásconez, C. Caicedo, I. Barrera, Gonzalo Zaldumbide y el R. P. José F. Heredia S. J. en su reciente libro «La Consagración de la República».

XXIII

UNA ENCICLOPEDIA COLONIAL

En este artículo queremos sacudir un tanto el polvo secular que tan injustamente tiene sepultadas en el olvido obras de alta importancia y de uso contínuo en manos de americanistas. De éstas, la más importante acaso es el *Diccionario histórico - geográfico de Indias*, verdadera enciclopedia del Continente al declinar el siglo XVIII. Fue obra de un quiteño de nacimiento que lejos de avergonzarse de su carácter de criollo de América, declaró paladinamente que debía «el reconocimiento de haber nacido en una de sus mejores poblaciones.» La gloria del ilustre autor redunda en la patria de su nacimiento. No es éste otro que el *General D. Antonio de Alcedo*, hijo de uno de los más notables Presidentes del Reino de Quito, D. Dionisio de Alcedo, autor él mismo de una monografía y de varios informes sobre el régimen y estado de la Colonia.

Ese militar de alta graduación, a mediados del siglo XVIII, hizo sólidos estudios en el Colegio Imperial de Madrid, distinguiéndose particularmente en las matemáticas. Posteriormente acompañó a su padre, y residió en Panamá durante los ocho años que aquél regentó la Go-

bernación de Tierra Firme. Aprovechó el joven de su estancia en América para acumular datos interesantes sobre la historia del Continente, y como preparación para mayores empresas, publicó la historia de aquella Presidencia desde 1519.

Restituído a España, y ganados los grados de la milicia que le permitieron dedicarse ya más de lleno a su estudio favorito, se consagró con todo empeño a la magna compilación que era el ensueño de su vida.

Veinte años confiesa haber empleado en esa labor de acumulación y ordenación de todos los datos a propósito para publicar una verdadera enciclopedia, la más completa e interesante que podía desearse. Después de madurar su proyecto, resolvió darle la forma de un Diccionario de historia y geografía seguido de otro biográfico y bibliográfico, y, finalmente un complemento práctico con el Diccionario de comercio, industria y agricultura.

La última parte no nos consta se haya llevado a cabo en toda su extensión, pero la segunda, sí, aunque por desgracia permanece aún inédita en la Biblioteca Nacional de Madrid. En ella sigue el método clásico de Nicolás Antonio. Hasta estos últimos años, nadie había señalado esta obra, cuando D. Gonzalo Zaldumbide, nuestro literato y crítico tan celebrado en Europa, lo dio a conocer en el *Boletín de la Academia de Historia* (Nos. 3 a 5, 1921) y aun publicó algunos artículos referentes a celebridades ecuatorianas, tomados del manuscrito.

En cuanto a la primera, se publicó en 1788 en seis tomos, con un Vocabulario de voces americanas, y constituye el primer fundamento de toda la biblioteca americanista.

No es para ponderar el sinnúmero de documentos, folletos y obras de todas clases que un hombre tan influyente y relacionado, en medio de la Corte, logró utilizar para su consulta. Estando ya para concluir el ingente trabajo, publicáronse dos Diccionarios análogos. *El Gacetero americano*, traducido del inglés, y el *Diccionario geográfico de la América Meridional*, obra del exjesuita veneciano P. Juan Domingo Coleti, que había residido en Quito. Pero notó, muy luego, que casi toda la mate-

ria de ambos se refería a determinadas regiones del Continente, y que en ello era casi insignificante el aporte, comparado al suyo; por lo cual, aprovechándose también de algunas noticias especiales, siguió hasta coronar su empresa con la amplitud y la gloria que le correspondían.

El General Alcedo, en su carrera militar, asistió a varias acciones de guerra, y muy especialmente al segundo sitio de Gibraltar, pasando luego a gobernar varias plazas de la Península. Falleció en la Coruña, su última gobernación, en 1802, a la edad de 77 años, ese grande americano, hijo de Quito.

XXIV

EL PRECURSOR

Por precursores de la Independencia solemos entender, no precisamente los principales jefes de la Revolución, sino ciertos espíritus independientes y poderosos que, penetrados de la conveniencia de la emancipación política en todo el Continente, la iniciaron resueltamente en las ideas, y le dieron, con su propaganda un impulso eficaz. Tres son los que han merecido figurar en primer término ante la Historia: el General Miranda, el General Nariño y el Dr. Espejo.

El ilustre caraqueño, D. Francisco de Miranda, educado en España y formado en la vida militar en las milicias de Norte América, llegó por sus méritos a obtener en la Revolución Francesa el grado de General. Ese aventurero político, no satisfecho con rebosar de fuego sagrado, lo comunicaba a todos los americanos que le visitaban yá en París, yá en Londres. Comenzó su labor patriótica desde 1785. En 1790 presentó al Ministro Pitt su primer proyecto de transformación continental: trataba de convertir la América Española en un imperio incaico, con un senado de Caciques y una cámara de Comunes, todo sobre la base de la Constitución inglesa, La guerra la haría Inglaterra, enemiga entonces de Es-

paña. Miranda soñó más en el fin que en los medios, prescindiendo, o poco menos, de la ayuda que podían prestar las colonias al movimiento, y sin esperar ni preparar su previa aquiescencia. El proyecto no tuvo consecuencia por la paz que se ajustó muy luego.

El año siguiente, un amigo suyo, el abate arequipeño, Dr. Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, dio un paso más eficaz, con la publicación en París de su folleto *Carta a los Españoles americanos*, que tuvo mucha resonancia en América.

En 1795 otros abates americanos, el chileno Dr. Manuel Salas y el Dr. José del Pozo y Sucre, de Trujillo, fundaron en Madrid, en unión con el célebre literato peruano D. Pablo de Olavide, una asociación secreta bajo el título de *Junta de las ciudades y provincias de la América Meridional*, la cual trabajó no poco en Europa y el Nuevo Mundo. Los dos citados doctores, el año de 1777, en calidad de delegados de la Junta, fueron a tratar con Miranda los puntos positivos y prácticos para iniciar y apoyar en más sólidas bases el movimiento general de la Emancipación. Logróse tan plausible objeto con la *Convención solemne y definitiva* del dos de Diciembre en la que se ofreció la libertad de comercio a Inglaterra y a Norte América en retorno de los auxilios militares y pecuniarios que ambos Estados prestarían a la Causa.

Ya para aquella época, había surgido en Quito otro espíritu claro, ilustrado, robusto y resuelto, que en la misma América, con ideas fijas y bien maduradas, había tomado la iniciativa del movimiento emancipador. El círculo de Espejo y la escuela que dejó creada, es anterior en cierto sentido a la de Miranda y completamente independiente; y si su acción hubo de permanecer oculta y comprimida, llegó finalmente a dar de sí el fruto esperado en la revolución genuinamente quiteña de 1809, primer brote de emancipación con elementos criollos, y principio formal de la Independencia hispanoamericana.

Francisco Javier Espejo y Aldaz nació en Quito el año 1747, de padre indígena y de madre mulata; se educó en San Luis y siguió la carrera de medicina y cirujía,

en la que se doctoró en 1767. Más tarde obtuvo su licencia en ambos derechos.

Pero la pasión dominante de Espejo fue la erudición enciclopédica, la que desarrolló en verdad con más tesón que orden, hasta merecer la reputación de primer erudito del país. De tal ascendiente se valió para iniciar, en la opinión, un vastísimo movimiento de reformas pedagógicas, sociales y religiosas, que dotaran a su patria y luego a todo el Continente, de una cultura europea.

Las trabas con que le tenía sujeto el Gobierno en sus propagandas, le parecieron desde luego ser el obstáculo único, si bien insuperable, del vuelo político y social que soñaba. Pero la misma dificultad de tamaña empresa le estimuló para buscar, fuera de su humilde condición, arbitrios proporcionados con la grandeza de sus ideales.

Después de maduras reflexiones sobre la emancipación de las Colonias inglesas de Norte América, no tardó nuestro criollo en desarrollar un plan de emancipación radical de todas las posesiones españolas, cual ningún precursor se atrevió o acertó a concebirlo. Trató, antes que alguno, de constituírlas en repúblicas democráticas. El gobierno nacional se organizaría sobre la igualdad de derechos políticos, y sólo los americanos podrían formar parte de la administración, tanto de la civil como de la eclesiástica. Con el andar de los años y las lecciones de la Revolución Francesa, sus ideas cobraron mayor firmeza aún, pero sin extenderse a los extravíos sociales y religiosos de aquel gran trastorno histórico.

Nuestro precursor, muy opuesto a Miranda en la elección de los medios para llegar a la proclamación y efectiva conquista de la independencia, quiso que el primer grito, después de madura y metódica preparación, se diera simultáneamente en todas las capitales de Virreinatos, Audiencias y Capitanías; y que las Colonias todas, dueñas de su propio territorio, se aliasen estrechamente unas a otras en orden a presentar un frente único y cerrado ante la reacción de la Metrópoli.

Miranda, repleto de ideas norteamericanas, comenzó a derramarlas, lejos de su patria, al pasar de Nueva York a Londres: era el año de 1885. Cinco años antes, aquí

en su patria, Espejo tenía armado ya su formidable ariete contra la Monarquía española. Nos referimos a la publicación del *Retrato de Golilla*, folleto en el que, sin rebozo, se descorría el velo que ocultaba la conducta privada de los mandatarios de la Colonia y se daba aplausos al levantamiento de los señores indígenas del Alto Perú. El manuscrito, rápidamente propagado, produjo una explosión de ira en los magistrados; el presunto autor se vio expuesto por largos años a pesadas vejaciones, y finalmente, sometido a la acción de la justicia. Fue arrestado en 1787; pero abocada la causa al Virrey, el año de 1788 hallábase en Santafé para defenderse.

El Presidente Villalengua, cuando remitió el proceso a aquel tribunal, expresaba que el folleto sindicado era «una atroz, sangrienta y sediciosa sátira», causa muy bastante, ante cualquier tribunal europeo, para encerrar a su autor en un castillo de por vida. Pero, agregaba, si se llegase a condenarle, «forzosamente habrían de salir reos en la Causa muchos sujetos de clase distinguida, amigos, corresponsales y confidentes de Espejo, y ocasionaría semejante procedimiento un incendio difícil de apagar.» Eso se escribía en Marzo de 1789, y el 2 de Octubre del propio año, el Virrey Espeleta falló en favor de Espejo por faltar pruebas legales, aunque abundaban las presunciones morales.

Nuestro doctor había sido remitido a Santafé bajo tres títulos infamatorios, a saber «como reo de Estado, como libelista infamatorio y como perturbador de la paz pública.» La estadía en aquella Capital sirvióle maravillosamente para intensificar y extender su acción a otros centros dispuestos para ideas de emancipación. Conocidos son, en efecto, los nombres de los jóvenes Nariño, Zea, Hurtado, cuya tertulia vino a ser el círculo incubador de ellas en la Nueva Granada.

Nariño, en 1794, tradujo y publicó en su imprenta privada, los *Derechos del Hombre o la Constitución del pueblo francés*, obra que produjo una explosión como *La Golilla* y le valió al autor la primera de sus prisiones. Nariño en 1788 tenía veintiocho años, doce menos que Espejo, y no hay duda que se exaltaría en continuo trato con el veterano de la Idea.

Nuestro Precursor, ya desde 1887, estaba en correspondencia con Lima, Popayán, Santafé y Mariquita. Desde el centro del Virreinato extendió mucho más su radio de acción, amplitud del plan que conoció luego el Presidente Luis Muñoz de Guzmán, sucesor de Villalengua, cuando declaraba que para llevar esta causa adelante, preciso era practicar prolijas investigaciones en muchos puntos del Virreinato, donde residían muchas personas influyentes y comprometidas con el Reo.

Testimonio de mayor alcance todavía es el de Ramón Azpurúa, cuya precisión y autoridad corren parejas con su erudición. Dice así: «Fue en 1790 que los Virreyes del Perú, Méjico y Santafé, como el Presidente de Quito alguna vez, y varias el Capitán General de Venezuela, participaron a la Corte de Madrid que «en la cabeza de los americanos comenzaban a fermentar principios de libertad e independencia, peligrosísimos a la soberanía de España. En efecto, *un quiteño, hombre de saber* para aquellos tiempos, el Dr. Eugenio Espejo pasó a Santafé en compañía de D. Juan Pío Montúfar para entenderse allí con los sabios de la época, D. Antonio Nariño y D. Francisco Zea, a fin de ver cómo promovían sacudir el yugo español, sobre lo cual ya Espejo se había entendido con algunos patriotas del Perú.»

Sólo faltaba que el mismo Precursor se hiciera de recursos para ir en persona a preparar los círculos emancipadores en las Capitales de Hispanoamérica y apresurar el momento de la revolución conforme a su plan. Pareció haber llegado aquel día el 20 de Marzo de 1794. El Dr. D. Homero Viteri Lafronte, el más acucioso investigador de cuanto se refiere a Espejo, nos ha conservado el documento al respecto, donde consta que se proponía visitar a Méjico, Guadalajara, Caracas y Buenos Aires. Por desgracia hubo de prorrogar su partida; sobrevino la denuncia de su plan, fue aprehendido, y murió al año de reclusión, víctima de la disentería.

El plan de Espejo consta del proceso, de las cartas y otros documentos auténticos de las mayores Autoridades en las Colonias; plan por todos conceptos superior al de Miranda; y no posterior, pues el primer proyecto del General—el de 1790—medio bosquejado, fantástico

e irrealizable, todo o casi todo lo dejaba a fuerzas extranjeras, a una verdadera conquista. El del Abate Vizcardo es de 1791 y por cierto de más consideración; pero tampoco es de emancipación propia, sino de preparación de los espíritus. El de Espejo es completo, en todo y por todos lados genuinamente americano, perfectamente realizable y no para una monarquía imposible, sino para las patrias americanas, como la sucesión de los acontecimientos históricos lo fue verificando.

Ese plan lo venía trabajando al menos desde 1787, primera fecha conocida de sus relaciones políticas con países extraños. En 1788 y 1789 era perseguido como revolucionario con profundas y peligrosas vinculaciones en Quito y en varios puntos del Virreinato. En estos mismos años y hasta principios de 1790, su plan echaba raíces en Bogotá en la mentalidad del círculo bogotano, que en 1791 comenzó a dar frutos en el *Papel Periódico* y en varios centros políticos. Durante siete años nuestros Gobernantes estuvieron alarmados con el conocido sembrador de las ideas de emancipación; y aun a los quince años de muerto, cuando hubo estallado la revolución de tan antiguo incubada, recordaba el Presidente Molina que todo había provenido de Espejo y del círculo de sus amigos, herederos y protectores. Conocida es la comunicación de este Mandatario al Gobierno Peninsular, fechada el 17 de Noviembre de 1810, la que dice así: «El Marqués de Selva Alegre y su familia, heredaron los proyectos sediciosos de un antiguo vecino, nombrado Espejo, que hace años falleció en esta Capital.»

Ese círculo que, andando el tiempo, vino a ser la cuna misma de la Independencia Hispanoamericana, puede decirse que comenzó a formarse con las adhesiones de aquel prócer durante su permanencia en Santafé. En aquel entonces fue cuando se preparaba en Quito la creación de la *Sociedad de los Amigos del País*, de la cual fue Espejo, ausente aún, nombrado secretario, y a la cual se apresuró a dirigir un célebre discurso que se imprimió en Santafé.

En Quito recibió el cargo de bibliotecario nacional y otro más halagador aún para él, el de redactar el órgano de la Sociedad, cuyo título era *Primicias de la Cul-*

tura de Quito. Fue ésta la época en que desplegó todas sus energías en orden a disponerlo todo para el logro completo de sus ensueños políticos. Ganó para la causa patriótica a los más distinguidos miembros de aquella Sociedad y por su periódico, que fue el primero de este país, iba poco a poco levantando los espíritus a las ideas modernas. Naturalmente hubo de verse coartado y compelido finalmente a soltar, después de siete números, aquel instrumento que se venía convirtiendo en la palanca de Arquimedes.

Para quienes conocen la historia de nuestra Independencia, recordamos los nombres de algunos ciudadanos influyentes que sostuvieron hasta la muerte y fomentaron con todas sus fuerzas el plan de Espejo y que constituyen su escuela precursora y prócera de la Independencia. Al frente de la lista figura su gran protector y amigo el Marqués de Selva Alegre, quien resultó nuestro primer Presidente; el Dr. Boniche su colega, el temido abogado de los criollos contra los peninsulares; el Dr. Juan de Dios Morales, el prócer más activo y resuelto de 1809; el Dr. José Mejía, cuñado de Espejo, que se destacó como Jefe del Partido americanista en las Cortes de Cádiz; los Dres. Salazar y Ascásubi; los Sres. Mateus, Larreas y casi todos los magnates de Quito y Latacunga; pero sobre todo, el infatigable Dr. Ante, el más empeñado con los Sres. Pineda y Donoso por combinar oportunamente, con ocasión de las crisis españolas del año 1808, los movimientos revolucionarios de todas las capitales, conforme a la mente del Maestro.

Resumamos, con el citado Dr. Viteri, las ejecutorias más salientes de este precursor tan genial, tan audaz, tan cauteloso de la Emancipación— «¿Quién fue Espejo?... El primer periodista que hubo en esta ciudad; el iniciador de la idea de la emancipación de las colonias americanas, el sostenedor, no sólo de la forma republicana sino democrática y también, la primera víctima del patriotismo republicano, se puede responder inmediatamente, reuniendo algunas apreciaciones de González Suárez.»

Demos, finalmente, término a esta semblanza, que la ignorancia general del asunto nos ha obligado a pro-

longar, con las palabras de un ponderado erudito; y selle tal testimonio la preeminencia ideológica, práctica y aun cronológica de nuestro precursor—: «Espejo—asienta el Excmo. Sr. Manuel María Pólit Laso, Metropolitano de la Provincia ecuatoriana—es en Quito lo que el P. Mariana fue en España, genio superior a su siglo: talento gigante, capaz de levantar un pueblo, una generación, un nuevo sistema filosófico-político en sus hombros, y colocarlo sobre el nivel de las generaciones sus contemporáneas. Por eso la Providencia le concedió la gloria de iniciar, el primero entre todos los americanos, la idea de independencia y de libertad conservando la Cruz, sin la cual no puede conseguirse la primera, ni vale para nada la segunda.»

XXV

EL MIRABEAU AMERICANO

Viene ya el hablar de un gran ecuatoriano, «honra de España y del Nuevo Mundo». El ilustre hijo de Quito, *Dr. D. José Mejía del Valle y Lequerica* (1777-1813) se distinguió desde sus más tiernos años, por su carácter apacible y un clarísimo ingenio que le hizo descollar siempre entre sus iguales, y le dio acceso a todos los géneros de estudios que a fines de la época colonial se podían cursar en Quito. Doctoróse temprano en Medicina y Teología; no se distinguió menos en el estudio del Derecho Civil y del Canónico, si bien no se graduó en estas Facultades.

Desde los diecinueve años dedicóse a la enseñanza, y ocupó sucesivamente cátedras de Latinidad, Retórica y Filosofía. En 1803, finalmente, pensó en tomar estado, y unió su suerte a Dña. Manuela Espejo, hermana del Precursor de la Independencia. La biblioteca del Prócer fue el arsenal donde se proveyó de todo género de armas para la vida pública.

Invitado por el Conde de Puñonrostro discípulo y amigo suyo, a visitar Europa, nuestro joven sabio no

perdió una ocasión tan propicia para saciar la sed de ciencia y erudición que le atormentaba. Pero, habiendo coincidido tal viaje con el principio de la guerra de España, alistóse con el Conde, y peleó en la campaña de Somosierra. Probable es también que tomara empleo en la Junta Central, como luego lo hizo en Cádiz bajo la Regencia. En tales circunstancias, nada extraño fue que, en el sorteo para la suplencia de plazas en las Cortes, le viniera a tocar el papel de representante de Santafé, al lado de su poderoso protector.

Las Cortes de Cádiz fueron el magnífico y proporcionado teatro donde había de desarrollarse con mágico esplendor el inmenso caudal de conocimientos puestos al alcance de una inteligencia clara y ejercitada, asistida además de una elocuencia soberana. Basta decir, con el testimonio de los escritores contemporáneos que, en aquel recinto augusto, brilló a par de Canga Argüelles, como oráculo parlamentario.

Desde un principio, la simpatía de su carácter y la superioridad omnímoda de su talento le colocaron al frente del partido americano; y de tan precioso ascendiente, combinado con sus afinidades liberales, se valió con tino para constituirse, como dice *Segundo Flores*, en «defensor celoso, enérgico y profundamente ilustrado de los derechos de América. Mortal enemigo del despotismo, defendió los derechos del pueblo español con valor y ardorosamente; los de América, con ingenio y elocuencia; y los de Quito, su tierra natal, con ternura y amor.»

Superior a Argüelles en sagacidad y táctica parlamentaria, rivalizó con él en universalidad de conocimientos, así como en la elocuencia; y si en ésta lo juzgaron inferior ciertos críticos, confesaron deberse ello a que el público tenía por algo «sospechosas sus manifestaciones en favor de la libertad, y un tanto doble e interesado su patriotismo.»

«Entre los Diputados de la primera época constitucional, dice *Juan Rico y Amat*, descuella el americano D. José Mejía, como el orador más fogoso, más elocuente, más parlamentario de la Cámara popular de 1810.— Hombre de mundo y conocedor más que nadie de las

personas y de las circunstancias, preveía los acontecimientos y explotaba su posición en beneficio del país.»

«Apreciábanle los liberales españoles como liberal; pero le temían como americano; que sabía muy bien cómo se iba y venía de América la discusión sin que lo notaran los Diputados. Con una habilidad portentosa, con admirable ingenio; sabía torcer el curso de los debates; y de la discusión más nacional y más española en su fondo, hacía él una discusión americana, que fuera preparando la proyectada independencia de aquella parte del globo. Los argüellistas viéronse burlados más de una vez por la sagacidad de Mejía; pues, creyendo decretar en los acuerdos el bien de España, decretaron el de América a pesar suyo. Exceptuando Argüelles, nadie aventajaba al Diputado americano en la universalidad de conocimientos, pues aparentaba no serle extraña ninguna de aquellas infinitas materias que se ventilaron en aquellas Cortes.»

Piezas oratorias de gran interés se conservan del orador quiteño, siendo las más conocidas las referentes a Fernando VII, a la repulsa del tratado con Bonaparte, a la igualdad de derechos entre los españoles, europeos y americanos, a la libertad de Imprenta, a la defensa de su amigo Gallardo, etc. etc.

Era maestro en el hablar; pero en ocasiones, mejores triunfos reportó con sabias reticencias y un calculado mutismo. Todo en él revelaba al político moderno, al tipo de parlamentario, al conductor de una campaña legislativa.

De ningún orador de las Cortes de Cádiz han tratado con tanto interés y simpatía los mejores escritores de la época, los historiadores y críticos y, hasta los católicos, que por su parte no dejaban de censurar sus doctrinas por muy avanzadas.

El chispeante y austero *Filósofo Rancio*, el más temible adversario de la Asamblea, dirigiéndose a Mejía le decía—: «Perdóneme U. esta digresión; pero a mí me parece que la belladona, el dulce lenguaje, el agradable carácter y los muchísimos conocimientos con que el Cielo le ha dotado a U., debían tener un mejor ejercicio y destino.» Y el exponente de la crítica española D.

Marcelino Menéndez y Pelayo, escribe—: «Mejía, que arrebataba a todos los Diputados americanos la palma de la elocuencia... a ninguno de nuestros Diputados reformistas cedía en brillantez de ingenio y rica cultura; y a todos aventajaba en estrategia parlamentaria, que parecía adivinar por instinto en medio de aquel Congreso de legisladores inexpertos.»

Fuera de los títulos de gloria que ha dejado ese ilustre compatriota con su labor parlamentaria, muy en cuenta debe tenerse la fama que se granjeó, de acérrimo y chispeante publicista en la punzante *Abeja*, hoja que publicaba en unión de Gallardo, y cuyo fondo por desgracia no correspondía siempre a la forma.

Véanse otros testimonios, v. g. los del *Conde de Toreno*, de *Lebrún*, de *Alcalá Galiano* y de *Comenge*, en el trabajo de prolija erudición debido a la docta pluma de D. Alfredo Flores y Caamaño, intitulado *Mejía en las Cortes de Cádiz*.

XXVI

LA PRIMOGENITA DE LA LIBERTAD

En época ya remota, los viajeros que llegaban de noche a la ensenada de Valparaíso, quedaban gratamente sorprendidos al leer la inscripción multicolor que proyectaba el faro: «*Quito, Luz de América*»; en la cual la nación amiga concretaba la opinión general de haber sido Quito el primer pueblo en preparar, decidir y proclamar la revolución que emancipó al Continente.

Prescindiendo de los movimientos precursores de la Independencia americana y fijándonos únicamente en la prioridad de fechas que corresponden a los primeros Gritos de la Emancipación, fácil es establecer el cuadro cronológico de tan gloriosas efemérides. Son por su orden el grito de La Paz (16 de Julio de 1809), el de Quito (10 de Agosto de 1809), el de Caracas (10 de Abril de 1810), el de Buenos Aires (10 de Mayo de 1810), el de Bogotá (20

de Julio de 1810), el de Dolores (15 de Septiembre de 1810), el de Santiago (18 de Septiembre de 1810), etc.

Muy comúnmente hablan los autores de nuestra Revolución Agostina, como de la que encabezó de hecho la Revolución Americana; pero en esta cuestión debe distinguirse entre el hecho crudo o en bruto, como dicen, o sea el grito o proclamación popular, y el hecho motivado, es decir, rodeado de condiciones especiales, por las que se pueda atribuír una primacía más importante aún que la simplemente cronológica. En este concepto, efectivamente, suélese anteponer el primer Grito ecuatoriano al boliviano; y hé aquí algunas de las razones en que tal opinión se apoya.

El Grito de La Paz, se distingue por su corta preparación, por su atropellamiento rayano en improvisación – : «Fue esencialmente obra de un tumulto, a favor del cual los patriotas obtuvieron un Cabildo Abierto y se impusieron arteramente al Ejército y a la Autoridad Pública. Entre los directores, apenas se notó persona de alguna ilustración, fuera del canónigo Medina. El lenguaje de la Junta Tuitiva, por lo mismo, desconoció toda cultura, y sus actos, odiosísimos contra los españoles, desdijeron de un gobierno de principios, apoyado en un ejército. A los dos meses y medio, sin poder ofrecer seria resistencia al primer ejército que se presentó, dejó una sociedad floreciente expuesta a la venganza del vencedor y de adversarios domésticos exasperados, que se cobraron con atroces represalias.

El segundo Grito de la Paz y la proclamación definitiva distó 16 años del primero. Finalmente, de observar es que la Revolución de La Paz, en vez de ser incitación eficaz a seguir el ejemplo dado, no tuvo resonancia alguna; antes, donde fue percibida, sirvió sólo para aterrar y contener a los patriotas. Acá no había llegado la menor noticia de aquellos acontecimientos.

Opuestas en un todo son las circunstancias que caracterizan al Grito de Quito.

Espejo, como lo dejamos asentado poco ha, después de sembrar y agitar, según su posibilidad, sus ideas de emancipación, después de disponer el proceso de la necesaria revolución y de indicar la forma política que

habrían de adoptar las nuevas Repúblicas, murió víctima de su ideal y mártir de su causa, en 1796.

Su obra le sobrevivió: quedaba encomendada la empresa a un círculo de amigos y protectores, unidos en la mentalidad del Maestro y formando una escuela de acción. Nuestra historia reconoce que permaneció lleno de vitalidad, y recuerda no pocos brotes de actuación patriótica que desarrollaron los Montúfares, los Boniches, los Mejías, los Morales, los Bejaranos, los Antes y otros socios directos del Precursor; ni menos encarece el grande ánimo y activa cooperación de los Quirogas, Arenas, Ascásubis, Salazares, Salinas, Donosos, Pinedas, Riofríos y Villalobos, con otros jefes de nuestro procerazgo, cuyos trabajos impulsaron ya la evolución hasta el Golpe de Estado.

La incubación por precisión hubo de prolongarse por espacio de doce años; pero llegando ya la ocasión propicia, exultaron y respiraron aquellos fundadores de la Patria. La conspiración tomó vastas proporciones y sus pasos se contaron por las crisis que iban precipitando al abismo la dinastía española en 1808, por las más violentas aún de la Guerra de España y de la consiguiente anarquía.

Fieles a las instrucciones del Precursor, pusiéronse los Próceres en comunicación con varias Capitales con el fin de combinar un movimiento universal, cuya simultaneidad prestaría grandes prendas de éxito a todas las Colonias.

El plan estaba trazado en consonancia con las circunstancias de España, de América y de esta sociedad. Con el fin de lograr, desde luego, la autonomía, establecieron en bases jurídicas el derecho de los americanos a instalar juntas parecidas a las de España y aprovecharon el odio popular a Bonaparte para proponer una transformación adversa al Usurpador y que alejara ese peligro. Explotando el amor de las Colonias a Fernando VII, proclamaron rey a aquel príncipe destronado y desterrado.

La apelación al derecho de constituir Juntas, la evocación del Monarca, la participación de los Cabildos nacionales, la preparación del pueblo con la formación de clubs locales, el apoyo de oficiales influyentes, y sobre

todo la dirección del movimiento encomendada a personas resueltas y de autoridad: tales fueron los propósitos a que se dedicaron, y que de hecho les proporcionaron a Quito y casi a todas las Colonias un éxito tan asombroso.

La gran asamblea, que reunió sobre sesenta patriotas de cuenta, se celebró en una hacienda de Chillo, el 25 de Diciembre de 1808, medio año antes que colonia alguna soñara en la emancipación. De ella salieron la unificación, la orientación, la organización y el impulso decisivo. Los trabajos permitieron ya señalar la fecha del golpe para Marzo de 1809. Por desgracia una denuncia paralizó e interrumpió la empresa por varios meses, exponiendo a peligro inminente a los mismos jefes. Con todo se obtuvo la liberación de los arrestados y ya, sin pérdida de tiempo, se fijó el 10 de Agosto para dar el Primer Grito.

Nadie ignora con qué facilidad y refinamiento de elegancia aristocrática se llevó a ejecución aquel célebre golpe de Estado. El pronunciamiento de la guarnición, la deposición del Presidente, el arresto de los oidores, la inmediata constitución de la Junta Gubernativa, el funcionamiento del Gabinete y de los empleados, el agasajo del pueblo, las solemnidades de la transformación en que figuraron con júbilo todas las Corporaciones civiles, eclesiásticas y religiosas; en una palabra, todo el proceso evolutivo de tan clásica e incruenta revolución, que apenas tiene el nombre de tal, descubrió a todas las Colonias un ejemplo seductor, un tipo acabado, una pauta imitable, sino fácil siempre, para la constitución de una patria propia y autónoma.

Cierto es que una benignidad llevada al extremo dio lugar a una reacción realista que, apoyada por ejércitos invasores, se volvió incontrastable frente a una milicia novel; pero aun entonces la diplomacia triunfó y recabó una honrosa capitulación.

Cierto es, igualmente, que gracias a la perfidia se hizo posible la matanza de varios Próceres el dos de Agosto de 1810; pero clamó esa misma sangre de mártires, y su grito, resonando por todos los ámbitos del Continente y llenando todos los pechos de indignación, influyó en la sublevación de las Colonias más aún que el mismo grito de 1809.

Tales son los hechos ciertos, notorios, indiscutibles, y volvemos a preguntar—: ¿Del grito de La Paz y del de Quito, cuál merece la primacía, no precisamente como fecha material, no como movimiento improvisado, transeunte, violento, estéril y manchado, sino como de hecho influyente en todas las Sociedades americanas, según lo han reconocido luego casi todas las Repúblicas; como movimiento ejemplar, inicial, filosófico, transformador; en conclusión, como movimiento formal y digno de escribirse con letras de oro en la primera página de la Historia Patria?

Todos los hombres ilustres de la América Republicana reconocieron sin vacilación y proclamaron la primacía de Quito, no sólo en los orígenes remotos e iniciativas de la Revolución, sino en las formalidades de ella, en su influjo admitido por la Historia, y en tantas características que la distinguen, fuera del honor de la fecha material, con que La Paz se anticipó a Quito, a modo de episodio ocasional y muy glorioso, pero sin mayor consecuencia.

XXVII

EL PROTOMARTIR DE LA PATRIA COLOMBIANA

Una de las horas más trágicas, la más horrible sin duda y la más cruenta que registra la historia de la Familia hispanoamericana, es la época conocida en Colombia con el nombre del Terror, y corresponde a aquellos meses de 1816 y 1817 en que los Morillos y Enriles, los Casados y Sámanos trataron de emular a los Robespierres, Carriéres, Fouquier-Tinville y otros felinos de la Revolución Francesa.—Aquel drama histórico ha encontrado en el *General y Doctor José Dolores Monsalve* al historiador tan concienzudo como erudito que le cumplía para poner en claro los muchos problemas que apenas se rastreaban en la densa penumbra de las tradiciones locales. De éstas la más importante es acaso la relativa a la

muerte del Protomártir colombiano, el Brigadier *D. Antonio Villavicencio y Verástegui*, último Conde del Real Agrado.

Ese gran personaje colombiano, quiteño de nacimiento y emparentado con nuestra Aristocracia, digno es en alto grado de fijar la atención de la Historia, no sólo por su muerte, con la que comenzó a ensangrentarse el altar de la Patria, sino por su trascendental actuación en las tramitaciones oficiales entre el Gobierno peninsular y el Virreinato de Santafé.

La carrera de Villavicencio fue muy brillante. Combatió como Oficial de Marina en Trafalgar al lado de Churruca, y triunfó en Bailén como edecán de Castaños. Favorecido por la Regencia y poderosos amigos, se vio en circunstancias especialmente críticas, revestido del cargo de más responsabilidad respecto de América, pues pasó al Virreinato en calidad de Comisionado Regio por la Regencia a Nueva Granada en compañía de su primo D. Carlos Montúfar, Comisionado asimismo de la Regencia para la Presidencia de Quito.

Sabido es cómo esa embajada de paz a la Colonia resultó de todo punto tardía. En efecto, la víspera de su llegada a Caracas, esa capital había verificado su primera revolución; lo propio aconteció en Cartagena y luego en Santafé. No podía hallarse la Comisión en situación más delicada. Ambos enviados, sinembargo, aprobando la revolución contra las Autoridades locales, trataron de mantener ahora la autoridad de la Regencia en las Juntas, valiéndose de las facultades que traían para fundar y dirigirlas. La Junta quiteña regentista evolucionó bajo la dirección de Montúfar; pero, para la opinión, en Nueva Granada había pasado ya el tiempo de las contemplaciones; así que no tardó Villavicencio en ceder al irresistible vendabal. Con todo, siguió aún por largos meses vinculado con su augusto Mandante, distinguiendo siempre entre la conducta arbitraria de ciertos funcionarios y las nuevas normas dictadas desde Cádiz, hasta que, desatendido y aun abandonado y sustituído por el Gobierno español, pudo sentirse desligado de la Causa peninsular y entregarse, con toda libertad, a las inspiraciones de su patriotismo.

La conducta de Villavicencio no pudo menos de ser torcidamente interpretada por los partidos opuestos. Nada más natural; y si se considera su acción, aunque sinceramente encaminada, por precisión debía parecer parcial y desconcertada yá a unos, yá a otros. Mientras trabajaba impertérrito en apartar del mando a los españoles indignos y duros con los criollos, no dejaba de imponer su autoridad para atajar también los desmanes, contener las ambiciones y componer las disensiones de los patriotas atrevidos. Así le pareció combinar, según la norma que se había trazado, las tendencias patrióticas de sincero americanismo con el carácter de la representación que llevaba. Era tal situación de doble aspecto, parecida a la de Mejía en las Cortes de Cádiz quien, sin dejar de laborar por América y su independencia, se hacía el panegirista fervoroso de la Monarquía desde la tribuna de la Asamblea.

En la última fase de su vida pública, Villavicencio se consagró por completo, como su antiguo colega, a la causa de la Emancipación, y no rehusó comprometerse en los cargos de mayor responsabilidad. Fue uno de los plenipotenciarios en el célebre Tratado de Unión entre Cundinamarca y el Congreso de las Provincias Unidas; estuvo luego de Gobernador de Tunja, centro a la sazón de la República; y luego entró a formar el Gobierno Supremo, con Pey y Torices. Cuando la invasión de Morillo, hallábase en el puesto de mayor peligro, disponiéndose a una resistencia heroica en la ciudad de Honda, cuando cayó víctima de la traicion y fue entregado a Morillo.

El Comisionado Regio de Nueva Granada tuvo el honor de encabezar, el 6 de Junio de 1816, el áureo libro de las víctimas del Terror. Marchó sereno al suplicio y consumó su sacrificio al amparo del *Cristo de los Mártires*, siendo justamente tenido por el Protomártir de la Patria granadina.— Descansan sus restos en la Capilla de la Vera Cruz o Panteón Nacional, al lado del mayor genio científico del país, el Arquimedes de la Nueva Granada, D. Francisco J. de Caldas, como él sacrificado en aras de la Patria. El Brigadier Montúfar obtuvo poco después igual suerte en Buga.

XXVIII

EL HEROE NIÑO

Fecunda en héroes adolescentes fue la Independencia. Una legión de ellos suscitó el nueve de Octubre, entre los que descuellan los claros nombres de José Ariza y de Abdón Calderón. Este último, por su valor, por su actitud, por la noble índole de su carácter, por la simpatía general de su persona, de su edad y aun de su familia, ha fijado en América el tipo ideal del Héroe Niño, dechado de valor militar, flor del patriotismo republicano.

Hijo del Coronel Francisco Calderón, con quien pereció en Ibarra la primitiva Patria en Diciembre de 1812, fue educado por su madre Dña. Manuela Garaicoa, una de las célebres espartanas porteñas, en los sentimientos dignos de tal padre y de tan augusta víctima. De hecho, desde el primer día de la nueva Patria, y sólo de diez y siete años, asentó plaza entre los próceres de la juventud y fue dando cada vez más inequívocas muestras de su sangre en todos los combates empeñados con los ejércitos realistas de la Sierra.

Pero amaneció el gran día de Pichincha, día de la definitiva independencia para esta República; y en el más solemne teatro, en el acto álgido de nuestra mayor crisis histórica, en la más trágica escena, le esperó la Providencia para coronarlo con inmortal lauro de gloria, en medio del grandioso triunfo, al que había contribuído con su entusiasmo, su arrojo, su sangre y, sobre todo, con su ejemplo.

En el primer descenso del histórico Repecho de San Diego la batalla, llamada de Pichincha por combatirse en las faldas del Volcán, se había desarrollado por espacio de más de dos horas con los imprescindibles vaivenes de la fortuna, cuando, llegado el momento de dar el impulso decisivo, Sucre dejó a Córdova la iniciativa de aquella soberbia carga—preludio de la de Ayacucho—que desequilibró los batallones peninsulares y que, favorecida

a tiempo por las fuerzas de Mires y Morales, los obligaron a replegarse a las faldas inferiores de la montaña, hasta ponerse a la vista de la ciudad, donde apoyados por su poderosa reserva y protegidos por un repliegue del terreno, lograron aún defenderse por algún espacio y disputar la victoria.

A órdenes de Morales, y al frente de la tercera Compañía del Yahuachi, marchaba el Teniente Calderón, alta la espada, animando a todos con la palabra y el ejemplo, cuando una bala enemiga le hirió en el brazo derecho. Sin inmutarse, asió la espada con la mano izquierda y levantándola en alto, siguió impertérrito alentando a los suyos, hasta que una segunda bala vino a romperle asimismo el otro brazo. —«¡Viva la Patria!», exclamó el joven Héroe arrastrando a sus voluntarios por entre una granizada de balas. Una de ellas le atravesó el muslo; pero no fue parte para que se retirara ni cayera al suelo. Recogiendo todas sus fuerzas, anduvo todavía algunos pasos, hasta que finalmente rota la rodilla, titubeó y cayó desplomado ese dechado de bravos.

Sus soldados le vengaron. La jornada se concluyó muy luego con la rota general de los españoles y nuestro Bayardo, alborozado, en medio de sus indecibles tormentos, pudo exclamar—:«¡Queda libre la Patria! Vengada la memoria de mi padre, ya puedo morir satisfecho.» A los pocos días falleció en efecto, cobijado con su bandera y asistido por la religión, en medio de las lágrimas y elogios de sus compañeros y de la Capital libertada.

Su número en el Batallón no fue suplido; y Bolívar, equiparando el heroísmo del Soldado Niño al del Primer Granadero de Francia, La Tour d'Auvecgne, ordenó en un célebre decreto que, en las revistas, al nombre del Capitán Calderón, la Compañía en coro contestara—:«Murió gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones.»

Abdón Calderón ha tenido no pocos imitadores en nuestro ejército. Su nombre queda nimbado aún como símbolo y viva irradiación del honor militar. Entre cien poetas que lo han celebrado, escojamos al acaso y por ser breve, esta composición, obra del insigne César Borja.

A ABDÓN CALDERÓN

¡ Pasmo de héroes !, terror de la batalla !
La Gloria misma te envidió ese día,
Que, antes que el lauro a tu valor, ponía
Traba a tus miembros, de mortal metralla.

No hubo al torrente de tu genio, valla;
Y, en reto al plomo que doquiera te hería,
«*¡Fuego!*» Tu bravo corazón rugía,
«*¡A barrer de leones la muralla!*»

¡ Mancebo heroico ! Se rindió el soldado
Altivo y rudo de la Iberia, al verte
Cautivar, con tu ejemplo, a la Victoria.

Mas se cumplió la voluntad del Hado
De ceñirte, por manos de la Muerte,
En laureles, ya póstumos, de gloria.

XXIX

EL DE MAISTRE AMERICANO

El canonista que más alto renombre se ha granjeado en la América independiente; el estadista eclesiástico que con más ciencia y erudición ha defendido al Papado en el Nuevo Mundo, es sin contradicción el célebre teólogo conocido en el mundo literario bajo el título de Autor de las Cartas Peruanas o de Arcediano de Lima, que corresponde al *Dr. D. José Ignacio Moreno.*

Ese gran escritor, gloria de dos Repúblicas, nació en Guayaquil en 1767; pero dejó la tierra natal joven aún, como más tarde el Cisne del Guayas, para alcanzar el perfeccionamiento de sus talentos en la Universidad de San Marcos; y en la Capital del Perú vivió hasta su muerte, acaecida en 1841.

Entre las producciones de este autor, clásico en su género—y tanto como cualquier otro de nuestros más ilustres literatos y pensadores—; dignas son de eterna memoria, en primer lugar, las citadas *Cartas Peruanas*, que constituyen un verdadero arsenal de apologética, tan ameno como sólido contra los errores vulgares sembrados por el filosofismo volteriano del siglo XVIII.

El segundo y aun más alto título de su celebridad, es el *Ensayo sobre la Supremacía del Papa, especialmente con respecto a la institución de los Obispos*. Esta obra cuya primera parte se publicó en 1830, marca una fecha en la Historia Eclesiástica moderna, por la honda y extensa sensación que produjo en el mundo católico y en el heterodoxo.

Los más afamados teólogos de las Repúblicas Hermanas saludaron al Maestro y le celebraron de consuno. Gran número de Cesaristas, desarmados por aquella lógica irrebatible, abandonaron las teorías acariciadas durante toda su carrera para abrazar la doctrina tan gallardamente propagada por nuestro filósofo, y adoptar sus numerosas conclusiones referentes a ciertas cuestiones por entonces muy debatidas en los Congresos Legislativos.

Seis años más tarde, toda la Prensa americana saludó con doblados aplausos la aparición de la segunda parte de la obra, ilustrada con abundante y selecta erudición de los Concilios y con graves testimonios de la Historia Eclesiástica.

Puede decirse con toda verdad que la maza de este Hércules guayaquileño dejó triturado y definitivamente reducido a pavesas el edificio tan costosa y arteramente levantado por Febronio, Pereira, Káunitz, Choiseul, Tanucci, Pombal y Hontheim.

No menor esfuerzo se necesitaba para disipar los sofismas con que de Pradt y Villanueva habían envenenado a la clase ilustrada e influyente del Nuevo Mundo. Nuestro apologista, siguiendo las huellas de Bergier, Bolgeni e Inguanzo, desenmascaró y persiguió hasta sus últimos atrincheramientos toda aquella legión de cesaristas, que se hallaban ya próximos a adoptar la nacionalización de las Iglesias y a destruir la constitución eclesiástica.

Así como el ilustre Conde José de Maistre, con su libro del Papa, mereció bien de la Europa Católica por su elocuente defensa de la constitución disciplinaria de la Iglesia; no de otra manera el gran José Ignacio Moreno, en América, con su libro sobre la *Supremacía del Papa*, se ha levantado sobre todos los canonistas, desterrando de los espíritus los sofismas de un error secular, y arrancando las armas a los pérfidos enemigos del Papado.

Por lo que hace al interés actual de la obra, el sabio apologista ha dejado bien prevenido y proveído el arsenal de armas para la contienda doctrinaria con los sectarios apegados a un patronato trasnochado y a las ideas de la Revolución; en una palabra, contra los perseguidores—llamados por paralogismo liberales—de todas las libertades eternas y verdaderas, sin exceptuar las más esenciales de la Santa Iglesia.

La obra monumental del Arcediano de Lima campea aún en todas las bibliotecas americañas. Pero en su patria, ningún monumento, ninguna lápida, ningún opúsculo recuerda a las generaciones que se van sucediendo, el nombre del sabio más célebre que ha producido el Ecuador.

El Dr. José Ignacio Moreno fue tío materno del gran Presidente Gabriel García Moreno, otra gloria de diverso género en América, quien en su propio apellido quiso perpetuar la gloria del sabio, juntamente con la memoria de la santa de quien había recibido la vida, Dña. Mercedes Moreno.

Concluyamos con la reciente Historia de la Iglesia en el Ecuador—: «Moreno, Solano, Araujo: tres nombres con los cuales el Ecuador comparecerá gloriosamente en la historia eclesiástica de la primera mitad del siglo pasado. Ningún país americano puede igualarle en aquella época en el celo por la defensa de los derechos pontificios.» (Dr. Julio Tobar Donoso—*La Iglesia Ecuatoriana en el siglo XIX*—I, pág. 238).

XXX

PINDARO

«Olmedo brilla como el sol en la aurora de la Libertad»—Esta feliz inspiración de Juan León Mera entraña una alusión tan profunda como exacta a la misión política de ese gran guayaquileño en la emancipación de su patria, y al magisterio de la estética más extensa y duradera,—por no decir eterna —, con que aquel genio vive presidiendo el desarrollo del divino arte en la gran Patria americana. Por el canto de Homero, no por la historia, perdura la memoria de los héroes de la antigua Grecia. El verbo de Píndaro ha consagrado, por su estro, los nombres de gloriosos vencedores, cuyas hazañas y aun cuya existencia y nombre perecieron para la historia, quedando tan sólo de aquella gloria unos destellos en la aureola que circunda las sienes del Genio que triunfó del tiempo.

A Olmedo, el gran vate pindárico de la América, no hay quien no lo proclame soberano con todas las voces de la crítica europea y americana. Así los Amunáteguis, mejor aún Cañete y con más profunda inteligencia, Miguel A. Caro. Nuevas coronas le han tejido cuantos han escrito sobre los príncipes de nuestra poesía; v. g. nuestros eximios literatos, Dres. Remigio Crespo Toral en su disertación del centenario de Guayaquil, el Dr. Víctor Manuel Rendón, brillante traductor de Olmedo al francés, y más aún el R. P. Francisco Vásconez, S. J., autor de la mejor monografía del poeta que nos ocupa.

Entre los críticos no han faltado quienes opusieran ciertos reparos a la general admiración de los literatos. Así los Amunáteguis han prejuzgado que en Olmedo prevalecen la ciencia y habilidad sobre la inspiración y el estro; pero tal prejuicio ha quedado completamente aislado y desacreditado, sirviendo tan sólo para que todos los maestros, extrañados con tan singular proposición, encareciesen la espontaneidad, la vida, el calor natural,

el fuego más bien del que, cual de una fragua, brota incesante y caldeado el soplo de la inspiración. Otros reparos alegó el mismo Héroe, Bolívar, convergiendo las más acerbas críticas al rededor de la aparición del Inca al Vencedor. Pero respondieron críticos más humanistas, más artistas y poetas, como el primero de ellos, Bello, con Mora, Vásconez y otros, manifestando que, por más de un concepto, ahí está el supremo arte creador, en una alta región donde el compás y las normas positivas de otros géneros afines, no hallan su aplicación en el pindárico.

En efecto, si bien se analizan los cargos, se viene a observar que dimanan del criterio de los géneros a que se quiere sujetar el Canto a Junín, buscando v. g. imitaciones de Homero, de Virgilio, de Horacio, cuando de hecho es patente que Olmedo no es propio imitador de aquellos maestros; sino de Píndaro; que bien lo manifiesta con su libertad, su amplitud, sus digresiones en la labor de glorificar a Bolívar y a Sucre en el Canto a Junín y luego a Flores, en la Oda a Miñarica. Esta última producción es más perfecta aún en cierto modo que la primera, según el concepto de Cañete, de Menéndez y Pelayo y de la crítica actual. Sobre punto tan trascendental, muy categórico es Caro que dice: «Salpicada de reminiscencias de Horacio, la poesía de Olmedo no es empero horaciana, sino pindárica: *fervet, immensusque ruit.*»

Aludiendo a dicho género y estilo, ha declarado Menéndez y Pelayo que en ese campo poético no tiene rival en América. Vaya todo ese juicio clásico, uno de los fallos más célebres del Maestro.

«No falta quien le dé la primacía sobre todos; y dentro de cierto género y estilo, no hay duda que la merece. *Bello* es más perfecto y puro, más acrisolado de dicción, mayor humanista y de arte más exquisito; *Heredia* más apasionado y también más espontáneo, pero lleno de tropiezos y desigualdades, cuando no acierta soberanamente. Si al cantor de la Zona Tórrida fue concedida la ciencia profunda de la dicción, y al poeta del Niágara la contemplación melancólica y apasionada, Olmedo tiene, en mayor grado que ninguno de

ellos, la grandilocuencia lírica, el verbo pindárico, la continua efervescencia del estro varonil y numeroso, el arte de las imágenes espléndidas y de los metros resonantes. El *os magna sonaturum* parece inventado para poetas como Quintana y Olmedo.»

La pintura de la Musa inspirada de Olmedo no tiene rival. «A ese gran elogio de Caro, juntemos los de otro granadino, de Torres Caicedo, que lo encarece y desarrolla.» Campean, dice, las galas y flores más bellas de la imaginación, las más sabias máximas de una sana filosofía y los principios de la moral cristiana. Olmedo está vaciado en sus escritos: en ellos se exhibe el poeta, el filósofo, el cumplido ciudadano... Todo se halla en las poesías de Olmedo: inspiración, fuego, sentimiento, profundidad, elevación, delicadeza, cultura, armonía y riqueza del lenguaje.» Para esos grandes críticos colombianos, a los que deben agregarse Eusebio Caro, Lino de Pombo y otros más, nuestro Olmedo está en la cumbre del Parnaso americano.

De inquirir fuera, después de oír al gran poeta, y a sus admiradores, si, como lo prefirieron ya no pocos a Quintana—maestro español de este género—se le había de comparar al Maestro de Tebas y Vate de Olimpia, y aun de preferir sus dos poemas pindáricos tan inteligibles para todos a esas odas indescifrables, tenidas en la literatura general por sagradas y por soberanas en el arte lírico.

El Ecuador por excepción no se ha atrasado excesivamente en el profundo estudio de la obra olmediana; y ha sido siempre con el mismo resultado de no reconocer estro superior al suyo en el Continente. A tal punto se dirigen los análisis y las conclusiones del concienzudo Clemente Ballén, su editor, de Víctor M. Rendón, su traductor, y las de los príncipes en estética, Mera, Crespo Toral y finalmente del severo Padre Vásconez, cuya extensa y magistral monografía en todos nuestros círculos ha parecido decisiva.

Mera, comentando su dictamen, dice: «La inspiración de Olmedo fue siempre robusta y fogosa; y de ahí vienen el nervio, la valentía y el noble desenfado de su versificación. Las estrofas muestran el genio que las ha formado, amoldándolas con maestría a los diversos aspec-

tos de la naturaleza y a la índole de los asuntos que cantaba: lo blando y lo dulce, lo profundo y lo moderado, la virtud y la filosofía, la abnegación y el heroismo, el estrépito de los combates, y el orgullo que da el triunfo a los guerreros y a los pueblos. Todos los movimientos del corazón humano han encontrado en la lira del vate guayaquileño su expresión propia y natural. ¡Esto se llama ser poeta! ¡Esto es arrebatar con mano victoriosa el lauro de Helicona y ceñírsele sin miedo de que nadie se lo dispute!»

Atendiendo a esas cualidades maestras de poeta, Crespo Toral, al ofrecérsele el cotejo con Bello en otros puntos, dijo que «podría exceder a Olmedo, pero no por cierto como poeta»; y éste el concepto general en la actualidad, tratándose de estro soberano, de dominio universal en la pintura de las pasiones y de clasicismo acrisolado.

Un connotado crítico español, P. C. Santos González, contemplando a aquellos dos príncipes del Parnaso Americano, ha dejado consignada esta otra conclusión inesperada: «Las silvas de Andrés Bello, los cantos épico-líricos de Olmedo, no tienen rival que los venza en toda la literatura castellana.»

Terminemos con la ardiente réplica de Luis Cordero al argentino Olegario Andrade, cuya ilustración no llegó hasta conocer gloria alguna en el Ecuador:

... Insigne Olmedo,
Lustre envidiado de la patria mía,
Sal de la selva umbría
En que a la margen de tu caro Guayas,
Descansas arrullado
Por el dulce murmullo de las olas
Cabe el rosal pintado.
Sal, y descuelga el laúd sonoro
Y el canto que dormido
Yace en sus cuerdas de oro,
Mientras tú lo despiertas atrevido;
Derrámese en armónico torrente,
Para que sepa, si lo ignora el mundo,
Que es honra, no baldón del Continente
La patria del poeta *sin segundo.*

XXXI

EL PRECURSOR DEL SUBMARINO

«Pocas personas recordarán y las más ignorarán el notable acontecimiento que tuvo lugar en esta ciudad el 10 de Setiembre de 1838.

«En aquella fecha, la población entera, congregada en la orilla del Guayas, vio a un joven entrar en una embarcación de forma extraña, despedirse con un saludo de los presentes, hundirse en las aguas con su raro aparato, y aparecer en la otra orilla, después de haber recorrido, bajo el líquido elemento, un kilómetro de extensión.

«Este joven había resuelto el difícil problema de la navegación submarina, problema estudiado por tantos hombres de ciencia, sin éxito alguno.

«El joven guayaquileño, *D. José Rodríguez*, obtuvo este resultado; y si hubiera conseguido el apoyo de los hombres de fortuna, para hacer su ensayo en escala mayor, hubiera talvez realizado la navegación bajo las aguas, y sería hoy una celebridad americana, como Fulton y Morse.

«Y no es éste el único, lo diremos de paso. — Una persona digna del mayor crédito, ha asegurado al que escribe estas líneas, que en el pueblo de Samborondón, hubo un vecino, cuyo nombre no recuerda, que hace más de sesenta años había construído en madera un modelo de revólver, tal como fue inventado muchos años más tarde por los constructores de armas europeas. Sensible es que la falta de apoyo o la desconfianza que inspira todo invento nuevo, haga perderse esas invenciones que, como la del guayaquileño Rodríguez, habrían sido fecundas en resultados.—Mientras tanto, hemos querido consignar en estas páginas el nombre del joven mecánico, digno de ser mejor conocido; y para autenticidad del descubrimiento reproducimos a continuación el artículo publicado en «El Ariete», periódico que se redactaba en esta ciudad el año de 1838.

Dicho periódico, en su número 19 correspondiente al 26 de Setiembre del año citado, dice:

«EL HIPOPÓTAMO.—En la tarde del 16 del corriente, fue sorprendido el vecindario de Guayaquil con el nuevo e interesante espectáculo de una embarcación de regulares dimensiones, atravesando de una a otra orilla, bajo la superficie de las aguas, el caudaloso y ancho río que ha dado a esta ciudad el armónico nombre con que se la distingue entre los pueblos de América.

El Hipopótamo ha sido el primer ensayo del señor José Rodríguez, guayaquileño, quien, sin otros auxilios que sus meditaciones y sus hábiles manos, ha conseguido verificar la teoría difícil y peligrosa de la navegación submarina.

Este invento, verdaderamente curioso, puede ser muy útil en varios aspectos: y en especial para conducir, con toda seguridad, órdenes, instrucciones y, en una palabra, correspondencia importante, por en medio de escuadras enemigas; y puede elevarse a tal grado de perfección que llegue con el tiempo a obrar prodigios comparables a los del magnetismo y el vapor.—¿Quién sabe si vendrá a ser cosa fácil y usual echar a pique una flota numerosa y fuerte, mediante los trabajos nocturnos de otra flota pequeña, débil e invencible?—¡Qué excelente remedio el de los Hipopótamos contra la peste de ultimátum y de bloqueo amigable!....

Nos lisonjeamos con la idea de que el autor del *Hipopótamo*, encontrará en la estimación de sus conciudadanos, en las consideraciones del Gobierno y en el mismo resultado feliz de su empresa, un noble estímulo que por una serie de esfuerzos y combinaciones, llegue a colocarle a la par de aquellos célebres artistas que han logrado perpetuar su memoria»...

Francisco Campos.

Al interesante relato anterior, íntegramente copiado de la erudita si bien ya en parte anticuada Galería biográfica del Dr. Campos, nos fuera fácil agregar otros ensayos casi increíbles, frutos de la inventiva del talento industrial ecuatoriano. Pero, por no alargarnos en demasía, preferimos aquí recordar sólo la portentosa habili-

dad, que dio nacimiento a una industria universalmente celebrada en el mundo y la llevó a un colmo de perfección no superada todavía. Nos referimos al sombrero de paja toquilla.

Una equivocación de veras colosal en materia histórica, ha venido sustituyendo en la denominación propia del Nuevo Mundo, el nombre de uno de tantos conquistadores al del auténtico descubridor, Cristóbal Colón. No será, pues, extraño, que en otras materias de menos trascendencia, la historia, la geografía y la nomenclatura comercial hayan sufrido también fatales errores. En Europa, hasta la aparición de la obra del P. Berthe, puede decirse que el Ecuador era para los estudiosos un país misterioso, teniéndolo no pocos por anexo a Nueva Granada y aun al Perú, y siendo raros los que acertaban a reconocerlo como República independiente.

Hasta hoy ha cundido y seguirá por largo tiempo aún cundiendo una equivocación mundial, en virtud de la cual va expendido, bajo el nombre de *Sombrero de Panamá*, nuestro sombrero de Jipijapa, producto el más genuino de nuestra industria nacional, cuyo centro principal son dicha villa y la de Montecristi en la provincia de Manabí.

No ignoramos que en el Norte del Perú se ha tratado de imitar el artefacto, pero sin éxito. Otro ensayo parecido ha resultado desastroso en Panamá. En el Azuay, florece no poco la industria, pero no para competir ni menos igualarse con la costeña.

Prosigue aún triunfante la industria de Jipijapa y Montecristi, cuya maestría artística y monopolio no parecen declinar—: «Los sombreros de Montecristi—decía Cevallos en 1886—son los más finos; los de Jipijapa, los que se trabajan en mayor número; y los de Santa Ana, los más duraderos.»

Los sombreros de Jipijapa—que tal es su propio nombre—fabrícanse en toda la provincia de Manabí. «Su valor—dice Jorge Lafond, en una reciente obra—varía según la calidad y el espesor de la paja. El tejido de un sombrero de excelente calidad supone un trabajo continuo de varios meses; ni es espacio excesivo, si se tiene en cuenta que no se trabaja sino al principio y fin

del día, por exigir la materia cierto grado de humedad que no suele haber durante las horas de calor. Algunos contados trabajan de día, pero con la paja y las manos metidas en el agua, lo cual obliga a deprimir la calidad, pues desvirtúa la blancura propia de la paja toquilla, única empleada en esta industria.»

Nadie ignora las cualidades de este hermoso artefacto de nuestros *montuvios*, en especial la flexibilidad que permite una reducción sorprendente del volumen. Las buenas piezas obtienen precios fabulosos y cubren cabezas de millonarios y de reyes. El precio de uno de ellos pudiera equivaler a una fortuna para una familia manabita. Nadie asimismo ha dudado que el sombrero de Panamá sea una gloria americana, ni que pertenezca exclusivamente su mérito al pueblo ecuatoriano, pese a su nombre exótico en el extranjero.

Este producto nos recuerda también otro, exclusivo del Ecuador, el *coroso*, cuesco de la tagua y llamado marfil vegetal, que ha obtenido los más singulares premios en las exposiciones universales. Sirve útilmente en la industria moderna para la fabricación de botones y otros objetos, por la facilidad de su costo, corte y pulimento.

Hasta hace poco, no se empleaba sino en la fabricación nacional de juguetes y objetos de un arte escultórico de miniatura. Aún trabajan el corozo algunos artistas que se dan maña para labrar uno de aquellos huevos vegetales hasta armarlo de todas las piezas, v. g. de un ajuar, de un altar, de un escritorio, todo en forma minúscula y llena de gracia.

XXXII

EL PATRIARCA DE LAS LETRAS

Si alguien ha dejado en Cuenca una estela luminosa, y abierto un surco profundo en orden a la ilustración popular, al sostén de una política recta y al prestigio de la religión; corresponde tal gloria a un humilde religioso

de San Francisco, que fue y se mantuvo por 37 años al frente de la opinión pública, del progreso y de la cultura literaria de aquella sociedad.

Con toda razón, pues, el agradecimiento ferviente de sus conciudadanos le tiene en preferente estimación y ensalza su nombre a par de un sabio, de un canonista, de un enciplopedista, del patriarca del periodismo y de sus letras. Ni menos fama gozó de orador sagrado, de jurista, de político, y finalmente de erudito incomparable para su época.

Parécenos también que tal personaje histórico, proclamado Padre de la Patria, armado de sólo la cruz y de la pluma, alcanza por su singularidad y por la grandeza de sus méritos el honor de figurar entre las glorias culminantes del Ecuador y de América.

Nos atenemos en ello al autorizado parecer del Dr. Remigio Crespo Toral que formuló en estos términos su dictamen respecto de la obra del Maestro—: «Fray Vicente, Solano—dice—en una obra vasta y grandiosa de su enciclopedia, enseñó cómo el esfuerzo individual puede llegar al milagro. No hubo asunto en que no tomase la delantera. Espíritu curioso, audaz dentro de la doctrina, en muchas disciplinas hasta hoy no ha sido superado en América.»

Vocación más que extraordinaria, providencial fue para bien de esta República el que la paternidad de las letras y las primicias de nuestro periodismo hubiesen de reconocerse en las iniciativas y arranques geniales de un sacerdote, de un religioso: por maestro de nuestra literatura en lo moderno es tenido generalmente el *R. P. Fray Vicente Solano y Vargas Machuca.*

Hombre de carácter firme y sólida virtud desde sus primeros años, vistió a los nueve de su edad el sayal franciscano, que llevó con honor por otros sesenta y cinco. Del célebre colegio de S. Francisco de Quito no salió discípulo que se le pudiese comparar. Sobre aquella base de educación, y la teología que oyó en el de San Diego, la lectura asidua y meditada de obras europeas modernas, el estudio comparado de las legislaciones republicanas, y más que todo un ejercicio metódico de autoeducación, dan alguna explicación de la amplitud magní-

fica y de la reconocida superioridad con que se adelantó a su época y a su medio para campear, casi siempre solo, en el planteamiento y solución de las cuestiones vitales de la sociedad, mayormente repetimos de las relacionadas con la doctrina católica.

El año de 1828 fue cuando se lanzó a la palestra pública, con *El Eco del Azuay*, el primero de nuestros publicistas profesionales. Más tarde, en *El Telescopio*, *La Alforja*, *La Paz*, *El Semanario Eclesiástico*, *La Razón*, *La Luz*, y más que todo, en *La Escoba*, ejerció una verdadera magistratura en las Letras nacionales.

Puede decirse en general, con uno de sus biógrafos, que el periódico del P. Solano tenía «el carácter de literario, político, científico y religioso. Predomina la nota política; pero, bajo cualquier aspecto, que se le considere, sus producciones llaman la atención por la originalidad de los conceptos, la sencillez y al mismo tiempo la elegancia de la forma, por el vigor del pensamiento, la intención patriótica y por su profunda erudición.»

Dotado de un caudal inagotable de energías, reforzaba el tono al verse acometido, dando en mordaz y acre, hasta el exceso en ocasiones. El de sus discusiones y polémicas era el donaire humorístico, no siempre en verdad de exquisito gusto, pero de no escasa eficacia, para fijar las especies en la memoria y dejar clavadas en la picota del escarnio ciertas opiniones absurdas que combatía.

Solano desde su celda, fue un justador preparado y diestro, de su época el más formidable, y un escudo seguro de la Iglesia contra los tiros de sus enemigos.

«Patriota de antiguo cuño—dice el Dr. Alberto Muñoz Vernaza – defendía a su Patria contra los ataques de escritores nacionales y exrranjeros. Combatió contra todas las tiranías que han pesado sobre América, y abogó con intrepidez por las legítimas libertades de los pueblos. Hombre de iniciativa y propagandista, celoso por los fueros de la virtud y de la verdad, Fray Vicente llegó a ser el oráculo en el campo de la Prensa. El amor a la justicia y el amor a sus semejantes absorbían por completo su existencia. Ninguna ocupación más halagüeña para él que la enseñanza por medio de la cátedra, de la prensa, de la tribuna sagrada y del ejemplo.»

BIBLIOTECA NACIONAL

Humildad tuvo el P. Solano para rechazar las mitras, y valor moral bastante para implorar perdón por sus errores, hasta acudir en cierta ocasión al Sumo Pontífice con el fin de retractar y retirar una obra de su juventud, condenada por el Santo Oficio.

Al formar Crespo Toral el cuadro inicial de nuestra cultura republicana, ha escrito esta sugerencia—: «Para país tan pequeño como la Presidencia de Quito, en tiempo en que sólo Bello podía exceder a Olmedo—no por cierto como poeta, y a Fray Vicente Solano—no en verdad como erudito filósofo; era mucha excelencia comenzar, con la lira de Olmedo, la pluma de Solano, y la elocuencia de Mejía y Rocafuerte.»

XXXIII

NUESTRO HEROE

La aureola del heroísmo es para los hombres argumento visible de gloria: ejerce en ellos una irradiación que fascina. Es sello que distingue a las almas extraordinarias, superiores en algún modo a la naturaleza, es el premio de una virtud por el acto de sacrificar los bienes más caros, cuales son la salud, la vida, el propio honor, a un ideal sublime y más apetecible aún, cuales son la ciencia, la patria, el deber, la humanidad, la religión. Régulo, Guzmán el Bueno, d'Assas, Quiroga el Dos de Agosto, Landáburu en Yahuarcocha, Ariza en Cone, Calderón en Pichincha, César en Munda, Napoleón en Arcoli, Cambronne en Waterloo, y sobre todo, los mártires de la Fe cristiana, noble idea nos dan del arranque de que es capaz el espíritu humano, al sentirse invadido, electrizado, arrebatado de una aspiración superior y avasalladora.

El campo de batalla, el tribunal, el gabinete, la tribuna, el taller, teatros son a menudo de la fortaleza humana, que tanto más digna de admiración se manifiesta

y mayores prodigios realiza cuanto con más constancia se alza contra los asaltos, con más aliento se levanta de entre las crisis, con más abundancia renueva y acrecienta los aportes de su energía, y cuanto con más delicia se baña en los esplendores de su ideal.

Fuera de duda está que el Ecuador posee un tipo indiscutido, insuperable de múltiple heroísmo, el cual con vivos destellos ha brillado yá en la escena militar, yá en la política, yá por la victoria de sí mismo en el santuario interior del alma; un tipo de «hombre superior y de poderosa originalidad», de asceta capaz de inagotables reservas de fe, de justicia y de abnegación; un tipo de héroe en horribles crisis políticas y personales, un tipo acabado del alma invencible y superior a sí misma, aun en el instante en que aquel roble cayó tronchado por el rayo de la traición.

No es el heroísmo inmanente, producto espontáneo: cepa supone indudablemente, cepa escogida y probada; pero, como toda flor deslumbrante propia de la libertad humana, exige un cuidado constante, un culto esmerado, una educación verdadera del alma ya superiormente dotada, que acierte a desarrollar armónicamente todas sus energías; más dichosa aún ella, si, por un feliz injerto de la gracia se le llega a infundir el aliento soberano de divina virtud. Aquellos tres factores, la naturaleza, la educación, la gracia concurrieron a competencia a la magnífica eflorescencia, maduración y engrandecimiento del alma generosa y superior de García Moreno.

«Por sus venas, dice D. Jacinto Jijón C., corría sangre castellana, de la de Castilla la Vieja, aquel yunque gigantesco en que se forjó la raza española con todas sus heroicas asperezas: García Moreno es un *prototipo castellano.*»

Pero la naturaleza más rica no se desarrolla racionalmente sino bajo la dirección y el ejercicio de buenos maestros; y, al respecto, todos los biógrafos señalan con justicia la influencia educadora de sus padres.

Concuerdan todos en que, desde sus más tiernos años, le fueron aleccionando sus padres en el ejercicio del propio vencimiento, ora contrariando sus caprichos, ora humillando su altanería, ora despojándole de su timi-

dez, ora estimulándolo a poder de razón y de honor a la conquista del propio dominio sobre las aprensiones de la imaginación.

¿Quién no recuerda con encanto las instructivas anécdotas que nos refieren, en particular la del balcón frente al huracán y al incendio, y la visita al cadáver de un inquilino? Una victoria decisiva da más temple a un alma generosa que muchas incompletas, y el sentimiento de la propia dignidad, alcanzado por sucesivos triunfos sobre la debilidad de la naturaleza, la impulsa sin reposo hasta la perfecta serenidad, hasta la plena posesión de sí misma.

El goce de tan preciosas ventajas puso al educando en términos de perfeccionarse por sí mismo, y puede decirse que García Moreno debió principalmente su grandeza a la *autoeducación*. En la Capital, hospedado niño aún en una casa pobre, hubo de sufrir sensibles estrecheces, pero avínose con su suerte sin proferir una queja. La pereza y el respeto humano, formidables obstáculos para los más, jamás le entretuvieron ni detuvieron un punto en el cumplimiento del deber. Tampoco hubo de librar combates por su fe; pero el hervor de la juventud y los peligros de la seducción, no bien los conoció cuando les opuso con valentía el sentimiento del honor, las prácticas de sólida piedad, la asiduidad en el trabajo y sobre todo la fuga victoriosa de las ocasiones. Célebre ha quedado el recurso a lo Demóstenes, de raparse la cabeza para sujetarse a un largo encierro. Siendo aún colegial, solía decir «que antes quería morir que asustarse por el fantasma llamado *miedo*.»

Había llegado a ser por su valor la admiración de sus compañeros; gozaba en los apuros, y si alguna vez se le ocurría una ligera trepidación ante el peligro, volvía repetidas veces a enfrentarse con él, hasta hacérselo familiar y allanarlo. El movimiento de una roca a cuya sombra se había puesto a descansar, produjo en él un susto nervioso y la fuga inmediata; pero, lejos de darse por vencido, volvió día tras día al peñón movible a estudiar una lección, y no acabó sus visitas hasta dejar de sentir el menor resabio de nerviosidad.

La Ciencia fue su primera aspiración, y para adqui-

rirla, no sólo empleó contra toda discreción sus grandes energías, sino que dedicándose a las expediciones científicas, como una temporada lo practicó con su profesor Wisse, no hay duda que con aventurar su vida, la habría perdido muy pronto como algunos naturalistas, entre otros nuestro botánico Anastasio Guzmán. En las concavidades del cráter del Pichincha pasó tres días y tres noches, y por poco un alud de rocas y escorias, producido por un huracán, no lo sepultó cual otro Empédocles en las solfataras del volcán. Una erupción del Sangay ejerció sobre él una atracción irresistible, y a ejemplo de Plinio, no vaciló en subir al inflamado cono hasta un paraje elevado donde sólo la densa lluvia de fuego le obligó a retirarse. El simple relato de sus aventuras no espeluzna menos que los más apurados lances en los héroes de Julio Verne.

Con razón el Sr. Hássaurek, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos, que trató al Presidente en su primera Administración, se asombraba de aquella energía e indomable valor, y lo tenía por el hombre más esforzado de la América Española.

En efecto, la sangre fría, el estoicismo, la audacia, la intrepidez, el valor personal en todas sus formas hacía de él un sér superior, cuyo apoyo infundía una confianza ilimitada, pero cuyo furor anonadaba: ningún culpado pudo jamás resistir el relámpago de aquella mirada.

«De una constitución de hierro—dice el Dr. Francisco Campos—recorría de cuarenta a cincuenta leguas de caminos horribles, en veinticuatro horas y sin cansarse; y si el caballo moría, él andaba a pie unas diez leguas más.—Era valiente hasta la temeridad; arrostraba las balas como los peligros de cualquier género. Todo lo que era extraordinario, tenía para él un atractivo irresistible. Su frugalidad fue muy conocida. Resistía el hambre y la sed durante horas y aun días. Dormía muy poco y, muchas veces, para vencer el sueño, metía los pies en agua helada... Resistía a todo: al tiempo, a la lluvia, al huracán, al torrente, al abismo... No temía a nadie.» —Viéronle en varias ocasiones aplicarse él mismo el hierro candente a una llaga y, sin esperar que cicatrizase, lanzarse luego a una penosa campaña. «Manejaba la

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

espada—dice su biógrafo—como un maestro de esgrima; perfecto tirador, era igualmente reputado por el más robusto lancero y el mejor jinete del Ecuador; a todo lo cual juntaba una naturaleza fuerte, un temperamento de hierro, mirada de águila y audacia de león.» «El valor no tuvo en él caso de excepción; hasta en la derrota aparece indomable; impone las capitulaciones y honra con su amistad al vencedor... El trabajo es su pasatiempo y su descanso. Se vence, se tiraniza en la tormenta de las pasiones juveniles.—Osado, terrible en el ataque y en la defensa, su altivez no procede de soberbia, sino de la conciencia de su superioridad.»

Innumerables son y a cual más admirables los ejemplos que la historia y la tradición refieren de aquel increíble valor acostumbrado a jugar con el peligro.

Cierto día avisáronle que, en tal peluquería, un grupo de irreconciliables tramaban, en improvisado conciliábulo, sobre los medios de haberle a las manos. Por arte de encantamiento hé aquí de repente a García Moreno en medio de ellos; saluda la concurrencia, recibe los corteses saludos y tomando asiento, manda al peluquero que lo afeite. No era éste ya el mismo que, momentos antes, alardeaba de que se bastaba él solo para despejar el solio presidencial. El infeliz, más muerto que vivo, púsose a la obra; y no sin el mayor trabajo, la pudo concluir sudando y temblando, reanimado repetidas veces por el terrible parroquiano.

Viajando para la Costa, iba a dar en una emboscada, dispuesta por sus contrarios en un desfiladero de la Cordillera. Avisado con tiempo, móntase con aperos de mayordomo, y no bien llegado al lugar del peligro, como por juego lanza su cabalgadura al galope por el desfiladero, gritando: «¡Toro!, toro!», y pasa por entre sus sicarios despavoridos y dispersos, que ya tarde se reconocieron burlados.

Conocido de todos es el atentado de Lima, perpetrado contra García Moreno, Plenipotenciario del Ecuador, en su tránsito para Chile. Como el infame Viteri iba disparando casi a quemarropa todas las balas de su revólver, García Moreno, si bien sorprendido al bajar del tren, tuvo tanto dominio y manifestó tal serenidad y

valor que, pudiendo él también hacer fuego, se contentó con precipitarse sobre el agresor, asirle del brazo, del cuello y «mancornarlo» hasta entregar luego su propia arma con todas sus balas, junto con el mismo asesino, a la policía.

A la historia también pertenece la inaudita aparición en el gabinete del Dictador Franco, en los momentos más agudos de la espantosa crisis del 59. Los dos Jefes Supremos se encontraron allí sin testigos: el más sublime patriota frente al más descarado de los traidores, convenciéndole, a poder de heroicos sacrificios, que la unión del País era necesaria, pero que sólo por renuncia de ambos podría efectuarse. Subyugado por el arranque oratorio, por primera y única vez en su vida quedó doblegado Franco, aunque, sacudida y disipada la pesadilla, se dejó nuevamente envolver en sus infames compromisos con el Extranjero.

Parecida a la anterior fue la heroica y brevísima conferencia que sostuvo en Guayaquil con el futuro Almirante Topete, el mismo prócer y brazo que fue cuatro años después de la *Gloriosa*. Quiso el desatentado Marino, que favorecía a los revolucionarios, humillar al Presidente del Ecuador e imponerle, como lo usaba con todos, su voluntad incontrastable. Pero éste, sin manifestar la menor sorpresa, antes levantándose con altivez por sobre el nivel del audaz adversario, le paralizó con su palabra y sus razones, dejándolo corrido y convertido en sincero admirador de tan soberana fortaleza.

Juntamente con la obra, debe estudiarse en este héroe el inflamado *verbo* con que burilaba en acero sus propósitos: «¡Venga abajo el cielo, pero se cumplirá la justicia!—La carretera se hará, o yo moriré!—El Ejército entrará en el deber, o mi cabeza será clavada en un poste!»—Jamás teórico alguno se aplicó con tal tesón a la realización de sus ideales, ni jefe alguno incrustó así su voluntad en el alma ajena.

Los pensadores que con más acierto han sondeado las raíces de aquella mágica fortaleza, no dejaron de reconocer que arrancaba, no sólo de una naturaleza generosa y superior, sino del santo temor de Dios, conforme a ciertas confidencias en que, por la mejor base

de varonil ánimo, recomendaba la pureza de la conciencia y el estar siempre dispuesto a presentarse ante el Sumo Juez.

De la unión de su alma con Dios arrancaba también, en aquel gran cristiano, una sobrehumana confianza que, en medio de las crisis más horrendas, como después de Cuaspud o antes de Jambelí, levantaba su corazón cual poderosa palanca, y ponía en sus labios aquellos acentos heroicos que a todo un pueblo volvían a infundir nuevos bríos, le impelían a todos los sacrificios, y le obligaban a lanzarse confiado en los brazos de la Providencia.

Por más admirable que sea el heroísmo que se exterioriza en grandes acciones, en brotes de fuego, en sublimes arengas y en hazañas gloriosas por un ideal patriótico; con todo muy superior en valor y mérito intrínseco es el *interior*, el íntimo y oculto, que consiste en triunfar, no de la naturaleza ni de la voluntad de los enemigos, sino en vencerse a sí propio en las fibras más delicadas del alma, y en el sufrimiento de las grandes pruebas de la existencia. Aceptando éstas y bendiciendo a la Providencia, es como el espíritu cristiano replegado sobre sí mismo, concentrado en el fondo de su sér, armado de todas sus energías y sostenido por la gracia, se siente capaz de ofrecer al Crucificado el holocausto más acepto de la criatura a su Señor. El sacrificio cristiano copia del Ejemplar divino, constituye la cumbre de la ascética y la meta del heroísmo; espera, no las coronas de laurel y el aplauso humano, sino los inefables premios de la gloria eterna; gózase y triunfa con ofrecer a Dios algo digno de su infinita grandeza.

En otra parte estudiamos en García Moreno al Soldado de la Cruz, al Atleta cristiano en esa gigantesca lucha consigo mismo, hecho blanco del odio, de la ingratitud, de la envidia, de la calumnia, de todas las pasiones desencadenadas por enemigos encarnizados; le vimos beber todas las amarguras, ofrecerse a todos los sacrificios, y no contento con llevar la Cruz, abrazarse con ella, en ella gloriarse y amarla hasta consumar en ella su glorioso destino con la muerte del mártir.

«Varón inmenso, dechado de la raza — exclama Crespo Toral—honor del hombre, tuvo todos los valores:

el valor militar, el valor moral, más grande todavía, el valor civil tan raro y casi tan sorprendente, el valor sobre sí mismo, para formar su vida como una estatua de marfil, limándola, puliéndola hasta el fin.

«Arde en él la llama de los videntes, el fuego de los apóstoles y la constancia de los héroes... Toda la vehemencia de la pasión que agitaba a este noble ejemplar humano, denuncia la vocación de aquella alma para la lucha, para el apostolado y para el martirio: un hombre de Dios, un misionero, un caballero de Cristo; el *héroe*, el *loco*, el *genio*...»

Refiérese que, siendo aún joven publicista, aconsejóle su amigo, el Dr. Santur Urrutia, que dedicase parte de su actividad a escribir la historia patria—: «Más vale hacerla», fue la contestación de García Moreno; y, de hecho, ningún carácter ha aparecido en nuestro horizonte, tan digno de la Historia por su genio, por su valor, por lo trascendental de su actuación.

Aun cuando el genio, la fe, la ciencia, la Administración y la magnificencia de sus empresas no señalaran la colosal figura de García Moreno al Continente americano y a todas las naciones cultas; su épico valor y espléndido heroísmo le habían de destinar a una elevada y no vulgar celebridad.

Nadie dejará de aplaudir los versos lapidarios con que el vate colombiano, D. Belisario Peña, ensalzó la grandeza del Héroe.

Nació para señor: con altiveza
De rey pudo mandar desde la cuna.
Nada debió a nadie, ni a la fortuna;
Y a su ambición sobró la fortaleza.

Brazo de héroe, de genio la cabeza,
Así a su patria amó, que una por una,
De abrirle no dejó senda ninguna
Del trabajoso bien y la grandeza...

¡Y le odiaron!...

XXXIV

EL ORADOR POLITICO

La literatura clásica no conoce más alta demostración del ingenio humano que el noble arte de la oratoria, el cual mediante la simpática comunicación del entendimiento, de la voluntad y de la imaginación, pone los corazones de un grupo selecto o de una muchedumbre en contacto con un alma grande o elevada digna de instruirlos, y empeñada en levantarlos por la palabra a una esfera de más subida perfección. Por lo mismo, aquel arte, de todos el más humano, es el que más comunmente suele tentar a los ingenios poderosos y completos, cuya vocación y carácter los arrastran a derramar en sus semejantes las grandes pasiones de verdad, de virtud, de patriotismo de que ellos se sienten poseídos.

Los sagrados intereses de la Religión y de la Justicia, la pasión patriótica en sus múltiples y excelsas impresiones, no encontraron más dignos intérpretes en el Ecuador que el corazón, el ingenio y la vibrante palabra de García Moreno. Calor, acción, colorido, lógica, firmeza, presencia, ciencia y autoridad: todo en él contribuía a revestir su noble persona de los arreos más apreciados en el orador público, y a realzar su discurso con las más brillantes cualidades, que preparaban los ánimos al imperio soberano de su avasalladora elocuencia.

Con estos rasgos describe al Orador el Dr. D. Remigio Crespo Toral —: «Lleva soberanamente sobre los robustos hombros el peso de su cerebro, gallarda la apostura, alto el cuerpo, levantado el pecho para el desafío de la batalla y el arranque de la tribuna; los brazos y las manos, diestros en la labor del cultivo como en las caricias de la espada, en las delicadezas de la pluma como en las ternuras del buen amor; la palabra rápida estallando en chispas eléctricas, derramada en frases de súbita fosforescencia, para hincar la saeta del escarnio

en el enemigo, para iluminar el derrotero, para sorprender la admiración circundante.»

En el club, en la cátedra, en el periódico, en el foro, en el senado, en el concurso académico como en el círculo diplomático, en el solio como en el campo de batalla; de toda ocasión favorable se valía para servir con abnegada fidelidad la causa sagrada que había abrazado; y puesto en el caso de defenderla, su voz afianzada en irrebatible lógica, conmovía con acento extraño e irresistible, yá descorriese el velo hipócrita del delito, yá flagelase rudamente al criminal fuese quien fuese, y le entregase a la vindicta de la opinión; yá penetrase con mirada de águila en los consejos de la intriga o dictase las medidas eficaces para salvar una crisis; yá tronase contra los sectarios tan enemigos del pueblo como del sagrado depósito de la fe; yá representase los clamores de los pueblos agobiados por la violencia de «jenízaros y mamelucos»; yá se alzase para prestar apoyo al débil y desvalido, preso de las injusticias del poderoso acostumbrado a la impunidad: la oratoria en García Moreno era el arma segura, irresistible, vencedora.

La exposición procedía con claridad y decisión; la argumentación demostraba la verdad; invariablemente iba en derechura al requerimiento de la voluntad sin detenerse en tópicos ni rodeos; el estilo claro, incisivo, sentencioso, como sellado; las figuras, no menos ingeniosas que oportunas y naturales, grandiosas unas veces y no pocas explosivas. La indignación se traducía en mil formas a cual más vehementes. Si alguna vez el tono pasaba a declamatorio, efecto era no de la afectación sino del sentimiento por un ideal; ni desagradaba al auditorio, acostumbrado a tales ponderaciones.

¿En qué género de elocuencia política no descolló García Moreno? Puede decirse que recorrió toda la escala en su variada carrera: inspiradas improvisaciones del tribuno, defensa noble y serena, ante la Nación, de beneméritas instituciones, recepciones diplomáticas, discursos parlamentarios: en todo se ejercitó con vocación, en todo dejó modelos acabados, con los cuales ningún otro ensayo similar entre nosotros ha podido sostener un cotejo ventajoso.

«La oposición encontró en él un irreductible adalid del Derecho que, en la Prensa como en la Cátedra y en el Senado, alcanzó los más celebrados triunfos oratorios que registra nuestra Historia. Tales fueron las campañas y discursos relativos a la prohibición de las Logias Masónicas de Guayaquil, a la enajenación del Archipiélago, a los manejos de Urvina, a la concesión de las Facultades Extraordinarias y a la disolución del Congreso (1858).» —(*Historia de la Rep. del Ecuador*— I, p. 410.)

Entre sus innumerables triunfos oratorios, debe recordarse el testimonio solemne del Presidente del Senado (que lo era el mismo Pedro Moncayo, su rival en muchos puntos), cuando en són de dar la victoria al joven campeón de la Oposición, después de un discurso vibrante y arrollador de éste, bajó de su asiento, atravesó la sala y vino a estrechar su mano.

Remitimos ahora al lector que desee estudiar aquellas obras, a los críticos del arte como a los RR. PP. Váscones y Gallo S. J. y al erudito editor de los escritos y discursos de García Moreno, el Excmo. Sr. Pólit Laso. Reproduzcamos solo algunas expresiones del interesante análisis que publicó en esa última obra, otro artista de la palabra, que conoció y estudió a García Moreno, y en fuerza de sus convicciones, lo llegó a admirar como pocos por la patria y por el arte.

«La elocuencia de García Moreno era—dice el Dr. Elías Laso, rector que fue de la Universidad—la manifestación más viva y perfecta de su genio, enemigo de ripios y circunloquios. Lo que él abrazaba con su vastísima mirada en un instante dado, ni lo veían en toda su amplitud las otras inteligencias, por robustas que fuesen, ni eran capaces de hacer al mismo tiempo tan larga y rápida carrera. La palabra por otra parte servía lealmente a su entendimiento, lo retrataba con toda exactitud, lo trasmitía con la velocidad y seguridad de la corriente eléctrica: la idea y la palabra partían casi juntas, y juntas daban en el blanco.

«Sus oyentes llegaban mucho después que él; pero llegaban, le admiraban y obedecían, impulsados por la persuasión íntima que no dejaban resquicio alguno a la

duda o a la vacilación: que tal era el efecto final de los discursos o meras conversaciones de García Moreno.

«Lógico riguroso, usaba de argumentos incontestables, formulados, improvisados en el instante preciso, y no venían antes, ni llegaban después; no los detenía ni embarazaba un punto el peso de la fraseología. No necesitaba acicalarlos, coronarlos de rosas, perfumarlos, para darles belleza; ésta resultaba de su estructura varonil, de la proporción de los miembros, de la esbeltez del talle, de aquel «modus dicendi» que no se parecía al de otro alguno, ni recordaba el común de los oradores. —En la Grecia antigua habría sido espartano, no ateniense; en Roma, César no Cicerón; en la España moderna, Donoso Cortés, no Castelar.—García el Grande se hubiera creído empequeñecido si, para conmover a su auditorio: le hubiese sido necesario presentar la túnica ensangrentada, como lo hizo Antonio. Bastábale extender su blanca mano, como Berryer, para convencer al auditorio que el bien público era su único propósito. El pueblo lo creía porque lo conocía.

«Su moralidad nunca empañada, su catolicismo jamás desmentido, su fe inconmovible, su caridad ardiente, su patriotismo inmaculado, su caballeroso desprendimiento, su valor épico, su profundo desprecio al vicio, su natural aversión al crimen: todo, todo alentaba en sus discursos, los embellecía y prestábales aquellos toques sublimes, aquellas expresiones gráficas, esas locuciones tan especiales, que partían como el rayo, y penetraban en los corazones como el dardo que la Divinidad sabe clavar en el alma para hacerla suya.

«Su voluntad recta guiada por la fe, recorría con paso firme los espacios de la moral, la política y la filosofía, arribando sin esfuerzo a conclusiones exactas y verdaderas. Esta cualidad nos asombra, a los que respiramos un tiempo el mismo aire infecto del regalismo ruin y del catolicismo liberal que él respiró durante su vida de colegio y universidad. Nutrido en su juventud con el veneno, como Mitridates, no se envenenó; pues si algún momento buscaron cabida, muy pronto salieron de ese entendimiento superior los pobres sofismas, las contradicciones monstruosas y la ignorancia de la verdadera

historia, en que se fundan el regalismo y el catolicismo liberal. No pudo García Moreno ser anfibio, ni en religión, ni en política, ni en filosofía; jamás navegó entre dos aguas, ni quedó suspenso entre el cielo y la tierra, como pluma leve o como denso vapor que no sube a la altura. Su alma noble miraba de continuo hacia el Cielo, y el santo nombre de Dios brotaba en sus discursos, como de fuente pura y natural, con un respeto, con una adoración, con un amor tal, que sólo ese nombre, en sus labios era discurso elocuente.

«Hablaba delante de un auditorio poco numeroso, en medio de un pueblo casi desconocido; pero su palabra iba, sin que él mismo lo sospechase, dirigida al mundo entero. Creía reprimir con ella al puñado de malos ecuatorianos que resistía a la verdad y al bien; y realmente oponía poderosa valla a la Revolución en general y a toda impiedad loca y desbocada. Su elocuencia cargada de electricidad pulverizaba a los adversarios como el rayo purifica el ambiente; mas su trueno debía oírse en espacio mucho mayor.

«Cuando, en el Congreso de 1857, un senador dijo que las logias masónicas no eran contrarias al Catolicismo, García Moreno clavó sobre él su mirada de águila y le hundió con una sola frase—: «¡Y qué!, dijo, ¿será necesario enseñar el catecismo a la Legislatura?»—A otro senador que invocó la conveniencia pública para sostener la monstruosa ley de Patronato, le replicó—: «Nada significa la conveniencia, si no tiene la misma significación que la justicia.»

«En lo que más se distinguía, era en la réplica y en la rapidez de concepción.—Lo que no había descubierto el autor de un proyecto, García Moreno lo veía con vista más larga y profunda, pues descifraba y enumeraba inmediatamente las dificultades e inconvenientes que entrañaba el proyecto, como si de antemano lo hubiese estudiado. Parece que nada incompleto se presentaba en aquella mente vastísima y que, por decirlo así, la elaboración de sus ideas era instantánea.

«Dos oradores ecuatorianos han sobresalido por la réplica: Rocafuerte y García Moreno.—Rocafuerte tenía ojos chicos, pero brillantísimos que centelleaban sobre

su adversario y le ayudaban a causar con su palabra una especie de fascinación en aquellos contra quienes se dirigía; pero su réplica era incisiva y mordaz; hería más por la audacia que por la lógica.

«La mirada de García Moreno era mirada de juez supremo, penetrante, escudriñadora, irresistible; su palabra no sólo amenazaba, sino que anonadaba en fuerza de su lógica, de la profundidad de sus conceptos y la extensión de su sentido; por eso sus réplicas eran contundentes, eran golpes de gigante que no le permitían levantarse al contendor.—A las veces García Moreno usaba de la ironía; pero su ironía era culta y mesurada, dependiendo su efecto más bien de la verdad que de la gracia o el agravio.

«En Rocafuerte el talento funcionaba solo, y por eso sus discursos eran brillantes, pero huecos; agradaban más a los jóvenes que a los ancianos; tenían aspecto hermoso, pocas ideas; carecían de premisas fijas y eran la expresión de un liberalismo gárrulo e indeterminado. En García Moreno luchaba el talento unido con la ciencia, y lo que es más, con la fe.—Mente sana, corazón recto, principios firmes, objeto siempre noble, amor a la justicia, patriotismo verdadero, abnegación completa, persuadían a cualquiera a quien no cegase la pasión.

«Tal es la idea que tengo de García Moreno, considerado cómo orador; la he enunciado sin ambajes; pero no es mi pluma capaz de definir a este hombre extraordinario, a quien definió mejor uno de sus enemigos diciendo: Es alma de fuego en cuerpo de hierro.»—Hasta aquí el insigne literato.

La estatua de Rocafuerte en Guayaquil cumple con el alto destino de recordar a sus conciudadanos el ingenio y los beneficios de un estadista que los honró.—La de Demóstenes que se alzaba en el *ágora*, era también un homenaje al talento que más glorificaba a Atenas, un tributo de gratitud al «Defensor del pueblo». Pero ante todo, en ella contemplaban los atenienses la encarnación del patriotismo, la figura de un prócer, la sombra de un vengador; y aquel semblante mudo, y aquella actitud heroica, y aquel ademán de maestro repetía a los transeuntes las lecciones, las amenazas, las profecías, los

sacrificios de aquel grande hombre, que hasta la vida había sacrificado por la patria y que así la servía todavía desde aquella cátedra silenciosa, avivando en todos los corazones la llama de la virtud, de la libertad y de la justicia.

Pasarán las ráfagas terribles del sectarismo; callarán o se atenuarán las pasiones políticas; se evaporarán los sofismas envueltos en mala fe; se avergonzará la envidia, y aun cuando nunca dejen de oírse los ecos de la malignidad partidarista, el pueblo del Guayas verá brillar la verdad por entre las desgarradas nubes de la infame calumnia; y avergonzado de ser el último en glorificar al mayor de sus hijos, se desvivirá por reparar el ingrato olvido, y le faltarán palabras tanto para execrar el ultraje como para celebrar los loores y méritos de aquel que solo bastaría para ilustrar la Ciudad y aun a la Nación entera. Bolívar, maldecido por sus conciudadanos, tiene su mejor monumento en medio de ellos. Guayaquil no tendrá para siempre excomulgada a su mayor celebridad: «Propio de precitos es un odio eterno y ciego.»

XXXV

UN SANTO

La santidad, hé ahí la verdadera gloria, la más sublime sabiduría, la suprema excelencia. He ahí el timbre más propio del siervo de Dios, la característica del perfecto cristiano, y en el sacerdote la más propia corona.

La mejor fortuna del Clero ecuatoriano ha sido y es la santidad; y por cierto que entre nosotros no se halla tan escasa como algunos se lo figuran, no en verdad la del taumaturgo, la de carismas públicos, sino lo esencial y de virtud sólida, la que consiste en la práctica constante de las virtudes, en una vida interior intensa, en el espíritu de abnegación y de caridad alimentado por la fe, la oración y la penitencia.

¿Quién no ha oído celebrar las hazañas de los cenobitas que por espacio de siglo y medio convirtieron al Tejar en una nueva Tebaida?—¿Quién no recuerda los rasgos de heroísmo en más de treinta párrocos o misioneros cuando menos, pertenecientes a esta última época? ¿Y no presenciamos cada día ejemplos de edificación sacerdotal, dignos de los antiguos héroes del cristianismo, actos ya comunes de edificación que nos persuaden ser en muchos eclesiásticos una costumbre y alimento diario de su alma, el arrostrar situaciones penosísimas del ministerio y lanzarse a las arduas empresas de un ingenioso celo?

Detengámonos por ahora en uno de los más célebres ejemplares de santidad que nos presenta la Historia, el *Excmo. Sr. Fray José María Yerovi y Pintado.*—Vino al mundo en esta capital el 12 de Abril de 1819, este varón, el más insigne tal vez de cuantos puede gloriarse la República, honra del Parlamento, del Santuario, del Claustro y de las Sedes de Ibarra y Quito.

Ilustre por sus preclaros talentos, fuelo mucho más por el esplendor de la virtud austera y en alto grado heroica. La santidad de su vida, al igual de su influencia coloca junto a la Azucena de Quito, al humildísimo religioso.

Estudió en San Fernando y en la Universidad, siendo condiscípulo de García Moreno y uno de los alumnos más señalados de su época. En un acto de literatura arrancó este notable testimonio al Dr. Rufino Cuervo, Ministro de la Nueva Granada: «Fuerza es confesar que este joven posee más conocimientos literarios que todos nosotros.»

Graduóse en ambos derechos en 1843, y cuando ya se preparaba a aplicar todas sus facultades a la profesión de abogado, sintióse repentinamente movido por inspiración divina a entrar en el ministerio sagrado del Altar y de la predicación. Dispúsose en el acto a abrazarlo, y en efecto lo desempeñó con celo y lucimiento en las parroquias de Pomasqui y Guano.

No tardó el Arzobispo en destinarle para el delicado empleo de capellán de las Conceptas de Ibarra, a las que puso muy luego en un excelente pie de reforma,

mientras con su celo y su piedad llenaba la ciudad de edificación.

Tomó asiento en la Convención de 1851, en la que figuró con honor. Notificado el Ilmo. Sr. Garaicoa de la experiencia, ciencia, virtud y don de gentes que adornaban al joven eclesiástico, confióle la administración de la difícil diócesis de Guayaquil (1852). Pero el Sr. Yerovi aspiraba a dejar el mundo, y se apresuró a renunciar un cargo de tanta responsabilidad, mayormente por no convenir en ver indignamente oprimida la autoridad eclesiástica bajo la política implacable del patronato. El César se llamaba entonces Urvina.

Habiendo salido en secreto de Guayaquil, no se supo de él sino muy tarde, que pertenecía a la comunidad del Oratorio Filipense de Pasto (1854), a donde le habían atraído la fama de santidad y el espíritu de discreción que gozaba el Fundador de la Institución, el célebre Padre Villota.

En esa escuela de virtud cursó siete años, con un adelanto admirable, que lo llevó en sus ansias de mayor y mayor perfección y austeridad al convento de Frailes Menores de Cali (1862), cuyo fervor a la sazón era proverbial.

Ya, lejos de su patria y parentela, satisfecho con ocultar bajo el sayal franciscano su fama y sus dotes, pareció haber encontrado el lugar de su descanso; y, como si nada hubiera hecho hasta entonces, volvió a echar el cimiento propio para lo más encumbrado y arduo de la perfección.

Pero a poco, y siendo aún novicio, hubo de huír de la persecución roja, que cubría entonces de ruinas y sangre a la Nueva Granada. Se asiló en el Perú y pasó luego a Chile.

Muy lejos se hallaba, pues, el P. Yerovi de prestar directos servicios a su Patria; pero el ojo de águila de García Moreno, desalado por dar con ciudadanos beneméritos y útiles, ante todo para la reforma eclesiástica y la regeneración social que impulsaba tan de veras, supo descubrir en lejanas playas a este importante auxiliar de sus designios. El P. Yerovi fue nombrado por su influjo Administrador Apostólico de la diócesis de Ibarra (1865)

y, no mucho después, sin que lo pensara, recibió las Bulas para Obispo titular de Cidonia y Coadjutor con derecho de sucesión del Arzobispo, Sr. José Mª Riofrío.

El humilde religioso hubo de doblegarse por obediencia y por bien de las almas, a dignidades intolerables para su humildad y se portó en ellas con tales ejemplos de pobreza y dulzura, de tino y abnegación que nadie ni aun los más osados adversarios de la reforma, hallaron en qué macular la fama del varón santo, del Prelado sin miedo ni tacha.

Habiendo sobrevenido dificultades inextricables al tratar de verificarse la sucesión en el arzobispado, el santo resolvió cortar el nudo. Pidió a Dios su desaparición de la escena y, obtenida que la hubo, dijo con apacibilidad que todo obstáculo ya se allanaría, pues su muerte inmediata daría en ello un corte decisivo.

Cayó en efecto enfermo en Junio de 1867, y a los pocos días, exhaló su santa alma el 20 del mismo mes. Toda la sociedad tomó parte en sus exequias y su memoria ha quedado bendecida por doquiera. Adelantó notablemente la reforma de su Clero; y sus treinta y cuatro Cartas Pastorales, llenas de unción y prácticas instrucciones, impulsaron saludablemente a los fieles a la moralidad y piedad dignas de un pueblo católico.

Su reciente biógrafo, el Rdmo. Sr. Dr. D. Luis Rafael Escalante, sintetiza el espíritu del Prelado en esta frase: «Alma de apóstol, la abnegación y el espíritu de sacrificio fue el secreto de su fortaleza.»

XXXVI

LEOPARDI

En las alturas del Parnaso americano descuella por el estro sublime *D. Numa Pompilio Llona* (1830-1907) guayaquileño de nacimiento, y poeta de formación colombiana y peruana.

Este vate se vio ya en 1871 calificado, en el Athenaeum de Londres, de tipo representativo de la raza his-

panoamericana. En su genio, singular por todos respetos, la crítica europea y la americana han agotado los elogios; y uno de los maestros que ha tratado de analizar su potencia creadora, no halló mejor método para acertar con la colocación merecida en el arte por aquel espíritu gigante, que el cotejo con los más pujantes de la literatura universal. «Llona, – dice—es filósofo como Dante, intuitivo como Schakspeare, artista como Milton, pomposo y brillante como Herrera, de gran fantasía como Leopardi y esplendoroso como Hugo.»

Echando luego mano de comparaciones negativas con las cumbres americanas—prosigue impertérrito—: «Bello no le supera en la descripción; no le aventaja Olmedo en la entonación lírica, ni Heredia le vence en inspiración»; por lo que concluye señalándole el puesto definitivo, diciendo: «Comparte con ellos el principado de la poesía americana.»

En vista de la admiración general por aquel soberano del divino arte, hermano de Olmedo, nos ha parecido señalarlo también entre los mayores ingenios que, al honrar a su patria, son igualmente gloria de América.

En España el numen de Llona ha sido debidamente glorificado por Hartzenbusch, Ochoa, Acepechea, La Puente, Villergas, Cueto, La Avellaneda, y por la misma Academia Real, que sin la menor vacilación ni reparo, abrió sus puertas al genio que se imponía con la evidencia.—En Francia, literatos como Monnier y Biart, lo distinguieron en alto grado, y la Revista de Ambos Mundos publicó *Los Caballeros del Apocalipsis* y *El Canto de la vida*, celebrando al Autor como a uno de los mayores poetas españoles de la época. Víctor Hugo, que reconocía en él estrechas afinidades de ingenio, dio también su nota, calificándole de «vate filósofo, apasionado, luchador y vehemente.»

Pero, donde logró mayor notoriedad entre críticos y literatos de alto coturno, fue en Italia. Un gran número de revistas literarias como la Española, las de Florencia y Liorna, la celebraron especialmente por la composición que publicó en Italia. «*Una Noche de dolor en las montañas del Apenino.*» A tal concierto de publicidad hicieron eco Manzoni, Aleardi, César Cantú, Prato,

Dora de Istria, De Gubernatis y posteriormente Emilio Segui.

Dejaremos de puntualizar más las altas y variadas cualidades del altísimo poeta, para fijar la atención en uno de los caracteres específicos de su espíritu. Es Llona en nuestra literatura tan «elegíaca» por otra parte, el poeta del dolor. En su lira el alma penetrada de los misterios de la vida y cruelmente atormentada por la duda, exhala no en melancólicas endechas, si no en brotes ígneos, laś angustias que la devoran; interroga el porvenir insondable; discute, se debate y desespera al verse sumida en opacas tinieblas; se deshace en hercúleas convulsiones cual nuevo Prometeo clavado en la roca fatal, luchando y forcejando por romper las cadenas y su pesada envoltura, para arrancar y alzar el vuelo a la región etérea, patria de su innato e instintivo anhelo. Bajo la obsesión de sus agonías, el poeta va recorriendo todas las cuerdas y tocando todos los registros con sus matices en la escala del dolor: fuente de inspiración que arrancó tan estremecidos ayes a Esquilo y que levantó a potencia estética el analítico proceder de Schelley, al estudiar los huracanes del alma humana.

Dice un crítico italiano—: «El sentimiento que domina en la poesía de Llona y al que debe sus mejores inspiraciones, es el del dolor. Llona es su cantor, su hijo privilegiado. Pero ese dolor no enerva ni disminuye en nada el vigor nativo y la potente originalidad de sus concepciones; ese dolor nada común tiene con las quejumbrosas elegías, sino que se asemeja al soplo tempestuoso de Víctor Hugo; es un dolor enérgico, desesperado, profundo que el cantor va analizando y presenta en todas sus formas, y del que convida a participar a los astros, al universo entero.»

En cortas frases la ilustre escritora suiza, Condesa de Gasparín, cantora ella también de las tristezas humanas, señala con la mano el fondo desolado de aquella hirviente inspiración; pero con dedo delicado muestra igualmente su remedio espiritual, el único específico llamado a curar aquella terrible dolencia a que se ven expuestas almas fuertes pero extraviadas por una educación torcida, y entregadas a la despiadada garra del escepti-

BIBLIOTECA NACIONAL

cismo. «En vuestros versos—le dice—he sentido pasar el soplo genial de la inspiración; esa inmensa tristeza que llena el corazón de todo poeta, y que no es más que una nostalgia de los Cielos... Yo he sentido sus lágrimas en vuestros versos... Yo soy también de los que exclaman:

¡Astros, llorad! Llorad, llorad, Planetas
Sobre el gran duelo del destino humano!...

pero también siento en mí

...la celestial esencia
Que en el santuario de mi ser reside;

y, como un peregrino que se apresura a terminar su viaje, me encamino hacia la eterna luz, hacia la felicidad infinita.»

Un poeta grandilocuente ha sabido condensar en una octava, la grandeza propia de nuestro Leopardi

Eternidad de incógnitos dolores,
Suprema voz del desaliento humano,
Soplos del huracán asoladores,
Estallidos del trueno soberano;
Unísonos y estéticos clamores
Lanzados por el genio americano:
Tal es, Llona, tu espléndida elegía
Colosal y grandiosa sinfonía.

Los *Clamores de Occidente* son muy celebrados en nuestras Repúblicas. Rafael Obligado, el Trovador de las Pampas, ha dedicado al autor del *Gran Enigma* y de la *Odisea del Alma*, una de sus mejores producciones, la que termina con este saludo, no impropio de aquella escuela:

¡Salve, Cóndor audaz del pensamiento!
Dígnate descender hasta mi estancia;
Que yo toque contigo las estrellas,
Aunque ruede después bajo tus alas!

Han hablado atinadamente de este poeta independiente, Vásconez, Cordero, Gallo, Barrera, Garaicoa, Laso, Oyuela y entre otros, el erudito editor de sus obras poéticas.

XXXVII

EL ESTADISTA

Volvamos todavía a García Moreno. Esa personalidad equivale a otras muchas, y encierra en sí varias grandezas de primer orden que la colocan entre los grandes americanos, Bolívar, Franklin, Lincoln, Portales y Bello. Por lo que toca al punto que aquí se propone, se levanta diez codos sobre nuestros más cumplidos hombres de Estado. Así lo pregona nuestra historia por todas sus bocas; y una de ellas, el P. Berthe, lo ha popularizado en Europa como no lo ha logrado ningún americano, y nosotros mismos lo hemos evidenciado en el tomo II de la *Historia de la República* y en *Un Gran Americano*. De esta última obra se nos ofrece ahora tomar algunos conceptos y testimonios antes que volver a tratar directamente un asunto tan claro y asentado.

Llano fuera, pero sin utilidad práctica, el detenernos en las múltiples dotes que constituyen al perfecto estadista y que acreditan como tal a García Moreno. Basta recordar los principales y su actuación, en todas ellas, soberana. Estúdiese al director de la guerra contra Franco, al reformador de la administración, al restaurador de la Hacienda, al mismo hacendista maravillosamente escrupuloso y socorrido; al legislador, al director de las Relaciones Exteriores, al verdadero iniciador de la acción, legislación y reglamentación en la magna obra de la Instrucción Pública; al progresista de ideas fecundas, al impulsor, o mejor al creador de la cultura ecuatoriana en casi todos sus ramos, al domeñador de la hidra revolucionaria—la Gran Bestia del Continente—al reformador indirecto pero eficaz—por medio de la Iglesia, cual cumplía—de ambos cleros y de la moral social. Ningún punto de importancia hubo en la escala intelectual, social o económica que escapase a la perspicacia y a la eficaz influencia de un gobernante tan completo que para todo se alcanzaba.

Solía decir el Gran Presidente —: «El medio más fácil para conocer el valor de un hecho o de una persona, es examinar quiénes son sus enemigos.»—Conforme a tal observación, parécenos interesante oír, acerca de nuestro estadista, las voces de los que fueron sus enemigos y de los que militaron en el bando de oposición, contra el fundador del conservatismo. De dos maneras han contribuído así sus adversarios a su engrandecimiento, por sus despechos impotentes, sus risibles denuestos y sus desahogos contraproducentes, y en segundo lugar por las confesiones arrancadas por la pública notoriedad. Aquí nos atendremos a las segundas. Para hacerse cargo de los desahogos, remitimos al lector a la obra citada y al capítulo que lleva por título *Del pozo*.

Y sea el primer testimonio, el del autor de la gran calumnia conocida por *La Dictadura perpetua*, aquel «infame culebrón» como la apellida el mejor discípulo de Montalvo. Este, en *El Regenerador* y *El Espectador*, suministra materia para el monumento de un verdadero gigante, de un Hércules, así guerrero como político, para un magnífico tirano, envuelto todavía en sus alucinaciones religiosas, pero aun así, el más original de los americanos.

Otro grande y poderoso adversario del Presidente fue el *Dr. Antonio Borrero*, su inmediato sucesor, hombre mejor intencionado que los liberales de propio nombre, pero conocido por sus graves desahogos contra el Reformador. Entre sus confesiones, léanse éstas: «García Moreno simboliza la inteligencia, el valor y la honradez; y su nombre, que pertenece a la historia, figurará con brillo en los Anales de la América Latina. Sus importantes obras públicas y el espíritu emprendedor y patriota de que estaba animado, inmortalizarán su nombre en la Historia del Ecuador.» Profecía, obvia en su enunciado y en su cumplimiento; confesión que, honrando a Borrero, desvirtúa no poco sus ponderaciones inconsultas y apasionadas.

Nadie quizás como el Ministro de Cuentas *D. Miguel Valverde*, radical, masón, espiritista, amedrentador de tiranos e inventor de anécdotas políticas espeluznantes, nadie ha dejado ante sus correligionarios asombrados

un panegírico tan cumplido del gran hacendista ecuatoriano que fue D. Gabriel, ni sacó así los colores al rostro de sus conciudadanos—: «Para encontrar, dice, una comparación elocuentísima respecto de nuestro progreso material, no necesitamos salvar las fronteras de la Patria; afirmo este hecho incontestable. La Administración de García Moreno ha establecido en quince años obras materiales superiores por su importancia y por su número a todas las obras concluídas o iniciadas por todas las demás Administraciones, desde la fundación de la República del Ecuador hasta nuestros días.»

«El asombro y la incredulidad irían creciendo en el ánimo de cuantos no estén familiarizados con el estudio de nuestras costumbres y nuestra historia, a medida que fuera conociendo una por una las circunstancias que favorecieron o dificultaron, en los diversos períodos, la administración de los negocios públicos.»

El *Dr. Luis Felipe Borja*, ese ecuatoriano ilustrado, patriota y jurista como el que más, a vueltas de sensibles desengaños, no supo idear para la República una regeneración más perfecta que la garciana. En dos ocasiones, y una de ellas muy solemne, oyósele declarar que, «si le fuera concedido devolver la vida a uno de nuestros grandes hombres para la regeneración de la Patria, no elegiría a otro que a García Moreno.»

Nuestro eximio poeta, *D. Julio Zaldumbide*, presentóse una vez en el Congreso como portavoz de las censuras liberales. En aquel discurso, viose precisado a dar de García Moreno este testimonio—: «Exento de vicios, despreciador de los placeres y trabajos, impasible al atractivo de las riquezas, tomó la Presidencia no como regalo, sino como laborioso cargo.»

Más tarde recordaba al que había llamado tirano, y repetía cariñosamente esta misma palabra, diciendo que había sido «tirano bueno, el tirano de los malhechores, con quien todo estaba seguro en el Estado, la honra, la propiedad y la vida.»

Esa cualidad, relativa a la absoluta seguridad de los derechos e intereses sociales, era lo que más alababa *Madiedo*, el gran poeta radical granadino—: «Fuimos, confiesa, adversarios de García Moreno como Gobierno;

como hombre, nos cautivaron siempre su ilustración, sus talentos, y sobre todo ese gran carácter y esa vigorosa energía que lo hacían en América el tipo de una Escuela, «*la Escuela de la Seguridad*», un tanto exagerada, pero Escuela respetable en su misma severa dureza.

«Entre la libertad de la anarquía y la austeridad de un Gobierno que hace respetar el derecho a lo Sixto V, estamos por este Gobierno.

«No hay más criterio fundamental en política que la *seguridad*, porque este es el principal objeto de toda sociedad humana.

«Si el despotismo es malo, no lo es sino porque viola ese criterio; y si la Democracia y la República son buenas, no es ni puede serlo sino porque nos dan ese gran bien.»

Elocuentes desahogos se refieren del *Dr. Mariano Mestanza;* pero, posteriormente hubo de confesar también, impulsado por su ingénita franqueza, que el que llamara tirano, había sido «todo un patriota, un hombre inteligente, un gobernante honrado y temido de los malhechores.»

Calle, hablando de la obra católica de García Moreno, cuando se trató del estadista que más merecía un monumento, no dudó en atajar de opiniones y declaró que «no había lugar a discusión; que García Moreno era el que merecía la estatua.»

D. Abelardo Moncayo, el empecinado alfarista, que se avergonzaba de haber tomado parte en el atentado del Seis de Agosto, se dejó decir en un brindis—: «Puestos aparte Jambelí, Borja y alguno que otro *peccata minuta*, el grande, el único, es siempre García Moreno.»

Otro insigne liberal, masón y filósofo espiritista ha tomado a pechos vindicar aquella memoria de la mayoría de los cargos que le hacen sus correligionarios —: «Ese genio, exclama, es maldecido siempre sin ton ni son, calumniado sin misericordia, con ferocidad de fiera. —A nada conducirá esa diatriba, porque las generaciones le harán justicia, perpetuando su memoria en el bronce, por más esfuerzos que se hagan en contrario... El moralizó la sociedad, creó la honradez administrativa, justificó con sus obras su ambición, mató la revolución.

Tuvo la locura del genio con defectos y virtudes; ¡y esto es lo que se le reprocha como grave delito!—Fuimos uno de esos enemigos fanáticos y ciegos: después, con los años, con la comparación, al fin hemos venido al hacerle justicia!...»

Pero el más genial, franco y elocuente de los paisanos radicales de García Moreno, es el *Dr. Aparicio Ortega*, el primero de la escuela montalvesca, hombre despreciador de las cadenas y liturgias masónicas. Protestó, más de una vez, contra el odio hipócrita, contra el compromiso de la Logia, contra la conspiración del silencio, contra la negra ingratitud, para que sus conciudadanos no contrajesen o sacudiesen de sí tan feo borrón. Por desgracia, sus palabras no han producido todo el efecto que se deseaba, y con frecuencia se oyen aún en Guayaquil, explosiones de rancio fanatismo. Digno es Ortega de ser oído cuando relata la verdad como testigo presencial, y rebate las invenciones esparcidas por el odio a la religión y al adalid de ella.

Oigamos algunas de sus frases—: «Genio superior a Olmedo, superior a Wáshington, encarnación de la hombría de bien, hervidero de genio y de ciencia; integridad y audacia, honradez resplandeciente, ilustración enciclopédica, superior a Bolívar en la pulcritud relativa al manejo e inversión de los dineros del pueblo; genio sin rival en la América Española: *el Gigante de la Patria.*»

«García Moreno, sigue impertérrito Ortega, fue el capital más portentoso y fecundo: produjo no sólo orden, moralidad, buenas costumbres, sino carreteras, ferrocarril, Escuela Politécnica, etc.; dio solidez y actividad real a la Instrucción Pública en todos sus grados.—Su administración política severa, pero inteligentísima e íntegra, fue el germen del desarrollo del crédito territorial.—Es que cuando el Gerente de la República es un genio trabajador, una como encarnación de la ciencia administrativa y organizador sublime del trabajo en vasta escala, con poco dinero se hace mucho.

«Antes que por el genio, vuelve a exclamar, antes que por tu amor efectivo a la Patria, eres *merecedor de la estatua* por la honradez. Honradez sin límites, crisol de la honradez, culto del honor sin restricciones de

judío... ¿cómo no ha de tener estatua! Estatua aquí, en la patria nativa, en Guayaquil! — ¡Guayaquileños! ¡Ecuatorianos! ¡Si no adoramos la memoria de García Moreno el Grande, somos dignos de ser esclavos...!»

Aquí pudiéramos acumular muchas citas de escritores célebres en América, v. g. de Rufino Blanco Fombona, de José Enrique Rodó, de Octavio Bunge, de Fco. García Calderón, de Rubén Darío, de Sixto García y otros. Pero tiempo es ya de concluir. Cerremos el artículo del Estadista con el elogio del General González Carazo, Ministro granadino en Quito.

«El Gobierno del Ecuador siembra con abundancia la preciosa semilla de la instrucción pública, que es la verdadera simiente de la libertad de los pueblos; que persevera con patriótica tenacidad, en abrir hacia el Litoral anchas vías de comunicación; que es el más benéfico impulso a la agricultura, al comercio y a todas las industrias; que las rentas fiscales se manejan con ejemplar pulcritud, y todas se aplican de la manera más beneficiosa al país; que la administración de justicia no es una garantía ilusoria para la propiedad, para la vida y el honor de nacionales y extranjeros; que aquí la religión es el sentimiento más espontáneo y de más esforzadas manifestaciones; que la moral es planta de constante y esmerado cultivo, que tiene amparos eficaces en las leyes; que la Beneficencia oficial inspirada por la caridad cristiana, sostiene hospicios decentes, casi lujosos, donde se suavizan los dolores de la clase enferma y desvalida, y donde se salvan los huérfanos de la ignorancia, de la miseria y de la muerte; y finalmente, que la República del Ecuador está en la senda de un seguro progreso intelectual, moral y material. Y séame permitido decir en esta ocasión: al Gobierno que así encamina la marcha de la República a un próximo y venturoso bienestar, no debe arrojársele piedras que lo embaracen y hagan torcer la dirección de sus pasos.»—Tales testimonios de radicales extranjeros no han menester comentario: harto ponen de manifiesto el gratuito odio de los propios; harto azotan el rostro de los hijos desagradecidos, que niegan a la Madre Patria su más excelso honor y pretenden eclipsarlo tras monstruosas pantallas.

XXXVIII

EL PRIMER VASALLO DE CRISTO REY

«Jesucristo es rey de las naciones, que le reconocen como causa principal de su cultura y prosperidad, menos en aquellos días en que la locura ofusca los entendimientos, alterando la idea de la justicia y velando los rayos de la evidencia. Su Evangelio (que no el Contrato Social), es célula portentosa a cuyo derredor se forma el organismo de la libertad y el derecho, así como todo el sistema de la legislación. La igualdad y la fraternidad, que en boca de ateos se reducen a ironía sangrienta, son plantas que viven lozanas en el huerto del Padre celestial. Por eso los pueblos, en los días de sus grandes expansiones, de sus empresas gloriosas, invocan al Dios Crucificado como a Dios de sus ejércitos, y su Cruz es el emblema de honor sobre el pecho de los héroes, así como su imagen es símbolo de paz y alianza, colocada sobre la cima de los Andes y bendiciendo los mares y los continentes.

«Su influjo trasciende al género humano, no sólo porque es el objeto de la expansión de su doctrina y de su Iglesia, sino porque Cristo es en los tiempos el centro de donde corren las edades modernas contra las antiguas... Cristo ilustra nuestro entendimiento y educa y reforma nuestro corazón, enalteciendo todas las potencias humanas: es la causa más fecunda de la civilización bajo el concepto de las ciencias, de las artes y de las virtudes: es Cabeza y vida de su Iglesia, así como salud de las sociedades y la base más sólida de los Estados y su mejor pacificador y maestro: domina el Orbe, y es el centro de la Historia y el foco y núcleo de los tiempos. De su persona divina irradian lo verdadero, lo bello y lo bueno en misteriosa trilogía, infinitamente más fecunda que la trilogía hegeliana.

«Jesucristo es rey de las naciones... El Dios-Hombre es la piedra angular de la Historia..., y en El

se cumple la palabra del Apóstol: ¡Jesucristo hoy, y ayer, y en todos los siglos!...» (*Marco Fidel Suárez*).

Con dificultad hallaríamos testimonio más abonado, solemne y categórico que el del gran Magistrado que gobernó la noble Nación colombiana, en pro del ideal no menos sublime que práctico, de García Moreno y del pueblo que ese «Hombre de Cristo» formó a su imagen para grandes destinos.

No hay verdad más profundamente estudiada, a juicio de los políticos y filósofos que mejor conocen la Iglesia y el mundo moderno, que la necesidad de proclamar en los pueblos la realeza práctica, fecunda, universal de Jesucristo—: «Sí, puede afirmarse, dice *Ramière*, con entera confianza: fuera de Jesucristo no hay ya para los pueblos ni fe, ni certeza, ni esperanza, ni reposo. Hácese de día en día más evidente la necesidad de restablecer el reinado de Jesucristo o dejar derribarse los últimos apoyos del orden social. Fuera de la autoridad de Jesucristo, no cabe otra religión ni otra autoridad: *¡O Jesucristo o la barbarie!*»

Que la libertad sin religión sea una libertad sin moral, que la democracia sin religión y sin moral sea el más fatal azote de los pueblos, todos los estadistas juiciosos lo han proclamado; y por el contrario, de la fuente de la religión hacen derivar para ellos, las más preciosas ventajas. «Es preciso, dice *Tocqueville*, que los legisladores de la Democracia y todos los hombres honrados y distinguidos que en ella viven, se apliquen sin descanso a elevar las almas y a tenerlas dirigidas al Cielo.» No otro era el lenguaje de *Bolívar:* «Permitiréis, decía en su último Mensaje que mi último acto sea recomendaros que protejáis la Religión santa que profesamos, fuente profusa de las bendiciones del Cielo.» Ya en una comunicación al Episcopado, había proclamado muy alto que «la unión del Incensario con la Espada de la Ley, es la verdadera Arca de la Alianza.»

Pero nadie como el glorioso Pontífice reinante ha proclamado que Cristo, ahora más que nunca, es la piedra angular del edificio social—: «De que la sociedad vuelva a Jesucristo y Jesucristo vuelva al seno de la sociedad depende, como de fuente exclusiva, la regeneración, que

es la esencia misma, la sustancia más verdadera y más sólida, digo más, la única verdadera, la única sólida sustancia de toda reconstitución.»

La lógica franca e irresistible no triunfa sino en el total reconocimiento de la soberanía social de Jesucristo. Sí, Jesucristo, por la creación, por la redención, por mil títulos es *Rey de las Naciones y Señor de los Señores*, el único Maestro de las inteligencias, el único Dueño de los corazones.

Muy feliz será, pues, el pueblo católico que no se avergüence de desplegar la bandera de Cristo Rey y de distinguirse en su servicio de honor. Muchos lo hicieron en los siglos de fe, entre ellos los más cultos y nobles. Nuestra época se destaca más por la devoción pública al Corazón de Jesús, que después de haber presidido todas las grandes empresas del siglo XIX, ha visto al Orbe cristiano consagrársele solemnemente. Fue aquel acto el más sublime de la historia después de la muerte del Redentor del mundo, y queda como el punto de partida para el pasmoso brote del espíritu consagrador de reinos, repúblicas, provincias, diócesis, parroquias, misiones, familias, municipios, sociedades, etc., que ha escrito la página más honrosa, consoladora y brillante de la piedad en la Historia Eclesiástica contemporánea.

Nadie puede quitar al Ecuador el honor de haber sido el portaestandarte de esta Cruzada moderna de regeneración social, pues de treinta años atrás la tenía inaugurada. Esa gloria, que ninguna nación comparte con el Ecuador, constituye la mayor de esta patria católica, como también la más alta del «Vengador y Mártir del Derecho cristiano»; *García Moreno.*

Ese incomparable hombre de Estado, tipo insuperable de Gobernantes católicos, era en frase del Congreso de 1875, «un genio atormentado por dos divinas pasiones: el amor al Catolicismo y el amor a la Patria; y si por el amor a la Patria—agrega—fue grande para el Ecuador, por el amor al Catolicismo, fue grande para el Ecuador, para América y el mundo.»

García Moreno, como fiel y celoso cristiano, pospuso todos los intereses al interés sagrado de la Esposa de Cristo, Madre de todos los fieles: como ciudadano, como

Presidente y representante de un pueblo fervorosamente católico, no dejó de fomentar, si bien indirectamente cual le cumplía, los más vitales intereses de la Iglesia Ecuatoriana, a la sazón abatida, estéril y decaída. Tomó las más eficaces iniciativas a fin de que ella, rotas sus cadenas, se purificase, se ilustrase y viniese a desenvolver los infinitos bienes sociales que suele derramar y particularmente la moral pública con las virtudes cívicas, primer fundamento de todo progreso serio y de toda sana cultura.

No es este el lugar de ponderar los servicios indirectos que debe la Iglesia al Gran Presidente. Una ligera enumeración de ellos bastará para señalar las etapas del resurgimiento y florecimiento de la Patria católica. Con el Concordato se sacudieron las ominosas y crueles cadenas del Cesarismo republicano. La Iglesia ya libre se constituyó en provincia eclesiástica independiente y, al mismo tiempo que se regeneraba, acudía a beber en su fuente las aguas de la pura doctrina católica, abominando de la ponzoña de las libertades impías o desenfrenadas. «El Ecuador—observan Isaac y Malet—es el único país donde el Sílabus haya tenido fuerza de ley.»

Fue igualmente el único en lanzar su protesta filial contra los inicuos despojadores del Papado y merecer, por su cariño y adhesión al Vicario de Jesucristo, las más tiernas pruebas de amor.

Subía entre tanto la marejada de errores político religiosos, invadiendo todas estas Repúblicas y convirtiendo a sus hombres públicos en otros tantos hijos rebeldes a la fe y en enemigos de la Iglesia, su Madre. Ante la inminencia de tal peligro para su patria, no pudo contener su indignación el fidelísimo Mandatario y lo denunció sin ambages—: «Acércase ya—dijo—el tiempo en que los ciudadanos tendrán que ser o amigos verdaderos, o enemigos declarados de Jesucristo.» Y llegándose al remedio necesario y urgente, alzaba la voz para que se construyera un muro de separación entre los hijos de Dios y los hijos renegados de la Santa Iglesia.

En esas circunstancias ningún católico advertido se escandalizó cuando el Presidente resolvió acudir al arbitrio de otras constituciones más católicas y siguiendo el

ejemplo de las del año 12 y de 1830, propuso y obtuvo que ningún disidente declarado o enemigo de la Iglesia pudiese tener participación en el Gobierno. El Ecuador, bajo su mano, seguía todavía depurando sus leyes de todo resabio malsano de doctrina y entraba en el período de su mayor florecimiento, cuando la Iglesia, inquieta por el porvenir, se propuso perpetuar una situación religiosa tan halagadora por todos conceptos, con el sello de una consagración que bajo una palabra jurada y un compromiso sagrado, contribuiría a mantener incólume el inestimable depósito de la fe católica en este pueblo privilegiado.

Tan feliz inspiración, la más adecuada al espíritu del pueblo, recibió su aprobación y sanción con increíble júbilo de toda la República en el decreto del III Concilio Quitense con fecha 31 de Agosto de 1873. La sanción pontificia no se hizo esperar; fue recibida el dos de Febrero y promulgada el diez.

Esa consagración social de la República podía realzarse todavía, ante el mundo, con otra consagración, oficial ya, o sea, formulada a nombre del Estado y mejor, por todos los Poderes. El Ecuador no quiso ceder a ningún pueblo la palma de la consagración más amplia y cumplida. El decreto legislativo quedó aprobado por unanimidad el 8 de Octubre de 1873, y sancionado el 18 por el Ejecutivo. El 25 de Marzo del año 1874, todas las Autoridades supremas de la Nación ofrecieron a Dios ese vasallaje de honor, ese homenaje sagrado y timbre de suprema distinción que la ha colocado al frente de las Naciones católicas y ha dejado abierta la marcha triunfal de los pueblos hacia Cristo Rey. Esta es la gloria mayor del pueblo católico del Ecuador que, por su libre y soberana voluntad, proclamaba el reinado social de Jesucristo y a sí propio se pregonaba el Primer Vasallo de Cristo Rey bajo el signo más brillante, bajo el misterio más profundo, el de su Sagrado Corazón.

¿Cuál fue *el fin, el objeto propio* de tan solemne pacto nacional?—No otro, como consta de los términos del decreto, que la conservación de la pura fe católica que, como se expresa el documento conciliar «es el mayor bien que puede gozar un pueblo»; y, por lo que

respecta al Estado, es «coadyuvar a un acto que, siendo tan conforme a sus sentimientos de eminente catolicismo, es también el medio eficaz de conservar la fe y alcanzar el progreso y bienestar temporal del Estado.» El *homenaje* se dirigió al Sagrado Corazón de Jesús, «declarándole Patrono, Protector y Jefe.» El signo de *vasallaje* o culto oficial y el de perpetuo *recuerdo* consistía en la celebración oficial de la fiesta anual del Sagrado Corazón, en la erección de un altar en cada Catedral y la colocación en su base de una lápida conmemorativa.

No queremos detenernos en recordar las misericordias del Señor para con su pueblo. Basta, por otra parte, saber que, a vuelta de cuarenta años de un gobierno radical, mantiénese intacta y airosa aquella fe católica que lo enaltece todavía entre todos los pueblos; fe probada por la persecución, fe regada por sangre de mártires, fe vivaz que puede engendrar aún héroes sin número.

Uno de nuestros Congresos se atrevió a poner una mano sacrílega en los votos más sagrados, jurados en tiempos anteriores por el pueblo ecuatoriano, y, entre ellos, sobre el pacto de 1873.

Aquel decreto, en primer lugar, no se refiere sino a la Consagración oficial, dejando intacta toda la Consagración social de la República, verificada por los prelados y todos los representantes oficiales de la Iglesia Ecuatoriana.

Pero aun tratándose de la oficial, niéganse los sabios católicos a reconocer la legitimidad de tan inconsulta derogación, porque el decreto, lejos de propender al bien de la nación, va derechamente encaminada a su mal; porque, en segundo lugar, el Congreso no representó la voluntad nacional, ya que se burló una vez más el sufragio ciudadano; y porque no sólo el fin del decreto, sino también el modo como se llevó a cabo, atestiguan el ánimo hostil a la religión de todo el pueblo, lo que constituye otro agravio a su honor, otro atentado contra su conciencia, otra oposición radical, por consiguiente, a toda noción de legitimidad fundamental.

XXXIX

EL CABALLERO DE LA CRUZ

El vendeano Leleu, blandiendo el hacha al pie de un calvario público contra los destructores del Trono y del Altar, y sellando con su sangre la fe en Cristo y la defensa de su religión: admirable ejemplo nos ofrece y un símbolo visible del Héroe ecuatoriano que se llamó García Moreno campeón, en su género, único de la causa patria unida a la católica; soldado de Dios y de su mayor gloria, que en todo el transcurso de su agitada carrera, se nos aparece en la Historia como gigante, defensor, luchador, conquistador, vencedor y víctima, grande siempre, siempre a la altura de su asombroso destino.

«La doctrina de la Cruz, dice el santo Padre Aguirre, se compendia en Cristo crucificado, el cual es una locura para el mundo, siendo en realidad la única sabiduría de Dios. El sabio en esta ciencia es para los hombres un loco, porque busca con anhelo la cruz, estimándola más que todos los tesoros de la tierra...; apetece los padecimientos, tiene sed del martirio. Este es el pináculo de la gloria a que se elevó nuestro Presidente: *Amó la cruz y murió en ella.*»

Esa gloria suprema es la que tanto enaltece S. Pablo cuando, en la imitación del Dios humanado y crucificado, proclamaba la sabiduría de las grandes almas. Esta altísima doctrina aplicó a nuestro Presidente el P. Manuel J. Proaño, cuando dijo: «La sabiduría de García Moreno fue la locura de la cruz»; y tal dicho lo comentó Fr. Navarro Villoslada en una frase profunda: «La locura de la cruz es lo sublime de la sensatez.»

Desde el principio de su mando, comprendió García Moreno que el solio sería para él una cruz, y que, llevado a él en palmas por un pueblo agradecido, el ídolo no tardaría en trocarse en blanco de iras y envidias.

Los improperios, las calumnias y todos los géneros de detracción, los recibía como «estipendio obligado»

de su actuación; y las maravillosas obras llevadas a cabo, que atraían sobre él y el Ecuador las miradas del mundo, todas las atribuía únicamente a la bondad divina —: «Me reconozco indigno de toda felicitación, escribía en 1874, pues lo que haya de laudable en mi conducta como Jefe de esta República, lo debo únicamente a Dios; y sería defraudarle su gloria el aceptar los elogios que a El y sólo a El se le deben. El Cielo ha querido concederme un honor inesperado e inmerecido, el de quedar *solo, pero firme al lado del Calvario* en que la Iglesia y su augusto Jefe se encuentran hoy martirizados...»

Tal era la conciencia que tenía García Moreno del papel providencial cuyo desempeño le cabía ante el Ecuador y el mundo, la del Vendeano, *defensor de la Cruz* frente a los enemigos y rodeado de ellos, la del «Ultimo de los Zuavos», la del centinela y portaestandarte del Papado, en los momentos críticos en que agonizaba el Estado Pontificio. Después del sacrificio de Pío IX, no hay, en el siglo XIX, acción o conducta más noble que la del Ecuatoriano y del Bretón, la de García Moreno y de Lamoriciére, al lado del Papa Rey.

«Las relaciones de Pío IX y García Moreno—prosigue el P. Aguirre—fueron estrechísimas, como de padre a hijo. Nuestro Magistrado, en su correspondencia familiar, derramaba su corazón como agua, contando las penas que sufría, las esperanzas que le alentaban, y pidiendo consejos y bendiciones. El santo Pontífice, a su vez, le atendía con una benignidad propia de padre, le alentaba en el *camino de la Cruz*, le daba consejos particulares para la prosperidad de la Nación... El elogio circunstanciado que hace el Papa en su carta de 20 de Octubre de 1873, de todos y de cada uno de los actos administrativos del ilustre Presidente, es la recompensa más grande que puede tener un Magistrado católico, porque es la aprobación del Vicario de Jesucristo, Maestro de la fe y moral de los pueblos. Era natural que estuviesen estrechamente unidos el proclamador del Sílabus y su fidelísimo ejecutor: habían simpatizado ambos en el amor de la Cruz.»

El Soldado de Dios, de la Iglesia y de la Cruz no se mostró menos noble, menos fuerte, menos altivo y gran-

de ante los avances de la Revolución, rabiosa por descristianizar al Ecuador y volverlo al estado de barbarie, soltando sobre él todas las libertades de perdición y esclavizando todos los elementos de paz, de orden, de virtud, y los derechos sagrados de la Iglesia. La Revolución que, al triunfar, perdona mucho, no se lo perdonó, no se lo perdona, no se lo perdonará.

Los jóvenes de corazón sano no pueden menos de representarse al Gigante de la reacción cristiana como el más denonado campeón, noble en sentimientos, sublime en ideales, impertérrito en la lucha; y perciben aún aquella voz poderosa salida de un corazón incapaz de fingir y cumplidor de prodigios: «Mi juramento, dice, me obliga a sacrificarme por la Religión y por la Patria, y en ese sacrificio de todos los momentos, no debo reservar mi vida, ni aspirar en la tierra a ninguna recompensa, sino a la satisfacción de haberlo cumplido.» Mil y mil sacrificios debe el Ecuador a su Padre; y la última inmolación no fue más que el complemento terminal, por Dios aceptado, para coronar de hecho una vida tejida de sacrificios que diariamente ofrecía, en el ara del corazón, a su amada Patria.

¿Dónde encontró García Moreno el secreto del éxito en sus planes, la fortaleza, la constancia, todo aquel conjunto de prendas necesarias para dar cima a tan arduos trabajos? En la Cruz, dice la Imitación de Cristo, se halla la salvación, la vida, la fuerza del espíritu y el cúmulo de las virtudes. «El Kempis, en efecto, como nos asegura el Excmo. Sr. Pólit Laso, ese compañero inseparable, era con el Evangelio el principal consejero de aquel héroe cristiano que en su lectura templaba de continuo su espíritu: «Allí buscaba, dice, consuelo y paz celestiales, antídoto soberano contra la envidia, la maledicencia, la calumnia y el odio de los perversos; allí, aquilatada humildad contra lisonjas de fáciles amigos; allí, verdadera ciencia de salvación, de la cual brotaban, cual espléndido corolario, el arte del buen gobierno y la sabia administración; allí, por fin, el lenguaje de amor, para las efusiones de aquella alma varonil y generosa, de aquel corazón magnífico que daba impulso a la sangre de un mártir...»

Adalid nacido para las grandes contiendas y los sublimes triunfos: hombre de lucha más aún, si cabe, que de acción, luchó contra todos los enemigos de la honra nacional, contra los vendedores del territorio patrio, los especuladores de la Renta pública y los disipadores del Erario. Luchó contra el militarismo salvaje, contra el extranjero, contra la intervención y la invasión; luchó contra el departamentalismo, el sectarismo, el regalismo y todas las formas insidiosas o violentas del liberalismo; luchó contra la rutina, el atraso, la debilidad, contra la mala libertad y la penetración del mal; luchó contra el demagogo, el anarquista, el libertino y el agiotista; luchó contra la inmoralidad, la ignorancia, la relajación y la miseria; luchó contra la porfía de los miopes, contra la veleidad de los débiles, contra la indolencia del pueblo; luchó contra la mala suerte, contra la perfidia, la ingratitud y la hipocresía; y después de rudo batallar, pudo gloriarse de haber convencido a todos los hombres de buena voluntad y no invenciblemente adheridos a la herejía o a la utopía.

Armado de la fe como de afilada espada, escudado de la impenetrable rodela de la confianza en Dios, abrazado de la cruz cual de admirable y siempre victoriosa enseña, luchó y triunfó: ni hubo enemigo de Dios, de la Iglesia o de la Patria que no se sintiese avasallado bajo el imperio de aquella alma superior: «Acalló, dice un escritor argentino, los repugnantes clamores de turbas insolentes; sofocó en su cuna con brazo vigoroso la hidra fatal de la sublevación, consagrando su actividad, su influencia, su ilustración y su ardoroso patriotismo a fomentar toda moralidad, todo progreso social y cristiano.»

Si llena de asombro tal lucha contra enemigos exteriores, bien puede calcularse cuán terrible, intensa y continua sería la interior, ya por su natural repugnancia a la vileza y a la ingratitud, ya contra su propia orgullosa altivez, ya contra el aislamiento y frecuente abandono, ya contra esa su impaciente e incontenible actividad, ya contra la austera severidad de su rectitud, ya en fin contra los brotes de tantas pasiones fuertes que constituyen los grandes caracteres.

Numerosos testimonios pudiéramos aducir para presenciar ese combate singular y oculto, y para abonar los maravillosos progresos que realizó el asceta, ayudado de la gracia, contra su recia e indomable naturaleza. Pudieran escribirse admirables artículos sobre esa humildad en la grandeza y sobre aquella paciencia heroica, hecha ya connatural, ante las injurias que contra él vomitaban los hombres más deslenguados que ha producido el Ecuador.

Entre el cúmulo de tan heroicas virtudes, hé aquí como el elocuente Deán de Riobamba, *Dr. Vicente Cuesta*, encomiaba su pasmosa confianza en Dios, piedra de toque para los teólogos, de alta santidad —: «Nunca medía sus fuerzas ni contaba con los únicos medios humanos para llevar a cabo empresas superiores a la situación del país. Se arrojaba confiado en los brazos poderosos de Dios, y en su nombre y por su gloria, centuplicaba sus recursos y salía triunfante en sus arduas empresas. Hija de esta vívida fe era su alta y profunda humildad: sí, señores, la sublime humildad cristiana que hacía que sus acciones, por brillantes que fueran, nunca excitaran en su noble corazón la miserable vanidad ni la satisfacción propia. «*Todo en Dios y por Dios, todo en presencia de Dios*»: hé aquí el lema de su vida interior y hé aquí también el poderoso resorte que sostenía la virilidad de su carácter...»

Los biógrafos de García Moreno, refiriéndose a los últimos años de su vida, narran a porfía hazañas de virtud, comparables a las que admiramos en los grandes Santos—: «Poned los ultrajes al pie de la Cruz, escribía en 1874 a un religioso, y pedid a Dios que perdone a los culpables... Pedidle que me dé bastante fuerza, no sólo para hacer el bien a los que derraman sobre mí, de palabra o por escrito, los torrentes de odio que guardan en su corazón; sino para regocijarme ante Dios de tener que sufrir algo en unión con Nuestro Señor. Para mí es una verdadera felicidad, al propio tiempo que un honor inmerecido, tener que sufrir los insultos de la Revolución, en compañía de los Institutos religiosos, de los Obispos y hasta del Sumo Pontífice.»

¡El Papa! no podía sin enternecerse pensar en el

Padre Santo. Era el espejo en que se miraba, el consejo que solicitaba, la aprobación que ambicionaba; poseía en alto grado lo que Mons. de Ségur llama la «devoción al Papa». «Cuanto más nos bendice V. S., le escribía, siento que crece más mi confianza en Dios, fuente única de todo valor y de toda fortaleza.»—«Envidio tu felicidad, escribía a un amigo, de haber besado los pies del Vicario de Jesucristo, y conversado con él, con él a quien amo más que a mi padre, y por cuya defensa y libertad daría la vida de mis hijos.»—*Crux de Cruce* es un lema que ciertos historiadores han aplicado a Pío IX, y por cierto que fue el pontífice crucificado. A su lado nunca faltó el Soldado de la Cruz, fiel Alférez, más en un sentido que lo fueron Lamoricére, Charrette y Pimodán.

Ese honor, esa alegría, esa gloria de sufrir por Dios y por su Iglesia no era ya en él una virtud privada; era una exhalación muy pública, una necesidad de desahogar su alma; era una influencia entrañable que se dejaba sentir a otros muchos y en ocasiones al pueblo, a quien encendía en el deseo de combatir y sufrir también por su fe: maravilloso contagio del ejemplo eficaz en los padres. Tal acento de piedad se percibe, entre otros muchos documentos, en el santo Mensaje de 1873. Después de pintar la sociedad apóstata, el furor y la guerra insana contra la Iglesia de Dios, exclamaba: «La inacción en el combate es traición y cobardía. Procedamos, pues, como sinceros católicos con fidelidad incontrastable. ¡Y felices, mil veces felices, si en recompensa conseguimos que el Cielo continúe prodigando sus bienes sobre nuestra patria; y más feliz yo, si merezco, además, el odio, las calumnias y los insultos de los enemigos de nuestro Dios y de nuestra fe!»

Encendido en el *amor de la Cruz*, llegó García Moreno, a saborear las injurias y calumnias de la Prensa masónica y liberal que llovían sobre él, las que en vez de irritarle, le alegraban con el recuerdo de aquellas divinas palabras—: «Bienaventurados seréis cuando os maldijeren...»—«Tal vez, pensaba, hay de mi parte mucho de presunción: pero no puedo evitar la involuntaria alegría de que me siento poseído al verme calumniado e injuriado sin tregua por los enemigos de la Iglesia.»—Tan

sublimes sentimientos ¿quién no ve elevan un alma a las más altas esferas de la perfección cristiana?

No queremos terminar sin ese otro rasgo o aspecto de inaudita paciencia, que una desatentada y pueril hipocresía echa a colosal impostura—: «Si mis adversarios, decía a sus confidentes, me atacasen por algún crimen que yo hubiese cometido, pediríales perdón y trataría de enmendarme; pero se conjuran contra mí porque amo de veras a mi patria; porque trato de salvar su tesoro más preciado, la fe, porque soy y me muestro hijo sumiso de la Iglesia... No debo, pues, contestarles otra cosa que *¡Dios no muere!*»

A nuestro modo de entender, hé aquí el velo descorrido, hé aquí el fondo sublime del alma de García Moreno. Amor de Dios, amor de la Iglesia, amor de la Patria, amor de los enemigos, inconcebible generosidad, fidelidad a prueba de la muerte y de la infamia, confianza inconmensurable en la bondad y providencia de Dios... Si García Moreno tiene frases que todas esas virtudes manifiestan de cuerpo entero, otras tiene que revelan su alma entera.

La más famosa y exterior hazaña del Soldado de la Cruz y, para los hipócritas, el mayor embeleco del *Impostor*—tal era también el calificativo con que apodaba a Cristo la refinada hipocresía de los fariseos—fue la que debía ser, a juzgar por el destino de aquel hombre por doquiera providencial. Antes de verse inmolado en la *Cruz*, debió llevarla en sus hombros de Jefe del Estado, por las calles de la Capital, asistido de los Ministros, en una procesión de penitencia, al frente de todo el pueblo, a la faz del mundo; y fue la hazaña más gustosa que podía apetecer aquel Héroe de la fe y de la piedad.

García Moreno fue, pues, un incomparable Soldado de la Cruz. Dios le concedió aun más; le puso en la diestra la palma de mártir; y, mientras en el Empíreo sus virtudes le han merecido altísimo asiento, aquí en sus ejemplos los santos encontrarán qué imitar, los cristianos qué admirar, los pueblos qué desear, los hombres de Estado en qué fijar asombrados las miradas sobre aquel dechado, que llevó al Solio las más altas y puras ideas, que redujo a la práctica los más bellos ideales para el pueblo, y

los consagró con el más inviolable sello, el de la propia sangre.

«La Cruz, ha dicho *Montalembert* es símbolo de eterna justicia y de santa libertad.»—El mundo saludará siempre en García Moreno al Soldado de la Cruz, que supo acometer, combatir, sufrir, triunfar y morir por sus puros y santos ideales y el cristiano siempre pregonará con Pío Nono *a García Moreno mártir de la fe y de la caridad cristiana* para con la Patria.»

XL

EL MAS SUBLIME MARTIRIO

Dos días de luto y dolor entrañable celebra esta patria católica; dos días igualmente de expiación a los ojos de la fe, aunque días también de perenne gloria. Están señalados en la historia con sublimes martirios, los del Presidente y del Arzobispo, víctimas ambos de la rabia anticristiana: el 6 de Agosto y el 30 de Marzo. Van unidas en un místico blasón aquellas fechas inmortales, como en la misma urna hállanse unidos aquellos dos corazones que glorificaron al Corazón de Dios hasta la consagración de su pueblo y, para sellarla, el derramamiento de su sangre. La Secta tenebrosa no cuenta en América víctimas ni más nobles, ni más auténticas; ni la Iglesia ecuatoriana, más augustos testigos y mártires, ni más venerables intercesores ante el trono de Dios. Aquí cúmplenos consignar el recuerdo del Pontífice.

Los testimonios todos, los más inmediatos de la historia y de la tradición, convienen en dibujarnos del niño y adolescente *José Ignacio Checa y Barba* un semblante y continente de ángel. Fue en efecto, desde sus primeros años ángel de pureza, de oración, de austeridad y áspera mortificación. La modestia fue el principal adorno de su persona; la humildad, el perfume de su alma; el recogimiento, guarda de aquel tesoro; y la caridad con la encantadora suavidad de su trato, el misterioso imán

con que atraía sin esfuerzo los corazones, para infundirles la confianza, la gracia y el amor de Dios.

Levita inmaculado, ansió con vocación irresistible por la unción que le consagrara al altar, a las almas y a la gloria de Dios. Inquieto siempre por una preparación más digna de tan sublimes ministerios, no vaciló en pasar los mares para ir a ampliar sus estudios en el Seminario de Nobles de la Ciudad Eterna. Pero a poco habiendo recaído en él inesperadamente la dignidad episcopal, hubo de plegar los hombres por obediencia a una carga intolerable para su humildad. Cual ángel de paz, apareció en Loja y en Ibarra, ensayándose para la Cruz de Metropolitano, que se le impuso en 1868. El Sr. Checa brilló en el Concilio Vaticano entre los Padres más notables del Nuevo Mundo y, en el Sínodo que celebró luego, hízose el decidido heraldo de los anatemas lanzados contra las doctrinas de la libertad moderna, que han adulterado en tantos espíritus superficiales la ortodoxia católica.

Presidió luego el tercer Concilio Quitense, la Consagración de la República, las reformas eclesiásticas y monásticas, la fundación de los actuales seminarios conciliares y en lo eclesiástico toda aquella brillante restauración promovida por García Moreno, pero asimismo tocóle presidir la resistencia contra la desapoderada invasión de las doctrinas condenadas, que trajera y fomentara la revolución de 1876 encabezada por el General Ignacio Veintemilla.

Este Caudillo trató de armarle una celada en los mismos lazos de la amistad. Protestó indignado el Prelado y revistiéndose de fortaleza apostólica, dispuso su ánimo para defender la Grey confiada a su solicitud contra el vendabal y la persecución, hasta verter, su misma sangre, si preciso fuera.

La declaración de guerra no se hizo esperar. A raíz del motín de San Francisco, 1º de Marzo de 1877, un úkase firmado por el Ministro D. Pedro Carbo, fulminaba pena de expatriación contra todo sacerdote de cualquier categoría a que perteneciese, «que, en pastorales, sermones u otros medios, tratara de alarmar la conciencia de los fieles a fin de excitarlos a la revolución.» El

propósito evidente era reducir el Clero al silencio y dejar tiempo a la Prensa para envenenar el alma del pueblo, El Arzobispo, en una nota digna y severa, rechazó al punto las supuestas inculpaciones del Gobierno; demostró la flagrante violación del Concordato, del Concilio de Trento y de las leyes más esenciales de la República. Allí mismo defendía al Obispo de Riobamba, primero en salir a la palestra y afirmaba que, a vuelta de completas investigaciones, en ningún eclesiástico se hallaba el pensamiento de promover trastorno alguno político. Reclamaba, eso sí, que antes de cualquier condena, precediese alguna fórmula de juicio, y solicitaba no fuesen comprendidos los Prelados en el decreto.

Ante la ciega negativa del Gobierno, quedó abierta y declarada la lucha entre los dos Poderes. No bien recibida la bronca respuesta del Ministro, el Sr. Arzobispo se apresuró a dictar una pastoral contra las malas lecturas, denunciando a un tiempo la gravedad del peligro religioso - : «La tempestad, decía, que oímos surgir a lo lejos, brama ya con furor sobre nuestras cabezas, amenazándonos con la asolación y la muerte.»

Habiéndose atrevido el Ministro a censurar su conducta en una circular dirigida a los Gobernadores, enrostróselo el Arzobispo en otra nota dignísima, la cual no tuvo más contestación que el decreto de muerte de parte de la Logia. No podía ya sufrirse la apostólica libertad con que se proclamaba el derecho de enseñar a los fieles, de defenderlos contra las doctrinas más perniciosas y de rechazar las injurias inferidas a la Iglesia y a su Constitución—: «Como quiera, concluía el Buen Pastor, estoy resuelto a continuar oponiéndome a la propaganda del error, con todas mis fuerzas y por todos los medios que Dios ha puesto en mis manos. Esta es mi obligación y con la gracia divina, la cumpliré.»—Era firmar su sentencia de muerte. Indescriptible fue el gozo del pueblo al presenciar esa lucha entre el Cordero trocado en León con los lobos que habían invadido el rebaño. Intervino personalmente el Dictador para precaver el caso que preveía ineludible, y obtener una retractación. Vano empeño; no obtuvo sino la declaración heroica y reiterada de que el Prelado «no cedería un punto en la defensa

de la doctrina católica y de los derechos de la Iglesia; y que lejos de retirar la nota, dispuesto se hallaba a sufrir el patíbulo.» Seis días aún no habían transcurrido, cuando aquel inflamado celo recibía su recompensa.

Nadie ignora las circunstancias del martirio. Fue aquel un crimen único, triplemente execrable por la dignidad del personaje, su carácter sagrado y por su absoluta inocencia; crimen por todas sus faces sacrílego, por el lugar que es el más augusto, por la función la más sagrada en cierto sentido de toda la liturgia, y por el envenenamiento de las especies sacramentales mezcladas con el vino de la sunción.

Antes de media hora el Prelado era ya cadáver. Al desnudarlo, los cilicios que tenía puestos, y las sangrientas huellas de reciente flagelación, que aparecían en las espaldas, llenaron a los facultativos de asombro y dieron a conocer que la inocente Víctima con su propia mano venía disponiéndose a la suprema inmolación.

Este es el sacerdote, el testigo, el mártir y el abogado que, como se lee del gran Pontífice Onías, «*multum orat pro populo.*»

A la alta gloria que goza ante Dios, la que corresponde en el mundo a su memoria, es la que supone el juicio que tenía de él formado el hombre más conocedor en su época de los valores jerárquicos, el Cardenal Rampolla. «Era, según él, uno de los más dignos y más beneméritos del Orbe Católico.»

XXXIV

UN OBISPO

Del emperador de Oriente, Valente, refiere la historia de la Iglesia, que ganado a la herejía arriana, tomó muy a pechos el hacerla general y, por desgracia, no dejó de ser favorecido en sus propósitos por ciertos prelados cortesanos. Basilio, obispo de Cesarea, dio la alarma, levantando los ánimos amedrentados por las

ingerencias del déspota en los negocios eclesiásticos, y organizó la reacción ortodoxa que finalmente triunfó de la Corte. El teólogo coronado mandó a Basilio comparecer en presencia del Prefecto, el que manifestó su extrañeza por ver que era él el único Prelado en el Imperio que se atrevía a alzar la voz contra el Soberano: «Será, replicó Basilio, que nunca habéis tenido que hablar con un obispo.»—El Sr. Dr. José Ignacio Ordóñez representa entre nosotros, el tipo del obispo, del obispo sabio, santo y de inquebrantable fortaleza apostólica, obispo del temple de los Crisóstomos y Basilios.

El *Excmo. Sr. Dr. D. José Ignacio Ordóñez*, sexto arzobispo de Quito, es uno de los Prelados que han colocado en las más altas cumbres el honor del Episcopado ecuatoriano, como que fue en la política religiosa el colaborador fidelísimo y el más genuino continuador de García Moreno. En efecto, en opinión de sus contemporáneos, ese gran Prelado, por su variada actuación en los importantes cargos que desempeñó en pro de la Iglesia y del Estado, así como por la heroica entereza de su cristiano civismo, merece ocupar el primer puesto al lado del gran Presidente.

La negociación y defensa del Concordato; las gestiones personales con los Superiores de las Congregaciones docentes llamadas al Ecuador; la considerable ayuda para el establecimiento de éstas en Cuenca; la erección, habilitación y progreso envidiable de la Diócesis Bolivarense; la fundación de la primera Congregación religiosa ecuatoriana—o sea el Instituto de las Hermanas de la Beata Mariana—; su apostólica resistencia al Kulturkanpf de Veintemilla; la pacificación y reorganización de la Arquidiócesis; el impulso decisivo y coronamiento de la obra de ambos Seminarios y del de Atocha; la admirable cuanto fecunda concordia entre ambas Potestades durante el período garciano, el de la Restauración y de la Administración de Caamaño; la defensa paladina, pronta y enérgica de los principios católicos en todo terreno; la parte preponderante en el IV Concilio Quitense, en el Congreso Eucarístico de Quito y en las Cartas colectivas del Episcopado, el Voto Nacional...: tales son en síntesis, y sin incluir otras grandiosas ideas

e iniciativas, las ejecutorias visibles e históricas que han labrado al Sr. Ordóñez un puesto distinguido entre las primeras figuras del Episcopado Americano.

Vástago de una familia notable de Cuenca, el Sr. Ordóñez se hizo merecedor de todos los elogios durante la carrera de estudios que cursó en su ciudad natal y luego en el celebérrimo Seminario parisiense de San Sulpicio. No bien se hubo restituído a la patria, cuando el ojo escudriñador de García Moreno supo descubrir en el joven sacerdote el carácter, la piedad, el talento, la ciencia, las dotes todas que requería su inteligente patriotismo, con el fin de consagrarlas al servicio de la Religión y del Estado.

La Historia detiénese en referir la fidelidad con que gestionó el Concordato y la claridad con que refutó las objeciones de los descontentos. Designado luego por primer obispo de Riobamba, dedicóse al arduo cargo con tanto tino, entereza y generosidad, que muy en breve logró una perfecta organización diocesana y demostró, en su gobierno, la superior distinción de su carácter.

Preclara figura de Obispo, el Sr. Ordóñez representó con especialidad el tipo del celo pastoral, de la fe intrépida, de la santa intransigencia doctrinal y demás raras cualidades que levantan a los verdaderos y grandes Pastores sobre las preocupaciones humanas, sobre las quejas de los indiferentes, de los viciosos, de los presumidos y de cuantos se dejan seducir por los sofismas y arterias del error moderno.

A las altas dotes y severidad del Obispo correspondía un austero rigor en todo lo concerniente a su persona. Era sacerdote de oración y de estudio. Los que le veían de cerca, testigos de su amor al retiro, le conocían por el *Obispo asceta*. Compasivo con todos los menesterosos, distribuía abundantes limosnas, cayendo no pocas veces en excesos de generosidad. Mucho le debe la Iglesia de Riobamba en preciosos enseres; y la de Quito heredó su valiosísima biblioteca.

No podía tan excelso y recto Prelado cumplir con su alto ministerio sin excitar las iras de los enemigos de Dios y de la Sociedad, que lo son de la verdad y del bien. Los poderosos adversarios de la Religión hallaron

siempre en él al vigilante Pastor, al magnánimo adalid, al baluarte inquebrantable; y durante esas crisis era cuando más se revelaba aquella grandeza, comperable con la de los Obispos de otras edades.

Uno de sus más imprescriptibles deberes consistía en la prohibición de obras peligrosas para la fe y las costumbres; y bien sabido es, como hubo de proceder contra uno de nuestros libelistas. La respuesta del publicista salió de la herida, procaz y baja, desesperada y calumniosa, en una palabra más dañosa para su autor que para la presunta víctima.

En 1877 fue el primer Prelado en declararse con resolución adverso a las medidas anticoncordatarias del ministro Carbo; luchó cuerpo a cuerpo con el Gobierno impío, el que a la postre echó mano de todos los medios para suprimir aquel capital obstáculo a sus planes de descristianización. La sentencia fue dictada; era sentencia de muerte, si bien la Providencia se contentó con el martirio del Arzobispo Monseñor Checa.

Al fin de su vida, con la escisión peligrosa de los católicos militantes, y con ocasión de intervenciones ajenas a su Administración llegaron para aquel invicto ánimo horas de intensos sufrimientos. Vulnerado en sus más delicados sentimientos y aquejado de penosa dolencia, vio aproximarse la muerte con la serenidad de los santos. Entregó plácidamente su grande alma a Dios, perdonando a sus más procaces enemigos, bendiciendo al Clero y a su Grey que le admiraban y amaban.

Un gran hombre de Estado que como pocos lo conoció, el Sr. Dr. D. José Modesto Espinosa, ministro de Caamaño, dejó de su memoria este testimonio—: «El carácter del Sr. Ordóñez ha sido una lección viva de inconmovible fortaleza y perseverancia en el cumplimiento del deber.»

XLII

EL ESTILISTA

Don Juan Montalvo ha disfrutado de un fuero envidiable entre nuestras celebridades. Con Rocafuerte, Pedro Carbo y alguno que otro más, se cuenta entre los intangibles, los indiscutibles, los que así son tenidos sin duda por considerárselos superiores a la crítica. Sin embargo, para Rocafuerte y Montalvo, de las mismas alabanzas desmentidas tributadas sin tino a su talento, han comenzado a alarmarse algunos de sus amigos sinceros, convencidos de que la labor unilateral y lírica raya en adulatoria, y de que la cohibición de la crítica les perjudica más acaso que todos los fallos que pudiera dictar la austera soberana.

Montalvo posee la palma de los títulos, a cual más honoríficos, que vienen a culminar en el de Cervantes americano; pero—dicho sea de paso—mal podrán sus admiradores sancionar aquella gloria sin despojar de ella a otro dignísimo titular, D. Antonio José de Irisari. Es también Montalvo el hombre de los distingos, siendo de admirar la angustia de los literatos concienzudos por no comprometerse, ni en el excesivo elogio ni en el áspero roce de la censura. Un aspecto, no obstante, reune casi todos los votos en un común aplauso, el *estilo;* y al estilo sólo nos atendremos aquí para dar cabida en nuestra galería a este célebre hijo de Ambato, aun cuando los testimonios que aducimos se extiendan a otros géneros de primores y de verdades.

Ante todo observaremos que la obtención de la palma de estilista representa en el Ecuador una victoria no vulgar, siendo tan numerosos los escritores atildados y castizos. Entre otros que pueden aspirar a esa palma, cuéntanse plumas tan hábiles y ejercitadas, como la del Dr. José Modesto Espinosa, nuestro Mesonero Romanos; la clásica de Don Abelardo Moncayo, la suelta de Manuel J. Calle,—el de las Charlas—, la del pulcro y pro-

fundo crítico Gonzalo Zaldumbide, la lapidaria y bruñida del Dr. Remigio Crespo Toral, etc., etc. Hasta aquí, con todo, la fama de Montalvo, difundida en el extranjero y aplaudida por estos mismos maestros de casa, lo pregona como al más célebre de los estilistas, no sólo entre nosotros, sino en todo el Continente.

Respecto de una personalidad tan conocida de nuestros lectores, no hay para qué nos extendamos. Sólo citaremos algo de lo mucho que ellos conocen, y de hombres afectos a la memoria de Montalvo, si bien observadores sinceros de sus deficiencias y menos líricos en el tono que ciertos alegatos de plumarios, ávidos de popularidad y deseosos de señalarse en el fácil género de la elocuencia gratulatoria. Bien lo dijo cierto fervoroso discípulo de Don Juan, con ocasión de su centenario en 1932 : «El no tiene necesidad de un culto supersticioso, ni mucho menos del humo de pueril incienso, sino de un homenaje humano, serio y justo, fundado en el análisis de la crítica.»

Principiando por los extraños, citemos el notable juicio de *Ricardo Palma*—: «A Juan Montalvo—dice—egregio prosador, gran artista de la palabra, diestro en utilizar los primores de la lengua, cervantesco hasta cuando abusó del arcaísmo, lo calificaba yo hace quince años de ser el más correcto y castizo de los escritores de nuestro siglo. La *Pardo Bazán* vino a robustecer mi juicio. «España tendrá hoy—dice ella—hasta seis escritores que igualen a Montalvo en el conocimiento y manejo del idioma, pero ninguno que lo aventaje.»

El más afamado crítico español *D. Marcelino Menéndez y Pelayo*, en una frase ha sintetizado con su habitual franqueza todo cuanto juzgaba del fondo y de la forma de Montalvo, calificándolo de «sofista agudo, ingeniosísimo, brillante y castizo, aunque abigarrado y pedantesco prosista.»

A juicio de Zaldumbide, ningún crítico ha dado mejor semblanza analítica de nuestro estilista, que *José Enrique Rodó*. Este maestro en vez de ocultar tampoco las deficiencias, declara paladinamente que Montalvo brilló sólo como pensador fragmentario y militante, como ensayista ligero y ameno; condena sus violencias de

estilo, sus «cuerdas tirantes», su amaneramiento, su énfasis declamatorio y otros defectos; pero, viniendo a los primores, pondera la poderosa originalidad, «la hermosura de la expresión personal», la riqueza del vocabulario, la fantasía americana, la energía de la pasión, el fervor de la palabra, y aquella prosa plástica, en fin, para la juventud tan fascinadora.

El mismo Zaldumbide sin dejar de inculcar asimismo sus reparos, ensalza los quilates propios del lenguaje referentes a nuestro propósito. «Gran hablador político lo llama, viajero romántico, ensayista, escritor afilosofado, imitador de Cervantes, libelista airado, gigantesco caricaturista, hablista, prosador insigne—: «En nadie—observa el escritor y el hombre llegan a compenetrarse, a identificarse de esta manera. El acento de su convicción, el aliento de su superioridad, la entereza de su actitud, revelando están que viene de lo hondo.»

Concluyamos con el célebre juicio de conjunto publicado, con ocasión del Centenario de la República, por el *Dr. D. Remigio Crespo Toral*, juicio en que no puede quitarse ni una sola expresión ni un matiz, si se desea sinceramente formar una idea cabal de nuestro Autor, tanto en cuanto a la forma como al fondo. «En el siglo XIX—dice—en lengua española no se encontrará escritor de más originalidad y de más encanto en la forma, y tan exquisito restaurador de la manera antigua, vaciada en moldes nuevos. La imaginación anduvo siempre por los senderos de la poesía; su lenguaje acertó los sabores de la añeja dulzura; aficionado a la filosofía, no filósofo, dilettante en política; fue un retórico admirable, que manejaba el estilo como arma cortante y arrojadiza, proyectil o rayo vengador. Le inspiró soberanamente la musa del odio. Desde un Olimpo levantado por él y para sí, distribuyó y fulminó castigos espantosos, colgó a muchos el sambenito del sarcasmo, y paseó a sus víctimas con las lacras de la calumnia. Dejó profundas huellas en nuestra vida social, y escuela en la literatura ecuatoriana, sin que sus imitadores pudieran llegar a la originalidad no estudiada y sincera del Maestro...Grande celebridad, pero triste, pues lo más genial de su obra hizo en mengua de los hombres y de las cosas de su país, al que hizo

aparecer ante el mundo como una galería de muñecos, o como un calabozo de torturas y alaridos.»

Con las seis autoridades, clásicas todas, que van aducidas, creemos que, sin decidirse por los unilaterales de la derecha o de la izquierda, un lector de buena fe sabrá formular su dictamen independiente sobre el literato ambateño, siquiera en lo referente a su prosa y a su estilo, que es lo único que nos hemos propuesto.

Y a quien haya dado todo crédito a nuestro terrible caricaturista de personajes históricos, de sano correctivo le serán las últimas palabras citadas del ciudadano honradísimo y universalmente admirado que las trazó en el grave tono de una obligada reparación debida al honor nacional ofendido por un libelista seductor. No ignora Crespo Toral que tratándose de la ponzoña de la calumnia y de la irreligión, todos los que se dan a la tarea de envenenar al alma de un pueblo, saben propinarla y de hecho la propinan con harta frecuencia en copa de purísimo cristal y en delicioso licor.

XLIII

EL NOVELISTA

Frente al solitario de Ficoa, el solitario de Atocha: ambos, glorias genuinas de Ambato; ambos, hijos de sus propias obras; ambos, ardientes polemistas; ambos, académicos de la Literatura Universal; pero, en lo demás genios distintos, opuestos. Los dos grandes Juanes, nacidos en el corazón de Ambato, a una cuadra de distancia el úno del ótro, resultaron antípodas. Después de la ojeada al ensayista cervantino, vayan dos brochadas sobre el creador de Cumandá.

Varios son los méritos, a cual más envidiables, a cual más sólidos, macizos y sin distingos, que asistieron a *D. Juan León Mera y Martínez*, para que la Literatura americana lo contemplara siempre en medio de sus más ilustres representantes.

Mera es reputado por el primogénito de nuestra Literatura republicana —: «Su poesía es rica y abundante, dentro de una forma perfecta, aunque no inflexible. Poesía patriótica, poesía erótica, moral y filosófica, poesía jocosa y fábulas, han venido a constituir el acervo más completo y vario de la producción literaria de la época.»—Fue el poeta de la naturaleza, *poeta indiano*, como se complacía en llamarse, y en tal concepto, insuperable hasta la fecha, merced al soberbio alarde de la *Virgen del Sol.*

«Como crítico y escritor humorístico, ocupa también un puesto en primera fila entre los más encumbrados literatos castellanos del siglo XIX.»

Desaparecido el gran Padre Solano, Mera, sin pretenderlo, sin solicitarlo, vino naturalmente a llenar el vacío que aquél había dejado y a ocupar, sin contradicción, ese magisterio público, con la publicación de su *Ojeada histórico crítica* en que puso los verdaderos fundamentos de nuestra Crítica literaria.

No tenemos para qué detenernos aquí en recordar cada una de las palmas que cosechó el Maestro en los campos de la historia y biografía, ni en los de la polémica y política. Tócanos sólo fijar una especial atención en la refulgente corona con que ciñeron sus sienes los pontífices de la crítica española: la corona de novelista.

Con toda justicia es ensalzada en la Literatura americana la *María de Jorge Isaacs* en concepto de su insuperable psicología; no de otra manera, y no con menos fino análisis, lo es por la descripción de la gran naturaleza americana, la admirable creación de *Cumandá*, que ha merecido a su autor encomios acaso superiores a los de Fenimore Cooper, el escritor norteamericano más célebre en aquel género.

Entre los críticos, el ilustre *Alcalá Galiano* juzga que acaso Chateaubriand la habría trocado por su Atala o sus Nátchez: juicio muy singular que atribuiría a nuestro novelista el primer puesto entre el sinnúmero de escritores descriptivos y románticos del Continente. Estos son legión, y casi todos reconocen a aquel clásico francés por su maestro.

Permítansenos simples citas—: «Ni Cooper ni Cha-

teaubriand han pintado mejor la vida de las selvas, ni han sentido ni descrito más poéticamente la exuberante naturaleza, libre aún del reformador y caprichoso poder del hombre civilizado.»

En la prosa, calificada de exquisita por *Menéndez y Pelayo*, se encanta Alarcón con el espíritu que inspira la obra, como de su brillante ropaje; y el severo *Pereda* se siente conmovido «ante aquellas páginas tan sentidas, perfumadas con todos los aromas de las selvas americanas y bañadas de un suave idealismo patriarcal y cristiano, muy distinto del vago rusoniano naturalismo inspirador de Pablo y Virginia, de los Atalas y Renés, aun del delicioso Lago de Lamartine.»—«Todo en ese libro —inculca el mismo—respira una solemnidad imponente, como si las colosales barreras de los Andes y las tribus bárbaras, que rebullen en sus profundos pliegues, hubieran hallado por fin el pintor y el poeta que necesitaban.»

Alarcón, por su parte, considera nuestra novela como una fotografía de maravillosos cuadros, y a su autor, como un Húmboldt artista—: «De las cualidades que revela el Autor, dice *Rubio y Lluch*, admira, a la par que la naturalidad y la fuerza pintoresca de su estilo, el sello de marcada originalidad y de independencia en el pensar, que luego he visto ser el distintivo de su carácter y de todas sus creaciones.»

Para lo que pretendemos, sobra lo dicho. Del Cantor y Maestro de Atocha, de nuestro pequeño Chateaubriand bien puede asegurarse que todo en su esfuerzo literario concurrió a la realización de ideales de belleza, sobre todo de belleza americana, de ideales patrióticos, y aun de ideales religiosos. Lejos de arrojar de su alma los preciosos tesoros de su juventud, en ellos halló las fuentes más puras de una vida y de un arte superiores. Ese grande hombre, tan grande como cristiano y como artista, recordaba complacido cómo todo se lo debía a las bien logradas enseñanzas de su madre, y cómo de la Religión había hecho «la inspiradora de su musa, el norte de sus actos públicos y el faro que iluminó su fatigada existencia.»

Para terminar, transcribimos las breves y comprensivas conclusiones de un apreciado crítico, sin apropiár-

noslas, con todo, en su amplitud —: «Juan León Mera, afirma D. Nicolás Jiménez, constituye una gloria nacional. A ese título lo reclaman la historia, la política, la administración, las bellas artes. En prosa produjo la mejor novela descriptiva con que contará el Ecuador por muchas generaciones... ¿Puede algún otro ingenio ecuatoriano ostentar aquella variedad de conocimientos y parecida complejidad de talentos? Mera es, lo repetimos, el literato por excelencia: es el magno literato del Ecuador.»—No seguiremos al crítico en sus más atrevidos juicios; pero, reducidos éstos, queda todavía nuestro Mera hombreado con los primeros literatos del Continente.

XLIV

HISTORIADOR Y APOLOGISTA

«Si la Iglesia ecuatoriana se halla de duelo por la pérdida del principal de sus Prelados, no lo está menos la República, que debe llorar al más elocuente de sus historiadores. Arqueólogo y literato, poeta y orador, polemista y crítico; hombre virtuoso además, que a una vida ejemplar unió las excelencias de un carácter admirable en la defensa de lo que creyó bueno y justo; y varón desinteresadísimo, que nunca se rindió a las tentaciones de la ambición y la codicia, ni conoció la fulgurante sugestión de rencores implacables.»—Tal es el elogio espontáneo y condensado que dedicó Calle al dar a los lectores de sus *Charlas* la noticia del fallecimiento del *Excmo. Sr. D. Federico González Suárez* en Diciembre de 1917.

Esa gran figura quiteña ostenta en efecto, ante la historia, no vulgares grandezas, y no escasos servicios prestados a la causa patria, como la iniciativa de la arqueología y el impulso dado a la poesía nacional. Sus contemporáneos no olvidarán el entrañable acento de su elocuencia; pero ante la posteridad permanecerá el mo-

numento de su Historia y particularmente de la Colonia, cuyo creador es, y la magna obra de su defensa a la Iglesia Católica contra los errores modernos y las audacias sacrílegas de gobiernos sectarios. La opinión ha colocado en el pináculo la obra del historiador; la Historia Eclesiástica del Continente lo señala en las primeras filas entre los defensores doctrinarios, contra las aberraciones racionalistas, que constituyen la mayor calamidad de las Repúblicas hispanoamericanas.

La Historia primitiva del Ecuador narrada por los incólogos, los conquistadores y el P. Velasco venía envuelta en no pocas exageraciones. El Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, asistido de un criterio cuerdo y de un estilo propio tuvo la gloria de depurarla en gran parte y de darle una forma muy aceptable. González Suárez amplió dicho trabajo y le afianzó con nuevas autoridades, si bien, posteriormente, el torcedor de la crítica negativa llevó a su espíritu ciertas dudas de las cuales no halló salida definitiva.

Por lo que hace a la Colonia, sus estudios en el Archivo de Sevilla le proporcionaron la materia casi íntegra con que levantó y compactó la historia de dos siglos y medio casi completamente ignorada.

De su obra histórica en general, Crespo Toral ha dejado las siguientes impresiones—: «Es un monumento de severa y singular belleza por la majestad del estilo, la rigidez del criterio, la nobleza y ambiente ideal de su Autor.» Y, pasando a celebrar otros aspectos de su semblanza, agrega—: «No sólo humanista y crítico, apologista insigne y ascético a la manera de los siglos de oro; poeta también: es una de las personalidades por cuya fama es más digno de vivir el Ecuador en la historia del mundo.»

Aquí cúmplenos tan sólo detenernos en otra característica del personaje, la de más importancia, fecundidad y alcance, honra que nadie le puede disputar en este suelo, ni acaso en todo el Continente. Apuntemos algo de su labor apologética. González Suárez es por antonomasia nuestro apologista.

Ese gran luchador ha dejado señaladas muestras de su valor polémico en los variados campos de la historia,

de la crítica, de la política y de la administración, pero más grandiosas, y sin duda más fructuosas aparecerán aquellas en que elevó el ideal a la altura del dogma y de la doctrina católica, cuando, recogiendo sus energías, sostenía solo o como principal adalid, el buen combate de la fe, desenmascarando y arrollando a los primeros enemigos formales de la religión en su católica patria. Si fue noble en algún combate, si se preció de alguna corona, sería por la lucha que sostuvo a ejemplo de S. Pablo, y de la corona de justicia conquistada por tal misión cumplidamente realizada... «*Reposita est mihi corona justitiae.*»

La primera campaña apologética de González Suárez sostúvola no bien ordenado y apenas inaugurada la Jefatura Suprema de Veintemilla. Entonces sobrevino un súbito desenfreno de la prensa anticatólica, y entre los libelistas liberales, destacóse el célebre sicario Manuel Cornejo Cevallos, autor de la pérfida *Carta a los Obispos*. Las inmediatas refutaciones del infame libelo, publicadas por todas las Curias episcopales, atajaron el peligro para todos los hombres de buena voluntad y criterio; pero la más importante fue la de González Suárez que, dueño ya de un inmenso caudal de erudición eclesiástica, demostró las malas artes de un plagiario y allanó todos los reclamos liberalescos allí asentados, muy en especial las excéntricas libertades de conciencia y de imprenta.

Extendiéndose por momentos los abortos de la propaganda del pozo racionalista, fue dando a luz aquellas *Cinco Exposiciones* sobre los principios católicos y republicanos, obra que no dejó sofisma por allanar y que asentó sabiamente el criterio católico en todas las cuestiones relativas a la sociedad, a la libertad y a la autoridad civil. Es aún el monumento más erudito de la apologética ecuatoriana. En 1878 nuevos aceros desplegó el joven sacerdote en la Convención de Ambato, mayormente al tratar del artículo sobre la libertad de imprenta.

Entre otras campañas, ruidosa fue la que emprendió contra un joven literato de Cuenca que haciendo traición a su educación católica, se propuso escandalizar sacando

CULTURA ECUATORIANA
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

a plaza vetustos sofismas bajo nuevo formulario. No fue arduo tratar al novel publicista, como a Cornejo, descubriendo el origen de sus plagios. Este no era otro que la obra de Vigil, el célebre apóstata peruano, refutado en otro tiempo por el P. Solano. Util es a este respecto la lectura de los folletos intitulados «*La Razón y los Racionalistas*».

Pero todos los combates que sostuvo González Suárez hasta 1895, ensayos y como escaramuzas eran cotejados con los que desde aquella fecha vino a imponer a su celo la invasión de todos los errores. Cuando Prelado y Obispo de Ibarra y, desde 1906, cuando Metropolitano, halló el campo infestado por todas las prensas del Liberalismo.

Alzóse entonces como gigante y esgrimió la espada de su pluma, que ya no se dio punto de reposo, refutando con denuedo, conteniendo, lanzando rayos de oratoria y de celo apostólico. El Patronato, el Matrimonio Civil, el Divorcio, la Secularización de bienes sagrados, la Libertad de Imprenta, la Ley de Beneficencia, la de Cementerios, el sacrilegio de Riobamba y otros mil atropellos oficiales a los sacrosantos derechos y primordiales libertades de la Iglesia Católica, fueron otras tantas ocasiones de empuñar nuevamente la terrible pluma y de enrostrar a los perseguidores armados de inicua legalidad, sus mal encubiertas intenciones, su cinismo y su disimulada tiranía contra un pueblo indefenso y la majestad de la religión que lo amparaba.

¿Quién como aquel gran Prelado para comprender el papel de la apologética moderna, la doctrinaria, la de erudición y de política cristiana?—¡Ojalá, en la decadencia actual del criterio público, surgieran discípulos resueltos, dignos de aquel elevado carácter; que, para su formación y temple, ahí están compilados en glorioso acervo los Manifiestos, Exposiciones, Observaciones, Protestas, Exhortos, Discursos, Cartas Pastorales, particulares y colectivas en cuyo estudio hallarán un inmenso caudal de doctrina y una vehemencia apostólica que no menguaba con los años.

Oigamos, por conclusión, la palabra de un publicista que, sin dejar de ser su más franco adversario en la doc-

trina, le conservó toda su admiración como a luchador formidable. Refiriéndose a la última etapa de su vida—: «En fuerza de tal situación—dice—reaparece el hombre de las Exposiciones, pero con dejos de autoritario y con mayor eficacia en la opinión pública. A los actos del nuevo Régimen, a los escándalos inherentes a toda época revolucionaria, opone la pertinacia inconmovible de la protesta y tiene, en días de escaso respeto a la Iglesia y sus ministros, cuando los obispos tomaban sin mayor novedad el camino del destierro, y se les despojaba a las Comunidades religiosas, la audacia del anatema, la violencia de la burla, el desprecio olímpico de las condenaciones sin juicio de revisión posible: en el fondo, el sarcasmo. Prescribe como sistema la resistencia pasiva (y así, contra todas las leyes del programa radical) bravío, tenaz, implacable, sin temor. Predica, aconseja, escribe, manifiesta; representa ante los Congresos y llega a proponer que se le conceda la palabra desde la barra... para discutir el Patronato... Esto duró más de veinte años.»

«Su grandeza, concluye el mismo escritor, arranca de su sabiduría, del tesón con que defendió a la Iglesia y los principios católicos en esta tierra calcinada por el aliento de la Revolución liberal; de la altísima probidad que le hizo árbitro en cuestiones de orden público y privado ajenas a su jurisdicción y competencia; de su absoluto desinterés personal, de la sencillez de su existencia laboriosísima, y de la virtud incomparable de su conducta.»

XLV

LA SUCESION DE BELLO

En el Foro ecuatoriano, en la Magistratura, en los claustros universitarios, cuéntase ciertamente un buen número de nombres dignos de pasar a la posteridad; no así el de autores que se hayan dedicado a escribir obras

jurídicas de extensa erudición, de profunda sabiduría y de utilidad duradera. Beneméritos de la juventud, los tratados de Miño, de Cevallos, de Casares, de Matovelle y, con particularidad, el reciente del sabio Víctor M. Peñaherrera. Pero, entre todas las obras de Derecho ecuatorianas, ninguna por su extensión, erudición, lenguaje y notoriedad iguala a los «Estudios sobre el Código Civil Chileno». Su autor, el *Dr. Luis Felipe Borja*, goza de fama de talento extraordinario, carácter justiciero y constancia inquebrantable en sus empresas.

«Esos comentarios—dice un publicista entendido—escritos en sabroso idioma, y con el encanto que en la dialéctica es posible, serán más tarde el documento más notable que presentemos para no ser olvidado de la posteridad.»

Bello—nadie puede ignorarlo—fue el gran genio educador de la sociedad hispanoamericana en su infancia y juventud. Su múltiple talento abrió vías nuevas mayormente en la gramática, en la poesía, en el Derecho Civil y el Internacional. En la primera de esas Facultades ha logrado la suerte de encontrar un digno sucesor en el colombiano Miguel A. Caro; en la segunda ha tenido felices imitadores, pero ningún rival que le iguale. En cuanto a la tercera, hé aquí el genuino y dignísimo heredero del gran Padre de la cultura jurídica americana, el quiteño Borja, gloria inmarcesible de su histórica familia y de esta su modesta patria.

D. Alejandro Andrade Coello, condensa bien la opinión general en que es tenido entre nosotros ese gran personaje de la ciencia universal—: «Hé aquí, dice, un coloso del estudio. Austero como un anacoreta..., su constancia férrea no se domó ni con los achaques de su temprana ancianidad. La empresa que se proponía, por ardua e inasequible que pareciese, la coronaba con brío. Resolviose en su enfermiza vejez profundizar el griego.... la muerte le sorprendió traduciendo con ufanía el Edipo de Sófocles... Su biblioteca era emporio de riquezas, sobre todo en ciencias públicas... Fue poliglota insigne... En jurisprudencia, un oráculo...: sus fallos eran inapelables. Se diría una Corte Suprema congregada en un solo cerebro. Sus estudios revelan su escrupu-

losidad en las referencias, sus admirables concordancias, sus luminosos comentarios, su pasmosa erudición y su obra de legislar benedictino que va de Accarías a Zacharías... Los numerosos libros del Dr. Borja son el fundamento ilustrado de la legislatura ecuatoriana. Hace derroche de autorizadas citas en ellos, y agota la materia. No puedo menos de llamarle el Laurent, el Savigny ecuatoriano.»

Teófilo se inmortalizó con sus comentarios de las Instituías. Borja se ha granjeado la admiración de los americanos al comentar la mejor base de la legislación republicana en el Continente—: «Hemos tomado—declara él mismo—como base de nuestros Estudios el Código Chileno, porque es la obra original de D. Andrés Bello, que enseña el español a todos sus hermanos de las repúblicas de Sud América, y luego el legislador de las mismas naciones.»

De un notable miembro del Foro es el siguiente elogio de los Estudios—: «Se han publicado siete tomos, que comprenden el estudio completo del tratado de personas, esto es, el más importante del Derecho Civil. Quien adquiere esta obra, tiene una completa biblioteca jurídica relativa a la materia, pues el Dr. Borja estudia, comenta y analiza las disposiciones del Código Civil Chileno con una erudición que pasma y desconcierta. Ante el lector van desfilando, con orden y método admirable todas las legislaciones sabias desde la romana; todos los publicistas insignes, desde Montesquieu, los tratadistas de Derecho Internacional desde Grocio hasta los más modernos; los teólogos y canonistas, como el P. Molina y Castillo, los historiadores como Gibbon y Nfebuhr.

«En esa monumental enciclopedia, al tratarse de una de las cuestiones jurídicas, emite su opinión personal, y con una claridad que sorprende. Esa obra ha sido juzgada con entusiasmo por ilustres jurisconsultos de América y Europa y ha hecho conocer al Ecuador en los centros sabios... El Dr. Borja, no sólo fue el primero de los jurisconsultos americanos, sino que también conoció a fondo las principales literaturas antiguas y modernas... Leía y estudiaba en su propio idioma las principales obras del ingenio humano en los diversos ramos del saber.»

BIBLIOTECA NACIONAL

Sin dejar de la mano aquellos trabajos que fueron la tarea absorbente de sus energías, el Dr. Borja no omitió el desempeño asiduo de los altos cargos que le impuso la confianza de sus conciudadanos. Fue legislador, rector de la Universidad y jefe del Partido Liberal de la Sierra de 1889 a 1895; posteriormente prestó eximios servicios al país desde la presidencia de la célebre Junta Patriótica Nacional, en íntima unión con otro patriota de no inferiores arrestos, el Arzobispo González Suárez. Muchas Academias literarias y científicas se honraron con la incorporación de tan insigne jurisconsulto y literato.

Además de la amistad que le vinculó con aquel incomparable Maestro, conservó otra no menos íntima e inviolable con espíritus más selectos aún y soberanos, de cuyo trato reconocíase deudor de no pocos goces y ventajas del alma: Cervantes con su Quijote y Jesucristo con su Evangelio. Del primero fue asiduo discípulo y sumamente aprovechado, si bien no en la forma de pura estilización que adoptó su colega de Ambato. Al segundo amigo pedía el alimento del corazón ansioso de verdad y justicia; y en la soledad meditaba en sus máximas de subida moral.

Tales lecciones, penetradas por un pensador de buena fe, tienen virtud para ir disipando los sofismas de la mente, para reducir las aberraciones de la conciencia, para atenuar y disipar las funestas influencias que se filtran en un alma insuficientemente educada en la fe y poco precavida contra la ciencia sofística de nuestra época.

Este sabio tuvo la felicidad de oír con humilde docilidad aquellas enseñanzas; dejóse penetrar de la celestial unción que fluye del manantial evangélico, unción superior a cuanto sabe y gusta el hombre. La destilación diaria de aquella oculta y divina sabiduría sobre un corazón desengañado, impulsóle a sacrificar ya sin esfuerzo, y como tributo obligado a la Verdad, a la Justicia, a la Religión todos los prejuicios concebidos contra la Iglesia de Jesucristo, que por muchos años tenían embargado su espíritu lejos de su centro, lejos de la felicidad y de la calma absoluta por la que anhelan todas las almas levantadas.

El célebre estadista y jurisconsulto, *Dr. D. N. Clemente Ponce Borja*, a quien cupo el honor de pronunciar el elogio fúnebre del Maestro, no creyó encarecerlo declarando como dos cumbres propias suyas, la gloria de ser sin competencia al lado de Bello, el primer jurisconsulto de Hispanoamérica, y aquella rectitud vencedora de todas las dificultades terrenas que pone su mayor triunfo en dejarse vencer de la luz eterna, y su mayor felicidad en hacer de ella la posesión de su inteligencia.

Referíase el orador a la verdad católica que al término de su carrera brilló a los ojos del sabio con inconfundibles fulgores y los deslumbró ante los esplendores de la eternidad, encaminándole ya seguramente al seno de Dios: grave ejemplo que no dejará de influír en almas rectas y nobles de aquellas que se desviven más por la verdad que por el interés: baldón clarísimo, igualmente de tantas ótras, sepulcros por de fuera blanqueados y, por dentro, insinceras consigo mismas, dispuestas siempre a quebrar con Dios y el deber, y a desoír los clamores de su angustiada conciencia.

La conversión de este sabio parécenos que ofrece otro género de palma, digna por lo mismo de constituír otra gloria ecuatoriana en el campo de la alta ciencia jurídica y cristiana en América. Pero no insistiremos más en este último punto, contentándonos con dejar la palabra al afortunado discípulo de Jesucristo, al referir con sus mismas expresiones aquel trascendental suceso de su existencia. No será la menos brillante de sus lecciones.

Alangasí, Octubre 26 de 1911.

Al Ilmo. Sr. Dr. Ulpiano Pérez, Obispo de Ibarra.

Mi querido Ulpiano:

Saludándote cordialmente, contesto tu fina carta del 18. Efectivamente, he tenido la indecible satisfacción de volver al catolicismo. Debo sí indicarte que no proviene ello de mi última enfermedad. Más de dos años

ha, le había suplicado al Ilmo. Sr. González Suárez que me preparara para que Dios me recibiese entre los pecadores contritos. Mucho tiempo del más asiduo estudio de ese libro divino que se llama Evangelio, las lágrimas que durante su vida derramó mi santa madre, las oraciones de mi tía Dolores, la amistad con el Ilmo. Sr. Riera: todo esto ha contribuído a que, después de más de cuarenta años de vivir en las tinieblas, vuelva a ver la verdadera luz.

De todo cornzón te agradezco la promesa de encomendarme a Dios en tus oraciones. Goza siempre de plena felicidad, y dispón de tu primo, respetuoso amigo y observante servidor.—*Luis F. Borja.*

Murió el *Dr. Luis Felipe Borja y Lizarzaburu* a la edad de 67 años el 12 de Abril de 1912, y el Gobierno decretó el luto nacional en honra de aquella primera lumbrera jurídica del país.

XLVI

EL SOCIOLOGO CRISTIANO

La más espantosa catástrofe que registra nuestra Historia, es sin contradicción el terremoto de Imbabura del quince de Agosto de 1868, que destruyó poco menos todas las poblaciones de aquella floreciente provincia y segó sobre 20.000 vidas humanas. A pesar del horror concebido, los habitantes de la Capital rehusaron trasladarla a otro paraje, si bien, durante los cuatro años de la reconstrucción, consintieron en vivir desterrados en el pueblo provisional de la Esperanza.

Difícil es imaginar un campo más vasto y propio para la omnímoda actividad cristiana. Difícil así mismo imaginar qué más podía haberse deseado en la devoradora actividad que desplegó un humilde sacerdote e hijo del pueblo, *Dr. D. Mariano Acosta*, el hombre providencial en tan horroroso desastre.

Ese joven eclesiástico, ordenado cinco años antes, ejercitaba su celo desempeñando entre otros cargos la coadjutoría del Sagrario, una cátedra de teología y la capellanía de la Concepción. Todos sus antecedentes y prendas anunciaban ya en el sacerdote ejemplar una carrera de alto relieve; pero sin pruebas extraordinarias no habría fijado sobre su persona la peculiar atención de la Historia. Grandes crisis son las que revelan a los grandes hombres, y la enorme catástrofe del 68 agigantó la personalidad del fervoroso sacerdote, que se puso a la altura de ella, y sin pretenderlo, mereció la más brillante corona que haya ceñido a un hijo del Norte.

En medio de aquel inaudito trastorno de la naturaleza, apareció en el primer momento el Angel del consuelo, deparado por la Providencia a las lastimeras reliquias del pueblo, para salvar, reanimar, curar, alimentar, albergar y remediarlas en sus innumerables e inaplazables necesidades. Allí en unión con García Moreno, Jefe Civil y Militar de la Provincia, el Dr. Sierra, el Coronel Salazar, los Padres Larco y Aguilar, y otros varones de imponderable abnegación, multiplicóse nuestro sacerdote, aliviando todos los infortunios e infundiendo en todos los corazones el bálsamo de la caridad.

En las dos traslaciones de la población, Acosta fue el hombre necesario, el hombre que con su presencia parecía disipar por encanto todos los imposibles. Para todo subvenían los prodigiosos recursos de su pronto ingenio y de aquella su incansable virtud, que le valió ser reconocido como padre de la muchedumbre menesterosa. Esa dictadura paternal junto con la civil y militar tan admirable de García Moreno, supo imponer en la crisis orden, obediencia, justicia y caridad, arrancando unánimes gritos de gratitud y admiración.

Proverbiales se hicieron en la Esperanza los socorridos arbitrios, verdaderas intuiciones de un Sociólogo de acción.

En la ciudad nueva, él fue quien obtuvo del Supremo Gobierno terreno y alojamiento barato para las familias indigentes; él entendió en la nueva delineación con el ingeniero Reed y, convertido en arquitecto de no vulgar mérito, dirigió la construcción de aquellos edificios,

atestiguando sus biógrafos, en este punto como en los demás, que no se realizó cosa notable sin el concurso directo o indirecto de aquel hombre de acción y celo.

El 28 de Abril de 1872, día memorable en que se inauguró solemnemente la nueva Ibarra, cúpole como a obligado orador de la fiesta, hacerse intérprete del pueblo y de la Iglesia, siendo él mismo el protagonista vivo y glorioso de aquella prolongada tragedia de su pueblo.

En los veinte años de vida que le fueron aún concedidos, nunca desdijo de sí el insigne Padre del pueblo; pero entre todos los cargos que admitió, ninguno le pareció más importante que el de director y pedagogo de aquella florida juventud. Después de regentar el Colegio Seminario, construcción suya, por espacio de once años, fuele dado gestionar en la Convención de 1884, la creación de otro Instituto, meramente civil, por haber quedado el Seminario exclusivamente destinado a la formación del Clero. Venciendo un cúmulo de obstáculos, llevó adelante la empresa, construyó el edificio, inauguró y regentó por varios años ese plantel predilecto, descansó de sus fatigas, enriqueciéndole luego con gabinete, con imprenta y con dos escuelas especiales, las de música y pintura.

Aquel glorioso hijo de Imbabura, engrandecido en aras del amor a su Patria, a la Iglesia y a las almas, exhaló el último suspiro el 28 de Junio de 1893, bendecido de Dios y de los hombres. Su noble pueblo conserva en el corazón su memoria como la de su mayor bienhechor, disponiéndose a glorificar en su padre al más excelso de nuestros sociólogos de acción ante las generaciones que no le conocieron. Otros nobles héroes irán también, lo esperamos, obteniendo sucesivamente la consagración de sus afanes por el progreso y bienestar del pueblo, como los Garaicoas, los Veloces, los Benítez, los Villaroeles, Valdiviesos y Cifuentes.

XLVII

LA ATENAS LITERARIA

Por más de un título acostumbran nuestros autores honrar con tan gloriosa denominación a la gentil ciudad de Cuenca., y no sin razón la consideran como centro literario de primer orden y foco para el estudio clásico del arte. Acreditan la fama de aquel pueblo el sinnúmero de sus hijos consagrados a las letras, el buen gusto de sus maestros, y no menos la variedad e importancia de los temas superiormente tratados en sus sabios círculos y academias.

No siendo aquí nuestro intento hacer una reseña general de la literatura azuaya, queremos fijar con todo algunos datos que den una idea remota del movimiento poético en la afortunada ciudad del Tomebamba. Mucho tiene en efecto de portentoso, y no parece haya habido en el Nuevo Mundo otro que se le iguale, o que siquiera se le parezca. Seguiremos a los historiadores de las letras azuayas Alfonso Cordero P., Juan Cuesta, Víctor M. Albornoz, R. Jáuregui Urigüen y al maestro de todos, el consumado artista, y poeta coronado, Dr. D. Remigio Crespo Toral quien, después de haber sido el agente más eficaz en la grandiosa empresa, ha querido historiar, con la competencia que le distingue, la evolución de aquella escuela literaria.

En todas las sociedades y en todas las edades, el más raro de los dones intelectuales ha sido el de la poesía, el de la verdadera poesía, es decir, el sentimiento hondo de la naturaleza y su vívida intepretación realizada en típicas creaciones y en armonías métricas. Tan precioso y sobrehumano parecía a los antiguos que lo calificaban de divino como que lo atribuían a una influencia recibida de algún ser superior. Recuérdese la fuente Hipocrene, abierta al pie de las últimas faldas del Helicón por el casco de Pegaso, al tomar éste su vuelo definitivo para las esferas celestes. Las vírgenes Musas, moradoras de

aquellos parajes encantados, al beber de ese manantial, sentían al punto renovarse su eterna juventud y hacían con sus melodías resonar, al son de la lira, las risueñas y sombreadas vegas del Permeso.

En el último tercio del siglo XIX abrióse también de sorpresa en Cuenca – nadie ha dado aún con el misterio – un manantial cristalino que, a los pocos años vino a ensancharse y a formar una fuente perenne y caudalosa que, provocando una sed insaciable de inspiración, y templando armoniosamente las fibras del temperamento, ha venido elevando en aquel pueblo el nivel estético de la sensibilidad y de la expresión artística. Hasta 1870 el Azuay no había despertado aún a la vida del Arte; pero el siglo no feneció antes que su fortuna le valiese el dictado de, Atenas literaria.

La verdadera iniciativa, el arranque, el impulso arrollador que dio principio al movimiento, debióse principalmente al genio comprensivo y entusiasta de un joven profesor de humanidades, quien, andando los años y a puros méritos, fue escalando todas las cumbres sociales y no paró hasta coronar en el solio presidencial su gloriosa carrera. El magisterio que para la literatura general había entablado el P. Solano, y que desde años atrás venía restaurando D. Juan León Mera en Atocha para los discípulos de Apolo, el Dr. D. Luis Cordero sintióse con inspiración para establecerlo a su vez con ciertos alumnos aventajados, a orillas del Tomebamba.

Aquella cátedra libre y el círculo de la *Esperanza* que amaestró Cordero, comenzaron a roturar el fecundo suelo del alma azuaya, y no sin sorpresa vieron brotar de su seno los frutos más apropiados para el cultivo del divino arte. Este período primitivo recuerda los juveniles y briosos ensayos que registró *La Aurora*, primera revista nacional de literatura cuyos redactores fueron los jóvenes Carlos J. Córdova, Julio Matovelle, Miguel Moreno, Honorato Vázquez, Juan José Ramos, Francisco Coronel, Manuel Polo y Emilio Abad.

La segunda etapa determinóla otro talento universal y organizador, el dicho Dr. Julio Matovelle, con la creación del célebre *Liceo de la Juventud*. Esa fue «la campaña matriz y fecunda.»—El Liceo vino a constituir

como el «hogar literario de Cuenca.» A *La Aurora* sucedió *La Luciérnaga*, en la que se dio a conocer un nuevo enjambre de poetas y literatos, entre otros los dos Arízagas, los dos Crespo Torales, José Peralta, Alberto Muñoz Vernaza y Mariano Prado Orrego.

Con los primeros años del Liceo coincidió el desarrollo de la *Academia de S. Luiz Gonzaga* fundada por el P. Teodulo Vargas S. J., nobilísimo vate colombiano. La sociedad libre y la oficial se unieron con lazos fraternales y produjeron frutos opimos en todo género de literatura.

Entre las magnas obras que por 1880 principiaron a dar al mundo literario cuenta de la vitalidad poética de Cuenca, destácanse *Los Sábados de Mayo*, «primer ensayo de poesía regional, al que respondió con emoción simpática el alma de la comarca.» Con ella se inauguró la poesía local, amorosa y espiritualista, mezcla de pasión por la naturaleza y elevación del sentimiento religioso, que ha creado en el Azuay una Arcadia cristiana. Sus autores eran dos hermanos de corazón—realmente *arcades ambo*—Miguel Moreno, que virtió más tarde su alma entera en el *Libro del Corazón*, alarde insuperable de poesía elegíaca, y Honorato Vázquez, autor luego de los castizos *Ecos del destierro*.

La tercera etapa inaugurada en 1885 tuvo por adalid al gran Maestro del Liceo, príncipe de los poetas y aun de todos los literatos del Azuay, el nunca bien ponderado Dr. D. Remigio Crespo Toral. El Presidente, en sí y en su círculo, desarrolló una labor asombrosa de actividad y orientación. El mismo «produjo una vasta obra poética, desconcertante por su variedad, que ha invadido todas las escuelas y los géneros», dando ejemplo siempre de amplitud, aticismo y buen gusto, bajo una inspiración altísima, repleta de mágica fecundidad. A su alrededor y con apoyo de los grupos antiguos, formóse una pléyade llena de savia artística, en la que figuraron Aguilares, Calles, Crespos, Córdovas, Ulloas, Arces, Andrades, etc. Vino a ser engrosada por ingenios lojanos «ávidos del gayo saber», como Darío E. Palacios, Burneo, Carrión, Muñoz y los Aguirres.

Otros, sin pertenecer a la Institución, no lo culti-

vaban con menos fervor y éxito, v. g. Adolfo B. Serrano, imitador de Bécquer y autor de los célebres *Recuerdos del Camino*, Luis A. Chacón, poeta de estro noble y varonil, Remigio Romero León quien, después de recorrer triunfante todos los campos de la literatura y otras sabias disciplinas, ha recibido en nuestros días la consagración de sus múltiples talentos; a los que debe agregarse el historiador Octavio Cordero Palacios, otro talento igualmente universal, dotado especialmente para el drama y la epopeya.

Mientras tanto tomaba un vuelo inesperado la poesía religiosa, a ejemplo e impulso de Remigio Crespo Toral y de los inspirados sacerdotes Julio Matovelle y Nicanor Aguilar. Contribuyeron no poco a dar vigor a aquel movimiento la celebración de los Sábados de Mayo inaugurada por el mismo Remigio Crespo Toral.—Copiosa mies de formas exquisitas y fondo cristiano, hasta místico, recogió el Círculo Católico dirigido por Remigio Tamariz Crespo, Ricardo Jáuregui U., Luis F. Lasso, Alfonso Cordero P. y Nicanor Corral.

La cuarta etapa del ascenso coincide con la inauguración del siglo actual, en que el patriarca de la poesía, Luis Cordero, desarrolló su última campaña de extensión literaria con la Revista Cuencana. El nuevo Liceo, bajo la presidencia de su primogénito, el Dr. Miguel Cordero Dávila, contó toda una aristocracia del Arte, cuyos nombres llenan nuestra literatura del siglo XX: Iñiguez, Ortiz, Andrade Ch., Martínez Astudillo, los Borreros, Moras, Malos, Mosqueras, Crespos, Merchanes, Guillenes, Ortegas, Rodríguez, y hasta Ernesto López, poeta modernista, anterior a la introducción de aquella moda estética en América.

Y aquí vendría el detenernos en los imponderables méritos del Dr. Gonzalo Cordero Dávila, tercer hijo del Presidente, a quien Zaldumbide ha calificado de «enorme poeta», y a quien muchos tienen en el concepto de nuestro máximo vate elegíaco.

La pequeña y delicada fuente de Hipocrene se hallaba ya trocada en un manantial público y abundante de límpidas aguas que prometía la aparición de una legión de poetas, a no verse empañado su cristal con ajenas y

pérfidas vertientes. Entre todas nuestras revistas literarias, raya a superior altura la *Unión Literaria*, fundada para dirigir y encauzar aquel grandioso movimiento que desbordaba. Sostuviéronla con Crespo Toral los veteranos del arte.—Miguel Moreno, mientras tanto, formaba un cenáculo de selección en que florecieron Miguel Angel Corral, Agustín Cueva, José R. Burbano, Ricardo Márquez, Luis Cordero Dávila, etc. Familias enteras se han hecho acreedoras al celeste don, como las del Dr. Luis Cordero y del Dr. Remigio Romero León.

Trabajo enojoso e inútil sería demorarnos más en abarcar la evolución del arte en aquel sinnúmero de hijos de Apolo, o en coordinar siquiera sus tendencias, y aquilatar la unción multiforme que impregna la sangre de aquel pueblo venturoso. La más importante de todas aquellas tendencias es la orientación de la poesía regional que ha producido idilios clásicos y clásicas elegías. El laúd, la lira, el arpa, el rondador, la flauta, la marimba, todos los instrumentos poéticos, en aquel inmenso taller del Arte, hallan preciosas materias de interpretación y se encuentran en perpetuo ejercicio.

Otra orientación importante es la religiosa, hasta la mística, en que los Matovelles, Aguilares, Muñoces, Palacios, Ulloas, Novillos y otros cantores siguen embelesando las almas en acordes de angélicos acentos.

En su Alocución a la Poesía, Bello parece haber presentido por intuición ese vuelo del espíritu en estas nuestras regiones. Habla con la Poesía y le pregunta:

¿Qué morada te aguarda? Qué alta cumbre
Qué prado ameno, qué repuesto bosque
Harás tu domicilio?... En qué felice
Playa, estampada tu sandalia de oro
Será primero?...
(¿Será Buenos Aires, o Méjico?)

O la elevada Quito
Harás tu albergue, que entre canas cumbres
Sentada, oye bramar las tempestades
Bajo sus pies y etéreas auras bebe
A tu celeste inspiración propicias?

Ven, pues, a celebrar las maravillas
Del Ecuador; canta el vistoso cielo
Que de los astros todos los hermosos
Coros alegran; donde a un tiempo el vasto
Dragón del Norte su dorada espira
Desvuelve en torno al luminar inmóvil
Que el rumbo al marinero audaz señala.

XLVIII

EL APOSTOL MODERNO

Un apóstol y un apóstol a lo moderno en toda la extensión de la palabra, si lo ha habido en la República, tal predicamento compete de lleno al *R. P. Julio María Matovelle*, a quien Cuenca reputa con razón por el más esclarecido de sus hijos.

¿Y qué entenderemos por apostolado moderno sino un foco vivo de luz, de acción, de asociación? Trata de ejercer una influencia omnímoda en la juventud, en la prensa, en el púlpito, en la cátedra, en la tribuna, el Consejo y el Parlamento. Válese de todos los talentos, de la elocuencia, de la conversación, del ascendiente en el ambiente social. El celo del apóstol no desenvuelve todas las actividades sino en una irradiación penetrada de la gracia y encauzada por una vocación providencial. Nadie lo ignora ya: nuestra generación ha presenciado aquel prodigio de celo, y otras muchas lo celebrarán y vivirán de sus obras. Acaba de desaparecer de entre nosotros, y su gloria es ya cual de un astro de la Historia.

Niño precoz, adolescente modelo, el alma generosa de Matovelle prevenida por la gracia, no tardó un momento en entregarse al innato impulso de difundir en su derredor todos los frutos de virtud y de ciencia que pudiese adquirir. Para rastrear la preparación de tales designios, basta recordar que, tierno niño aún, hizo voto de perpetua castidad: fue la primera base para santo. Para sabio, propúsose tres órdenes de conocimientos: la

teología con el derecho canónico, las ciencias y la jurisprudencia. «En las tres fue aclamado el primero en todas las asignaturas.»

A los 25 años, era Matovelle catedrático de Derecho; pero de tiempo atrás, desde los 18 años, teníale ya la Juventud por su jefe y guía; y la *Sociedad de la Esperanza*, primicias de su apostolado, le rendía opimos frutos de cultura y virtud bajo el lema de *Fe y Letras*. *La Aurora*, su primera revista, fue también una de las primeras revistas literarias de la República.

Al andar de pocos años, el fundador, en afán de ensanche y perfeccionamiento, transformó su sociedad en verdadera academia bajo el nombre de *Liceo de la Juventud*, cuna auténtica de la cultura azuaya que contemplamos; y su órgano de publicación, en *La Luciérnaga*, colmena donde enjambró la pléyade de poetas de la siguiente generación.

La Literatura azuaya quedó así asegurada contra tendencias maleantes, impregnada en la fe y en un sano amor a la Patria. De un centenar de aquellos selectos académicos, apenas se han contado cuatro o cinco que, haciendo traición a sus primeros sentimientos, vinieran a desdecir de sí mismos, dejándose arrebatar por los azares y apremios de la vida, a torcidos derroteros.

Con todo, la maravillosa institución no podía completarse sin la formación de hombres públicos, formalmente preparados para las funciones del Estado. Este complemento obtúvose con la creación de la *Academia de Derecho Público* y gracias al texto dictado por el Maestro, ya para todo competente en el impulso como en la orientación.

Otros horizontes abrió él mismo posteriormente en el terreno de cultura científica y a un tiempo patriótica, con la creación del *Centro histórico y geográfico del Azuay*, cuya revista es actualmente de las más ventajosamente apreciadas. Aquí, como en todo, el iniciador se adelantó con el ejemplo: su trabajo sobre los Cañaris cuenta entre las obras clásicas anteriores a la última evolución de nuestra ciencia arqueológica.

Nadie podía prever hasta dónde se extendería la fecunda actividad del apóstol seglar en el importante

sector en que concentraba su acción, cuando la voz clara de Dios le señaló una esfera superior aún de acción y una vocación más alta, el estrado sacerdotal. Fue para Matovelle la ocasión de entrar en una más íntima comunicación con Dios; y de la sagrada fragua salió en efecto consumido del celo de su gloria y de ansias de darse a las almas. A su acción sacerdotal se debió, en unión con el Dr. Landívar y luego con el Dr. Cornelio Crespo Toral, aquel inaudito florecimiento del Seminario, es decir, la formación del Clero más ilustrado y digno de la República.

A su acción sacerdotal y religiosa corresponde la fundación de la Congregación de los RR. PP. Oblatos y la posterior de las RR. Madres Oblatas de los Sagrados Corazones. Con su acción sacerdotal y social se relaciona, igualmente, la Asociación de las Damas de la Caridad.—Aquí, evidentemente, no podemos apuntar sino las obras culminantes o las más visibles del Apóstol. Pero pasemos ya a enumerar otras manifestaciones de orden superior todavía, si cabe, pertenecientes a su apostolado sacerdotal y social, extendido ya a la esfera política.

Llevado a la Convención de 1883 por el voto de un pueblo entusiasmado, no vaciló en aceptar una misión que daría un vuelo inesperado a su vocación apostólica y la consagrara, más de cerca y de lleno, a los altos intereses de la Iglesia, del Estado y del pueblo. En efecto, su estrella no sólo le acompañó en la gran obra de la Restauración Nacional, sino que brilló con nuevos fulgores. Sin el menor esfuerzo, sin la menor pretensión, su acento persuasivo arrebató la palma de la elocuencia parlamentaria, y se la conservó por dos lustros, a saber hasta el término del régimen católico en la República, el año de 1895.

Su primer triunfo parlamentario consistió en recabar el decreto de erección de una basílica nacional que sirviera de monumento votivo correspondiente a la Consagración de la Nación al Sagrado Corazón. Triunfo suyo, igualmente, la Consagración al Smo. Corazón de María, con el decreto de erección de un monumento conmemorativo, en 1892. Esfuerzo suyo asimismo, asumir para su propia Congregación el gravosísimo cargo de la construcción de la Basílica susodicha.

¿Quién ya ponderará debidamente la acción apostólica que desarrolló nuestro Apóstol, junto con el P. Manuel J. Proaño y el Dr. Manuel M. Pólit, en su gran revista *La República del Corazón de Jesús*, en el Congreso Eucarístico y en tantas obras sociales y sagradas que fomentó o promovió con un talento igual al celo que le inflamaba?—Llegaba Matovelle a su apogeo, convertido en apóstol del Divino Corazón, cumbre en que se mantuvo luego con *La Libertad Cristiana*, *El Sagrado Corazón*, *El Boletín Eclesiástico* y *El Voto Nacional*.

¿Dónde hallar ya el centro motivo de tan devoradora actividad? – ¿Dónde el secreto de tanta luz, de tanto celo, de tanta constancia?—Aquel foco de vida sacerdotal no podía alimentarse sino en la misma fuente de la vida sobrenatural. El sol de la Eucaristía da la clave para explicar tanto la santidad como la fecundidad asombrosa de los apóstoles. Matovelle, varón por excelencia eucarístico, irradiaba luz, calor, vida eucarística. A ejemplo del sabio y santo polígrafo de Aquino, el de Cuenca es el heraldo de la Hostia Santa. Sus obras, libros y folletos dan de ello el más elocuente testimonio: así sus Congregaciones, impregnadas en una vida eucarística intensa, la *Asociación de Sacerdotes Adoradores*, *El Dogma de la Presencia Real* y sus *Veladas del Santo Cenáculo*, sus revistas, *El Reinado Eucarístico*, *El Heraldo de la Hostia Santa*, *La Semana Eucarística*, *La Adoración Nocturna*, sus panegíricos del Santísimo, sus clásicos y populares cánticos al Amor de los amores, sus Devocionarios, etc. etc.: todo en sus manos se convertía en alimento de la llama eucarística.

Análogo origen tuvo el amor que el Verbo Encarnado y Sacramentado le comunicaba para con su Madre Inmaculada, y el celo filial con que se constituía en su paladín, como lo testifican otro sinnúmero de obras, entre las que sobresale la extensa, amena y piadosísima denominada *Los Santuarios de la Virgen Santísima en América*.

Por abreviar, a ninguna pluma ecuatoriana debe la piedad católica tan delicioso caudal de ilustrada y sólida devoción desde la obra voluminosa de las *Meditaciones sobre el Apocalipsis* hasta sus innumerables opúsculos,

si preciosos por la forma, pero mucho más por el fondo: Devocionarios, Meses, Novenas, Ejercicios varios, Artículos, poesías, en fin cuanto puede dar de sí la Imprenta puesta al servicio de un hombre eminente en todo saber moderno, o de un alma que, vibrando al compás de la gracia, sabe conmover y llevar a Dios en pos de sí un pueblo culto y religioso.

¿Quién, pues, no se asombrará ante la actividad de semejante apóstol?—La Juventud, la Academia, la Cátedra, la Legislatura, la Prensa, el Clero, el Concilio, el Sínodo, la Vida religiosa, el Púlpito, el Centro científico, el Sexo piadoso, las Congregaciones adoratrices, apostólicas, docentes y hospitalarias, la dirección de las almas, la colaboración periodística, la Arqueología, la Región Oriental... ¿En qué esfera de influencia cultural, popular y moralizadora no se hizo sentir la palabra, el consejo, la acción benéfica de este sacerdote, tipo rarísimo de talento universal, de general influencia y de providencia singularísima, de virtud acendrada y de caridad inagotable «*cujus memoria in benedictione erit in saeculum?*»

XLIX

UN ORADOR CICERONIANO

En este pueblo tan inclinado a la piedad cuanto decidido por el arte, puede suponerse a priori si sólo dejaría de cultivarse el arte más enaltecedor del hombre, la elocuencia y especialmente la elocuencia sagrada. Con efecto, estos nuestros artísticos púlpitos son el digno teatro, donde el arte sagrado despliega sus más nobles y vivas manifestaciones en orden a levantar las almas a la superior esfera de la gracia, y a desarrollar en ellas los gérmenes de la virtud con las esperanzas de la gloria eterna.

Suena todavía en nuestros oídos el penetrante acento con que un Matovelle, en presencia de la sagrada cus-

todia, enardecía a sus oyentes en el Amor de los amores, y los convidaba al banquete eucarístico. - Aún, del fondo de tantos corazones despréndense emanaciones perfumadas, resíduo de aquella unción infundida a la voz del santo Padre Aguirre, el mágico intérprete de la palabra evangélica. —¡Cuántos de los grandes cristianos de nuestros días reconocen deber su perseverancia en el bien, al saludable terror que les fue inspirado un día por Monseñor González Suárez con el patético recuerdo de las postrimerías!—¿Y quién no evoca alguna vez yá uno, yá otro episodio referente a los triunfos del orador prodigio que fue el Padre Salcedo, o aquellos rasgos de genial inspiración que compungían al auditorio más indiferente y mundano?

Por hacer está, como tantas otras, la historia de la oratoria sagrada ecuatoriana. Para quien se halla versado en ella, ese género literario aparece, como en la literatura francesa, el tesoro del arte más preciado, el más digno de estudio, así como por su fondo lo es de la ciencia más necesaria y sublime.

En la pléyade de nuestros oradores sagrados, existe no poca variedad, señalándose unos por su vehemencia, ótros por su exquisito lenguaje, ótros por su penetración, éste por la erudición, aquél por la unción y los infinitos recursos de la oratoria. Entre todos ellos no parece infundada la opinión común de haber sido el *P. Manuel José Proaño S. J.*, el hombre de cátedra y púlpito que haya logrado con más felicidad juntar en un haz las más variadas y pulcras cualidades que se ven diseminadas en tantos otros maestros del arte soberano. La inspiración, la unción, la vehemencia, la originalidad, la profundidad de pensamiento como de erudición, el dominio pleno de la palabra, adquirido por una incensante aplicación al ministerio evangélico, apologético y pedagógico; y por otra parte la autoridad cobrada en todos los elementos del ambiente social, la comprensión filosófica de los problemas políticos, el continuo ejercicio de la pluma en revistas sociales y educativas; finalmente, la formación clásica que se trasluce en todas sus producciones: todo en aquel conjunto de admirables prendas y ventajas parecía concurrir a producir en aquella alma batalladora,

ansiosa de verdad y ardiendo en sagrado celo, un exponente representativo de aquella profesión sobrenatural, servida y realzada con todos los primores del talento y de la cultura.

En la compleja personalidad literaria del P. Proaño, queremos con preferencia entresacar aquí un rasgo que le da derecho a una de las más altas primacías, es a saber, aquella afición y feliz aplicación, rara en nuestros tiempos, a la rotundidad de la claúsula, a la forma estilizada tan magistralmente en nuestro idioma por el P. Granada. Es el estilo periódico ciceroniano, reconocido, aun en la actualidad, ante la mayoría de los críticos españoles, por el carácter más expresivo y completo del pensamiento humano.

El Venerable Fray Luis Sarria no llegó tanto por vía de preceptos a ser el Cicerón español, cuanto por la aplicación directa del traslado del latín al español, como consta de sus traducciones de Marco Tulio y de sus obras literarias en las que realizan el ideal de hacer de la lengua de Castilla el idioma más latino.

Parecido método asistió a nuestro P. Proaño, y con análogo resultado. Según él mismo lo refería, siendo aún niño de pocos años y asistente a la escuela de primeras letras, su padre, que adivinaba ya, por su precocidad y facilidad de asimilación, una gran amplitud de talento literario, lo ejercitaba de varias maneras, en privado y en público. Una muy frecuente era la declamación de un trozo del Pro Marcelo o del Pro Milone en la misma tertulia del General Flores, a la sazón Presidente de la República.

Sin descuidar su estudio favorito de la literatura clásica, el P. Proaño se perfeccionó en todas las disciplinas propias de su Orden, en las que excepto en las matemáticas salió aventajado, y con especialidad en la dialéctica, bajo la dirección de notables maestros italianos y españoles. Así es cómo pudo dar cima a trabajos pedagógicos y apologéticos como su Curso de Filosofía y su magistral Catecismo Filosófico, interpretación de la Encíclica *Inmortale Dei*, donde León XIII expone las doctrinas católicas sobre el Estado. Así pudo formar una «élite» de jóvenes que, como los Caros, los Cuervos, los

Ponces, los Roches, los Herreras, los Zaldumbides y Chiribogas proclamaron en sus obras y sus elogios las altas dotes literarias de fondo y forma que campeaban en su amado maestro.

En las mismas obras oratorias se descubre, más que en otros autores, el alma del que las escribió, la unción de su celo y la rotundidad ciceroniana. Aunque suele ser punto menos que imposible el reconstituir el efecto producido por una oración con sólo la letra que ha quedado estampada, sin embargo, la preparación de los movimientos oratorios y el calor en ellos desarrollado vuelven a poner de relieve aquella fuerza con que subyugaba al auditorio, convencido, arrastrado y acosado al arbitrio de aquel acento de sinceridad, soberano dueño de los corazones.

Muchos de aquellos célebres discursos han visto la luz pública, especialmente los de circunstancias, como las oraciones fúnebres de Pío IX, de León XIII, de García Moreno y de otras grandes personalidades ecuatorianas, el discurso pronunciado en el Congreso Eucarístico de Sevilla; y así mismo, algunos académicos como la *Idolatría de la palabra*, *Cristo, la Iglesia y la Poesía*.

Ambos se consideran como modelos en el género, y son de los que más eco han dejado en nuestros anales literarios. Pronunció el primero con ocasión de la admisión en la Academia del Dr. Honorato Vázquez, y el otro en igual solemnidad, en contestación a D. Quintiliano Sánchez.

De su curso de Filosofía asegura un crítico entendido que todavía no ha sido superado en América. De advertir es, además, que en aquel texto alcanzó no sólo la formación filosófica de sus alumnos, sino juntamente la literaria, que los avezaba a la discreta exposición de la doctrina.

El P. Proaño, bien puede asegurarse que ha sido úno de los hombres más populares en su patria, úno de los que mayor y más saludable influencia han ejercido en todas las esferas sociales con respecto al progreso cultural, moral y religioso. Escribió composiciones métricas muy apreciadas; compuso himnos con letra y música, que seguirán aún por muchos años cantándose con

embeleso del pueblo; contribuyó como el que más a aquellas gloriosas empresas religiosas que levantaron tanto esta República en el concepto de Nación católica; y su memoria es celebrada aún de no pocos ingenios por él educados, y que luego se han dejado seducir de ilusiones y sofismas.

Concluyamos con el testimonio de un noble y genuino discípulo del P. Proaño ciudadano a carta cabal y celebrado como abogado, orador y poeta:—«Son las siluetas de la Patria, de la República, de la Literatura, del Arte, las que vienen hoy complacidas a tributar homenaje a uno de sus hijos predilectos. Sí, el R. P. Proaño es acreedor a la admiración de sus conciudadanos, a las bendiciones de la Iglesia y a la gratitud de los que beben la instrucción y educación en sus enseñanzas, y a la glorificación de las Letras nacionales....Inspiradas poesías, discursos académicos admirables, profundas obras filosóficas, eruditas conferencias y variadas publicaciones de oratoria sagrada, componen la ofrenda que el sabio jesuíta ha depositado en los altares de las Letras; y todas son producciones saturadas de un exquisito sabor clásico, reveladoras de una inteligencia altamente pensadora y de un corazón fogoso y batallador, y rebosante de doctrinas y de saludables enseñanzas.»

L

EL PERIODISTA

De la pléyade de escritores azuayos que poco después de la Restauración, se lanzó al campo de las Letras, dos han merecido y logrado la fortuna de llenar con su fama los círculos intelectuales de la República: ambos de formación clásica, ambos originales, eruditos y de indiscutible mérito literario; ambos, de influencia social y cultural incalculable. Es el primero, el reconocido maestro de la generación actual, hombre completo, espíritu selecto y superior, hombre de fe, de conciencia y

acendrada piedad, cuya palabra y vida toda iluminan como viva antorcha la sociedad invadida por las nieblas del indiferentismo.

El segundo es un adalid representativo y libre de la política contemporánea, liberal doctrinario y consciente, de los contados que han figurado entre nosotros, apóstata infeliz de su cristiana educación, polemista de todas armas en los más variados campos, caballero andante y agresivo, en la campaña infatigable, en demanda siempre del aura popular, que no se le mostró esquiva, y en el febril cuidado de no ceder punto de autoridad en la dictadura terrorista que ha ejercido.

Crespo Toral y Calle, genios privilegiados, fundidos en el mismo troquel de educación y formación intelectual, permanecerán como dos lumbreras en nuestra literatura; pero de ellos forzoso es advertir, que pertenecen a dos criterios antípodas, como los dos Juanes de Ambato.

En Guayaquil, teatro ordinario de sus campañas, Calle encontró el palenque dominado por un campeón de arrestos, digno de su brazo, mantenedor de la tesis católica y del criterio conservador. La lucha por la opinión, prolongada durante dos lustros, no se decidió en todos los puntos. Desapareció con muerte prematura el hidalgo Coronel Ricardo Cornejo, columna del ideal cristiano en Guayaquil; desapareció luego el Rdmo. Dr. Alejandro López en la Capital, el año de 1913; y desde entonces dio principio Calle a aquella su indiscutible y caprichosa dictadura en la opinión, que no terminó sino, con la muerte en 1918.

«El Diario de Avisos», «El Diario de Quito», «El Tiempo» y más que todo «El Telégrafo» guardan las discusiones más variadas sobre las cuestiones diarias de la política contemporánea. Allí pueden estudiarse el espíritu de oposición con que persiguió todos los liberalismos que no decían con el suyo, y manifestaba sus aparentes contradiciones a la muchedumbre, a la que solía incensar. Allí, sin rebozo, se alzaba en charlas picantes contra las glorias religiosas que profanaba, contra los bandos desleales, contra sus mismos amigos y favorecedores.

Batallador incansable, jamás desprovisto de argumentos, antes rebosante de elocuencia nativa, moldeaba

sin esfuerzo su pensamiento en un estilo fluido y chispeante, manejaba el temido instrumento de su crítica, de sus ideales y de su criterio político, imponiéndose muy comúnmente, si nó por la razón, por el arte, por la audacia, por su mismo nombre ante la opinión que torneaba a su antojo, por los socorridos ardides de una táctica que envolvía a los jueces presumidos de la tribuna popular. En medio de ese foro, un día tras otro Calle aparecía y en una Charla improvisada, pero siempre llena de interés actual, llena de calor y de franqueza, peroraba ante millares de oyentes que le admiraban, más que a su Demóstenes los atenienses en el ágora. Ante ellos el Periodista ejercía yá de fiscal, yá de abogado, yá de juez y árbitro. Dueño siempre de palabra soberana, rey de las masas y de sus directores: tal fue Calle en su grandeza, en el período definitivo de su dictadura política.

Poco menos despótica que la del Tribuno de la Plebe, fue la actitud del Censor de la República de las Letras, por más que el temible análisis de su censura y las salidas más o menos leales de su sátira fueran dirigidas con más consideración a los dignos mantenedores de la buena literatura; lo cual no implica la más mínima concesión en el arte, ni mucho menos en la misma libertad de aquel espíritu ebrio de independencia personal.

Ese genio, tan altamente respetado y temido, si no siempre imperante en la política como admirado en sus geniales críticas literarias, ha tenido la suerte de fijar la atención de notables críticos y en tal grado que con el análisis de su compleja personalidad, no pocos pasos ha dado nuestra alta crítica literaria. Léanse los conceptuosos artículos publicados por Zaldumbide y Remigio Crespo Toral, Remigio Romero León, Víctor Manuel Albornoz, cuyas ideas van reflejadas en los tratados pedagógicos. Séanos permitido sazonar nuestra semblanza con algunas fórmulas concentradas de tales maestros.

Su vida literaria está retratada por Crespo Toral—: «La pluma era sú defensa y venganza, su pan, su laurel, la aguja para la tela, la punta caldeada para la llaga; una arma tremenda, explosiva y arrojadiza... Ha escrito en limpio estilo de agua diáfana y corriente, cuentos, narraciones, crónicas, crítica, filosofía, historia y conversa-

ciones, que formarán un estupendo acervo literario, digno del Ecuador, de la América Hispana, la de lengua española; porque Calle fue un consumado humanista de estudio, de conciencia, orientado hacia lo perfecto, maestro y consejero de muchos, escritor de primer orden, que se hacía leer con encanto hasta por sus adversarios. Muy a menudo deslizaba su pluma en flores del patrio vergel, en la amenidad de las letras, en las travesuras del humorismo, con una memoria que era una biblioteca, con un gusto afinado en vastas lecturas y en la intensa visión de lo bello. Proteo incansable, con una enciclopedia en el cerebro, escribía sobre todo tema de ocasión, desde las gacetillas chispeantes hasta la crítica trascendental. Ejerció en su patria algo así como la dictadura de la pluma: monstruo de la naturaleza, sin detenerse en los reveses ni en consideraciones sociales... Calle es el más vigoroso paladín del periodismo que se ha conocido.»

Con Calle ocurre un fenómeno de opinión muy ventajoso, opuesto al entredicho que impide alzar los velos tupidos corridos sobre fallas y lacras de otros semidioses de las Letras. A este crítico critícanle muchos a mansalva, y no llama la atención en un hombre de tantas contradicciones y enemistades. Así lo ha juzgado con suma severidad Andrade Coello, discípulo fiel de Abelardo Moncayo, autor éste de «*El Monstruo de Calle*». Sin saña, pero no sin crudeza, Albornoz, penetrando hasta en la conciencia del escritor, no ha producido escándalo al revelar sus repliegues. Oigámosle.

«En el fondo hay nobleza; en el impulso, denuedo; sinceridad en el desempeño. Pero, aun cuando un sentimiento elevado coloca la pluma en sus manos, muchas veces resulta injusto y acerbo, generalmente por culpa de su sectarismo político. No siempre le guía un recto impulso de equidad, le escarba poco la conciencia, y antepone a todo el afán de agradar y regocijar al pueblo. Su alma, ingenua, pero atormentada y procaz, vehemente y cruel en sus arrebatos, pero con remansos de cordura y mansedumbre, mas borrascosa, revestida de espumas de bondad, aunque guarda en el légamo las impurezas de una ironía devastadora, lindante con la befa y el escar-

nio. En las horas de tedio, los disturbios del corazón le surgen tumultuosamente afuera en raudales de hiel y vinagre: el infierno de adentro externa sus llamas y entonces su literatura aparece trasunto de su ánimo sombrío, desolado y doliente... Ante él queda un enorme hacinamiento de escombros, producto de su labor de perenne sagitario.»

Con esta magistral etopeya coinciden las profundas observaciones de un discípulo y amigo de Calle, el prologuista de sus *Semblanzas*, el coronado vate y polígrafo, Dr. D. Remigio Romero León, de quien son estos conceptos—: «¿Hasta qué grado de simulación *psicológica* llegó Manuel J. Calle, en la jornada fatigosa de su vida?... Fue la dolorosa simulación de Cirano de Bergerac, simulación que envuelve el problema más desesperante de la trágica comedia humana.»

Otra característica interesante estudia el mismo crítico: la *rebeldía*. «Clásico por temperamento y por educación...; clásico por necesidad del crecimiento, fue sin embargo, rudo batallador contra dómines y preceptistas, contra académicos y gramáticos. Se rebeló contra sus maestros, sin reparar que él lo fue de sí mismo. Fingió escribir sin reglas, y combatió cruelmente esa misma libertad. - Quiso romper los moldes y se amoldó al pensar y sentir de las multitudes. Pretendió ser acrático, y rindió culto al arte en la forma. En toda su profesión dogmática, fue un revolucionario: revolucionario en gramática, revolucionario en política e indiferente en religión; y, dentro de esa libertad creada por él mismo, acude a las humanidades, al diccionario—; fustiga al pueblo, que es su ídolo; protesta contra la Naturaleza y los instintos humanos—y los reconoce como soberanos del arte; ataca a las modernas escuelas poéticas, ejerciendo la tiranía del pensamiento y la crueldad del sarcasmo, y profesa como dogma la absurda libertad de credos; sirve a tiranos, como él mismo lo confiesa, atribuyéndolo a error de conceptos, y se aferra a la tradición en los más elementales problemas sociales.»— Concluye el crítico reconociéndole como «el primer periodista de su época, en el dificilísimo concepto que encierra ese término tan poco comprendido.»

Además de sus artículos, puede estudiarse a este gran literato en sus folletos *Los Hombres de la Revuelta—Tengo la palabra - Cuatro Palabras.* Quien desee solazarse en la asombrosa facilidad de estilo, lea sus *Semblanzas y Figuras*, las *Leyendas del tiempo heroico* o sus *Leyendas americanas.* Hemos oído el parecer de humanistas serios que lo colocan al frente de nuestros estilistas, como la opinión general lo reputa rey del periodismo.

BROCHE

UNA MIRADA DEL CIELO

Sobre tablas de acero y en versos fundidos en hirviente fragua grabó Víctor Hugo, para toda la familia humana desterrada, el relato de la fuga desalada de Caín ante la faz de Dios. Es una rapsodia admirable y de sublime sencillez; es una lección de moralidad accesible a todas las inteligencias, aun las más alejadas de Dios, en la que se revela e inculca la presencia íntima de la conciencia, ese diamante vivo indestructible que en el fondo del alma refleja el ojo ineludible del Criador, ojo de justicia vengadora para el delincuente empecinado, como de padre amabilísimo para los hijos fieles y dignos de su amor.

El insensato imitador de Caín huye también de la faz de Dios, de quien se cree perseguido; huye del ojo de Dios que se refleja en su inteligencia; y pone todo su conato en deslustrar y opacar el cristal de este espejo acusador. Pero escrito está que para el criminal no hay paz, no hay reposo. La vida toda consumirá huyendo de su Dios y de sí mismo: feliz, si llega a poder de sofismas a ofuscarse, a desvirtuar sus evidencias hasta sumir su espíritu en la duda sombría por el despeñadero del escepticismo.

Semejante estado de alma que prefiere la rebelión a la paz y el crimen a la inocencia; que por la pasión, más se aviene a vivir bajo la amenaza continua de un juez irritado y a huír de las caricias de un padre amoroso, agrávase hasta lo sumo, si esa locura intelectual le ha invadido hasta el punto de dudar del mismo Dios y de sus obras.

De uno de aquellos sabios degenerados se refiere que, habiendo de ir a Lurdes, protestó que, si a su vista ocurriese un milagro patente, antes de reconocerlo, habría de quedar petrificado, por cuanto su inteligencia se

hallaría galvanizada y atajada ante una posible intervención de Dios. Nadie ignora que la Madre de Dios en su misericordia para con los desgraciados y con los ciegos del alma, ha hecho brotar una fuente milagrosa acreditada especialmente en despegar las escamas de la incredulidad; que la aprobación oficial de sus milagros desafía todos los recursos de la sofistería moderna, y que el guante de Artus, después de medio siglo de arrojado a la cara de la Impiedad, todavía yace ante los pies de María sin que se atreva nadie a levantarlo, pregonando elocuentemente que el milagro existe, que el milagro en ciertas circunstancias es conocible, que el milagro conocido es el sello de Dios, y que ante la auténtica rúbrica de Dios toda inteligencia racional debe inclinarse.

María, heraldo de la acción de Dios en el mundo: este fenómeno ha entrado con frecuencia en los planes de la Divina Providencia sobre los pueblos; pero en este Continente, la época moderna no ha registrado solemnemente sino pocos ejemplos de aquellas manifestaciones marianas. El más brillante, el más notorio, el más oficial, diríamos, y el más fulgurante contra la falsa ciencia, no será otro que el prodigioso milagro obrado el 20 de Abril de 1906 en una modesta oleografía que representa una Virgen de los Dolores. *La Dolorosa del Colegio*, como sencillamente le designa nuestro pueblo, ha recibido su auténtica aprobación con un proceso científico y canónico aplaudido en Roma y, según lo aseguran, más sabiamente elaborado que el mismo de Lurdes. Dejamos aquí la palabra a un publicista que da una cuenta concisa del prodigio, para los lectores alejados de este teatro.

«Hace veintidós años, en un día como hoy, se efectuó un hecho prodigioso, sobrenatural, inexplicable según las leyes de la humana ciencia, en el refectorio del internado del Colegio de los Padres Jesuítas de esta nuestra Capital. Ese hecho es conocido en todos sus detalles.

«Con la información indagatoria que entonces se levantó, se lo ha podido construír punto por punto. Hubo más de cincuenta testigos, en su casi totalidad niños, es decir, ingenuos, sinceros, que no dijeron sino lo que

vieron, en frases, como las de los Libros Sagrados, sencillas, primitivas, pero veraces. Todos esos testigos viven todavía: se los pudiera repreguntar; porque, aun cuando han tomado distintas direcciones y rumbos en este mar agitado de la vida, fue tan honda, tan fuerte, tan indeleble la impresión que recibieron en sus años infantiles, que aun se les ha quedado grabada en la imaginación, en la memoria, y, sobre todo, en el corazón. Nosotros hemos oído a algunos de ellos, al hacerles alusión a ese hecho, después de quedar suspensos un momento como si quisieran recoger ese hacecillo de recuerdos, empezar a referir con voz emocionada y baja, como si temieran ser delatados, el prodigio que vieron, el hecho pavoroso e inexplicable del que tuvieron la dicha de ser testigos.

«De ese suceso resultó una devoción popular, universal, de carácter ideal. Se la bautizó con el poético nombre de *La Dolorosa del Colegio*. El sencillo pero prodigiosamente artístico cromo que fue instrumento de esa maravilla, ha sido reproducido, por los medios técnicos, infinidad de veces, en fotografías, fototipias, postales, cuadros al óleo, medallas, dibujos, etc. Se lo lleva al cuello, se lo tiene a la vista en oratorios y salas, en capillas e iglesias; se han escrito en su loor historias y poesías, narraciones literarias y artículos de polémica. Constituye uno de los hechos nacionales de que deberíamos sentirnos honrados y estar orgullosos. Ha rebasado las fronteras de la Patria; ese culto a la Dolorosa del Colegio se ha extendido por Colombia y Chile, y ha llegado hasta España. Aquí, en la Patria, no hay hogar cristiano, no hay iglesia de parroquia rural, no hay oratorio de colegio o escuela, donde no se encuentre la reproducción de ese rostro sereno, grave, hermoso, que fija sus ojos en el que se acerca a contemplarlo y los vela de una nube de penetrante y dulce tristeza, como signo de algo que no se sabe si es reconvención o compasión. ¡Somos tan malos y tan desgraciados!»

Esta efigie encierra todos los encantos que, realzados hasta lo sublime por el sello divino, han contribuído con increíble eficacia a atraer los corazones de la Nación entera en un modo desconocido hasta hoy, como hacia un foco de luz sobrenatural, al seno maternal de la Madre

CASA DE LA CULTURA
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

de Dios y de los hombres. Ningún pueblo americano ha presenciado, en lo moderno, explosiones de fe, amor y confianza, como los que ha desplegado la sociedad quiteña en su delirio por la celestial Patrona que ha venido a devolverle la vida intensa de la antigua piedad.

No hay aquí precisión de repetir el relato de los tan conocidos fenómenos presenciados el 20 de Abril, ni tampoco la repetición de ellos en otras varias ocasiones. Después de aquellas demostraciones de tamaña importancia para con la adolescencia ecuatoriana expuesta a tantos peligros de parte de un laicismo corruptor, la Madre de Misericordia dignóse igualmente dirigir y pasear sus majestuosas y amorosas miradas, por tres solemnes ocasiones, sobre la muchedumbre de los fieles apiñados ante su trono, llamando y alentando a las almas pecadoras, y dando confianza a todos de que su manto sería el refugio seguro en las deshechas tempestades que habrían de descargar sobre el pueblo.

Millares y millares de personas, vivas aún, recuerdan como de ayer, aquellas escenas, parecidas a las del Sinaí, en que el Cielo se dignaba inclinarse y comunicar con la tierra; en que un pueblo delirante leía en voz unísona, siguiendo el movimiento de aquellas pupilas que con elocuencia muda le impresionaba, yá con apacibilidad, yá con la más profunda tristeza, yá con requerimientos de confianza y amor, no sin demudársele el rostro a la Imagen ni saltarle algunas lágrimas. Cualquiera puede contemplarla en su capilla, que no es otra que la del Colegio, engastada en aquel su marco, que es la mayor obra de nuestra orfebrería moderna, y la más cara prenda de la Sociedad quiteña, como que en ella resplandecen las más preciosas joyas de sus damas.

La elección de la sencilla efigie no podía ser más conducente para espectáculo tan conmovedor, toda vez que representa el propio Corazón de María, al que la República se halla oficialmente consagrada por todos los Poderes desde 1892. El corazón herido por siete puñales y las manos que llevan los clavos de la crucifixión con la corona de espinas, no pueden expresar con más entrañable gesto y recuerdo la renovación de la pasión del Hijo y de la Madre por los mismos cristianos, ni el llama-

miento de los pródigos por la elocuencia irresistible de la más paciente y amorosa de las madres. Así nada de extrañar es que, entre los numerosos prodigios obrados en nombre de la Dolorosa, ocupen el primer lugar los espirituales, sobre todo las conversiones repentinas debidas a una moción extraordinaria, a una verdadera intervención de María.

No hacemos aquí la historia de la gran advocación tan popular hoy en día en todo el Ecuador. Recordemos sin embargo, en simple enumeración, ciertos hechos históricos de alta significación: la procesión del 3 de Julio de 1906, la celebración del Congreso Mariano ecuatoriano en Quito en 1931, al cumplirse los veintinco años del Milagro; la publicación de los trabajos de aquella Asamblea y del Boletín mensual de la Dolorosa; el culto continuo y fervoroso que le tributa la Juventud católica en todos sus planteles de educación; y finalmente, la gran peregrinación de 1934, aquella marcha triunfal de la Sagrada Efigie por las provincias centrales, realizada en conmemoración del cuarto Centenario de Riobamba.

El pueblo católico del Ecuador se siente consolado bajo la mirada maternal de María, esperando que vuelva a declararse la bonanza para esta nave de la política, que sin brújula ni timón, corre atormentada por todas las crisis y arrebatada por todas las corrientes hacia su perdición. Pero no se perderá ni naufragará la navecilla mientras brille sobre élla ese faro, mientras este pueblo contemple el reflejo de la *mirada del Cielo*, y se apiñe en torno del trono de la Misericordia.

EPILOGO

EN PLENA FLORACION

Hemos dado cima a la tarea que nos habíamos impuesto, de dar a conocer, en reducidos esbozos, algunas glorias nacionales dignas de figurar en primera línea en la galería histórica de las grandezas americanas. Feliz si de nuestras semblanzas puede redundar una suma mayor de conocimiento y estima para este pueblo tan interesante y, sin embargo, tan poco estudiado. En el número prefijado de cincuenta glorias nos damos por hoy satisfecho, aun cuando otras se nos ofrecen aún y sin contar las que se nos habrán pasado por alto.

Bien vemos que no se satisfarán con tal declaración nuestros lectores ecuatorianos; pero observen que aquí se trata de presentar una selección y por cierto de tipos representativos, y característicos. Por otra parte, queda también deficiente nuestra galería por cuanto no hemos tenido a bien presentar tipos, vivos aún algunos o cuya labor ciudadana y misión providencial no se han clausurado, o no han recibido todavía la sanción definitiva de parte de la debida crítica o de la historia.

Desde ahora nos complacemos en advertir que el progreso del último período ha recibido nuevos impulsos en varias direcciones y que el genio ecuatoriano ha producido en él talentos notables, y aun tipos de alta significación en presencia de todo el Continente y en pro de la humanidad. La reserva que nos hemos impuesto no nos impide, con todo, exhibir la distinción peculiar de algunos ecuatorianos universalmente reconocidos como representantes de una nueva categoría cultural.

Sea el primero, el venerable «*Maestro de los maestros*», como se lo llama en Cuenca, el Magnífico Rector de la Universidad del Azuay, Dr. D. Remigio Crespo Toral, de cuyos dictámenes hemos usado—y quizás con

exceso—, por haberse extendido más que otro cualquiera en sus estudios a los puntos más variados relativos al alma nacional. El mismo, como literato, se ha ejercitado con sin par felicidad en los más distintos géneros literarios tanto en verso como en prosa, siendo celebrado en lo primero todo como poeta lírico, épico, elegíaco y bucólico, y en lo segundo, como pensador, esteta, estilista, historiógrafo, sociólogo y orador académico. Crespo Toral es sin disputa la personalidad literaria más completa, que pueda presentar el Ecuador; por lo mismo, la más autorizada y digna de tomar asiento junto al gran maestro que ha ilustrado con más amplitud toda la América republicana o sea como gramático, poeta, crítico, filósofo, jurista y publicista, D. Andrés Bello, exponente tenido por hasta hoy por insuperable al parecer en todo este Mundo hispanoamericano.

Otro literato citaremos, *crítico* soberano de fama universal en el mundo hispánico; conocido estilista, psicólogo profundo, aventajado discípulo de la escuela francesa, el crítico reconocido por Francés como sucesor nato de Rodó en la orientación actual del movimiento de cultura literaria, que sigue tomando creces en la sociedad culta de Hispanoamérica. Don Gonzalo Zaldumbide es un gran ciudadano del mundo y un hijo notable de la Patria ecuatoriana, a la que glorifica fuera de ella, más aún acaso de lo que pudiera verificarlo morando en su seno.

Más aficionado a las ciencias de investigación, un descendiente del Conde de Casa Jijón—y poseedor actual de su título—Don Jacinto Jijón Larrea y Caamaño—ha logrado, a poder de asombrosa laboriosidad y de cuantiosas expensas de su patrimonio, abrir el grande y nuevo surco de la Arqueología nacional, tanto por lo que respecta a las diversas culturas de nuestros aborígenes, como por todo lo que contribuye a reconstruir por el arte, el museo, el archivo y la tradición, la sociedad quiteña que floreció bajo el Cetro español. Ha sido labor titánica y de no vulgar ingenio el resucitar el pasado de los siglos por los monumentos funerales de Imbabura, de Puruhá, de Manta, de Quito, etc., labor abnegada y costosa, repetimos, que jamás alcanzará a igualar el fomento cultural de nuestro Erario.

No por su ingénita modestia, omitiremos apuntar el mérito excepcional, conseguido, en ciencias aplicadas, y a poder de tesón y experiencia por los hermanos Augusto N. y Nicolás G. Martínez. El primero, profesor de Geología y aventajado discípulo de los sabios Padres alemanes de la Politécnica garciana, se ha granjeado con justicia el renombre de primer *geólogo* nacional.—El segundo, cuyo fallecimiento lamenta la República en estos momentos, parece merecer igual honor en el ramo de la *meteorología*; y nos persuadimos que, en el alto *turismo* andino, nadie le disputará la palma. Ha sido, después de Whymper, el primero en pisar la cabeza del Chimborazo y en trazar el itinerario para la ascensión del Coloso. El Tungurahua, el Antisana, el Rumiñahui; el Casaguala, el Carihuairazo, el Altar, etc. no tenían secretos para él. Nadie, después de Stübel, había estudiado tanto el Cotopaxi, a cuyo cráter se complacía en llevar a extranjeros amigos, como a un paseo conocido y lleno de encantos. Tiene el Ecuador sobrado derecho para exigir de la ilustrada familia del extinto una competente biografía que dé a conocer los talentos y la fecunda laboriosidad de aquel insigne varón tan modesto como sabio.

En el terreno de las artes, los profesionales modernos son en un todo dignos de la antigua Escuela. En la música, para aquilatar la ejecución de nuestros bandas, basta recordar que en la Exposición de Chicago, la del Nº Segundo se llevó la palma sobre todos los que se presentaron al concurso.

Pero el arte que más vuelo ha tomado entre nosotros, y se halla en plena floración de obras y maestros, es la Pintura. En el retrato Salguero y Villacrés han heredado el pincel de Pinto. Los pintorescos paisajes del Cotopaxi, del Altar, del Tungurahua, de nuestros lagos andinos y los fantásticos celajes de las Cordilleras, han hallado intérpretes magistrales en Luis Martínez, hermano de los anteriores, y en D. Juan León Mera Iturralde, hijo del novelista.

En otros órdenes de celebridad americana, queda el campo abierto libre para un acucioso observador que emprenda el evocar y ensalzar otras glorias ecuatorianas. —Como estadistas, comparable acaso con los grandes

políticos chilenos, preséntase el *Dr. Benigno Gil Malo*, verdadero Guizot, como lo denominan en Cuenca. Como de financista y diplomático, imaginamos que pocos podrán ostentar los títulos del *Dr. Antonio Flores;* como pedagogos, difícilmente se hallarán hombres que hayan ejercido más directa y saludable acción en la infancia que Teodoro Maldonado, Francisco Avilés, y el Rvmo. Dr. D. Pedro Pablo Borja, heredero del celo de su tío abuelo, el santo arzobispo Yerovi.

Glorias naturales, glorias del pueblo primitivo, glorias del pueblo colonial, glorias republicanas, glorias en fin de todos los aspectos y épocas de nuestra historia, surgen en buen número, dignas de estudio y de imitación; dignas de figurar en este mundo republicano de cultura tan multicolor en su grandiosa unidad. Sirva este primer ensayo para dar a conocer siquiera algunas propias que brillan con inusitado fulgor en la corona de Hispano América.

Háganse ensayos semejantes en las Repúblicas Hermanas que aún no han condensado sus mejores recuerdos ni pregonado sus más gloriosos timbres; y no dudamos que, mediante estos pequeños esfuerzos, se dirigirán con nuevo y crecido interés los ojos del Universo civilizado hacia esta legítima Hija de España, de la que, sin desdecir de tan augusta progenitora, será siempre con sus hijos, su lengua, su carácter, su fe y su corazón, la auténtica y agradecida pregonera.

A. M. D. G.

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

INDICE

		PÁGS.
	Dedicatoria.	3
	Prólogo.....	5
	Documento áureo.....	9
I.	El Cetro de Pomona.....	13
II.	El Coloso de los Andes.....	17
III.	El Rey de los volcanes	21
IV.	El Clima andino	27
V.	El Amor de la libertad.....	32
VI.	El más grande de los Americanos.....	37
VII.	La Conquista del Perú.....	41
VIII.	El Paladión de Quito.....	45
IX.	El primer Monumento.....	49
X.	El Arbitro de la Paz.....	54
XI.	La Escultura colonial.....	57
XII.	La Escuela de pintura.....	61
XIII.	La Azucena de Quito.....	64
XIV.	El Javier del Amazonas.....	68
XV.	Otra Margarita María.....	71
XVI.	Tipo de magnate.....	74
XVII.	La Expedición geodésica.....	77
XVIII.	El Hombre de ciencia.....	81
XIX.	Nuestro Heródoto.....	84
XX.	El Naturalista.....	89
XXI.	El Civilizador.....	90
XXII.	Sabio y Poeta.....	94
XXIII.	Una Enciclopedia americana.....	98
XXIV.	El Precursor de la Emancipación.....	100
XXV.	El Mirabeau Americano.....	107
XXVI.	La Primogénita de la Libertad.....	110

		PÁGS.
XXVII.	El Protomártir de la Patria colombiana..	114
XXVIII.	El Héroe Niño.....	117
XXIX.	El de Maistre Americano.....	119
XXX.	Píndaro.....	122
XXXI.	El Precursor del Submarino.....	126
XXXII.	El Patriarca de las Letras.....	129
XXXIII.	Nuestro Héroe.....	132
XXXIV.	El Orador político.....	140
XXXV.	Un Santo.....	146
XXXVI.	Leopardi.....	149
XXXVII.	Un Estadista.....	153
XXXVIII.	El primer Vasallo de Cristo Rey.....	159
XXXIX.	El Caballero de la Cruz.....	165
XL.	El más sublime Martirio.....	172
XLI.	Un Obispo.....	175
XLII.	El Estilista (Juan Montalvo).....	179
XLIII.	El Novelista.....	182
XLIV.	Historiador y Apologista.....	185
XLV.	La Sucesión de Bello.....	189
XLVI.	El Sociólogo cristiano.....	194
XLVII.	La Atenas literaria.....	197
XLVIII.	El Apóstol moderno.....	202
XLIX.	Un Orador ciceroniano.....	206
L.	Un Periodista contemporáneo	210
Broche.	Una mirada del cielo	216
Epílogo.	En plena floración.....	221

«La Prensa Católica»-Editorial Ecuatoriana
Quito-Ecuador—Pichincha 41—Apartado 266